



REVISTA

JESUITAS

2715

98919



1020026445



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



30467  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡JESUITAS!  
UANI

Núm. Clas. 2715  
Núm. Autor F45  
Núm. Ady. 30139  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó 689  
Catalogó \_\_\_\_\_



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# ¡JESUITAS!

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

M. PAUL FEVAL,

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS  
Y TRADUCIDA

POR D. E. Y D. J. B. DE HINOJOSA.

*Con aprobación de la Autoridad eclesiástica.*



098919

30130

LIBRERÍA CATÓLICA DE SAN JOSÉ

DIRECTOR:

Sr. D. Joaquín Torres Asensio.  
Sacro Monte de Granada.

REPRESENTANTE EN MADRID:

Sr. D. Manuel Alonso y Zegri.  
S. Gregorio, 17-19, 5.º izq.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ed. 1625 MONTERREY, MEXICO

843  
2



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad con todos los  
requisitos de la ley.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID: 1877.

IMP. DE F. MAROTO É HIJOS, PELAYO, 34.

UNIVERSIDAD DE MADRID  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

# JESUITAS!

## NOTICIAS PRELIMINARES.

... Pusieron de rodillas e Ignacio dirigió á Dios esta oración: «Oh Dios! hazed que la casa de vuestros siervos sea fundada para bien de todos y no solo para nuestro propio bien; á fin de que dando vuestros siervos su vida por la salud de los hombres en Jesucristo, no cesen nunca de ser perseguidos para vuestra mayor gloria, vos que vivís y reináis por los siglos de los siglos.» Así sea.

Y habiéndose santiguado, se levantaron.

Este siglo ha sido un siglo de mucho ingenio. Cuando llegué de mi provincia, entré en una atmósfera saturada de escepticismo, en la cual los rasgos de ingenio abundaban hasta el punto de causar fastidio. Mis graciosos camaradas escribían periódicos, ó eran directores de teatros. Uno de ellos, el gran Bonifacio de *El Constitucional*, había inventado la serpiente de mar para ser útil á su país. Recuerdo

que Gavarni dijo en cierta ocasion á un amigo de este inolvidable Bonifacio y de M. Thiers: «Acaso algun dia tengamos que pensar en Dios.»

Esta ocurrencia excitó grandemente la risa. Era en tiempo de Luis Felipe: la sola idea de hablar de Dios sin reirse pareció cosa de un atrevimiento hasta heróico. ¡Oh, Dios mío! La lira de Beranger habia acabado entre aquellas gentes con el recuerdo de tu bondad.

Cuando murió de puro vieja la serpiente de mar, Roqueplan se atrevió á indicar que este animal ilustre podria muy bien ser reemplazado por los Jesuitas.

Sí, por esos ropas-negras y apolilladas, contestó el coloso de Bonifacio, á quien la historia no dedicará tal vez muchas páginas.

Por entonces nadie leia á *Jerónimo Paturot* y se ponía de moda la novela en forma de folletín. El bueno del doctor Veron necesitaba una mina que explotar, y sin decírselo á Bonifacio permitióse pensar á solas acerca de ella. Habia inventado la pasta Regnault, era el fundador de la *Revista* y habia dirigido la *Opera*: no era, pues, un doctor cualquiera. Era hombre que sabia gastar su dinero en

comprar ideas para engordarlas y venderlas despues al público.

Pero volviendo á los Jesuitas; este nombre, hoy tan famoso, se halla ligado á mis antiguas esperanzas terrenas de fortuna, y á los antiguos recuerdos de mi vida literaria. Me creo predestinado para escribir sobre este asunto, cuya juventud resiste á la accion del tiempo; y en realidad ya hace años que empecé á dedicarle un libro. Hé aquí que ahora no me contento con ménos de dos. Si todos los libros tienen su historia, *habent sua fata libelli*, la del mio no deja de ser curiosa.

## I.

Jóven todavía y novicio en las letras, ya corria yo como un león en busca del favor popular, que no dejé por cierto de alcanzar de algun modo: momentos hubo en que estuve de moda como uno de tantos entre mis cofrades y amigos Alejandro Dumas, Balzac, Federico Soulié y Eugenio Sue.

Este último acababa de publicar su célebre novela el *Judio Errante*, que era precisamente

la idea de Roqueplan engordada por el doctor Veron y metida en el horno. Ni el doctor Veron ni Eugenio Sue tenían motivo alguno de queja contra los Jesuitas. El doctor Veron era un ciudadano triplemente barbudo, con tres vientres y otros tantos estómagos; tenía miedo horrible á las revoluciones, pero las hacia sin empacho alguno *pro domo sua*: aunque conservador de pura raza vendia á buen precio pólvora para las barricadas; pertenecía, en una palabra, á esa categoría de industriales implacables que por un ochavo arruinan las ciudades, queman los palacios y profanan las iglesias; harto prudentes para hacer por sí mismos tales siniestros, limitanse á despachar diariamente para el intento el consabido petróleo.

Hombre ilustrado, por más que despreciaba la ortografía, no carecia de cierto ingenio, y sobre todo daba suculentos almuerzos, y hasta hubiera llegado á desaprobár como un esceso la idea de asesinar al Arzobispo..... Ha dejado discípulos.

No se parecia á él Eugenio Sue, el cual, aunque á cien codos por bajo de Balzac como pintor, y de Alejandro Dumas como narrador, poseia incontestablemente grandes cualidades

para director de escena. Tuvo á mucha honra ser admitido en el mundo aristocrático del barrio de San German; ignoro por qué huyó de él, aunque sus retratos de aquella clase social, están tan impregnados de odio, que parece dan á entender algun desaire sufrido por el autor; el príncipe Eugenio se pasó tambien al enemigo por una niñería.

Eugenio Sue era uno de los aristócratas más encopetados que he conocido en mi vida: un verdadero sibarita á quien molestaba hasta el contacto de una hoja de rosa. Cuando el éxito extraordinario de sus *Misterios de París* le hubo condenado á la democracia, el doctor Veron le salió al encuentro y le dijo: «Se puede hacer un negocio loco atacando á los Jesuitas.» Y puso sobre su mesa cien billetes de mil francos.

Tal es la historia del *Judio Errante* contada por el mismo doctor Veron en los anuncios de *El Constitucional*; y tal fué la elevada filosofía que presidió á la construcción de esta máquina de segar Jesuitas. El doctor Veron confesó más tarde de buen grado, que la hoz comprada á precio tan subido no habia segado otra cosa sino la mies de los suscritores.

Séame licito referir aquí una anécdota relativa á mi persona. Quando San Ignacio era el blanco predilecto de los folletinistas, y los hijos de Loyola el *ánima vilis* de los gaceteros, recibí la visita del director de un gran periódico parisiense, el cual me dijo á mí lo que Veron á Eugenio Sue:

«Se puede hacer una gran fortuna con los Jesuitas.»

Y cuando le hice notar que *El Constitucional* nos había tomado la delantera, me contestó encogiéndose de hombros:

«No importa: son unos necios que no saben disimular la idea ya vieja de comer carne de Cura. Se necesita más sal y pimienta, que yo he comprado sin tasa.»

Y añadió en tono confidencial: «Tengo una habitación llena de documentos; cinco manuscritos sobre el Padre Guignard y Juan Chatel; un relato estupendo de la conspiración de la Pólvora; los pormenores de las persecuciones contra el infortunado Abate de Saint-Cyran, emparedado en el castillo de Vincennes; dos tomos inéditos del primer Arnauld, contundentes y llenos de hiel; una proclama de Tito Oates; un despacho del duque de Clequi; una

carta de Fenelon, tres del regente, y estas de primer órden; dos del Cardenal de Noailles; tengo todo el asunto de Pombal, ¡magnífico! ¡Ah, tino de Malagrida! ¡Pobre marquesa de Tavora! ó acaso seria otra dama.... Un gran cuaderno del duque de Choiseul, que contiene las consultas de los abogados jansenistas, y más de cien líneas de notas de su puño y letra de Mme. de Pompadour; sí, de su puño y letra, ¡auténticas! ¡adornadas con lindos dibujos! ¿Qué le parece á Vd.? Y un curiosísimo billete de Luis XV con sus ribetes de moral, y una página, una verdadera página arañada por el sacamuelas histórico de M. de la Chalotais, de quien decía Voltaire: «Este trasto puede más que la palanca de Arquímedes, pues, sin punto alguno de apoyo, ha revuelto el mundo.» Daremos un *fac-simile* de la página y un retrato de cuerpo entero del sacamuelas..... En fin, tengo tesoros, una mina, un filon. Y le ofrezco á Vd.....»

¡Pero chiton! Importa poco saber lo que me ofreció: yo no valía gran cosa. Tenía entonces veinticinco años y una vanidad de las más mimadas que pueden imaginarse. Estaba sediento de nombradía y hasta de escándalo, el cual yo

le confundía néciamente con la gloria. No conocía por otra parte á los Jesuitas, sino por las *Provinciales* y la Enciclopedia: acepté, pues, el negocio no sin un vivo deseo de segar más raso que Eugenio Sue, y echar por tierra cuando ménos todo lo que su *Judío* hubiera dejado en pié en el jardín de Loyola.

Puse, pues, manos á la obra, y ¡con cuánto afán! Aquel sujeto, que era, como he dicho, director de un gran periódico, no me habia engañado; poseía un tesoro de papelotes, cajones de libelos, trójes de lo que él llamaba *documentos*. Desde por la mañana hasta por la noche iban y venian sus escribientes de su casa á la mía con mamotretos anti-jesuiticos debajo del brazo, en cestas, en lios; mi director en persona traía los bolsillos llenos de papeles; no contento con esto me escribía cartas que pesaban cuatro veces más que las ordinarias; el correo no las admitía de más peso.

No era mi director ninguna eminencia literaria; ¡pero era tan bonachon! ¡sus convicciones eran tan arraigadas, y habia tomado tan á pechos nuestra tarea! Me acuerdo de una de sus frases escrita en una esquila de cierto borrador atribuido á Mme. de Pompa-

dour: «..... original de aquella mano de encajes que hacia señas á Latude acariciando á Voltaire.» ¿Qué quereis? Mi hombre tenia pujos de estilista, aunque escribia sin *s* final la palabra francesa que significa encajes.

Ambos trabajamos como negros por espacio de un mes; sobre todo él, que se dedicaba á esto con una pasion inaudita, si bien es verdad que más que contra los Jesuitas, la tenia contra Eugenio Sue y *El Constitucional*. Se figuraba que el doctor Veron le quitaba de la boca cada pedazo de Jesuita que se servia en forma de folletin al apetito de los suscritores de *El Constitucional*. «Empecemos á publicar nuestro libro, me decia con lágrimas en los ojos, empecemos pronto; pues si no no nos van á dejar nada.» ¡Qué errado iba! Todavía queda y siempre habrá por servir algun plato de este manjar; pues al cabo de treinta años, cuatrocientos ó quinientos mil franceses y francesas se desayunan todas las mañanas con las sobras de la cocina de Eugenio Sue, vueltas á echar en la cacerola por los desdichados marmitones que han reemplazado miserablemente á aquel gran guisandero de carne de cristianos.

Pasado un mes, en un hermoso día de primavera escribí á mi excelente director: «Salgo para Bretaña despues de haberme calentado las manos con las cuartillas de *nuestro* libro. Le devuelvo á Vd. sus *documentos* y su dinero; dispéñseme Vd. si le digo que solo por ligereza, y sobre todo por ignorancia, pude admitir una comision de mala ley, indigna de un escritor honrado, que si bien indiferente como yo lo soy, en materias religiosas, es tan amante de su probidad literaria como de las niñas de sus ojos. Advierta Vd. que con esto no ataco la honra de nadie; las opiniones son libres; hablo solamente de lo que á mí se refiere.»

«He tardado quizá más de lo que debia en escribir á Vd. esto; desearia poder cumplir mi promesa; pero á fuerza de estudiar, me he convencido hasta por la lectura de sus *documentos* que iba á calumniar á tanto por línea, no solo á personas inocentes, sino á ciudadanos útiles, bienhechores de la humanidad, soldados de la ciencia, conquistadores pacíficos, apóstoles, héroes, santos, cuyo crimen es haber avergonzado á todas las demás sociedades de hombres, produciendo con la fuerza

de su brazo, con su sudor, con su sangre una obra civilizadora la más admirable acaso de nuestros tiempos. Esto lo lei en su casa de usted en una página bastante bella de D'Alembert. Es cosa resuelta: semejante tarea no puede convenirme.»

Estas líneas las escribí treinta años ántes de mi conversion.

Pero vais á ver que mi director contratista no era hombre inflexible. Cuando yo menos lo imaginaba, hé aquí que se me aparece en casa, mientras yo arreglaba la maleta, exclamando desde el dintel:

—¡Bravo! Tiene Vd. razon; su punto de vista de Vd. es mucho más original: cuando menos de esta suerte no iremos á la cola de *El Constitucional*. Por de pronto vamos á causar sensacion. ¿Sabe Vd. que no ha muerto la idea religiosa? ¡Ah! Ciertamente que no. Mi mujer toma agua bendita: creo en las mujeres. Media vuelta á la derecha en toda la línea, y manos á la obra..... Pero ha de ser un trabajo serio, sólido, de cal y canto, en que abunde lo cómico.

¡El reverso de las *Provinciales*! Nada de injurias, por supuesto; pasó esta moda: intrepí-

dez impávida y documentos. Hechos, hechos, ingenio, endemoniados, pólvora, espías, algunos mártires, personajes de linda figura; si se quiere, el diácono París; militares ligeros de cascos, pero honrados, y nervio y pasión y bombo y castañuelas. Diez volúmenes, ó quince, ó veinte. Pondremos la carta de Vd. como un cartel al frente del primer capítulo. Se la devolveré á Vd. para que le ponga sal y adobo y la adicione....

Esta idea me encanta. Un jóven escritor que se embarca para rematar á esos vampiros del mundo moderno, los Jesuitas, estropeados por un periódico liberalesco á la antigua, que sirve á sus lectores su ración diaria de mentiras gastadas y de subterfugios manidos, y que se encuentra de repente—me refiero al jóven escritor—con que Rodin es la flor y nata de los principios del 89, y con que el Padre D'Aigrigny se ha burlado de Eugenio Sue haciéndose pasar á sus ojos por una rata muerta.... Todo es original, soberbio. Ciertamente no guarda la mayor armonía con nuestras tendencias políticas, pero á bien que las hay para todos los gustos; y que á nadie se le lleva á la cárcel por usar paradojas ingeniosas.

El título será *El desquite de Rodin*. Haremos cien mil carteles: pondremos hombres anuncios que los llevarán junto con la muestra de mi periódico á lo largo de los boulevares. Se hará un desafío en regla á Voltaire: no nos olvidaremos de los globos-carteles con su correspondiente lluvia de estrellas-prospectos. Haremos coplas contra Beranger: organizaremos un regimiento de repartidores á caballo.

Hasta tendremos al Clero de nuestra parte. Se distribuirán pequeños anuncios con viñetas á todos los conserjes del décimo distrito. Creo que podremos interesar á los mismos Jesuitas en el negocio..... ¡Ellos que son tan listos! Nos darán uno de sus muchos galeones cargados hasta no poder más de pistolas de cuatro tiros, cada una de las cuales vale 87 francos y 38 céntimos, y un bono de 500,000 rupias sobre cualquiera de sus factorías de Cambage, de Bimilipatuam ó de Ellichipur. ¿No le parece á Vd. este plan magnífico?

Mi hombre decía todo esto en son de risa, para no comprometerse demasiado ni siquiera conmigo; pero ¿quién ignora lo que significa la risa de un director que explora el terreno

no sabiendo á punto fijo cuando va á caza de un negocio si tropezará con un elefante ó con un gazapo? A través de su ironía se dejaba ver una emoción dispuesta á trocarse en entusiasmo. Su periódico era grande, pero nuevo; de suerte que podía orientar la vela á cualquier viento favorable, y nunca los principios del 89 han servido de obstáculo á ninguna especulación: muy al contrario.

Mientras así hablaba, veía yo desfilan ante mi vista todo lo que habia encontrado en sus *documentos*; la humilde y magnífica procesion de hombres ilustres que, desde principios del siglo XVI, vencedores ó mártires, han opuesto su pecho descubiertó á todas las mentiras, á todos los despotismos, á todas las revoluciones, á todas las ferocidades, á todas las bestialidades.

Yo me preguntaba á mí mismo cómo ha podido fabricarse á Rodin, polichinela siniestro, con los restos del caballeresco Loyola; de Francisco Javier, el milagroso apóstol de la ternura; de Canisio el oráculo; de Laynez, antoreha de la Cristiandad; de Toledo, que dió la absolucion y coronó al mejor de nuestros reyes; de Mateo Ricci, el vencedor de lo imposible; de

Claver, el esclavo de los esclavos; de Francisco de Regis, de Ravignan... y qué sé yo cuántos otros que no me es dado enumerar aquí; porque los nombres heróicos entre los hijos de San Ignacio abundan tanto, que se necesitarian muchas páginas para citar una pequeña parte de ellos; nombres de estadistas como Belarmino; nombres de oradores como Bordaloue, que golpeaba como un sordo, al decir de Mme. de Savigné, sobre el terrible orgullo de Luis XIV; nombres de sábios, de doctores, de insignes maestros, verdaderos bienhechores de la humanidad, de la juventud, ante los cuales las tinieblas huyeron gritando: ¡al ladron! ¡al ladron!

Preguntábame yo qué rabia impulsa á los enemigos de la verdad á enganar á la multitud, y qué maldicion arrastra á esta para ver por los ojos de los ciegos en vez de volver su mirada hácia la gran claridad de la evidencia.

Yo me decia: «Seria útil y fácil quitar la venda á todos estos infelices á quienes han tapado los ojos con el desvergonzado harapo del sofisma, y que tambaleándose, titubeando y tropezando en el espeso lodo de su ignorancia, van á aumentar el auditorio de los predicado-

res de taberna. Esto sería útil: todas las mujeres de estos desgraciados que comen el pan seco con sus hijos, porque les han arrancado su corazón juntamente con su Dios, me lo agradecerían. Y sería fácil, porque los hechos indiscutibles abundan y hablan, gritan y estallan debajo del medio celemin con que se les cubre sistemáticamente.

Sería además oportuno, porque hace ya realmente mucho tiempo que Diógenes se pasea con su linterna en pleno medio día para negar la existencia de la luz. Sería también hermoso, porque correría uno riesgo de ser escarnecido al mismo tiempo por el cinismo, por la sátira, por la copla, por la gacetilla, por todos los comerciantes al pormenor que venden el vicio, el crimen, la disolución, los cuales echarían instantáneamente por debajo de la puerta la llave de sus tiendas si, por imposible, el pueblo se despertase una mañana contemplando la verdad y viendo claro.»

Me decía yo estas cosas confundiendo como se vé, acaso porque son inseparables, la causa de Dios y la de los Jesuitas, que fué, es y será siempre la causa del pueblo á despecho del mismo pueblo y de sus envenenadores.

Sin embargo, despedí á mi director imparcial, especie de negocio viviente, buscando su millon tan pronto á la derecha como á la izquierda, sin amor, sin ódio, sin convicción, pero siempre con entusiasmo; siempre dispuesto, así para lo blanco como para lo negro, según el viento, la marea y la *oportunidad*: imágen de la actividad enteramente vana que constituye la vida de nuestra época, tan inteligente y tan obtusa.

Me negué á todo: á lo malo por instinto de probidad, porque me disgustaba, por decencia; al bien por cobardía. Tuve miedo.

## II.

Tuve miedo de echar sobre mí el peso de todas esas gentes que fabrican el éxito; porque yo adoraba el éxito, y no tenía otro Dios. Tuve miedo á mis enemigos; se lo tuve, sobre todo, á mis amigos. Decir todos los testimonios involuntariamente favorables á los Jesuitas, que yo habia encontrado buscando su condenación en el monton de papelotes en-

res de taberna. Esto sería útil: todas las mujeres de estos desgraciados que comen el pan seco con sus hijos, porque les han arrancado su corazón juntamente con su Dios, me lo agradecerían. Y sería fácil, porque los hechos indiscutibles abundan y hablan, gritan y estallan debajo del medio celemin con que se les cubre sistemáticamente.

Sería además oportuno, porque hace ya realmente mucho tiempo que Diógenes se pasea con su linterna en pleno medio día para negar la existencia de la luz. Sería también hermoso, porque correría uno riesgo de ser escarnecido al mismo tiempo por el cinismo, por la sátira, por la copla, por la gacetilla, por todos los comerciantes al pormenor que venden el vicio, el crimen, la disolución, los cuales echarían instantáneamente por debajo de la puerta la llave de sus tiendas si, por imposible, el pueblo se despertase una mañana contemplando la verdad y viendo claro.»

Me decía yo estas cosas confundiendo como se vé, acaso porque son inseparables, la causa de Dios y la de los Jesuitas, que fué, es y será siempre la causa del pueblo á despecho del mismo pueblo y de sus envenenadores.

Sin embargo, despedí á mi director imparcial, especie de negocio viviente, buscando su millon tan pronto á la derecha como á la izquierda, sin amor, sin ódio, sin convicción, pero siempre con entusiasmo; siempre dispuesto, así para lo blanco como para lo negro, según el viento, la marea y la *oportunidad*: imágen de la actividad enteramente vana que constituye la vida de nuestra época, tan inteligente y tan obtusa.

Me negué á todo: á lo malo por instinto de probidad, porque me disgustaba, por decencia; al bien por cobardía. Tuve miedo.

## II.

Tuve miedo de echar sobre mí el peso de todas esas gentes que fabrican el éxito; porque yo adoraba el éxito, y no tenía otro Dios. Tuve miedo á mis enemigos; se lo tuve, sobre todo, á mis amigos. Decir todos los testimonios involuntariamente favorables á los Jesuitas, que yo habia encontrado buscando su condenacion en el monton de papelotes en-

negrecidos por sus más encarnizados adversarios, hubiera sido comprometerse para siempre.

Soy de tal condicion, que no puedo detenerme á la mitad del camino. Si me hubiera dejado coger siquiera la punta de mi dedo meñique en el engranaje, tras del dedo me habria ido en cuerpo y alma. Dada mi naturaleza, con mis pocos años, no podia considerar la cosa sino como una ruidosa provocacion lanzada contra la iniquidad triunfante, convertida en *opinion publica* desde el desdichado Pascal, magnífico juguete de la perfidia calvinista embozada en el grave manto de los solitarios de Port-Royal.

Esta mentira, este error, digo, para tratar cortésmente aún á los comerciantes de ultrajes, gracias á las diferentes capas de oposicion maligna, que por espacio de tres siglos se vienen sobreponiendo á manera de sedimentos, y que forman guano, habia adquirido una importancia, por decirlo así, oficial: porque la oposicion siempre llega á ser Gobierno con el tiempo, como si hubiera de demostrar á los necios que no es oposicion sino para ser Gobierno, y que las palabrotas sonoras que

alimentan la enfermedad social, no contienen otra cosa sino la codicia de algunos ambiciosos vulgares que perturban el Estado para trocar su raído leviton por un traje de brocado.

Esta mentira, decia yo, ó este error, acreditado hasta en los palacios mismos de los reyes por sus favoritas, por sus ministros, por sus Parlamentos, por una parte, afortunadamente mínima, del Clero, por los poetas, por los abogados, por los filósofos, por los marquesitos, en una palabra, por todos los laborantes de la oposicion que en el palacio, desde su gabinete, ó en las calles, sabiéndolo ó sin saberlo, abrieron la honda sima de la revolucion, habia llegado á ser para los liberales una especie de arca santa, á la cual no era lícito tocar.

Desde los doctores que calumnian con grandes y hermosos libros lujosamente encuadernados, hasta los pelagatos que despachan al pormenor el insulto en los folletines, ó lo reparten en pequeñas dosis para las noticias del día, y los mamarrachistas que lo escriben con carbon en las caricaturas, todo el mundo daba á los Jesuitas su obligado puntapié, como todo el mundo se vacuna y entra en quintas. Yo

hasta los hombros en este arroyo en que hay tanto dinero y tan fácil es cojerlo.

A todo esto, Dios me buscaba. Caminando á la ventura crucé un dia por el hermoso y recto camino del reverendo Padre Olivaint, que de allí á poco hubo de recibir la corona del martirio de manos de algunos perdidos del mísero pueblo de París, á quien amaba tan ardientemente y á quien habia socorrido toda su vida. Habia yo confiado á los Jesuitas la educacion de mis dos hijos mayores, á los cuales siguieron oportunamente los otros dos.

¿Comprendia yo bien entonces toda la grandeza de esta institucion? Creo que no; porque en suma, no conocia aún de los Jesuitas sino el himno entonado en loor suyo por la cólera impotente de sus calumniadores. Necesitaba yo algo más que esto; adormecido en brazos de mi prosperidad mundana, necesitaba un castigo para despertar, un dolor que hiciese verter lágrimas á mis ojos.

Este castigo vino por la misericordia de Dios á visitarme; atacado de repente de un dolor desconocido que me puso á dos dedos del sepulcro, en aquel solemne momento en que el alma doliente duda y vacila, solicitada de una

parte por el arrepentimiento y la vida, y de otra por la rebeldia y la muerte, fuí asistido por un Jesuita que me mostró su Crucifijo en mi agonía, y me libró del abismo de la desesperacion.

Y un dia, ¡el dia más hermoso de mi vida! vine á arrodillarme en una capilla de Jesuitas, ante el sepulcro donde descansan los restos mortales de un dulce, humilde y noble corazon, de un Apóstol, del Jesuita Pedro Olivaint, que estaba entre el altar y yo, y rogaba por mí en el momento en que yo, perdonado ya, recibia á mi Dios en la Hóstia Santa.

He dicho esto otras veces: aquí y allí, en todas partes; no me reconvengais porque lo repita, pues seria inútil. Lo diré, lo repetiré, con el corazon lleno de gratitud y alegría hasta la última hora de mi vida.

MI CONVERSION ES MI NOBLEZA, MI GLORIA Y MI VICTORIA EN ESTE MUNDO, ANTES DE SER MI SALVACION EN EL OTRO. ASÍ RECOJO CON PIADOSO CUIDADO TODO LO QUE DE CERCA Ó DE LEJOS SE REFIERE Á MI CONVERSION. HE HECHO UN LIBRO SOBRE ELLA Y HE DE HACER OTROS DICRIENDO Y REPITIENDO: *Quia fecit mihi magna qui potens est.* ¿Por ventura

no tengo el derecho y el deber de cantar el *Magnificat* de mi gratitud inmortal?

¡Oh Dios y Señor y Salvador mio Misericordioso! No siempre os servís del mismo medio para traer las almas á Vos, sino á cada alma que se estravia, le alargáis el cable que precisamente le conviene para librarse del abismo. Yo era frívolo y sutil, y hé aquí que habéis puesto en mi camino esta pequeña aventura, frívola y sutil como yo: de los mismos documentos amontonados para aplastar á vuestros siervos, y hojeados al azar por una mano mercenaria (habló de la mia) que buscaba armas y municiones para un mal combate, salió repentinamente un soplo de verdad, que fué salir del seno de la calumnia almacenada y concentrada á fuerza de trabajo.

No me parece á mí que hubiera habido en el mundo cosa de tanta eficacia para conmoverme como aquel lance teatral. Yo, fabricante de peripecias y sorpresas, vine á ser parte en una peripecia y en una sorpresa dispuestas ambas por la mano del Señor. No me habla convertido todavía á Dios, porque no era esta entonces mi voluntad, pero ya estaba prevenido para este feliz suceso. La artillería que yo habia pedido

prestada á la incredulidad, al jansenismo, al protestantismo, al nihilismo, y en suma, á todas las traiciones con que se ganan los treinta dineros que no puede el hombre llevarse consigo despues de la muerte; esa artillería, digo, fué como los cañones chinos, á los que, segun cuentan, les suele salir el tiro por la culata; este descubrimiento hicelo yo antes de librar la batalla, cuando me ejercitaba en el tiro. Y fué tan insignificante el trabajo que me costó echar de ver la mala calidad de tales armas, que en lo sucesivo no podia reconocer ni áun la buena fé de los que las usaban.

No hay duda que la prevencion, la obstinacion, la ceguedad, el ódio y todas las pasiones de nuestra enferma y miserable naturaleza influyen en el ánimo de los tales; pero hay evidencias que claman de tal suerte, que es preciso taparse los oidos para no oir el testimonio de los que ven, áun cuando se haya tomado la precaucion de sacarse ambos ojos para no ver por sí. Se sigue un partido determinado, se sufren tales ó cuales influencias, y desde que la nobleza ya no obliga, se la sustituye desgraciadamente con el sordido comercio.

No hay sino coger á solas á esas gentes que

acusán á las hijas de Caridad de castigar con quemaduras á las niñas, y confesarán de buen grado, á fuer de personas honradas, que esa manera de hablar no es otra cosa de su parte sino una ingeniosa metáfora.

Es probable, sin embargo, que en la próxima feria de mártires se vendan algunas Hermanas de la Caridad. En realidad creo que hasta ahora no se ha fusilado á ninguna. ¡Milagro es! ¡Y si supiéseis, señores denunciadores de la abnegacion, qué fervoroso cántico de misericordia entonarían en favor vuestro esas valerosas hermanas el día en que con esas plumas, semejantes á los susodichos cañones chinos, les abriéseis violentamente y sin quererlo, las puertas del Paraíso celestial!

Y ya que hablamos ahora juntos un momento, mis queridos amigos de antaño, á quienes amo siempre y por quienes ruego de corazón día y noche, sin exigir en cambio el menor reconocimiento, me acuerdo que os ví muy indignados, muy afligidos, y sobre todo muy aterrorizados hace seis años, al día siguiente de los terribles sucesos que llenaron de estupor á París, á Francia y al mundo entero. Creo poder afirmar, que el asesinato de los re-

henes (incluso los Jesuitas) os inspiraba un sentimiento muy parecido al horror, y que protestábais con indignacion cuando la lógica de algunos de nosotros indicaba cierta conexión entre estas catástrofes y el chispeante ingenio de vuestros artículos.

Esto os desagradaba. No queríais convenir en que vuestras elegantes cuartillas pudieran servir de taco al *chassepot* de algun borracho sanguinario.

Sin embargo, durante tres meses, por lo menos, vuestros artículos tomaron un tinte... ¡oh! un tinte casi edificante.

Lo comprendo perfectamente. Siendo niño produje un incendio en mi casa jugando con unos fósforos, y también por espacio de tres meses me inspiraron los fósforos mucha repugnancia. Al cabo de tres meses hice lo mismo que vosotros; volví á abrir la caja de fósforos. Pues bien, creedme si quereis; la misma causa produjo el mismo efecto, y el incendio se repitió; por fortuna la casa estaba ya asegurada. ¡Ay amigos míos! ¿Está Francia también asegurada? Yo en vuestro caso indagaria si lo está, antes de jugar con el fuego.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
FACULTAD DE CIENCIAS  
MADRID

## III.

Han pasado treinta años desde el día en que el excelente y habilidoso director de un gran periódico me propuso llevar á los Jesuitas á la picota, ó levantarles un pedestal, dejando á mi imparcialidad el escoger entre estos dos partidos. Treinta años habria pasado yo, no ya en escribir este libro que intitulo ¡Jesuitas! sino en atesorar el valor suficiente para escribir su primera línea.

¡Pluguiese á Dios que hubiera empleado en efecto esta mitad de mi vida en difundir la luz segun el alcance de mis escasas fuerzas! Pero en vez de hacerlo así, he sembrado mi largo camino de páginas frívolas que han servido de juguete al viento. El nombre de Dios es honrado en ellas vagamente, la religion nombrada siempre en vano, y apenas hay algunas entre todas estas páginas que me sea dado volver á leer con verdadero consuelo. He perdido mucho tiempo. ¡Treinta años! ¡Jesuitas! ¡Ah! ¡Cuántas veces en tan largo espacio de tiempo he usado esta palabra con ligereza, cuando no injuriosamente, ántes de conside-

rarla como el título de honor más hermoso que puede darse á un siervo de Jesucristo!

Vuelvo á tomarla aquí en su acepcion de insulto, sufrido humilde y noblemente; acepcion que implica un ultraje al nombre de Dios, una injuria inferida á Dios ántes que á los hombres. Llamo á mi libro *Jesuitas!* como lo llamaria *Ladrones!* ó *Malvados!* como Voltaire llamaba á Jesús ó á su Iglesia: *¡Infame!* Siempre el nombre santísimo del Salvador de los hombres es el escarnecido á la faz de los hombres, con la complicidad de los hombres, por la posteridad de los que á pesar suyo fundaron en cierto modo el Cristianismo clavando á Cristo en la cruz.

Todo lo que se hace contra Dios es para la gloria de Dios.

No temo que se me acuse de confundir una cosa con otra y de hacer que recaiga sobre la Iglesia, mezclando dos causas que no pueden separarse, la milagrosa impopularidad de la Compañía de Jesús.

Esta impopularidad, ¿no es, en suma, la popularidad más grande que los siglos hayan podido amar ó aborrecer, despues de la misma gloria de Dios y de la santidad de la Iglesia?

¿Y no se podría decir también que es, aunque más en pequeño, la propia popularidad de Dios y de la Iglesia?

¡Ah! Estoy pronto desde luego á retirar de este libro cualquiera palabra que no merezca la entera aprobacion del Padre comun de los fieles; pero también sé anticipadamente que Dios y su Iglesia no reniegan de los que les sirven. Los Jesuitas no son ni Dios ni la Iglesia; pero salen del corazon de la Iglesia para enarbolar el Corazon de Dios al frente y al lado de la Iglesia.

Por pesada que sea su cruz, hecha de gloriosos oprobios y llevada entre los desprecios del mundo, ¡qué son esta cruz y los oprobios que aumentan su peso, al lado de la Cruz del Infamado por excelencia, cuya afrenta y dolor fueron sin límites, tales como convenia que fuesen el dolor y las afrentas de Dios!

La Compañía de Jesús atrae hácia sí la mayor parte de los ódios concitados contra la Iglesia, porque vivaquea más cerca del enemigo, siendo como ha sido, es y será, desde la hora de su nacimiento, la guardia de honor en las avanzadas del ejército de Dios; toma la mayor parte de la herencia legada por la pa-

labra misma de Cristo á su familia de apóstoles, amenaza preciosa y promesa terrible (1), porque fué instituida expresamente para oponer su pecho desnudo á la revolucion engendrada por la doble apostasia de Lutero y de Calvino, rebelde brutal el uno, y el otro despota y fanático hasta la hoguera; ambos profetas y artifices de las convulsiones que sacuden la tierra en nuestros condenados tiempos, como si la caduca barbarie de la ciencia y del entendimiento, embriaguez de las civilizaciones enervadas, debiera aventajar en las ruinas que causa á la salvaje pero robusta accion de los antiguos bárbaros, azote fecundo, aunque horrendo, de donde brotó la juventud de los pueblos modernos.

Nada puede salir, por el contrario, de las negaciones que nos rodean. La irrupcion de aquellos hombres duros y feroces á cuyo impulso fué sepultado el Bajo-Imperio, trajo consigo el caos, es cierto, pero aquel caos era una

(1) «Sereis dichosos cuando os maldigan y os persigan y digan contra vosotros toda clase de injurias y de mentiras por mi causa: alegráos entonces y estad contentos, porque vuestra recompensa será rica en el cielo.»

confusion llena de sávia y de riqueza que el Cristianismo iba á animar iluminándola; mas la invasion actual no trae nada, sino el bronce de Prusia y el oro americano, el egoismo, el cálculo, el frio de la fiebre y el vacío saturado de odio.

Y es cosa lamentable, en verdad, ver á pueblos decrepitos pertrechados con sus matemáticas y blindados de protocolos, preparar con prodigiosa paciencia el gran jubileo de la guerra universal: un tropel de muchos millones de hombres que se ametrallarán unos á otros mecánicamente, con arreglo á perfeccionamientos inverosímiles en el arte de matar, en un choque largo, ancho, profundo, enorme, en el cual nadie verá un rayo de luz.

Hé aquí en qué viene á parar la sabiduría sin Dios. La política materialista, concentrada en este axioma de las decadencias desesperadas: «Después de mí el diluvio;» no tiene ya otro expediente que una danza sangrienta en la frontera para *contener el interior*. La guerra es un espectáculo, la invasion un comercio.

Europa espera, Europa se estremece: ¡ah! Europa está muy ocupada; porque, á pesar de sus terrores, necesita jugar á la Bolsa, necesita

comerciar, perorar, redactar, elegir, disparatar y hasta discurrir, todo esto para vivir; necesita aburrirse y divertirse, viendo fundir los cañones.

¡Y qué magníficos cañones! Diez siglos se han empleado en perfeccionarlos; en este género no se hará nada mejor nunca... hasta el año que viene!

¿Es esto todo? No; acabo de deciroslo: los cañones harán el mismo papel que el famoso órgano de Barbary de las *Causas célebres*, que tocaba fuera la cancion de Mambrú, mientras que dentro asesinaban á Fualdés.

¿Cuáles son, pues, los ruidos que es preciso ahogar en Europa y en Asia con el órgano monstruoso de la guerra? ¿Qué sucede en lo interior de todas estas grandes casas que se llaman reinos, repúblicas ó imperios? ¿Quién engaña á quién?

Este es el secreto de la eterna comedia que todo el mundo sabe, pero que todo el mundo ignora. Los reyes son muy hábiles, y los tribunales muy ávidos: á la verdad, el arma más mortífera de todas estas no es el cañon.

Pero entonces, ¿por qué lanzar el grito: ¡Jesuitas! ¿y qué viene á hacer en medio de estos

ruidos de guerra ó de revolucion un libro que no habla ni del arma de los tribunales, ni del arma de los soldados?

Miradlo mejor, escuchad más atentamente: por debajo y por encima de esos groseros murmullos gritan ó aullan otras voces. Dios castiga, pero no matará antes de la hora final que tiene anunciada, y hay un imperio que nunca perecerá, el de la fé: la Iglesia.

La Iglesia combatirá hasta el fin de los tiempos su rudo y glorioso combate, y no alcanzará nunca completa victoria, pero nunca será vencida: *Non praevalent*. En la hora misma en que sus enemigos la crean por tierra, se volverá á levantar todavía más valerosa y llena de vida. Dios lo ha prometido, Dios es soberanamente fiel en cumplir sus promesas.

En sentido contrario al del movimiento de impiedad y de demencia que agita furiosamente á este siglo, se marca otro movimiento. No me conviene medir aquí, ni pesar á la ligera, la importancia de este movimiento que apenas nacido toma ya tan grandes proporciones: cada uno puede apreciarlo por las iras y el terror que inspira. La Compañía de Jesús, siempre expuesta á los primeros golpes, ha

sufrido en primer término los ataques suscitados por este movimiento; contra ella han vuelto á lanzar acusaciones cien veces refutadas y otras tantas resucitadas incensantemente desde el dia en que el Parlamento de París, tan cariñoso con los asesinos de Enrique III, erigió en frente del palacio de Justicia aquella famosa pirámide que declaraba á los Jesuitas convictos del asesinato de Enrique IV.

Enrique IV se encontraba bien, gracias á Dios, y no estaba de humor de tolerar este juego de hipócritas austeros que, para hacerse perdonar sus verdaderas felonías, exageraban las muestras de una abnegacion que no tenían. Conocía á su Parlamento, y conocía á los Jesuitas.

Enrique IV se hizo el abogado de los Jesuitas inocentes y el juez de sus criminales jueces, los cuales escucharon, con las orejas bajas y la palidez en la frente, su defensa elocuente seguida de su punzante sentencia.

Nunca Enrique IV fué más rey que aquel dia; nunca levantó más el tono vigoroso de su lenguaje tan delicado, tan varonil, tan franco y al mismo tiempo tan francés. ¿Por qué no ha de haber en el Louvre un cuadro que in-

mortalice aquella escena característica entre todas las que señalaron los primeros pasos del Bearnés en el uso de su autoridad reconquistada? Los hijos de Enrique IV reinaron por espacio de cerca de dos siglos despues, es decir, más tiempo del que necesitaban los Borbones para mandar á sus pintores de cámara que perpetuasen aquel acto soberano de equidad, tan noble y tan elocuentemente ejecutado, que viene escitando desde hace trescientos años la admiracion de todos los historiadores, áun de los enemigos de Dios y de los reyes.

Pero no; los lienzos de nuestros museos tienen otro destino; y no hay que buscar en el Louvre, en la brillante orgía de colores producida por el pincel de Rubens, sino dioses de la fábula conduciendo á no sé qué altar pagano á aquella jóven florentina que nos traía un destino tan sombrío entre los pliegues de su traje nupcial.

Los cuadros, como los poemas, nacen para el éxito y son esclavos del éxito; no se consagran ni poemas ni cuadros á lo que no halaga las manías del vulgo. ¡Un triunfo de los Jesuitas! ¿Quién es el malaventurado poeta ó el desdi-

chado pintor que se atreveria á emprender una tarea tan estravagante? En tratándose de los Jesuitas, es preciso herir, satirizar, calumniar: esta es la regla del éxito y el camino trillado de la gloria.

No sé el nombre del primero que dijo que la grandeza de las obras y de los hombres se debe estimar por la suma de los ódios suscitados por esos hombres y por sus obras; lo que sé es, que esta es una verdad hasta vulgar, y que no parece sino que los pueblos no han tejido su historia en la série de las edades, sino para hacer constar la miserable certeza de este axioma. En toda la antigüedad pagana, tan rica en héroes, no hubo más que tres «justos,» proclamados por unanimidad, en un sentido aproximado al sentido cristiano, y sus coronas han sido esculpidas en la roca de los ódios que se amontonaron en torno suyo para castigar, como era necesario, su intolerable virtud.

El primero, Aristides, fué arrojado de su patria como un malhechor, y los otros dos, Sócrates y Focion, fueron condenados, para que su castigo fuera asimismo ejemplar, á beber la cicuta.

Despues de más de veinte siglos, estas nec-

30139

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MÉXICO

dotas se cuentan, y hasta se saca de ellas no sé qué melancólica moralidad, en los libros destinados á la juventud. He leído en alguna parte esta amarga reflexion á propósito de Aristides: «Es permitido ser jorobado entre las personas que tienen el cuerpo bien formado: esta es la libertad; pero en un pueblo de jorobados nadie tiene derecho de presentarse sin joroba, so pena de que se dé por ofendida la libertad.» Y bien dicho: esto último es impertinente y hasta tiránico: porque el hombre jorobado tiene el derecho de no ver más que jorobas.

Aristides merecia su muerte: era un Jesuita ántes de Jesús. No se le debe compadecer. Quien merece aquí compasion, son los atenienses. Aristides marchó al destierro, y el destierro le engrandeció. Sócrates y Focion bebieron su suplicio, y su suplicio los glorificó. Pero los atenienses corrian al abismo de su total é irremediable decadencia, para la qual no hay redencion; las civilizaciones no resucitan nunca.

Quando los pueblos mueren se mueren del todo.

¡Oh! verdaderamente Aristides no habia me-

nester de abogado; Platon no defendió á Sócrates sino despues de muerto, y el mismo Demóstenes hubiese perjudicado al defenderla, la causa de Focion. Si alguna voz elocuente se hubiese levantado en estos procesos, á los cuales dió tanta celebridad y gloria la desgracia de Atenas, no hubiera sido en pró de Sócrates, ni de Focion, ni de Aristides, sino en favor de los Atenienses. Así sucedió en la causa general del Justo de los justos, de Cristo, condenado por los pérfidos judíos, y desde entonces crucificado todos los días por todos los malvados de todas las naciones. Ni Cristo ni su Iglesia tienen necesidad de abogados.

Los que defienden á Dios y á la Iglesia no sostienen en realidad más que los verdaderos intereses de los perseguidores de Dios y de la Iglesia. Levantan la voz en la confusion universal, y exclaman: «Atenienses: ¡Tened compasion de Atenas!»

Así sucede en el proceso de este batallon sagrado del ejército católico: la Compañía de Jesús. Nadie tiene en cierto modo el derecho de defenderla, pues que el campeon que la fundó tuvo cuidado de estipular, en el contrato

celebrado entre su ambicion sublime y la omnipotencia de Dios, que la persecucion debia ser y seria el precio convenido, la recompensa obligada, el estímulo perpétuo de su infatigable esfuerzo; de tal suerte, que toda tregua habia de privarle de un regalo, y todo descanso darle un trabajo no concertado en aquel pacto.

¡Ah! ¡Cuán léjos nos lleva esto de los pactos que regulan las relaciones entre los individuos ó entre los pueblos! No tratemos de explicar la locura de la cruz, sino investiguemos cuando más todo lo que encierra bajo el punto de vista del interés humano.

En el orden de estas concepciones sobrenaturales, ¿no es siempre, en efecto, el interés, el beneficio y la salvacion del hombre lo que se oculta detrás de toda palabra destinada aparentemente á expresar algun atributo de Dios?

No hay más que Dios para el hombre espiritual, para el Santo, para el mártir; por esto es Santo el Santo, mientras para Dios no hay más que el hombre; el mártir, al morir por Dios, no sirve sino al hombre con la maravillosa reverberacion de sus méritos, que se llama la comunión de los Santos. Dios fué el primero que tuvo la locura de la cruz.

Lo que la Sagrada Escritura designa por la magnífica palabra: *la gloria de Dios*, no es (no puede ser) más que la redencion del hombre.

Dios eterno, quien, haciendo el mayor de todos los milagros, ha querido morir, no ha querido morir sino por el hombre. Cuando nos arrodillamos y besamos la tierra,—los que tenemos el admirable tesoro de la fé,—¿qué hacemos sino clamar á Dios para tener más fé, y para que los desgraciados privados de fé abran su corazon á este supremo beneficio? Padre nuestro que estás en los cielos, ¿qué te pedimos sino que «venga á nos el tu reino?» ¿Y qué es tu reino sino el cumplimiento de la palabra de Jesús espirando, el perdon del cielo á la tierra?

Hubo al principio un castigo inmenso para el crimen de la primera desobediencia. Un velo cayó sobre la vista del hombre y de la mujer, desterrados del Paraiso. Este velo que les ocultaba desde entonces el cielo, no les impedia ver la tierra, y se oscureció en ellos el sentido que hace tan fácil la comparacion entre algunas horas del tiempo y los millares de años que no llenan la eternidad.

Preferieron, en la ceguedad de su caída, el pequeño Hoy al inconmensurable Siempre. Y lo absurdo de este cambio formó á la humanidad y á las religiones de la humanidad durante muchos siglos.

Jesús vino, el hombre levantó su mirada sobre el horizonte terrestre, y fué instruido acerca de su providencial mision que es reconquistar la inmortalidad perdida, en un combate cuyo fin no está aquí abajo. «¡Oh Dios!» dice la oracion que se reza al mezclar el agua con el vino en el Santo Sacrificio. «¡Oh Dios! que criásteis maravillosamente la naturaleza humana en tan alta dignidad y que la habeis restaurado más maravillosamente, dadnos por el misterio de esta agua y de este vino, que seamos participantes de la divinidad de Aquel que quiso participar de nuestra humanidad...»

Lo quiso, pero quince siglos después de la Natividad del Verbo hecho carne, nacieron hombres en el seno mismo del Cristianismo que rehusaron ser por más tiempo participantes de la divinidad.

La rebelion, bestia turbulenta y de mirada torva, saltó fuera del claustro para proponer á la ignorancia y á la miseria la antigua seduc-

cion del plato de lentejas comprado al precio de la herencia divina. Y pareció que el universo entero iba á lanzarse sobre este cebo grosero envuelto en la red de la apostasia.

Entonces nació otro hombre que no empezó fraile, sino soldado, y que, herido en una lucha heroica, fué visitado por Dios en su lecho de agonía. Aquel era el hijo de la gran obediencia militar y de la disciplina que gana las batallas. Vió el mal y se consagró al bien, con la firme conviccion de que su esfuerzo levantaria contra él los ódios conjurados de todos aquellos á quienes daba su vida; pues esto es propio de todos los imitadores de Jesucristo: como Jesucristo, tienen conciencia y voluntad de subir al Calvario.

Este soldado de quien hablo, fué el primer Jesuita y el primer padre de los Jesuitas. Encontró la divisa de los Jesuitas en su profundo, en su ardiente amor á la humanidad.

¡A LA MAYOR GLORIA DE DIOS! esclamó en la primera hora de su cruzada contra el protestantismo, que acariciaba el impotente orgullo del hombre oponiéndolo á la humildad omnipotente de Dios.

Siete palabras en francés, seis en español y

cuatro en latin: *¡Ad majorem Dei gloriam!* Esta era una voz sonora, que fué oída así por el ódio como por el amor; esa voz que se cernía en las alturas á que puede subir la voz del alma purificada; que subía como una nube de abrasador incienso hácia el trono celestial, pero quedaba también en el nivel de la tierra, porque esas cuatro palabras latinas, traducidas á la lengua universal de Cristo, significan: *¡A la mayor dicha de los hombres!*

Esta era la verdad, toda la verdad sobre lo que puede hacerse aquí bajo en favor del género humano; porque la mayor gloria de Dios no es sino el más rico y más superabundante rescate de la condenación de los hombres.

¡Cuándo se comprenderá, pues, que servir á Dios, en el pensamiento mismo de Dios, nuestro amigo de arriba, *amator noster*, es contribuir cada uno á medida de su poder, á la obra maestra de Dios, que es la redención de los hombres! No se sirve á Dios en beneficio de Dios; pues nada se puede añadir á lo que Dios posee, que es Todo.

No se defiende precisamente á la Iglesia, que es imperecedera; no se defiende solo la causa

de los Jesuitas, que *tienen derecho* á la persecución, necesaria por el pacto mismo de su institución.

Lo que se sirve, lo que se defiende y por lo que se aboga es el mayor bien de los hombres en Dios.

#### IV.

Podrá parecer que hablo con cierta elevación, pero es porque traduzco bien ó mal elevados pensamientos que distan mucho de pertenecerme. Necesito ahora descender del cielo y tocar á la tierra para decir en algunas palabras el plan de este libro, que será como el prólogo de un trabajo de más importancia, cuyos materiales tengo reunidos.

En la cuenta corriente que compara según el *debe* y el *haber* los humildes elementos de mi vida, me encuentro deudor de este trabajo respecto á un acreedor que es *mi conversión*. Lo he dicho y lo repito: la desvergüenza de la calumnia dirigida contra los Jesuitas, me ha hecho un gran bien, abriéndome los ojos por lo ménos en las horas de vacilación, respecto á la buena fé de los enemigos de Dios.

cuatro en latin: *¡Ad majorem Dei gloriam!* Esta era una voz sonora, que fué oída así por el ódio como por el amor; esa voz que se cernía en las alturas á que puede subir la voz del alma purificada; que subía como una nube de abrasador incienso hácia el trono celestial, pero quedaba también en el nivel de la tierra, porque esas cuatro palabras latinas, traducidas á la lengua universal de Cristo, significan: *¡A la mayor dicha de los hombres!*

Esta era la verdad, toda la verdad sobre lo que puede hacerse aquí bajo en favor del género humano; porque la mayor gloria de Dios no es sino el más rico y más superabundante rescate de la condenacion de los hombres.

¡Cuándo se comprenderá, pues, que servir á Dios, en el pensamiento mismo de Dios, nuestro amigo de arriba, *amator noster*, es contribuir cada uno á medida de su poder, á la obra maestra de Dios, que es la redencion de los hombres! No se sirve á Dios en beneficio de Dios; pues nada se puede añadir á lo que Dios posee, que es Todo.

No se defiende precisamente á la Iglesia, que es imperecedera; no se defiende solo la causa

de los Jesuitas, que *tienen derecho* á la persecucion, necesaria por el pacto mismo de su institucion.

Lo que se sirve, lo que se defiende y por lo que se aboga es el mayor bien de los hombres en Dios.

#### IV.

Podrá parecer que hablo con cierta elevacion, pero es porque traduzco bien ó mal elevados pensamientos que distan mucho de pertenecerme. Necesito ahora descender del cielo y tocar á la tierra para decir en algunas palabras el plan de este libro, que será como el prólogo de un trabajo de más importancia, cuyos materiales tengo reunidos.

En la cuenta corriente que compara segun el *debe* y el *haber* los humildes elementos de mi vida, me encuentro deudor de este trabajo respecto á un acreedor que es *mi conversion*. Lo he dicho y lo repito: la desvergüenza de la calumnia dirigida contra los Jesuitas, me ha hecho un gran bien, abriéndome los ojos por lo ménos en las horas de vacilacion, respecto á la buena fé de los enemigos de Dios.

esto me agradaba entonces, pues yo despreciaba á mi prójimo en vez de amarle y respetarle; mi única ambicion era llegar en este camino torcido más léjos que nadie. No me movieron los golpes de maza, nada de eso; queria asestarlos todavia más fuertes; lo que me detuvo fué, como siempre, me complazco en confesarlo ahora por vía de penitencia, el poco airoso papel que tendria que representar en la comedia.

Yo que me habia tragado sin pestañear mentiras tan grandes como una casa, falsos testimonios de inmoralidad, de asesinato, de ferocidad, de ignorancia y hasta de herejía, me detuve estupefacto como Robinson cuando encontró la huella de la planta de un hombre en la arena de su isla desierta, al leer ciertas palabritas al pié de la nona *Provincial* de Pascal.

Me acuerdo de esto como si fuese ahora. En esta famosa carta-novena tan llena de tergiversaciones, de textos truncados, interpolados y hasta falsificados, la emprende Pascal con los libros de *devocion fácil* de los Padres Binet y Barry; carta muy *espiritual*, aunque algo pesada y saturada de perfidia y de sinceridad aparente.

Hay en ella sobra de franqueza; no hay más que ver. En tratándose de buena fé, Pascal no bromea nunca; en este punto es más rígido que Voltaire.

Pero habia un *post-scriptum* que decia sencillamente: *Despues de escrita mi carta, he leído á los Padres Barry y Binet....*

Al principio no me fijé en esta postdata, y es natural; Robinson tuvo que pararse á reflexionar para que una simple huella de un dedo de pié humano llegara á producirle sudores angustiosos.

Iba á pasar adelante cuando sobrevino la reflexion, y me fijé en la preciosa candidez de la frase: *DESPUES DE ESCRITA MI CARTA, HE LEIDO Á LOS PADRES BARRY Y BINET....*

Direis que esto no era nada; ¡ah! estamos conformes. ¡Nada! ¡ménos que nada! Cuando más, la distraccion de un corazon honrado, metido en un sendero vergonzoso y mostrando por descuido la punta de la oreja de su natural probidad.

Y sin embargo, á pesar mio, volví á leer la frase, que me pareció entonces impresa con enormes caracteres: *DESPUES DE ESCRITA MI CARTA, HE LEIDO Á LOS PADRES BAR-*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

RY Y BINET..... Y para mí el libro de Pascal, coleccion completa de los escamoteos jansenistas, se rió como un loco.

¿Tengo yo la culpa de que las picardigüelas de este género me hieran más vivamente que las villanías gordas? Nadie se puede desprender de su natural. Este adorable *post-scriptum* prendió fuego á todos los demás *documentos*, que ardieron por fin francamente sobre mi mesa, despues de haber sentido durante tanto tiempo el calor de la vergüenza.

¡Pascal! ¡el gran Pascal, el Pascal de los *Pensamientos*, habia desollado á tientas á aquellos infelices Padres Barry y Binet; él mismo lo decia en un *post-scriptum* sin ningun remordimiento y como con cierta satisfaccion de haberlo hecho!

¡Pascal, que ha escrito tan magnificas páginas sobre la muerte, jactándose en un *post-scriptum* de haber ahorcado, siendo juez, á un reo, reservándose interrogarlo despues de ahorcado!

Creedme: amaba mucho á Pascal ántes de esto; pero el mencionado *post-scriptum* le daba derechos á mi eterno reconocimiento; así es, que me lo represento sentado sobre el cadá-

ver del Jesuita fantástico á quien asesinó, como uno de los instrumentos que más contribuyeron á abrirme los ojos respecto de la Compañía de Jesús, y á que yo recibiera esta luz que fué, gracias á Dios, el preludio de mi amada conversion.

En efecto, nadie pondrá en duda que Pascal es, no solamente el más grande, el más cristiano y el más elocuente, sino tambien el más agudo, el más duro y más encarnizado enemigo de los Jesuitas; y sin ofender el talento de sus verdugos más modernos, que han llevado hasta el asesinato la brillante crueldad de las *Provinciales*, se puede afirmar que desde Pascal no se ha dicho contra los Jesuitas nada que Pascal no hubiese dicho ya mucho mejor. Pues bien; para un espíritu algo perezoso y obtuso como lo es el mio, accesible únicamente á las bagatelas, ¿no era providencial ver á Pascal tomarse el cuidado de añadir un *post-scriptum* á su novena-carta, que podia pasar muy bien sin él, pintiparado para darme una palmadita en el hombro y decirme con encantadora simplicidad: «Mira cómo trabajo con mis legajos: yo, la mejor conciencia de esta córte prebostal instituida para es-

terminar á los Jesuitas, empiezo por picar á mi hombre como si fuera á hacer albóndigas, que es lo principal, dejando para luego el hojear sus papeles; de esta manera no se pierde tiempo.»

Ciertamente que no se habrá dado ni se dará nunca una demostración más graciosa, ni más convincente, de la inutilidad de cuantos esfuerzos se hagan para convencer á los que cierran los ojos y se tapan las orejas.

No se ha probado lo bastante que Pascal hubiese adivinado la geometría, como refiere cierta leyenda jansenista, por sí solo y sin haber abierto á Euclides; pues sabido es, que el libro de Euclides se encontraba en la biblioteca del padre de Pascal; pero si está bien probado que Pascal fabricaba y armaba y ponía en movimiento, según él mismo se jacta de ello, los molinos de viento á que daba el nombre de Jesuitas, para cerrar después con ellos á plumazos. Hacíalos ó los recibía hechos de manos de algún Nicole ó de algún Arnault; con su amarga y doliente fantasía perfeccionaba la caricatura medianamente bosquejada por este Arnault ó Nicole, la cubría con el hermoso traje de su estilo, y todo el ardor de la

fiebre que le mató, tan grande, tan joven y tan desgraciado, conducía al doloroso resultado de convertirlo en instrumento—instrumento de oro!—en la mano desleal de la herejía.

Compadezco á Pascal más que á ningún otro hombre, porque le admiro con ternura; pero no admitiré la excusa de los que me digan: «Importa poco que se lea antes ó después, con tal que se lea.» Los que *leen después* tienen ya tomado su partido, y no buscan la verdad sino más bien una salida, para dar á su opinión apariencias de verdad.

Los que *leen después* entran resueltamente en la categoría de los sordos que no quieren oír, que son los peores. Por mi parte los considero tanto más sospechosos, cuanto que la fortuna popular de sus alegatos estriba en lo paradójico de la causa que han escogido. Sucédales esto con premeditación ó sin ella, es lo cierto que los tales se casan con su obra gracias á la facilidad incomparable del éxito. Allá van; no esperéis que se detengan nunca: el error es para ellos demasiado cómodo y lucrativo.

No aguardéis tampoco que retrocedan jamás

ante lo grosero de ciertos medios; que hasta lo burdo de sus mentiras es agradable á la glotonería de sus clientes. Estos convidados necesitan tajadas y vasos grandes; razon por la cual nada es tan resbaladizo como la costumbre de verter sofismas, si no es el hábito de tragárselos. Es ley matemática, que la audacia de la calumnia no puede rivalizar nunca con las proezas de la credulidad.

Así es que siempre y necesariamente hay una calentura maligna peor que la de los taberneros de embustes; es la calentura de los borrachos que los consumen. Son dos erupciones cutáneas que se exasperan mutuamente: el sarampion del profesor, la escarlatina de los estudiantes.

Ahora bien, ¿sabeis lo que pueden dar estos estudiantes de taberna á sus doctores? Pueden darles el dinero que á ellos tambien les hace falta, el éxito que aquellos nunca alcanzarían, y hasta la gloria, sí, la gloria, no obstante ser tan oscuros y vivir á cien piés debajo de la tierra. Son el número; no pueden nada para sí mismos, y lo pueden todo para el bodegonero que los achispa, para el acróbata que hace mil contorsiones dejándoles con la

boca abierta, para el charlatan que les da vaya. Y supongo que no esperareis que el profesor, el bodegonero ó el funámbulo vayan á dejar su modo de ganar el pan, de ganar votos ó de ganar gloria, para correr en pos de la verdad que no da ni votos, ni gloria, ni pan. Teneis razon: no esperéis tal cosa: seria ir contra la naturaleza.

No esperéis sino en Dios, pero rogadle tranquilamente. Pronto hará diez y nueve siglos que dura esta industria del error siempre triunfante y siempre moribundo, transformándose, es cierto, en un error nuevo, mientras que la verdad permanece inmóvil, siempre la misma, porque no hay sino una sola verdad contra millares de errores.

Pero basta. Roguemos tranquilos, pues; aunque mil errores se multipliquen por otros mil; los errores pasan y nuestra única verdad es eterna.

## V.

¿Para quién voy, por consiguiente, á escribir?

Voy á escribir para los que todavía no tie-

nen formada su opinion, para los jóvenes, para la gente de mundo y tambien para los frívolos como yo, que fluctúan, como yo estuve fluctuando mucho tiempo, en una irresolucion llena de indiferencia entre el error que no conocen bien, y la verdad que no les interesa conocer.

Ignoro si será leído, pero lo espero.

Para algunos, mis libros malos de otros tiempos servirán de pasaporte á este libro de hoy, que será bueno. La malevolencia despertará la curiosidad de otros; porque ciertos escritorzuelos me acusan de haber emprendido una especulacion al convertirme á Dios..... ¡Y cuánta razon tienen, Dios mio! ¡Qué inmensa fortuna he conquistado de un golpe al anonadarme á vuestros piés! Pero no quiero entonar ahora el cántico de accion de gracias que rebosa en mi corazon. Seria tarea muy larga, y no dispongo sino de algunas líneas para indicar el objeto de mi trabajo. No diré más sino que esta inculpacion lanzada contra mi honra, es una fortuna; me procurará lectores.

¿No es á la verdad cosa chocante y divertida, ver á una persona decente descender, aunque un poco tarde, hasta el fondo de la indus-

tria de los hipócritas? Cuento con esto, y por eso me apresuro á forjar estos agujones y agujonear con ellos mientras hay calor.

Este libro será, á ménos que la ejecucion no corresponda al pensamiento, el boceto, trazado en ancha escala, de mi gran cuadro, *La Historia general de los Jesuitas*, que terminaré si Dios me da fuerzas y vida. Necesito fijar de antemano las líneas principales y las perspectivas. Mi trabajo actual será, pues, solo un bosquejo hecho con lápiz, ó para hablar sin metáforas, un resúmen ligero, pues que ha de reducirse á un volúmen. Pero en este estudio hecho en globo, me propongo hacer resaltar ciertos hechos capitales: justamente aquellos que han servido principalmente de tema á los calumniadores, y que forman, por decirlo así, la leyenda de la calumnia.

La admiracion que acompaña al título de mi obra, indica el propósito de dar alguna importancia á la perpétua injuria con que el ódio, desde hace trescientos años, aplasta y mata algunas veces á la Compañía de Jesús, que resucita siempre; me ha parecido oportuno elegir los más ruidosos entre los *crimenes* de estos eternos acusados, para exponerlos en

lante de Dios y su significacion en la historia.» (1).

¿Qué lucha? La lucha de la autoridad contra la rebelion, de la libertad contra la opresion, del orden contra el desorden, del bien contra el mal: la verdadera, la grande, la única lucha.

Sé por otra parte, que esta lucha no es en la actualidad ménos general ni ménos desesperada que en el siglo XVI. Ahora como entonces se vé amenazada no solo la Iglesia sino la sociedad en general, y ciertamente, si comparamos ambas épocas, veremos que nuestro tiempo está mucho más enfermo, desde el punto de vista religioso y social, que el siglo de Lutero y de Calvino.

Sé que nuestra pátria tiene en la actualidad dos apremiantes necesidades, dos necesidades de vida ó muerte: necesidad de aprender la obediencia que gana las batallas, y necesidad de volver á Dios, de quien nos hemos olvidado y que es la misma victoria.

Tengo á la vista el libro de oro en que el

(1) Mgr. Freppel. *Études religieuses, historiques et littéraires.*

Padre Emilio Chaveau enumera los alumnos de la escuela de Santa Genoveva muertos al frente del enemigo en nuestros últimos desastres. Comparando el número de las víctimas, mejor dicho, de los elegidos, con el total de los alumnos, resulta una desproporcion verdaderamente gloriosa. Todo el mundo lo ha observado, y yo me complazco en hacerlo notar despues de todo el mundo.

Se dirá: «Es una casualidad.» No: la casualidad no existe. «Entonces es la suerte....» ¡Ah! sí, ciertamente, la suerte y la gracia de Dios; pero estad seguros que esta clase de suerte es de las que no se deben aguardar durmiendo. No la consiguen más que los corazones que la buscan.

Sé tambien que si nuestro país muere, morirá de estas dos enfermedades: la falta de religion, y la falta de disciplina; y de un tercer mal íntimamente relacionado con estos dos: la falta de abnegacion.

Somos *positivos*, y la abnegacion no es un negocio; somos escépticos, y la abnegacion se alimenta de fé; somos joviales, imperturbablemente joviales, hasta el fanatismo del aburrimiento, y la abnegacion, yo os lo aseguro,

no divertiría á ninguno de la comparsa de arlequines que exhalan la doble asfixia del lujo y de la miseria en la espesa atmósfera de nuestros salones de baile.

Sé todo esto, y por eso me propongo referir la historia de los que viven en religion sometidos á una disciplina absoluta, y dando ejemplo de una abnegacion sin límites; y lo hago con el intento de merecer de esta suerte la gran felicidad y la gran honra de perder mi nombre en el oleaje de los ódios, que aullando estienden la gloria de este título que horroriza á los enemigos de Dios, porque contiene el nombre de Dios: ¡JESUITAS!

#### EL PRIMER VOTO.

Antes de amanecer el día de la Asuncion del año 1534, un cojo que á pesar de su enfermedad andaba con paso fuerte y acelerado, descoendia por la gran calle de Santiago al barrio de la Universidad; vestia el traje de los estudiantes pobres, aunque aparentaba haber llegado por los años á la mitad de su vida, pero en vez del tintero que llevaban de ordinario los de su oficio, no tenia otra cosa al lado que su rosario. Una gruesa cuerda nueva pasada por encima de su viejísima capa sostenia un morral de tela, arma escelente para andar de noche por Paris, mejor aún que la espada ó el palo, porque los rateros nunca saltean á los mendigos.

En el momento que costeaba nuestro estudiante el pretil del puente desierto, dieron las tres de la mañana en el reló de la Santa Capilla.

Aquel torció los ojos hácia lo alto del Sena,

no divertiría á ninguno de la comparsa de arlequines que exhalan la doble asfixia del lujo y de la miseria en la espesa atmósfera de nuestros salones de baile.

Sé todo esto, y por eso me propongo referir la historia de los que viven en religion sometidos á una disciplina absoluta, y dando ejemplo de una abnegacion sin límites; y lo hago con el intento de merecer de esta suerte la gran felicidad y la gran honra de perder mi nombre en el oleaje de los ódios, que aullando estienden la gloria de este título que horroriza á los enemigos de Dios, porque contiene el nombre de Dios: ¡JESUITAS!

#### EL PRIMER VOTO.

Antes de amanecer el día de la Asuncion del año 1534, un cojo que á pesar de su enfermedad andaba con paso fuerte y acelerado, descoendia por la gran calle de Santiago al barrio de la Universidad; vestia el traje de los estudiantes pobres, aunque aparentaba haber llegado por los años á la mitad de su vida, pero en vez del tintero que llevaban de ordinario los de su oficio, no tenia otra cosa al lado que su rosario. Una gruesa cuerda nueva pasada por encima de su viejísima capa sostenia un morral de tela, arma escelente para andar de noche por Paris, mejor aún que la espada ó el palo, porque los rateros nunca saltean á los mendigos.

En el momento que costeaba nuestro estudiante el pretil del puente desierto, dieron las tres de la mañana en el reló de la Santa Capilla.

Aquel torció los ojos hácia lo alto del Sena,

poblado de casas negras, y saludó con la señal de la cruz la cuadrada mole de Nuestra Señora. Ninguna claridad anunciaba la aproximación del día.

Es la hora en que todo duerme en París, lo mismo en el siglo XVI que en el siglo XIX. Al atravesar la ciudad á lo largo de las callejuelas intrincadas á manera de una red que envuelven los mercados, nuestro estudiante, con su morral, no halló un alma hasta la puerta de Montmartre, colocada en los alrededores de la calle del Mallo; en la calle nueva de San Eustaquio se edificaron poco tiempo despues las primeras casas sobre el camino de la ronda exterior, cuya tortuosa direccion conserva.

La barrera estaba cerrada. El guarda de noche preguntó al cojo: ¿dónde va Vd? El cojo le respondió: Voy á la capilla del Santo Mártir á celebrar la fiesta de la siempre Virgen María.

La capilla del Santo Mártir, situada muy por bajo de la iglesia parroquial de Montmartre, y cuya cripta existe todavia en la cuesta de la calle de María Antonieta, ocupaba el mismo sitio del altar de Marte donde San Dionisio, patrono de París, fué conducido y mar-

tirizado con sus compañeros Rústico y Eleuterio, el 9 de Octubre de 272, por no haber querido sacrificar en el templo de Mercurio, dios de los ladrones, los mercedores y otro linaje de hombres, cuyo calificativo en ninguna lengua se escribe.

El guarda dijo: tiempo de sobra le queda á usted hasta la hora de la primera Misa. Tome usted á la derecha por la vereda de los Poissonniers, pues el otro camino más ancho está atajado por los trabajadores de las aguas de Porcherons.

El arroyo de Menilmontant ó de Porcherons, que ahora corre por bajo de tierra, cortaba el gran camino de Montmartre á la altura de nuestra calle de Provenza. Casi se secaba en verano, y sus aguas corrompidas ocasionaban pestilencias. El cojo tomó la vereda de los Poissonniers atravesando aquellos bosquecillos en los cuales debia establecer el siglo XVIII toda una ciudad de figones filosóficos bajo el nombre de la Nueva Francia, y llegó á Montmartre del lado de Oriente por los campos que se estendian entre la aldea de la Capilla de San Dionisio y el lugarejo de Clignancourt, en el punto llamado Fontanelle, y tambien la Gota

de agua, que el pueblo ha dado en llamar la Gota de Oro.

El crepúsculo de la mañana no se veía aún, pero la luna inclinada al horizonte dejaba caer en la campiña sus ténues resplandores, proyectando en ella la flecha de la abadía edificada por Suger, que se ostentaba en la llanura delante de las negras colinas de Montmorency, y en frente de las cuatro torres redondas de la noble casa de Saint-Ouen, cuya campana sonaba echada á vuelo porque sus dueños los Caballeros de la Estrella, instituidos en 1351 por el rey Juan, tenían obligacion de celebrar asamblea plena en este día 15 de Agosto desde la hora de prima hasta el día siguiente despues de las vísperas.

Nuestro cojo, aunque á la sazón llevaba morral, habia sido tambien caballero anteriormente, si bien hacia bastante tiempo que vivia de una manera humilde lejos de las glorias del mundo, y no era á él á quien llamaban las campanas de la Noble Casa. Él estaba destinado á fundar una órden caballeresca más ilustre que la del rey Juan.

Por el escarpado sendero de Fontanelle fué por donde ganó la cumbre de Montmartre.

Reinaban todavía las sombras, cuando al llegar á lo alto ocupado por el cementerio detrás de la iglesia parroquial, en el lugar donde se escavan ahora los cimientos de la basílica ofrecida al Corazon de Jesús por el voto de Francia, se detuvo fatigado, miró en torno suyo, y exclamó: Soy el primero en acudir á la cita.

Y se puso á descansar, no sentado ó recostado, sino de rodillas, para rezar el Rosario.

Todo era silencio en aquella desnuda cresta; solo el viento de las noches de estío pasaba dulce y sereno. Aún dormia la aldea de Montmartre, que derramaba sus primeras casas á derecha é izquierda de la iglesia. Nada se veía sobre la redonda superficie de la cuesta entre nuestro estudiante y el muro del cementerio sino algunos bultos negros é inmóviles: piedras quizá como aquellas de que están sembrados los campos druidicos.

Sonaron las cuatro en el reló de la iglesia, y en seguida el repique de la abadía llamó al oficio de maitines.

Entonces levantóse uno de los bultos que parecían piedras, despues dos, despues todos. Eran seis, y levantándose á su vez el estu-

diente cojo, exclamó: bendito sea Dios, creíame el primero, y he sido el último.

Al levantarse el sol iluminó á aquellos jóvenes que rodeaban á nuestro estudiante, el cual era de más edad que ellos y tenía el aire de un maestro en medio de sus discípulos. Desde ahora, no podremos ya designarle con el título de estudiante, pues todos los demás, excepto uno que era Sacerdote, vestían como él el traje de su pequeña familia escolar, que seguía sus estudios en la Universidad de París.

Solo el Sacerdote parecía hijo de Francia; los otros, incluso el cojo, mostraban en su morena tez el sello de la raza española, que á la sazón partía con nosotros el imperio del mundo. Carlos V era emperador: Francisco I rey. Colon acababa de descubrir una mitad desconocida de la tierra.

En Roma, Alejandro Farnesio, bajo el nombre de Paulo III, sucedía á Leon X sobre el trono de San Pedro.

En este año de 1534 contaba Lutero cin-

cuenta años, Calvino treinta y tres, y el cojo, cuyo morral, siendo ya de día, dejaba ver á través de su tela negros pedazos de pan recogidos mendigando, frisaba en los cuarenta y siete años.

¿Por qué recordar la edad de este pobre juntamente con la edad de Lutero y la de Calvino? Porque este pobre fué él solo más grande y fecundo en el bien que Lutero y Calvino reunidos fueron fecundos en el mal.

Llamábase Ignacio de Loyola.

Había sido soldado y conocíasele: la traza de su valor indomable resplandecía á través de la humildad de su conversión.

Pero también era un pensador, y su despejada frente tenía la clara extensión de las cabezas predestinadas.

Notábase algo del águila en su actitud, cuyas líneas enérgicas reflejaban como con dificultad la inmensa dulzura que ayudado de Dios había hecho entrar en su corazón todo lleno de guerrera saña el día que fué tocado por la gracia. Aunque su semblante tenía un carácter de generosa elevación, era en sus ojos sobre todo donde brillaba la belleza de su alma: su mirada inspiraba respeto y atraía al

mismo tiempo, porque ostentaba á la par el poder y la ternura.

Habian trascurrido trece años desde el sangriento sitio de Pamplona, donde se encontró vencido en su victoria despues de la refriega de doce horas, que pasó rugiendo y batiéndose como un leon.

Estos Loyola, señores de Oñés, eran de raza cántabra y duros en el combate como el acero de sus espadas. Ignacio, lucido capitán, antiguo paje del rey Fernando, jóven, ambicioso, altivo y amado, hallábase bajo la mano de Dios que le tenia enclavado sobre el lecho desde donde podia oír el ruido de las batallas. Dicese que pidió á los que le asistían libros de caballería para engañar sus penas; y le dieron las historias de algunos mártires, entre otras, las actas del glorioso Rey de todos los mártires: *La Pasion de Nuestro Señor*.

Corre en Guipúzcoa la tradicion de que Ignacio se hallaba por aquel entonces rendido del amor á una doncella hermosa y rica, cuya mano le estaba prometida. Cuando hubo acabado de leer la Pasion, referida por el Apóstol San Juan, arrancó de su corazon la imágen de aquella persona tan querida, y poniendo sus

lábios sobre una medalla de María, Madre de Dios, hizo voto de dedicar su alma al servicio de la fé, y su cuerpo á la castidad, diciendo: «Héme aquí caballero del grande amor y soldado de la única gloria verdadera.»

La vida de los Santos no ha de tomarse siempre como modelo que seguir puntualmente en el mundo. Cada estado requiere su santidad propia. Los Santos que renuncian á todo, son los obreros de Dios, y á Dios deben por completo su trabajo. Los que viven en el mundo, también están obligados á cumplir su deber para con Dios, pero sin descuidar los que tienen para con el mundo.

No queriendo Ignacio ser de estos últimos, abandonó el mundo haciéndose obrero solo de Dios mucho tiempo antes de ligarse por medio de una promesa pública y solemne. Entregóse desde luego á la miseria voluntaria dando á los pobres todos sus bienes, y en el mayor aislamiento rompió sus lazos más queridos. Fué esta como la ceremonia de la *vela de armas*, pues no ha de perderse de vista, que emprendia un apostolado caballeresco.

Enviando un adios á la gloria de las batallas, que era su vocacion y su pasion, al amor de su prometida, á la noble casa de sus padres, á sus amigos queridos y á su familia que tanto amaba, partió con los ojos anegados en llanto, pero firme el corazon.

En el camino entregó todavía á los pobres, no ya la mitad de su capa como San Martin, apóstol de la caridad, sino la capa entera, sus vestidos y su caballo. Por lo que hace á su espada, objeto del último sacrificio, no la dejó sino para suspenderla de una columna en el monasterio de Monserrat, término de su peregrinacion, situado en Cataluña cerca de Manresa.

Hizo en este monasterio su confesion general, que duró tres dias, despues de los cuales, vestido de un saco, retiróse á la célebre gruta donde tuvo sus primeros extásis y revelaciones en los intervalos de los viajes que hacia muy lejos y á pié, á pesar de su herida mal curada, para mendigar el pan que destinaba á los pobres.

Allí vió en germen sus *ejercicios espirituales* y el plan de sus *Constituciones*, es decir, la obra entera de su grandiosa vida.

Vió tambien otra cosa: la necesidad de saber para enseñar la verdad y combatir el error.

Pero antes de ir el glorioso capitán de ayer á sentarse en los bancos de la escuela entre los niños, quiso templar la sed que le abrasaba de besar el Santo Sepulcro del Salvador. Solo, á pié, sin dinero, sale á la ventura de Dios, obtiene por caridad pasaje en un buque de Barcelona, y llega á Roma, donde luego que besa los piés del Padre Santo Adriano IV, vuelve á tomar su bordon, atraviesa á Italia pidiendo limosna, y se embarca en Venecia en una galera que lo deja en la isla de Chipre.

De aquí gana á Jaffa y por último la Ciudad Santa, despues de un viaje que duró cerca de un año. A no ser por un dichoso obstáculo que le suscitó la Providencia, hubiérase desvanecido aquí todo el porvenir de su mision; pues le retenia con lazos tan fuertes la tierra que Jesús holló con sus divinos piés, que resolvió vivir y morir en ella; pero el delegado de la Santa Sede, que gozaba de autoridad sobre los peregrinos, le ordenó que tornara á Europa, é Ignacio obedeció, no sin regar antes una vez más con sus lágrimas las huellas de los piés del Redentor estampadas

sobre Dejebel-Tor en la hora bendita de su Ascension.

Siete meses despues entraba como alumno en la clase más elemental de la Universidad de Barcelona. Perseguido por el milagro de su piedad que atribuyeron á hechiceria, apisionado repetidas veces, arrojado con desprecio de Barcelona á Salamanca, de Salamanca á Alcalá, y no oponiendo nunca á la injusticia otra cosa que la resignacion y el silencio, salió por último de España para encaminarse á París, cuya Universidad era de las primeras del mundo.

Cuando llegó á Francia en los primeros meses de 1528, Ignacio, nacido en 1491, contaba treinta y seis años. Tuvo el valor de comenzar de nuevo el estudio de las humanidades en el colegio de Montaigu, luego en Santa Bárbara, y á pesar de las dificultades que sus prácticas piadosas, lo largo de sus meditaciones y el apostolado que ensayaba ya, oponian á sus estudios elementales, hizo algunos progresos; mas la persecucion le seguía á través de los Pirineos.

Sucedió que su maestro de Santa Bárbara, Juan de la Peña, le acusó, no ya de hechicero, como fué acusado en España, sino de entretener á los estudiantes con místicas locuras que divertian su mente del estudio, condenándole por esto á ser azotado en público.

Ignacio se sometió con tal humildad, que maravillado el rector de su colegio quiso él mismo interrogarle.

Prestóse Ignacio al interrogatorio como había aceptado el castigo, y cundió el rumor de que iba á presenciarse una gran paliza.

La perfeccion de su vida le hacia aborrecible á los estudiantes, los cuales recibieron la noticia como el anuncio de una fiesta. Una muchedumbre le esperaba en la gran sala donde debia verificarse el castigo, y mostraba su impaciencia como los espectadores que aguardan en el teatro que se levante el telon, cuando se vió aparecer al superior del colegio.

Conducia ó más bien arrastraba á Ignacio por la mano, y así atravesó por entre las hileras de crueles espectadores.

Seguíale el que parecia sentenciado, pálido y con la vista fija en el suelo.

Al llegar al centro de la sala se detuvo el

rector del colegio, y todos advirtieron con asombro que tenia los ojos llenos de lágrimas. Permaneció inmóvil un instante, indeciso y como dominado por su emoci6n; mas de repente, estrechando á Ignacio contra su pecho (otros dicen que se puso de rodillas), exclamó: «No solamente se ha dejado acusar sin motivo y sin quejarse, sino que se disponia á sufrir con gozo, en recompensa del bien que hace, el oprobio de un suplicio injusto. He admirado la conciencia de un Santo y os lo presento.»

Hasta entonces los ménos malos entre los compañeros de Ignacio habian puesto en ridículo su ardor en ganar almas para Cristo; juzgaban que no podia haberse encomendado la mision de director de las conciencias á este extranjero que vivia de la caridad de los transeuntes, y que envejeceria antes de alcanzar grado ninguno en las ciencias ó en las letras; pero cambiaron de opinion despues del incidente que acabamos de referir: muchos corazones se le rindieron.

Ignacio á nadie rechazó, pero eran muy raros á los que dispensaba su confianza. Y no lo extrañeis; era una verdadera eleccion lo que

llevaba á cabo con su recogimiento: escogia á los que debian ser *Jesuitas*.

El primer elegido fué un jóven de alma sencilla y tierna, llamado Pedro Lefevre, venido tambien en peregrinacion desde Saboya para recibir las Órdenes y renombrado ya por su saber. Ignacio se hizo á la vez su maestro y su discípulo: su maestro en la fé, su discípulo en los estudios, logrando, merced á su poderosa ayuda, que las dificultades de la Escolástica se esclarecieran pronto para él. De esta suerte pasó á maestro en artes y pudo al fin entrar en la clase de teología.

El lazo de la amistad más íntima unia á Lefevre con un estudiante de su edad, Francisco Javier, miembro de una familia noble, pero pobrísima, de Navarra; de corazon ardiente, admirable elocuencia y espíritu vivo, mas completamente entregado á las ambiciones de la tierra. Ignacio puso empeño en convertirlo, y los discursos que le atribuyen los historiadores, parecen como descendidos de las alturas evangélicas. «Javier, ¿qué te importa ganar el universo si pierdes tu alma? Si no hubiese otra vida que la presente ni otra gloria que la del mundo, tendrias razon para no

pensar en otra cosa que en elevarte en medio de los hombres; pero si hay una eternidad, ¿cómo piensas en limitar á eso tus deseos? ¿cómo prefieres esto que pasa, á aquello que no concluirá jamás?»

Costó trabajo á Ignacio conquistar esta alma; pero fué su más bella conquista.

Ni Lefevre ni Javier sabian todavía que estaban destinados á ser capitanes de un ejército que no tenia soldados. Los proyectos de Ignacio hasta aquel momento no los conocia más que Dios.

Los reclutas tercero y cuarto llegaron juntos de España con propósito de buscar á Ignacio, que huía de la fama, pero á quien la fama perseguía. Diego Laynez y Antonio Salmeron, este último salido apenas de la infancia, fueron recibidos con los brazos abiertos. El maestro descubrió á primera vista que brillaba en sus frentes el rayo del genio.

Por último, vinieron luego Alfonso, de la aldea de Bobadilla, y el portugués Rodriguez Acevedo.

Todos seis eran pobres, hasta el punto de vivir de limosna, escepto Javier, que cursaba la filosofía. Pero Ignacio, padre ya de esta

familia, pedía para sus hijos. Nunca les dejó traslucir sus proyectos, y sin embargo, esperaban grandes cosas de él.

Lefevre se ordenó de Sacerdote.

Poco tiempo despues parecia que Ignacio buscaba el apartamiento y la soledad como para recojerse más en sus meditaciones. Sin hablar palabra, una corriente de ideas iba y venia de él á sus discipulos, que no osaban interrogarle. Un dia, sin embargo, le preguntó Javier: ¿Nada teneis que decirnos? Ignacio, con los ojos anegados en lágrimas, le abrazó, pero sin responderle nada.

El 13 de Agosto de 1534, antevíspera de la Asuncion, mandó á todos ayunar y confesar al dia siguiente; luego, habiéndolo encargado á Lefevre que fuese con tiempo á la abadía para hacer los preparativos de una Misa que la mañana del 15 debia celebrar en la cripta del Santo Mártir, añadió: «Halláos todos antes del amanecer en la cumbre de Montmartre en el campo que se extiende detrás de la iglesia bajo el cementerio. Yo estaré allí, y os hablaré.»

Los que rodeaban, pues, á Ignacio de Loyola aquella mañana en el lugar de la cita, eran Pedro Lefevre, Sacerdote; Francisco Javier, Diego Laynez, Antonio Salmeron, Nicolás Alonso de Bobadilla y Simon Rodriguez Acevedo, estudiantes. Todos debían tener gran parte, aunque no igual, en la gloria de su maestro.

El más viejo, Lefevre, tenía 24 años; el más joven, Salmeron, llegaba apenas á los 18.

Ignacio de Loyola cumplió, en efecto, su promesa: habló en medio de aquel grupo de almas escogidas que le escuchaban con entusiasmo. Rodeábanles los grandes recuerdos del Apóstol de las Gálias en aquel monte donde el Dios vivo había reemplazado á los muertos dioses del paganismo sepultados debajo de la tierra. Los rayos del sol que se levantaba, teñían de oro á lo lejos la flecha real de San Dionisio, y más cerca acariciaban la humilde iglesia de Montmartre, templo un día de Mercurio, purificada y bautizada ahora con la sangre de los mártires.

En el horizonte que se veía reinaba la soledad. El despertar de París envuelto en una bruma, no producía otros rumores que las voces de sus campanas pregonando y recordando la dulce gloria de María, Madre de Jesús, así á los que la aman, como á los que dejan endurecer sus corazones con el olvido de su nombre.

En aquel entonces París distaba bastante de Montmartre; sin embargo, creíasele ya muy grande, y no era en medio de la vasta llanura más que un grupo grande de casas apiñadas confusamente al rededor de las negras torres de la magnífica catedral.

Remataba al Oriente en los jardines de San Pablo á larga distancia de la Bastilla, que con sus torres apareadas á manera de ruedas, parecía un pesado carro caminando hacia la fortaleza de Vincennes; al Occidente terminaba en el Louvre; por el lado del Mediodía con la cerca de San German de los Prados, y por el Norte á algunos centenares de pasos de San Eustaquio; nada hacia presumir que debiera romper muy pronto su almenado recinto para inundar las afueras.

Todo esto se veía cubierto por una niebla, la niebla de París, un aliento debajo del cual bri-

Los que rodeaban, pues, á Ignacio de Loyola aquella mañana en el lugar de la cita, eran Pedro Lefevre, Sacerdote; Francisco Javier, Diego Laynez, Antonio Salmeron, Nicolás Alonso de Bobadilla y Simon Rodriguez Acevedo, estudiantes. Todos debian tener gran parte, aunque no igual, en la gloria de su maestro.

El más viejo, Lefevre, tenia 24 años; el más joven, Salmeron, llegaba apenas á los 18.

Ignacio de Loyola cumplió, en efecto, su promesa: habló en medio de aquel grupo de almas escogidas que le escuchaban con entusiasmo. Rodeábanles los grandes recuerdos del Apóstol de las Gálias en aquel monte donde el Dios vivo habia reemplazado á los muertos dioses del paganismo sepultados debajo de la tierra. Los rayos del sol que se levantaba, tenían de oro á lo lejos la flecha real de San Dionisio, y más cerca acariciaban la humilde iglesia de Montmartre, templo un dia de Mercurio, purificada y bautizada ahora con la sangre de los mártires.

En el horizonte que se veía reinaba la soledad. El despertar de París envuelto en una bruma, no producía otros rumores que las voces de sus campanas pregonando y recordando la dulce gloria de María, Madre de Jesús, así á los que la aman, como á los que dejan endurecer sus corazones con el olvido de su nombre.

En aquel entonces París distaba bastante de Montmartre; sin embargo, creíasele ya muy grande, y no era en medio de la vasta llanura más que un grupo grande de casas apiñadas confusamente al rededor de las negras torres de la magnífica catedral.

Remataba al Oriente en los jardines de San Pablo á larga distancia de la Bastilla, que con sus torres apareadas á manera de ruedas, parecía un pesado carro caminando hacia la fortaleza de Vincennes; al Occidente terminaba en el Louvre; por el lado del Mediodía con la cerca de San German de los Prados, y por el Norte á algunos centenares de pasos de San Eustaquio; nada hacia presumir que debiera romper muy pronto su almenado recinto para inundar las afueras.

Todo esto se veía cubierto por una niebla, la niebla de París, un aliento debajo del cual bri-

llaban débilmente las cruces doradas de las iglesias, recibiendo á través del velo un misterioso beso de luz.

Reinaba la calma, pero no sé qué oculta inquietud se escapaba de este reposo.

Ignacio habla: no hay duda, debe hablar; ¿qué va á decir?

Los que quieran escuchar pueden oír todavía su palabra á pesar del tiempo transcurrido. En su obra resplandece y sus escritos la han inmortalizado.

Cambiado que hubo con sus compañeros el cristiano saludo, meditó y comenzó á esponer su pensamiento en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y entonces las vidrieras de la iglesia abrieron paso al dulce cántico de las vírgenes en clausura que entonaban alabanzas al Señor.

«Hermanos é hijos míos, pudo decir, estareis impacientes porque desde hace dias aguardais algo de mí, pero tambien yo vengo esperando con paciencia hace catorce años. Catorce años há que levanté mis ojos al cielo y los

bajé hácia el siglo, investigando lo que el cielo prepara al siglo y lo que el siglo medita contra el cielo.

«La edad presente será muy famosa en la historia. Paz á aquellos cuyos nombres no resonarán en medio de este estrépito. Todos los nuestros quedarán escritos allí, (señalando al cielo) los de algunos con su sangre.....

«Selim y Soliman, uno despues de otro, han amenazado á Europa: la Media Luna impera en Rodas, donde no flota ya el estandarte de Jerusalem. Hemos visto á los cristianos hacer votos por el triunfo de los turcos; vemos á los reyes conspirando para la ruina de sus tronos, y en medio del asombro causado por estos hechos que confunden á la razon, una voz se ha levantado en Roma denunciando la corrupcion en el claustro y la mentira á la sombra del altar: ¿De qué podremos ya maravillarnos mientras vivamos? ¿Dónde se detendrá el castigo? ¿Qué es lo que Dios quiere? ¿Quién comprende el lenguaje de su ira?

«..... Hé ahí al apóstata Lutero, génio embrutecido, espíritu esclavo, arrastrado por el sensualismo, con el desenfreno de un ogro, la

barbarie del toro y la crueldad del lobo; profunda vergüenza, pero leccion elocuentísima, para enseñar al mundo que la herejía no es la razon sublevada, sino la insurreccion de la carne.

»A su voz la codiciosa Alemania ha saltado precipitándose en el sacrilegio, el robo y el asesinato. Los príncipes marchan á la cabeza del pueblo amotinado que pisoteará un dia las coronas. Robando las catedrales, le enseñan cómo se destruyen los palacios. No dejará de aprovechar la leccion.

»El infierno triunfa insolente, es la orgía de la bestia humana que acusa de impúdica á la Santísima Virgen y de mentira al verdadero Dios; esos hombres suprimen la Misa, es decir, á Jesús, ellos que se apellidan cristianos y aún más que cristianos: pretendiendo reformar el Cristianismo, arrojan de su altar al suelo á Cristo insultado y á su Madre ultrajada.

»Hélos ahí á los *reformadores* armados los unos contra los otros y acusándose mutuamente de deslealtad, acusacion en que no mienten; hélos ahí en el torneo de la impiedad: aquí es Carlostadio, que asesinó el alma de los niños arrebatándoles la vida del Bautismo;

allí Munzer, el furioso nivelador, encontrando en el Evangelio falsificado la ley del robo, la confusion de lo tuyo y de lo mio y la antigua utopia de la division de las tierras; acá es Juan de Leyden, el histrion profeta, predicando la comunidad de todo, incluso las mujeres, obra maestra de Satán, que remeda en sí mismo la dignidad real, el sacerdocio y hasta el martirio; allá á Zuinglio, el loco austero, cuyo plan se apropiará Calvino.... ¿Pero qué importan sus nombres? Son la hipocresía, la blasfemia, el pillaje, el saqueo, la concupiscencia; son el tiempo usurpando su puesto á la eternidad; el abuso de grandes palabras para encubrir la torpeza de los hombres y la ignominia de las cosas; es la *Reforma* teñida de vino y de sangre, la lepra disfrazada de panacea.

»Los turcos no engañan á nadie, los turcos son bárbaros, engañados, es cierto, por un falso profeta, pero no han renegado de nada. Lutero, Carlostadio, Munzer, Zuinglio, Juan de Leyden, conocian á Jesús, y han hecho traicion á Jesús; le han vendido por su interés y sus pasiones, por su sed inmoderada de mando, fama, placeres; se han erigido volun-

tariamente en apóstoles del orgullo, en ministros del enemigo de los hombres.

»Así Satán se goza y se burla, y en medio de tanto horror óyense sus siniestras carcajadas, que recuerdan los días en que el Bajo-Imperio se mofaba de su propia agonía. Cristian hace de su barbero un prelado. Enrique VIII, galanteador del cadalso ante dos de sus reinas asesinadas, todavía tiene tiempo para ser también reformador y escribir libelos donde apellida prostituta á Roma, porque Roma no se presta á declarar limpio su lecho nupcial por él ensangrentado y prostituido.

»Y todos son del mismo jaez; cada cual de los reformadores acusa á la Iglesia del crimen ó de los crímenes en que él mismo ha incurrido de una manera evidente.

»El génio del mal arrastra al bien al pretorio con clamores de indignacion. El asesino inculpa á su víctima, el ladrón se queja de aquel á quien roba. Judas denuncia la traicion, Enrique VIII se escandaliza.

»Este, antiguo *defensor de la fe* (1), moja

(1) Enrique VIII, antes de apostatar, honrábase con el título de *defensor fidei* que Roma le había

su pluma en la sangre de mujeres y Sacerdotes, y forjando calumnias, descansa de su trabajo de verdugo.

»¿Es esto todo? Pluguiera á Dios que sí. Nosotros estamos en Francia, y hé ahí á París que se estiende bajo nuestros piés. La hija primogénita de la Iglesia, ¿socorrerá con su valiente brazo á su Madre, amenazada por todas partes? Es posible. Yo lo espero.

»Mas vosotros, como yo, frecuentais esta magnífica Universidad de París, honor de las ciencias, orgullo de las letras; y de seguro habreis temblado como yo al escuchar esos rumores, tímidos por ahora, semejantes en lo agudos y furtivos al silbido de la serpiente bajo la yerba, y que acrecentándose de año en año, parécense ya á aquellas voces amenazadoras que suenan en la atmósfera cuando está vecina la tempestad.

»Cierto que no se ha llegado aquí á la horrible vergüenza confesada por los sectarios del otro lado del Rhin. París no puede ser una poeilga de energúmenos, y la comedia bufa de

conferido, y que todavía conservan los reyes de Inglaterra.

Hamburgo, ese Sinaí protestante, donde embriagado Lutero conversaba con el diablo, como Moisés con Dios, no puede obtener éxito en esta tierra. Tampoco ha existido aquí la fría epilepsia de los tiranos del Norte, donde el suelo pagano ha resistido tanto tiempo á que arraigara la Cruz, siempre vacilante en aquellos países; y menos que esto la aritmética implacable de los comerciantes de Londres, calculando las utilidades que podrá reportarles tener entre ellos un Papa todo de ellos, que divida con ellos el patrimonio de la Iglesia, y que á la vez sea rey, maestro, fiscal y Soberano Pontífice; que maneje el cetro, el incensario, el hacha, todo con una misma mano, tan hábil para manejar la pluma de los pedantes, como para dar el tajo del verdugo; que sea bastante inglés para instituir una fé inglesa, bautizada con el nombre de anglicanismo, una moral inglesa, un pudor inglés, una verdad inglesa, como aquellos otros mercaderes de Cartago habian inventado la fé púnica;—no, estas cosas no son buenas para los franceses.

»Otros son los sofismas á propósito para Francia, y sobre todo hay que emplear mayor

precaucion en la manera de presentarlos. Es menester darles la apariencia del exámen sério, algun tinte de lógica y un giro determinado, para que tomando el nombre de libertad, puedan servir de entretenimiento á los franceses como los juguetes á los niños.

»Podrá ocurrir que Francia sea la que vaya más lejos en el camino de los estravíos, por ser de génio impetuoso y vivo, y porque los delirios de la fiebre son proporcionados al vigor de los temperamentós; pero no está aún en la pendiente, y su buen sentido moral resiste hasta ahora al cebo grosero puesto en los anzuelos de la herejía.

»Pero el espíritu, ese espíritu francés digno de amor y de respeto, tiene sus resbaladeros. Son las mujeres, los vicios y la manía de escribir y de hablar. Podemos decir, en cierto sentido, que la pluma es mujer y la palabra tambien.... Estas son las mujeres que abrirán al azote las puertas de Francia.

»La hermana del rey, la Margarita de las margaritas protege y alienta á la culebra de las culebras, al sectario más poderoso del mal, el que dará á la herejía su máscara filosófica y su barniz de moderacion, Juan Calvino, que ya

ha reformado á Lutero, y que á su vez será reformado por otros mil; pues la historia del protestantismo se resumirá en un renglon, ó mejor dicho, en una palabra incesantemente borrada y vuelta á escribir: Reforma, es decir, revolucion, reforma de la reforma, revolucion contra la revolucion, herejía en la herejía, barahunda de cismas, creciendo y multiplicándose á través del cisma con la profusion que crecen las malas yerbas en el campo del mal labrador.

»Hice promesa de levantar una capilla (no os maravilleis, edificaremos muchas y tambien iglesias) en el mismo sitio donde se cometió en París la primera profanacion luterana contra la Virgen: verificóse á mi presencia en la calle de San Antonio, y sabreis el punto cuando veais echar los cimientos del santuario. Conducia la sacrilega turba un paje con librea de la duquesa de Etampes, la amiga del rey, ocupada en reformar, no su vida impura, sino el antiguo honor de su raza, vendiendo su fé olvidada y su rey engañado á la intrigante Inglaterra.

»Favorecido por esas dos mujeres tan cercanas al trono, y á quienes Dios habia prodi-

gado sus dones, el error se propaga en Francia. Menudean en las escuelas los libros impíos: el que contenia la primera blasfemia impresa de Calvino se envió ricamente encuadernado al que más cómodamente podia deslizarle en la misma alcoba del rey. Merced á sus activas gestiones, Nicolás Cop, luterano, ha sido nombrado por el rey rector de la Universidad de París, y en la última fiesta de Todos los Santos este maestro de Calvino, convertido en su servidor, daba al rey las gracias, predicando públicamente la insurreccion, no solo contra el Vaticano, sino contra el Louvre.

»¿Y, al fin, es esto todo? No. Este mismo año, Calvino, que no tiene la osadía de Lutero, y á quien su conciencia manchada pone delante continuamente el espectro del castigo, huia de París. ¿Dónde se ha refugiado? En la corte de Nerac, cerca de Margarita de Valois, reina de Navarra.

»Y desde allí intenta difundir el error en la católica España (reina cristiana de dos mundos, inmaculado vergel de la Iglesia y baluarte firmísimo de la santa fé). Por otro lado, el veneno, saliendo de Suiza y atravesando á Saboya, penetra en el Piamonte, tan hostil á la

Santa Sede; propágalo Renata, duquesa de Ferrara, hija de Luis XII, tan entusiasta casi de Calvino como Margarita de Valois, y que protege á Juan Valdés, privado del virey de Nápoles, cuyos emisarios se introducen hasta en Roma.

»Allí, en la Ciudad Eterna, sentado sobre su trono el Vicario de Jesucristo, abandonado y con las manos levantadas al cielo, ve subir las aguas del diluvio, subir sin cesar por todas partes, levantando la marea de los errores, y acercarse y precipitarse á la vez en todos los puntos del horizonte para anegar el corazón del Catolicismo, el último baluarte de la fé, de la autoridad y de la verdad.

»Nada nuevo os he dicho, amigos é hijos míos; es tan evidente el mal, que cualquiera puede verlo aun cerrando los ojos, como se deja sentir el ardiente resplandor de los incendios, á través de los párpados cerrados. Lo único que he querido mostraros es el número y la fuerza de los batallones coaligados en guerra contra la fé. Nunca se han puesto en

concierto tantos hombres en la tierra. ¿Pero será la fé vencida?

»Imposible.

»¿Quién la defenderá? Jesús. ¿Dónde está el ejército de Jesús? En Roma y en todo el mundo, y aquí.

»¿Es copioso el ejército de Roma? No.

»¿Es fuerte? Sí.

»¿Y el ejército de aquí?

»Contáos: sois la Compañía de Jesús.

»Seis jóvenes y un lisiado que pronto será un viejo; total, siete (1).

»En este ejército no hay más que un francés. Empero no menospreciéis á Francia, que Dios obrará por ella grandes cosas.

»Mientras que vosotros me esperábais orando silenciosos, mi humilde oracion se elevaba también al cielo donde se conoce lo porvenir.

He leído nuestra historia en los secretos de Jesús. Dios nos acepta por sus soldados. Él me ha mostrado el inmenso campo de batalla en que otro estandarte marcha contra su estandarte divino.

»He visto esto.

(1) De aquellos siete seis eran españoles.

»He visto que el mundo entero se agitaba en la arena; os he visto y me he visto.

»No os pregunto si quereis combatir. ¿Para qué? Sé que vuestra voluntad se entrega á la voluntad de Dios.

»Y sé que sois *la Compañía de Jesús*; así os llamareis; oídme, no tomáis vosotros ese nombre, Dios os lo da.

»Alcanzareis triunfos tan espléndidos, que temeroso el odio se levantará en torbellino á vuestro alrededor como el agua agitada y espumosa cuando se introduce en ella el hierro enrojecido.

»Y sufrireis reveses tan terribles, que vuestros enemigos os darán con el pié creyendo que pisan vuestro cadáver.

»Entonces no les herireis; y sin embargo, caerán derribados.... Nunca herireis.

»Vuestra ley es no hacer daño á nadie, y vencereis por esta ley.

»¿Cómo se llama el enemigo? Revolucion.

»¿Dónde está la revolucion? En la herejía que es la mentira.

»¿Cómo batir á la revolucion y la herejía? Por la autoridad, que es la verdad.

»¿Dónde se hallan la autoridad y la verdad? En la Iglesia, junto con la libertad, que es el derecho de vivir y morir segun la ley de Dios para renacer en la gloria de Dios.

»¿Se ataca á la Iglesia? Sí, en todas partes.

»¿Tiene la Iglesia necesidad de ser defendida? Por ella misma no; pues tiene seguridad de vivir, segun la promesa de Jesucristo; pero si por el interés de lo que no es la Iglesia, y sobre todo, en interés de los enemigos actuales de la Iglesia, que volverán á ella ó perecerán, toda vez que fuera de la Iglesia no hay salvacion.

»Nosotros no podemos querer que perezcan.

»¿Cómo, pues, defender á la Iglesia, es decir, la posibilidad de salud para los que no conocen á la Iglesia y para los que la persiguen? Oponiendo la obediencia á la insurreccion; la abnegacion al egoismo; el sacrificio voluntario á la esclavitud de las pasiones que nunca se sacian: es decir, evangelizando.

»¿Cómo hemos de evangelizar? Mediante la palabra de Jesucristo, recordada á los hombres, enseñada á los niños y á los infieles.

»Jamás concluirá el poderío de la fuerza bruta; solo el cañon romperá la espada, hasta que una fuerza más brutal todavía venza al cañon; pero á la vista de estas máquinas inertes que sirven ciegamente á la justicia de Dios y á la perversidad de los hombres, elévase otro poder que se llama el pensamiento.

»Este no data de ayer, pues el Evangelio tiene mil quinientos años de edad; mas el siglo en que vivimos empieza á echar, á manera de pasto, el pensamiento escrito y hablado al vulgo que lo recibe con avidez.

»Esto, considerado en sí mismo, no es malo; solo que el genio del mal, demasiado despierto, tomando la delantera al bien, demasiado dormido, se ha apoderado de esta arma para resucitar con otros nombres el ídolo judáico y el altar de los falsos dioses.

»Menester es oponerse á esta traicion que la sabiduría pervertida hace á la ignorancia que no se puede defender.

»No guerrearemos nosotros con la espada, sino con la palabra; predicaremos á los hombres, enseñaremos á los niños, haremos cristianos por la predicacion y la educacion.

»Con haber yo recibido lecciones de todos

-vosotros y ser el ménos instruido, con ser mi ciencia tan humilde, me habeis escogido para dirigir vuestros corazones, ya que no vuestras inteligencias, superiores á la mia. ¿Por qué? Porque visteis que en mi corazon no hay otra cosa que el nombre de Jesús brillando como una antorcha.

»He estudiado en Barcelona, en Salamanca, en Alcalá y en Paris. ¿Qué he aprendido? El lenguaje de la duda; por fortuna, no cabia en mí la duda. Jesús me asistia, y merced á Él ha crecido mi confianza en Dios á pesar de las desconfianzas de los hombres.

»He admirado á los sábios y á los oradores elocuentes, he aprendido la filosofia ó la poesia que brotaba de sus lábios, y he murmurado en el fondo de mi alma la oracion de nuestro Padre que está en los cielos, enseñada á los apóstoles por el Dios hecho hombre. Esa es la poesia infinita, esa la eterna filosofia.

»He oido á Buchanan, el escocés que canta como Virgilio; á Latomus, el profundo; Gombault, el erudito; Guillermo Budé, el universal; á Danés, y su maestro Lascaris, que hubieran podido conversar con Platon en la pura lengua de Homero; á Ramos, tan fácil para

notar los defectos de Aristóteles, como incapaz de reconocer sus propias debilidades. Todos estos nobles ingenios decían grandes cosas; mas por encima de sus voces sonoras, oía yo la voz de mi Dios que me mandaba creer, esperar y amar, y abandonar mi alma á las maravillas de su misericordia.

»Y yo amaba y esperaba y creía más cada día, saboreando las delicias de la fé en medio de las negaciones más audaces, regocijándome en la gran dicha de esperar más á medida que me rodeaba el desaliento de los sábios, y enviando al cielo el cántico de mi amor inmenso por encima de las lamentaciones de sus ódios.

»Porque toda blasfemia es un grito de agonia, arrancado por la quemadura de un remordimiento.

»Desde aquella bendita hora en que Dios me visitó herido en mi lecho, busco mi camino, la senda que debe llevarme al fin tan ardentemente deseado; la mayor gloria de Dios, esto es, la mayor copia de salud para los hombres.

»En este camino mi pensamiento ha recorrido tres fases.

»En la gruta de Manresa me consagré á la limosna y á la oracion; medios poderosos que fueron las armas de los primeros solitarios. No conocia entonces la enfermedad de nuestra época, y, sin embargo, alguien murmuraba en mi oido: «Eso no es bastante.»

»La Madre de Jesús, cuyo socorro imploraba sin cesar, inspiróme la necesidad de visitar el Calvario; durante todo lo largo del viaje oí una furiosa amenaza que se hacia en nombre de Lutero. Entonces nació en mí la esperanza de combatir.

»Esta fué la segunda etapa de mi viaje.

»Y el combate de que os hablo es el mismo que siempre he dicho: combate que no hiere al adversario, antes le favorece, el combate sobrenatural de la caridad.

»Y ya entonces yo me decia: ¡Qué pocos creerán en la sinceridad de un esfuerzo semejante, que se sale de las condiciones ordinarias de la virtud humana!—Nada por nada, tal es la ley del mundo.

»Y de antemano percibía el gran clamoreo que me aturdia diciendo: «¡hipócrita! ¡hipócrita! ¡hipócrita!»

»Este es el ultraje más duro de soportar.

Aún conservo en un rincón de mi corazón mi orgullo de capitán. «¡Hipócrita! ¡Hipócrita!» Viva yo abrasado de esta injuria y muera sepultado bajo este grito, ¡oh Señor y Dios mío! y sea mi afrenta para gloria vuestra.

»Entretanto, para predicar y enseñar, es preciso saber; estudiaba, pues, y estudiando sentía la voz misteriosa que había oído en Manresa, y que me decía siempre al oído las mismas palabras: «Eso no es bastante.»

»¡Oh Virgen, decía yo, Madre Inmaculada! ¿Qué más se necesita? ¿No lograré que mi Divino Maestro me dé a conocer su voluntad?

»Deténgome aquí por un respeto que tengo, una dicha que tuve y un dolor que siempre tendré. Lo propio me sucede siempre que llega la ocasión de referir los hechos misteriosos y milagrosos de mi período de prueba.

»Era yo digno de ver y oír lo que ví entonces y oí? ¡Oh Jesús, piadoso y compasivo, tesoro de los pobres, gloria de los humildes! el día en que por primera vez estreché la mano de Pedro Lefevre, que había de ser nuestro primer Sacerdote, se acrecentó mi valor, redobló mi esperanza, y habiendo surgido en mí la idea de nuestra Congregación,

no oí ya más la voz que me decía: «Eso no es bastante.»

»Esto era bastante: con esa idea concebí en seguida el plan de la Compañía.

»Yo soy soldado, y no puedo soñar más que en un ejército. Por otra parte, ¿no había visto en mis primeros éxtasis apiñadas muchedumbres marchando en la sombra contra la Cruz esplendorosa de Cristo, y el choque místico de los dos estandartes en una llanura sin límites?

»Mi ejército existía ya cuando yo estaba solo con Lefevre, y aunque nada le había dicho.

»Vinisteis vosotros unos despues de otros, amigos é hijos míos, y os alisté sin que lo supierais; otros se presentaron también, pero no pasé de siete.

»Al presente no debe haber más. ¿Qué exigirá lo porvenir? Dios lo dirá.

»Somos siete contra millones de hombres infieles á Dios. Los millones de hombres que quedan fieles á Dios, puede ser que no estén siempre á nuestro lado.

»No conocemos á nuestros amigos, que

nada saben todavía de nosotros; pero conocemos á nuestros enemigos, y nos haremos conocer de ellos.

»Carecemos de autoridad y de mision, y solo tenemos un derecho, el de sacrificarnos por el prójimo, sin exigir nada en cambio. Nuestra fuerza está en no tener fuerza. No queremos ni ejércitos, ni subsidios, ni murallas, ni nada perecedero.

»Nosotros lo tendremos todo en Jesucristo.

»Iremos como nuestro Divino Maestro andaba por Judea, con los brazos abiertos y el corazón también. Nosotros somos hoy lo que ayer era yo solo: la Compañía fundada para llevar la Cruz de Jesús.

»Cada uno de nosotros caerá á lo largo del camino, agobiado bajo el peso de esa carga dulce y terrible, es cierto, ¿pero qué importa? La obra vivirá y prosperará. Lo sé.

»La Compañía de Jesús vencerá en Jesús y por Jesús.

»Ella atajará los progresos de la desercion que desola el templo; ella llenará los huecos abiertos en la hueste de los fieles.

»Así será, no lo dudeis.

»Una fábula sublime inventó la antigüedad,

la de Orfeo buscando su amor hasta en la muerte. Nosotros haremos como Orfeo; la Compañía de Jesús buscará las víctimas de la apostasia hasta en el infierno de los apóstatas; arrebatará á la muerte esas almas queridas, y sepultándose en lo más profundo de los abismos, intentará ¡ojalá lo consiga! librar de la suprema infelicidad el alma del apóstata.

»Algunos extraviados hay ya que vacilan y preguntan por el camino derecho; nosotros se lo mostraremos; mas esto es poco.

»Hay también multitud de almas que nacen; los niños, los tiernos niños, de quien Jesús decía: «dejadlos venir á mí;» daremos la mano á estos niños para llevarlos á Jesús; esto también es poco por ahora, aunque sea mucho para despues.

»Pero existen otras muchedumbres de almas imposibles de contar, como las arenas de las playas, que viven en las tinieblas, al otro lado de los mares..... Javier, veo que brillan tus ojos, sé que te parte el corazón el relato de los viajeros que dicen cómo pesa el yugo del demonio sobre las Indias, el Japon, China, África, América, en una palabra, sobre la mayor parte de la tierra.

»Javier, tú irás, nosotros iremos, la Compañía de Jesús irá á pagar con el precio de la sangre de sus mártires tantas almas como la Iglesia ha perdido en el naufragio de la Reforma, y el doble, y el triple, de tal suerte, que el rebaño del buen Pastor se llenará y acrecentará.

»Alabemos al Señor. Nosotros somos el ejército de Dios. Digo que nosotros somos, porque la obra está fundada; existe desde que mi idea no es solo mia, sino también vuestra. Nacemos ahora; aquí está la cuna de un poder. Los hombres contarán la edad de este poder, á partir de un hecho que lo sancionará; para nosotros data desde este día consagrado á la Inmaculada Reina de los ángeles. Debemos saber, que á partir desde ahora, somos los soldados de la oracion, del sacrificio y de la caridad.

»Todo ejército ha menester de un general; nosotros tendremos nuestro general, que será nuestro jefe en la tierra. Nada será en el mundo más vasto y completo que su autoridad, si no es nuestra libertad.

»Y esta libertad, junto con aquella autoridad, formarán un todo, que será la obediencia perfecta, único remedio que puede oponerse al delirio de los tiempos.

»La obediencia de que hablo no puede definirse más que nombrando á Aquel á quien se la prestará en igual medida y bajo el mismo título, así nuestro Superior general, como el último de nosotros. No busquemos á este Jefe Supremo en la tierra, sino en el cielo; ese sereis Vos ¡oh, Jesús, Señor nuestro!

»Entre nosotros toda autoridad vendrá de vos y se ejercerá en vuestro nombre; toda obediencia se elevará también hasta vos.

»Obedeceros ¡oh Dios! es ser libre; mandar en vuestro santo nombre, es obedecer.

»Los brazos del árbol de la Cruz son la autoridad y la obediencia: los dos llevan el mismo fruto, la libertad, que consiste en el cumplimiento de vuestra ley.

»¡Mandar, obedecer, dos fases del mismo sacrificio, dos sentidos de una misma palabra, amor! Jesús, Señor, á vuestra sombra, el que manda es el más humilde. Es el siervo de vuestros siervos, es todo de los que os pertenecen; y solamente así, ¡oh, Dios salvador! en

Vos y por Vos, la abnegacion del poder y el sacrificio de la obediencia, pueden unirse en el abrazo que engendra la libertad santa de vuestros hijos.

»Hoy somos siete, mañana podremos ser mil. Es preciso que nuestro Superior sea fuerte merced á la ayuda del divino Maestro, bajo la direccion del Padre comun de los fieles.

»No edificaremos nuestra casa con la mira de intereses humanos, y, sin embargo, nuestra casa prosperará aún bajo este aspecto. La posesion de bienes terrenos no entra en los destinos ni en las aspiraciones de la Orden; podrá, sin embargo, serle acaso necesaria segun los tiempos, para cumplir su obra providencial.

»Lo sé, lo veo y lo afirmo.

»Sé, y veo, y afirmo que el preposito de nuestra Orden, el General de nuestro pacífico ejército, será poderoso entre los grandes de la tierra, desde el fondo mismo de su humildad. Se necesita que así sea, y así será. Así, pues, lo escogereis *íntimamente unido á*

*Dios* (1), tanto en la oracion como en sus demás actos, para que pueda beber en el manantial mismo gracias abundantes que se derramen por él en todo nuestro cuerpo.»

»Con su ejemplo debe predicar la práctica de todas las virtudes, «sobre todo *el esplendor de la caridad*»; deberán verse en él la mortificacion interior, la modestia exterior, la circunspeccion en las palabras, una severidad templada por la dulzura, un valor invencible; pues se inspirará en las palabras del Apóstol San Pablo: «cuando parezco débil, es cuando soy fuerte» (2).

»En cuanto á lo que constituye la fuerza, segun el lenguaje humano, la ciencia, el entendimiento, el discernimiento, la prudencia en los negocios, Dios proveerá; porque nuestro superior será el siervo puesto por Dios, *quem constituit Dominus* para gobernar á la familia. En apariencia está por encima, pero realmente está debajo; tiene sobre sí á la familia y puede decir: «Señor, habeis colocado los

(1) San Ignacio. *Constituciones*, part. IX.

(2) *Quum enim infirmor tunc potens sum*, II ad Corint. XII, 10.

»hombres sobre nuestras cabezas, *imposuisti homines, super capita nostra.*» (1).

»Por lo demás, la autoridad que en nombre de Jesucristo vamos á confiar á este padre de familias, parecerá tan grande y elevada que dirán: «Jamás ha existido cosa parecida, es un rebaño de esclavos conducido por un tirano,» y otros irán más lejos diciendo: «*Es un despotá sentado sobre cadáveres.*»

»*¡Esclavos singulares los que no reconocen sobre ellos más que á Dios!*» (2).

»Y cualquiera que ataque la religion de Cristo, verá cómo se mueven esos cadáveres!

»No: los que así hablen, ó se engañan ó nos calumnian; no habrá en nuestra casa ni tiranos, ni esclavos, ni cadáveres. No habrá otra cosa que cristianos vivos y libres.

»La eleccion garantizará en su origen este poder, magnífico efectivamente por su vigor y estension, el cual, mientras dure, será sostenido y moderado por las miradas

(1) Palabras del Padre Ponlevoy, citadas en el admirable libro del Padre Gabriac, p. 357 de la *Vie du P. de Ponlevoy.*

(2) San Ignacio, *Const.* part. VI.

de la familia reunida que le servirán de contrapeso.

»Lejos de su alrededor los cortesanos: tendrá, sí, consejeros, auxiliares y jueces. Su tarea será la aplicacion de leyes ciertas y estables que no habrá hecho, y que no podrá eludir ni abolir.

»Todo lo podrá, es cierto, para el bien, pero nada podrá para el mal.

»Lo podrá todo:

»Para la mayor gloria de Dios,

»Para el mejor servicio de las almas,

»Para la santificacion de sus hermanos,

»Para el sacrificio de sí propio.

»Nada podrá contra la verdad,

»Nada contra la justicia,

»Nada contra la caridad.

»Ese poder, que se representará como absoluto, tendrá sobre sí á Dios, al Vicario de Dios, y la Regla, y aun á la misma Congregacion, obediente, pero soberana.

»Nosotros somos el ejército de la autoridad; tendremos, pues, autoridad. Y la tendremos tan grande y más grande que la tuvo jamás sobre la tierra ninguna reunion de hombres, y tendremos al par una santa libertad: y la

tendremos muy sincera y más amplia que ninguna sociedad, porque nada seremos en nuestra casa, donde Dios lo será todo.

»Jesucristo es nuestro principio, nuestro medio y nuestro fin.

»Vemos á Jesús en nuestro General; nuestro General ve á Jesús en nosotros: *Christus omnia in omnibus.*

»Por esto precisamente nuestro celestial Maestro me ha dado para vosotros un patrimonio que es la Regla de Jesús, asaz vasta para que pueda contener á un tiempo la autoridad perfecta y la libertad perfecta en la medida que admite el doloroso tránsito del hombre sobre la tierra.

»Todo esto lo veo, lo sé y lo afirmo.

»Nosotros somos siete, pero podremos ser cien mil. A través de nuestras filas, por espesas y largas que sean, la Regla, permitiendo llevar la autoridad hasta sus últimos límites, resguardada, como estará, de todo exceso por el contrapeso de la conciencia, infundirá en nuestro cuerpo esa fuerza y esa vida

que en la guerra se llama disciplina, fórmula admitida y abreviada de la obediencia. La disciplina de nuestro pacífico ejército consistirá en la entrega de sí propio, que solo se debe á Dios, y que haremos voluntariamente á un hombre, que será para nosotros el representante del Hijo de Dios.

»Ha llegado la hora de oponer á las revueltas olas un dique formado con corazones puros. No basta la oración, es menester obrar. Tiempos atrás reuniéronse otros para imitar á María la de Betania en su piadosa contemplación á los piés de Cristo. Dichosos ellos, alabémosles, pero no nos limitemos á imitarles.

»Tócanos á nosotros ser los hijos de la hacendosa Marta. Seremos Sacerdotes al mismo tiempo que religiosos, y desempeñaremos todas las funciones de los Sacerdotes. ¡El estudio, el confesionario, el púlpito, la escuela y la limosna, tanto del pan espiritual, como del temporal, esa es nuestra misión!

»Combatir el mal presente, preparar el bien para lo porvenir, llevar la divina palabra

hasta el corazón del cisma, y á todas partes donde se ataque la verdad, ir á buscar al error y la ignorancia hasta los confines de la tierra, enseñar á los pequeñitos á deletrear, á los adolescentes á creer, á los mozos á pensar, á los hombres y á las mujeres, á todos, á amar á Dios, la patria y la familia; enseñar la clemencia á los poderosos, á los débiles la resignación, compañera de la esperanza, á los ricos la generosidad, á los pobres el perdón, en fin, á todos, á todos, la santa ley de la caridad; esa debe ser nuestra vida.

»A la rebelion opondremos nuestro voto de obediencia, al egoismo codicioso nuestro voto de pobreza, á la ambicion y al orgullo nuestro voto de humildad.

»A nadie pediremos dinero por los servicios que prestemos; y, sin embargo, nos tratarán de avaros, porque seremos calumniados de todos los enemigos de la Iglesia.

»A pesar de no tener salario alguno, nuestra pobreza levantará grandes edificios y distribuirá muchas limosnas.

»Maravillados de esto, nos acusarán. Pero nosotros seguiremos adelante con la cabeza baja como si no se nos insultara, y amaremos á los que nos hayan ultrajado como á nosotros mismos por el amor de Dios.

»Punto es este, amigos é hijos míos, dificultoso de practicar, pero más dificultoso todavía de creer. Eso de presentar la otra mejilla al que nos dió una bofetada, se resiste tanto al corazón humano, que los hombres califican y calificarán siempre de hipocresía tal sacrificio que reputan imposible, y de cobardía el heroísmo que no aciertan á comprender.

»Divorciado el hombre de Dios, jamás comprenderá, ni admitirá, que se ha de menester mil veces más valor para sufrir la amargura del ultraje, que para escupirla al rostro de quien nos insulta.

»A causa del milagro de nuestra pobreza, seremos ladrones á los ojos de los hombres; á causa del milagro de nuestra caridad, seremos hipócritas; á causa del milagro de nuestra humildad, seremos cobardes.

»¡Gloria á Dios!

»Ni siquiera nuestra muerte será poderosa á desarmar la injuria y el sarcasmo: se dirá de

nosotros como se dijo del divino Maestro Jesús, que hemos «desempeñado nuestro papel hasta el fin,» y que nuestro último suspiro es nuestra última mentira. ¡Gloria, gloria á solo Dios!

»Somos los compañeros de Aquel que glorifica el oprobio. ¡Alabado sea el Señor! Por lo mismo que nuestra desnudez será una riqueza y nuestra supuesta cobardía un valor sobrenatural, cuando parezcamos aplastados disfrutaremos de un poder incomparable.

»Bajo los piés de nuestros enemigos vendrán á buscarnos los reyes y los pueblos. ¡Señor, apartad de nosotros el orgullo así en las gradas de los tronos como en el fondo de nuestra miseria! ¡Gloria á Dios! ¡Todo para gloria de Dios! ¡A la mayor gloria de Dios!»

Hincóse de rodillas, y los seis le imitaron. Ninguno de ellos habia hablado todavía.

Ignacio juntó las manos, elevólas y dijo en latin:

—Jesús pacientísimo.

Los otros respondieron:

—Tened piedad de nosotros.

—Jesús obedientísimo,

—Tened piedad de nosotros.

—Jesús dulce y humilde de corazón,

—Tened piedad de nosotros.

—*Oremus.*—¡Oh Dios! haced que la casa de vuestros siervos sea fundada para bien de todos y no solo para nuestro propio bien; á fin de que dando vuestros siervos su vida por la salud de los hombres en Jesucristo, *no cesen nunca de ser perseguidos* para vuestra mayor gloria, vos que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Así sea.

Y habiéndose santiguado, se levantaron.

El día era magnífico. Las gentes de los lugares vecinos subían por los varios senderos para oír Misa en la abadía parroquial. Ignacio y sus hijos tomaron á la izquierda de la iglesia, por el campo que bajaba del cementerio á la capilla del mártir, situada en el punto que digimos, y cuyos alrededores se hallaban en-

tonces desiertos. Luego entraron solos en la cripta que estaba preparada para el Santo Sacrificio. La tradicion fija en las nueve la hora en que Pedro Lefevre celebró.

Despues de haber ayunado y orado en comun, dice Cretineau Joly, reuniéronse el 15 de Agosto de 1534 en una capilla subterránea de la iglesia de Montmartre (1), donde cree la gente piadosa (2) que fué decapitado San Dionisio. Era la fiesta de la Asuncion de la Virgen. Ignacio escogió este dia para que la sociedad naciese en el seno mismo de María triunfante. Allí aquellos siete cristianos, á quienes Pedro Lefevre, ya Sacerdote, habia dado con sus manos la comunión, hicieron voto de castidad. Obligáronse á guardar perpétua pobreza, y prometieron á Dios que una vez terminado el curso de teología, irian á Jerusalem; pero que si trascurrido un año no les hubiera sido posible llegar á la ciudad santa (por causa de la guerra), irian á echarse á los piés del Soberano Pontífice (3), para pe-

(1) Esto es un ligero error.

(2) Y la impía tambien; testigo Dulaure.

(3) *Hist. de la Comp. de Jesús*, cap. I.

dirle que aprobase su Orden y recibir sus instrucciones.

Esto fué todo: la Compañía de Jesús estaba fundada.

## LOS PRIMEROS PADRES.

Dios prevé todas las cosas; mas por lo mismo que su eternidad no admite la precipitación, todo camina en Él con madura gravedad. Entre la primera idea concebida, ó mejor dicho, inspirada en la gruta de Manresa, y la primera palabra pronunciada sobre las cumbres predestinadas de Montmartre que dominan á París, y desde lo alto de las cuales dentro de poco el maravilloso templo levantado al Corazon de Jesús edificará al mundo, medió un intervalo de catorce años.

Menester fué que trascurrieran otros cinco despues de lo sucedido en Montmartre, para que en 1539, conocido por el Papa Paulo III el resumen de las *Constituciones* de la nueva Orden presentado por Ignacio de Loyola, pudiese en parangon con su mirada infalible las amenazas del mundo con las promesas del cielo, el daño con el socorro, el rayo de esta luz naciente con la victoria del infierno, concluyendo por exclamar: *Digitus dei est hic.*

Y todavía pasó un año hasta la promulgación de la Bula *Regimini militantis Ecclesie* (1) que instituyó canónicamente la Compañía de Jesús.

A los que se maravillan de estos plazos tan largos, fácil es responderles con el texto mismo de las Constituciones, donde el Santo fundador va tan despacio y exige tantos requisitos para hacer un solo Jesuita, como para crear la Orden entera.

Nada, en efecto, tan bello como el respeto, nunca bastantemente alabado, que San Ignacio tenia á su propia obra, instrumento destinado por él al servicio especial é inmediato de Jesús. Ninguna Orden habia exigido hasta entonces, para asegurarse de la vocación y capacidad de sus miembros, un lujo semejante de pruebas largas y dificultosas. Un trabajo verdaderamente infatigable y una paciencia muy ejercitada sirven á la vez en ella de auxiliares y testigos de la gracia. Todo viene allí de Dios, pero mediante el duro trabajo del hombre. Veámoslo: necesitanse dos años de noviciado *sin estudiar* (lo cual supone

(1) 27 Setiembre de 1540.

algunos conocimientos anteriores), para llegar al grado de *escolástico* ó colegial, que se lleva dos años de retórica (y letras), tres años de filosofía (y ciencias), y un año, al menos, de regencia (1); luego vienen cuatro años, y algunas veces seis, de teología, y por último, el año de conclusion, prueba definitiva que se sufre en el retiro, despues de la cual es uno admitido de profeso, ó miembro perfecto de la Compañía de Jesús, lo que arroja, dice el Padre Ravignan, citado en el excelente libro de M. Ad. Archier, un *minimum* de catorce años para el noviciado efectivo,—acaso en memoria del mismo período de tiempo que en la vida de San Ignacio separa á Manresa de Montmartre.

Otro testimonio de la estudiada lentitud que presidió á los primeros pasos de Ignacio y de sus hijos, es que entre el voto de Montmartre y la visita al Jefe de la Iglesia, no admitió Jesús más que tres nuevos reclutas en su Compañía, lo que elevó á diez el número total de

(1) Así se llama al profesorado ejercido por el joven religioso.

los afiliados. Los tres nuevos compañeros que con el tiempo debían ser no ménos célebres que los antiguos, llamábanse Claudio Le Jay, de Nancy; Juan Codure, del Delfinado, y Pasquier-Brouet, de Picardía.

A pié, con el rosario al cuello y la oracion en los lábios, acompañaron estos á Lefevre, Javier, Laynez, Rodriguez, Bobadilla y Salmeron en aquella peregrinacion larga y arriesgada á través de la Alemania protestante, dirigiéndose á Venecia, punto en que les aguardaba Ignacio, y de donde, persuadidos de la imposibilidad de ir á Jerusalem, salieron para Roma con ánimo de visitar al Papa.

Allí, no obstante la buena voluntad del Padre Santo, iban á tropezar con obstáculos de tal manera graves, que no parece sino que la extraña y obstinada resistencia, que debía tener en jaque en lo porvenir, siempre y donde quiera, á la Compañía de Jesús, nacía al propio tiempo que ella y aun antes que ella. A la sazón Roma abrigaba legítima desconfianza contra ciertas Ordenes religiosas, cuya decadencia tantos pretextos había dado á la rebelion, y de las cuales salían apóstatas que desertaban de la bandera de la fé para ir á en-

grosar descaradamente las huestes de la herejía. Tanto había cundido el mal en el claustro, y la relajacion era tan profunda, que el Cardenal Guiddiccioni, el mismo de quien dijo Paulo III al saber su muerte: «Mi sucesor acaba de morir,» había manifestado su opinion de que se suprimieran todas las Ordenes, excepto cuatro.

Justamente á este Prelado, que más que ningun otro le iluminaba con sus consejos, encomendó el Papa el exámen de las *Constituciones* de Ignacio, nombrando además otros dos que le ayudaran.

Guiddiccioni, cuya opinion más bien se fundaba en la malandanza de los tiempos que en el exámen de la nueva Orden, respondió: «No há lugar á conceder la autorizacion,» y los asesores se conformaron con su dictámen.

Y de hecho, la hora de la dispersion no parecia la más á propósito para formar nuevas Compañías: esto en los puros términos de la lógica humana.

Pero en aquellos diez hombres había algo que no era humano. En vez de protestar, alabaron á Dios, y prodigáronse á quien quiso

tomarlos para servicio del Señor, sin exigir nunca nada, y caminando siempre resueltos por el sendero de su acendrada fé.

Así que, separáronse dócilmente para combatir á los sectarios más ardientes de los distintos bandos: Lefevre y Laynez fueron á Parma; Bobadilla á la isla de Ischia; Le Jay á Brescia, invadida por el azote; Pasquier-Brouet á Siena, donde ardía el desórden en los conventos de religiosas; Codure á Pádua; Francisco Javier y Rodriguez á Lisboa, donde aceleraban ya los preparativos de la expedicion que debía hacer glorioso é inmortal el nombre del Apóstol de las Indias.

Sucedió que el Cardenal Guiddiccioni quedó suspenso y admirado por las voces que propagaban la modesta fama de aquellos obreros infatigables que trabajaban en todas las partes á la vez. ¡Y en verdad que la Compañía de Jesús se estremecía y agitaba, como Juan Bautista antes de nacer, en las entrañas de su madre la Iglesia!

Y el sábio Cardenal, que padecía algo de la incredulidad de Zacarías, abrió los ojos al fin. Examinó á conciencia la obra de Ignacio que había juzgado de lijero, y luego de conocida,

entonó, como el padre del Precursor, un cántico de alabanza.

El hombre que habia expresado antes que nadie la necesidad de suprimir la mayor parte de las Órdenes religiosas y disminuir las restantes, declaró en voz alta que era bueno, oportuno é *indispensable* autorizar la Compañía de Jesús, para oponerla de un lado á la corrupcion interior, y de otro á las invasiones de fuera.

Contenia la Bula un resumen muy claro y exacto de las *Constituciones*, lo que daba una amplitud considerable á la aprobacion de la Santa Sede. No solamente se sancionaba el pensamiento de Ignacio en su conjunto, sino tambien en sus detalles, y se convertia al Instituto como en hechura propia de la Iglesia.

Tan pronto como la Bula estuvo promulgada, procedióse á la eleccion de General. El servicio de la Religion tenia alejados de Roma á la mayor parte de los miembros; pero estos votaron por escrito. Los demás, Le Jay, Salmeron, Laynez, Codure y Brouet, reunieron al rededor de Ignacio. Consagraron tres dias al ayuno y á la oracion para implorar la luz del Espiritu Santo, y al cuarto dia Ignacio de

Loyola, por voto unánime de los presentes y ausentes, fué elegido General ó Preposito, para usar los términos de la Bula.

Ignacio debia esperar este resultado, y sin embargo, quedó aterrado. Desobedeciendo por la primera y última vez, aunque sin rehusar definitivamente la carga que se le imponia, lo que hubiera sido contravenir directamente á la regla por él mismo instituida, combatió cuanto pudo la voluntad unánime de sus hermanos, y pidió una nueva eleccion, que fué igual á la primera.

Este golpe hizole verter lágrimas: tan claro conocimiento tenia del alcance de su responsabilidad; pero cedió al fin. Por entonces entraba en los cincuenta años y hacia cuatro que era sacerdote.

El día de Pascua, 17 de Abril de 1540, aceptó el generalato de la Compañía de Jesús. El 22 del mismo mes, despues de haber visitado las basílicas de Roma, Ignacio y sus compañeros llegaron á la de San Pablo, extramuros. El General celebró Misa en el altar de la Virgen, y en seguida, volviéndose hácia el pueblo, ántes de comulgar, y teniendo en una mano la hostia consagrada y en la otra la fórmula

de los votos, la pronunció en voz alta, comprometiéndose además á la obediencia, por lo que toca á las misiones, en la manera que especifica la Bula de 27 de Setiembre. Luego puso cinco hostias en la patena, y acercándose á Laynez, Le Jay, Brouet, Codure y Salmeron, que estaban de rodillas al pié del altar, recibió sus profesiones y les dió la comunión» (1).

«Durante los siete años que he vivido con los Jesuitas, ¿qué he observado entre ellos? La vida más laboriosa y más frugal, repartir todas las horas entre los cuidados que nos dispensaban, y los ejercicios de su profesion austera. Lo mismo que yo atestiguarán millares de hombres educados por ellos; razon por la cual no acabo nunca de asombrarme de que se les acuse de enseñar una moral corruptora.» Estas palabras se escribieron mucho tiempo despues de la fundacion de la Orden, y las cito porque se ha repetido con frecuencia que si la Compañía de Jesús tuvo magnifico principio, no tardó la desmoralizacion en invadirla.

(1) Cretineau Joly, t. I, cap. I.

Doscientos años justos habian trascurrido desde que los Jesuitas se batian en primera fila entre los campeones de la Iglesia, cuando Voltaire trazó aquellas líneas en el mes de Febrero de 1746. Ellas honran á Voltaire, y no hacen más que justicia á los Jesuitas acosados en todas partes por la calumnia.

Voltaire se asombra de que se les calumnie. De poco se asombra. Los que se hallan habituados á seguir la corriente y observar el giro que la pasion filosófica ó política lleva en todas partes, y singularmente entre nosotros, deberian más bien maravillarse de que hubiese un solo instante en que tales hombres no fueran calumniados.

Es de rúbrica entre sus enemigos prescindir en los ataques del origen del instituto y saludar á los fundadores, aparentando cortés imparcialidad. Su primer momento fué bello, y puro, y grande; se conviene en ello, solo que despues no cumplieron las promesas hechas al principio: esto se afirma, y se lamenta.

Por lo que á nosotros hace, trazaremos brevemente la historia de esta segunda época, como en breves palabras expusimos los sencillos acontecimientos que prepararon y acom-

pañaron su aparición en el mundo. Solo que, antes de proseguir este relato destinado á tomar frecuentemente el aspecto de discusion histórica, queremos notar un hecho que tiene su lado bastante original.

No hay una época en la historia de los Jesuitas que, ya por este, ya por el otro de sus detractores jurados, no participe algo del *satisfecit* otorgado á la inocencia; en su comienzo, cada episodio del gran drama que han desempeñado, como Orden, cuenta con apologistas en las filas de sus más implacables adversarios, y causa estupor oír á cada paso á tal protestante, tal filósofo, tal ateo defender á la Compañía de Jesús de tal ó cual imputacion inicua de que fué víctima; en términos, que ensartando unas despues de otras esas defensas especiales, esos arrepentimientos de la parcialidad, esos valerosos mentís dados á la estupidez del prejuicio por los arranques del espíritu sincero, tendríamos lo bastante para componer un panegrico, muy abigarrado, es cierto, pero sobremanaera curioso y completo de los hijos de Loyola.

Todo el mundo ha hecho como Voltaire una vez en su vida. Despues de haber condenado

y escarnecido superabundantemente y de todo corazón á los Jesuitas en general; ha gritado un dia frente á un error demasiado grosero ó de un sectario cuya acusacion traspasa los límites: ¡Alto! todo lo demás es cierto, pero *esto* yo no lo admito.

Luego se ve que convertido *esto* en *aquello* para tal crítico y recíprocamente para tal otro, pasan *esto* y *aquello*, es decir, *todo*.

Examinándolo bien, hallareis retazos de apología hasta en los archivos de Port-Royal, todavía mejor provistos de injurias que la farmacia de la Enciclopedia.

Y si esto acontece con los difamadores de oficio, ¿qué podrá decirse de las gentes de mundo?

Al llegar aquí vacilo y no me atrevo á hablar en tono tan decisivo.

Cuando se trata de los indiferentes, débese contar de antemano con un elemento mucho menos leal que la pasión: algo como doblez y perñidia voluntaria, que por urbanidad se apellida prudencia, y en el lenguaje de la franqueza cobardía.

Jamás oireis á un indiferente, sabiendo al estilo liberal, defender á los Jesuitas, á menos

que no le mueva á ello alguna circunstancia especial. Los sábios de esta índole abandonan á los Jesuitas en nombre de los sentimientos piadosos, y *para bien de la Religion.*

Han aprendido la historia de aquella buena madre de familia que en Rusia, viendo perseguido su trineo por una manada de lobos, de cuando en cuando les arrojaba uno de sus hijos *para salvar los otros.*

Les han dicho sin duda, que la buena de aquella madre, habiendo arrojado el último, logró salvarse.

Pero no es cierto. Los han engañado.

Yo á mi vez, afirmo bajo palabra de honor, que tambien la madre fué devorada, y que le estuvo bien.

La sabiduría de los sábios á que me refiero, se llama interés. El interés se compone de un poco de religion, de otro poco de la hombría de bien que se tenga, y yo la supongo perfecta, del puesto que se ocupa, la fortuna que se goza, y de la existencia, á la cual todo tiende por naturaleza.

Al rededor de todo esto, entre nosotros como en Rusia, hay lobos que persiguen.

Si se echan los Jesuitas á los lobos, queda

la Religion, la honradez, el puesto, la fortuna y la vida; y cuando fuera preciso tirar la Religion, todavia quedaria la honradez, que basta para vivir con la fortuna y el rango.

Si los lobos atacan la honradez.....

¡Escuchad! Se trata de una cosa muy vaga. ¿Qué se entiende por honradez?

¡La hay de tantas clases! Y es el caso que no hay más remedio que apaciguar á los lobos.

El rango, por ejemplo, ¡ah! ¡esto es sério! Es menester defenderse. Y se defenderá el rango si es posible.

Y se morirá antes que entregar la fortuna. Esa es la palabra: *Se morirá.*

Se morirá desde la primera concesion que se hizo y que dió aliento á los lobos.

Y entre tanto, para los indiferentes como para los que creen y áun para los ateos, ¿qué es un Jesuita?

Es un religioso.

¿Y qué es un religioso?

Un hombre que para acercarse al Dios que

adora, se consagra con gusto á ciertos sacrificios, acepta voluntariamente ciertos deberes marcados por una regla y asegurados por votos que sanciona la solemne aprobacion de una autoridad admitida por todos los católicos, y que se apellida Iglesia.

¿Hay nada más legítimo desde el punto de vista humano? ¿Puede ningun ciudadano hacer un uso más legítimo de su libertad? ¿Con qué pretexto, con qué derecho, el ejercicio de esta libertad será vedado ó restringido?

Juzgais útil y conveniente el procuraros los bienes de la tierra; estais en vuestro derecho. Pero á mí me gusta renunciar á ellos; estoy en mi derecho.

Juzgais útil y conveniente fundar una familia; fundadla, teneis derecho para ello. Pero yo quiero huir de las dulzuras del hogar por sacrificarme á Dios y á los hombres; mi derecho es igual al vuestro.

Juzgais útil y conveniente conservar íntegra vuestra independencia; y os lo permiten. Pero yo que temo á la mia, quiero limitarla. ¿Se me puede impedir?

Ciertamente que no, á menos de imaginar una tiranía á la vez tan imbecil y odiosa, que

fuera menester para encontrarla semejante, buscar en el libro más manchado de nuestros anales sus páginas más afrentosas.

Así se espresa el simple buen sentido, la razon le hace coro, la fé aplaude y la Iglesia aprueba. ¿Y qué dice la historia?

¿Niega, por ventura, que la vida moderna trae su origen de Cristo?

No. La historia nos muestra á los primeros cristianos de Jerusalem poniendo sus bienes á los piés de los Apóstoles para vivir pobremente en comunidad, los desiertos de Egipto poblados de solitarios, el Oriente santificado por los hombres del desierto, el Occidente por los hijos de Agustin, Benito, Bruno, Domingo, padres de esas familias de héroes que han difundido la luz en Europa, civilizado la barbarie, desmontado campos incultos, guardado el tesoro de las letras, resucitado las artes, fundado ciudades y engrandecido al mundo, y á los cuales el mundo ha prodigado en retorno de estos beneficios los desdenes de su ignorancia y el odio de su ingratitud.

Como religioso, pues, el Jesuita no es ni una novedad ni una monstruosidad. Antes que él habia ya religiosos.

Pero se dice: «Sin embargo es un religioso *sui generis*, con un fin especial, una manera de ser que le es propia, con tendencias, obligaciones, usos, que le distinguen de los demás religiosos.»

¡Concedido! Un Jesuita no es Cartujo, Benedictino ó Franciscano, como el artillero es soldado, el coracero también y el húsar lo mismo, sin que el coracero sea húsar, ni el húsar artillero, ni el artillero coracero.

El Cartujo ora en la soledad por el mundo que ha abandonado; el Trapense santifica con la penitencia la noble y ruda labor del campo; el Benedictino emplea su vida en las áridas lucubraciones de la ciencia, ¡muy bien otros cruzan los mares para llevar la civilización á los bárbaros de Asia y Africa, á los salvajes de América y Oceanía, ó ya con igual arrojo luchan en Europa por la verdad contra el error, por la libertad de las almas contra el despotismo de los hombres y la tiranía de las pasiones. ¿Es malo esto?

La Compañía de Jesús jamás negó que tuviese una misión especial.

Su gloria es haber sido instituida con un fin preciso y claramente definido; ella, ó es bata-

llón sagrado, ó no es nada. Se gloria de ello.

Ya lo vimos; á partir del siglo XVI, un trastorno inmenso se verificó en las ideas; el espíritu de la revolución, como viento huracanado, sopló en el mundo, y después de haber conmovido á la Iglesia, quebrantó bien pronto las instituciones políticas y los cimientos mismos de la sociedad.

Esas grandes tempestades cuyas sacudidas experimentamos aún, denominanse en la historia de los nombres famosos, Protestantismo, Jansenismo, Filosofismo y Revolución.

Lutero, armado de su Biblia truncada, sublevase contra la Iglesia, y da al mundo suspenso el espectáculo de su victoria, rápida como un desastre, inverosímil como una pesadilla. Pero Lutero tropieza con los Jesuitas, y su victoria retrocede.

Jansenio no puede ocultar entre las páginas de un *San Agustín* de contrabando, la punta de la oreja de un Protestantismo hipócrita y bastardo; los Jesuitas le salen al encuentro, y no puede seguir adelante.

Los filósofos del siglo XVIII se mofan de la Biblia, socavan la tradición y pretenden *aplantar al infame*. Los Jesuitas se presentan en el

combate, caen vendidos por la autoridad real, que defendian; pero la tierra tiembla despues de su caida, la autoridad real se hunde, y Dios, sentenciado como vieja preocupacion, parece como que aparta sus ojos para no ver á Francia revolcarse en el horrible y enrojecido cieno de una saturnal que deshonra la historia.

¿Y entre tanto, Dios ha sido vencido? No. ¿Ha sido aplastado el infame? No. Tan imposible es esto como aquello.—Pero, ¿y los Jesuitas? ¡Ah! Los Jesuitas pueden morir, es cierto; ellos no participan ni de la eternidad de Dios, ni de la inmortalidad de la Iglesia en el tiempo.—Pero viven. ¿Quereis una prueba? Contad sus enemigos.

¿Habian de aullar tantos ódios al rededor de un sepulcro?

Comprendo estos ódios y á las gentes que son atormentadas de ellos. Es natural, casi legítimo, que los protestantes ódien á los Jesuitas; concíbese también este ódio en los oscuros restos del jansenismo sepultados en su

rincon, y áun en la trasnochada posteridad de los filósofos del siglo XVIII, y sobre todo, en la muchedumbre infeliz de los atormentados por una decepcion eterna, cuyo suplicio es incesantemente avivado por la industria de los tribunos. ¿Pero y los demás? ¿Pero y la inmensa mayoría de los que no son protestantes, ni jansenistas, ni filósofos, ni tribunos, ni presa de los tribunos?

¿Llegarán estos alguna vez á comprender que la verdad, al batirse en retirada, no pueda arrojar al lobo nada, ni á Dios, ni la Iglesia, ni siquiera los Jesuitas? ¿Llegarán á comprender también que así conviene, toda vez que el lobo se dejará llevar siempre de sus instintos devoradores?

Los Jesuitas, sin embargo, no piden gracia á nadie. Intrépidos, como quien tiene tranquila su conciencia, dan resueltamente al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.

¿Por qué habian de amedrentarse, ellos, nacidos para el peligro, é hijos de la persecucion prometida?

Para combatir es preciso vivir, y la muerte disuelve todos los votos, hasta el del heroismo.

Y justamente porque ellos NO PUEDEN TEMER LA MUERTE, vivirán.

Si fuese precisa una prueba de la necesidad de la fundacion de Ignacio, se la encontraria superabundante en la rapidez de su primer desarrollo. La Compañía de Jesús constaba de diez, la Bula de institucion limitaba su número á sesenta, y apenas trascurrieron algunos meses, cuando el Soberano Pontífice se vió obligado á retirar aquella limitacion, último vestigio de la repugnancia que sus preocupaciones inspiraban al Cardenal Guiddicioni.

Los estrechos límites de este libro no nos permitirán alabar suficientemente los santos trabajos de los diez primeros Jesuitas, todos oradores elocuentísimos, profesores eminentes, teólogos consumados, escritores de nota, ardientes apóstoles de la caridad, poderosos defensores de la verdad. Apenas podremos seguir con la mirada á cada uno de ellos á lo largo de su camino, antes de entrar en el curso general de los sucesos de la Compañía.

Loyola, centro y alma de la Compañía, casi desaparece como obrero inmediatamente despues de su exaltacion. Su actividad era inmensa, pero se pierde en el gran movimiento que dirigia. Habia dicho en sus Constituciones: «El General no tiene por mision predicar, ni esforzarse como soldado, sino gobernar.»

Diego Laynez, espíritu admirable que parecia haber disfrutado, con Lefevre y Javier, la más íntima confianza de Loyola, al cual sirvió, segun se cree, de colaborador en la redaccion definitiva de la Regla, fué enviado primero á Venecia, donde la lucha empeñada por él contra la herejia produjo tan admirables resultados, que la multitud pasaba la noche esperando á la puerta de las iglesias para no faltar á sus predicaciones. Despues de haber arrojado al error de Venecia obtuvo los mismos triunfos oratorios en Pádua y en Brescia.

Me ha sucedido una vez buscar largo tiempo el nombre de Laynez en un Diccionario histórico, por otra parte apreciable, y recomendado á la juventud, y encontrarlo, escrito por cierto con mala ortografía, encima del nombre del cantor Laiz, á quien se habia de-

dicado un extenso artículo, mientras que sobre Laynez habían escrito solamente dos líneas. Este hombre insigne había sido, sin embargo, una de las lumbreras del Concilio de Trento, antes de brillar en el coloquio de Poissy, y la noble humildad con que rehusó el capelo cardenalicio, objeto de tan apasionadas ambiciones, valia quizá la pena de ser mencionada.

Pedro Lefevre siguió al embajador de Carlos V, Ortiz, cuando éste volvió al lado de su señor, y los controversistas de Alemania rehuyeron constantemente toda disputa con él, á causa de la reputación de ciencia y de elocuencia que le precedía. Trabajó mucho, sin embargo, y sus esfuerzos fueron coronados de gran éxito, pues logró afirmar en la fé á los católicos vacilantes, é inficionados por el contagio que los envolvía por todas partes; fué el predicador de la corte en Ratisbona, donde las conversiones se multiplicaron por la eficacia de su palabra; continuó su apostolado en España, y, volviendo luego á las orillas del Rhin, enseñó la Sagrada Escritura en Maguncia, con tal éxito y una autoridad tan grande, que pudo contener al arzobispo elec-

tor de Colonia, Herman de Welde, cuya inminente desercion iba á arrastrar á todo su rebaño. ¡Maravilloso efecto de elocuente caridad! Merced á ella, Lefevre salvó al Pastor, juntamente con el rebaño.

Pero apenas había alcanzado esta doble victoria, cuando se hizo á la vela hácia Portugal, para recorrer de nuevo toda la península y fundar el colegio de Valladolid. Cuando recibió la carta que lo llamaba al Concilio de Trento se hallaba consumido por la fiebre en medio de sus trabajos. «No es necesario vivir, dijo, penetrado del pensamiento capital de la Orden, pero si es necesario obedecer,» y partió á pesar de las súplicas de sus discípulos, no deteniéndose hasta parar en los brazos de Ignacio en Roma, donde vino á morir con la alegría del justo.

Los Padres Le Jay y Bobadilla le habían reemplazado en Alemania, donde ambos, imitando la humildad de Laynez, debían rehusar el honor del episcopado. Le Jay fué quien respondió á los luteranos cuando le amenazaron con ahogarlo en el Danubio: «¿Qué más da llegar al cielo por agua que por tierra?» Como se ve, tampoco les faltaba ingenio.

Salmeron, el Benjamin de los afiliados en Montmartre, se abrió igualmente camino á través de las olas invasoras del protestantismo. Despues de la muerte de Lefevre fué elegido con Laynez, en calidad de teólogo del Papa, para asistir á las discusiones del Concilio, en donde la Iglesia romana iba á mostrarse más fuerte y más llena de vida que nunca.

Le Jay tomó parte tambien en tan augusta Asamblea como teólogo del Obispo de Augsburgo.

Apenas nacida, la Compañía veia ya colocados á sus humildes hijos entre los Principes de la Iglesia, honor del cual se mostraban merecedores, pues el Obispo de Módena escribía: «Los Padres Salmeron y Laynez han hablado sobre la Eucaristía tan admirablemente, que me estimo dichoso en vivir cerca de estos doctos y santos Padres (1).»

Solamente la historia de los diez primeros Jesuitas daría materia para un libro hermosísimo, íntimamente relacionado con todos los sucesos eclesiásticos más grandes de aquella

(1) *Hist. de la Compagnie*, Ad. Archer, p. 93.

parte del siglo XVI, aún cuando no se llegara á hablar de Francisco Javier.

Con solo Francisco Javier, se escribiría un poema que sería la ardiente epopeya de la caridad; pero apenas nos es posible bosquejar aquí, en compendio, su maravillosa vida.

Desde el principio, ó mejor dicho, aún ántes que la Orden estuviese constituida, Javier y Rodriguez habían sido llamaos por Juan III de Braganza, rey de Portugal, para dar á conocer el Evangelio al otro lado del Occéano.

Recordemos las palabras dichas á Javier por Ignacio, al hablar de los peligros y de las alegrías de los Misioneros. «Javier, tu mirada brilla....» La vocacion apostólica del heróico hijo de Navarra no había hecho más que crecer desde este tiempo. Acogió con entusiasmo la orden de su partida, y hubiera emprendido su marcha hasta sin el traje necesario, si Loyola no le hubiese puesto su mismo manteo sobre los hombros.

Había conservado toda la espontaneidad de la infancia, aunque era un sapientísimo doctor. Aquella alianza de sencilla vivacidad y de grave saber daba á toda su persona un encanto penetrante, y advertíase algo en ella que

parecía sobrehumano. Juan de Braganza quiso detenerlo en la corte de Portugal, donde las palabras encendidas que brotaban de los labios del jóven apóstol ganaban para Dios todos los corazones; pero no era ni á los príncipes ni á los cortesanos á quienes él destinaba los tesoros de su palabra.

Hizose á la vela en un barco de la flota de las Indias, cinco meses ántes de que se firmara la Bula de la fundacion, esto es, el 9 de Abril de 1540, acompañado de los Padres Camerino y Mansella.

Llegó á la rada de Goa en el mes de Mayo del siguiente año, despues de una travesía larga y peligrosa, durante la cual habia edificado á todos con su piedad, alentado con su valor y hasta recreado con su jovialidad y gracejo. Durante este viaje se le dió por vez primera el nombre de: «El Padre Santo,» que conservó siempre, así entre los mahometanos é idólatras como entre los cristianos.

No era una circunstancia favorable para captarse la confianza de los desgraciados pueblos conquistados, la cualidad de cristiano, tan hermosa y tan gloriosa en sí misma. Los indígenas no habian conocido todavía con el

nombre de cristianos más que á traficantes codiciosos, crueles, disolutos, llenos de vicios, y por decirlo de una vez, cargados de crímenes.

La opresion que los comerciantes portugueses hacian pesar sobre las Indias habia llegado hasta á los más repugnantes excesos, tanto, que parecia entonces como si Europa no estendiese sus conquistas hasta los confines de la tierra, sino para propagar más y más la lepra de su sórdida y corrompida avaricia.

Javier predicó á los comerciantes antes de predicar á los salvajes, y les dijo: «¿Cómo quereis que exhorte en nombre de Dios á gentes que no tienen otra falta sino su ceguedad, para que lleguen á parecerse á vosotros que estais cargados de todas las iniquidades?»

No hay ciertamente pueblo alguno más difícil de moralizar que estas agrupaciones de aventureros codiciosos, que nuestras decrepitas civilizaciones envian desde hace cuatrocientos años á buscar fortuna á las Indias y al Nuevo Mundo; pero la palabra de Francisco Javier conmovia de tal suerte los corazones, y era su fuerza de persuasion tan poderosa y tan irresistible, que los traficantes de Goa, irritados al principio por la audacia del após-

tol, acabaron por capitular. Hubo en aquella Babilonia una fiebre de penitencia, y ciertamente que entre la multitud de milagros que acompañaron al brillante apostolado de Javier, no hubo ninguno más grande que este que acabamos de mencionar.

Convertir á una factoría portuguesa de las Indias, era más difícil,—y así lo juzgaron los contemporáneos,—que conquistar á la fé á toda la India, á pesar de su barbárie.

Así fué que, luego que Javier hubo superado este obstáculo, todos los senderos le parecieron fáciles de recorrer, y áun hallándose entre los sacerdotes estranguladores de Sivah, pudo decir sonriéndose: «¡He vencido con la ayuda de Dios á los comerciantes de Goa!»

En su primera mision llegó hasta el cabo de Comorin, y penetró milagrosamente en el país de los Pazares. Una mujer moribunda fué curada al solo contacto del Crucifijo de Javier, el cual se vió rodeado de millares de indígenas, que escuchaban la predicacion, que hacia por señas, y adivinaban su lenguaje desconocido. Habia presagiado la magia de la Cruz, y vió sus prodigios; su Crucifijo habló

por él todo el tiempo que tardó en aprender la lengua malabar, y áun mucho despues que la hubiera aprendido. Cuando la fatiga de su incesante predicacion le agobiaba, tocaba su famosa campanilla con una mano y con la otra mostraba la imágen de Cristo crucificado, y las ciudades enteras acadian á él humildes y penitentes para recibir el bautismo.

Le sucedió á menudo,—tan profunda era su fatiga,—no poder levantar los brazos para derramar el agua santa sobre las cabezas de los catecúmenos, que acudiau en tropel al terminar el Apostol sus fecundas jornadas.

Y su corazon nadaba en torrentes de alegría, que se desbordaban convertidos en cánticos de gozo; sufría el frio, el calor, el hambre, la enfermedad; sus piés desnudos se herian en los abrojos de los caminos; sin embargo, no se quejaba de nada, ó más bien gozaba en todo; era infatigable é invulnerable; caminaba sobre la tierra como si ya se encontrase en el cielo. Por la noche, en vez de reposar, se preparaba auxiliares, instruyendo á los que mostraban buena voluntad para ello, sucediendo á veces que su sencillo auditorio que-

daba de repente en el mayor silencio, nadie se movía, todos procuraban contener la respiración, haciéndose de vez en cuando mutuamente alguna tímida y dulce señal que quería decir: «¡No le despertéis!...» Era que el «Padre Santo,» vencido por el exceso de las fatigas del día, había cerrado los ojos á pesár suyo, y que sus discípulos enternecidos, — aquellos discípulos que eran, en su totalidad, jóvenes salvajes que estudiaban para mártires, — trataban de prolongar todo lo posible los furtivos minutos que el sueño robaba á la tarea del maestro, á quien tanto amaban.

Infundía Francisco Javier tal respeto y tan viva admiración, que uno de sus principales esfuerzos tenía que ser, y era, destruir en los niños la idea de que él era un Dios.

Entre tanto, todó crece en su misión con prodigiosa rapidez. La semilla de auxiliares que ha sembrado durante dos años empieza á fructificar. Funda un Seminario en Goa, su cuartel general; sus primeros Sacerdotes están en flor; ya puede intentar lo que ayer le parecía imposible, y, en efecto, héle aquí que penetra más adelante, más adelante cada vez; pero ya no está solo. En algunas semanas sola-

mente bautiza en el Travancor *por su propia mano* á 10,000 personas.

«No matareis,» había dicho Ignacio. Javier pone en huida á las tropas armadas adorando el Crucifijo, y como una ciudad idólatra resistiera tenazmente á su palabra, pide á Dios el poder de resucitar á un Lázaro, y Lázaro es resucitado.

Todo Travancor se hace católico á consecuencia de este milagro, comprobado en las actas de la canonización de San Francisco Javier.

Ignacio estaba en Roma cuando recibió la carta en que su hijo muy amado le anunciaba sus triunfos y le pedía soldados para dar abasto á tantas victorias.

Ignacio no pierde un momento. Los nuevos auxiliares se embarcan en Lisboa, pero Javier no los espera. Se lanza de nuevo: seguid en pos de él los progresos de la divina gracia: vedle en la isla de Manar, después en Méliapour; luego en Malaca, sitiada á la sazón por el rey de Achem. La presencia de Javier vale por un ejército.... La India es suya. ¡Gloria á Dios!

La India ya no le basta. Un dedo misterioso

le señala el Japon, y corre allí, acompañado solamente de tres misioneros. Hacia entonces nueve años que habia dejado á Europa, y no habia descansado un solo dia.

Su llegada á la India habia sido modesta; en el Japon, el navío que lo llevaba, fué saludado al desembarcar en Firando por toda la artillería de la rada. Esto no era, sin embargo, augurio cierto de éxito. Los obstáculos no se presentaron en seguida, es verdad, pues Javier pudo llegar á la capital del imperio y predicar tranquilamente; pero el extraño carácter y las costumbres profundamente corrompidas de los Meáquinos desconcertaron un instante al hombre á quien nada habia sido poderoso á detener; se acuerda de la India y necesita toda su valerosa resignacion para consagrarse ardientemente á una obra que juzga imposible. Sin embargo, redobra sus esfuerzos.

Por fin Dios, que ha escuchado sus oraciones acompañadas de lágrimas, le concede una recompensa proporcionada al sacrificio: despues de dos años de angustias que le costaron la vida, Javier es dueño del Japon.

¿Se detendrá por fin? No. No se detendrá

nunca. Cambiará de camino. Ha vuelto los ojos hácia esa inmensidad desconocida: la China. Antes de emprender aquella campaña gigantesca, vuelve todavía una vez á Goa, donde recibe la seguridad de que la India cuenta con medio millon de cristianos. «¡Gloria á Dios! dice; esta cosecha es hermosa; vamos á sembrar otros campos.» Y se embarca para China.

Pero aunque este apóstol, cortado por el patron de los primeros que iluminaron al mundo, es admirablemente grande, Dios ha calculado su tarea y le ha señalado la hora del descenso. La travesía se presenta con síntomas desfavorables. Javier se prodiga como siempre, pero sus fuerzas le hacen traicion: despues de terribles sufrimientos, lo desembarcan moribundo en una costa que no es la de China. Ha llegado su hora; sus compañeros le rodean llorando; estrecha contra el pecho su Crucifijo, sonrie y muere cantando la última estrofa del cántico de San Ambrosio: *In te, Domine, speravi; non confundar in æternum!*

Contaba entonces cuarenta y cinco años, de los cuales habia durado doce su apostolado.

Su memoria es honrada en la Iglesia entre la de los Santos más grandes.

De todas las misiones de Francisco Javier, la más fecunda en mártires fué la del Japon, donde millares de fieles indigenas y cerca de cien Padres Jesuitas confesaron la fé, en medio de los tormentos (1).

Ignacio vivió todavía cuatro años despues de la muerte de Javier; de los tres estudiantes del colegio de Santa Bárbara no quedaba más que él. Lágrimas de dolorosa alegría corrieron de sus ojos al saber el hermoso fin de su hermano y amigo.

Su obra tomaba las proporciones de un imperio. Para no hablar aquí más que de sus conquistas lejanas, solo diremos que tres años antes de la muerte de Javier, y en el momento en que llevaba la luz de la verdad al Japon, seis miembros de la Compañía de Jesús desembarcaban en el Brasil y trabajaban con tanta fortuna, que su popularidad servia de contrapeso en todas partes al odio suscitado por los comerciantes portugueses. Co-

(1) La Iglesia honra á treinta y seis de ellos como mártires.

locados los Padres de mediadores entre estas dos barbáries, la una civilizada y la otra salvaje, les costaba menos ganar á los comedores de carne humana que á los comedores de oro, pues pudieron poner fin á los atroces festines de los antropófagos y no pudieron curar la inextinguible sed de riqueza que devoraba á los europeos.

La colonia portuguesa de San Salvador dominaba por medio de los cañones; pero los compañeros del sábio y noble Padre Anchieta dominaban por el amor, y más de una vez los hombres del cañon se refugiaban suplicantes y temblorosos detrás de los hombres de la caridad, los cuales no les negaban nunca su proteccion.

La metrópoli portuguesa se desquitó posteriormente de tantos beneficios prodigados á sus hijos de las colonias: en Lisboa precisamente el siniestro asesino de los Padres (*mata-dor dos Padres*,) Sebastian de Pombal, debia en pleno siglo del filosofismo, en el siglo XVIII, emparedar á los Jesuitas y quemarlos vivos.

En 1553, la preponderancia de la Compañía era tal en la América del Sur, que Ignacio tuvo que crear una provincia del Brasil, como

habia creado ya la provincia de las Indias en el extremo del Oriente.

Al mismo tiempo enviaba Ignacio una santa embajada á Fez y á Marruecos para negociar la libertad de los esclavos. ¡Ah, el odio tenia donde cebarse, y el papel de los Jesuitas se diñjaba en toda su odiosa grandeza!

Otros Jesuitas, en efecto, penetraban en Etiopía y hasta en el Congo para buscar ó para hacer cristianos. Los reyes de Abisinia fueron católicos un momento, pero llegaron misioneros protestantes y las olas de la idolatría volvieron á subir.

No inculparemos por esto á todos los protestantes. Hacemos constar nada más los obstáculos que han opuesto frecuentemente á la propagacion de la verdadera fé, y la inutilidad de sus esfuerzos cuando han querido remedar infelizmente á las misiones católicas, tarea que han ensayado en todas partes, y siempre sin éxito, á pesar de los inmensos recursos materiales de que disponen.

Los Apóstoles hacen voto de pobreza y su predicacion es fecunda. El pseudo-misionero protestante dispone de millones y no alcanza resultado.

Ignacio tenia más de sesenta años. A pesar del cuidado que ponía en ocultar su vida, era famoso entre todos los hombres de su tiempo. Desde el fondo de su celda habia ejercido sobre los sucesos una influencia inmensa, y sin haber asistido personalmente ni al Concilio de Trento, ni al coloquio de Poissy, y aunque sus piés no pisaron el palacio de los príncipes, habia difundido aquí y allá, por todas partes, su espíritu y su palabra, lo mismo en las Asambleas donde resuena públicamente la elocuencia, que en los retirados gabinetes, donde la política de los reyes murmura su lenguaje misterioso.

Habia cumplido con creces su promesa, y en todas partes los ultrajes de los enemigos de la Iglesia le hacian justicia proclamando que era la verdadera losa de plomo que aplastaba la Reforma.

Hubo un instante en que deseó el descanso de los obreros que han terminado su tarea.

Pero los que le veneraban le hicieron comprender, no sin alguna severidad, que para aquel que ha ligado su vida, no hay punto de reposo, sino despues de la muerte.

Obedeció, se quedó en su puesto, y murió

General de la Compañía el 31 de Julio de 1556.

Mientras vivió nunca decía «He hecho,» sino «He visto.» Había visto la herejía, no vencida, pero sí detenida en sus formidables progresos; había visto á los países infieles trayendo á la comunión de los fieles más almas de las que había arrojado fuera de ella el trabajo combinado de todos los falsos profetas que aparecieron en el siglo, agitado de tan extrañas convulsiones.

Había visto á la reforma, á la verdadera reforma católica, introducida en todas partes por la Iglesia, y produciendo ya admirables resultados.

Para darle la parte que le corresponde en el cumplimiento de estas grandes cosas, ni es preciso consultarlo á él, ni á su posteridad religiosa. Sería alegar un testimonio sospechoso. Si se quiere saberlo debidamente, lo que conviene hojear es la montaña de los *documentos* acumulados por la cólera y la rabia. En esto la inventiva del enemigo herido glorifica al soldado que le hirió; cada ultraje es una honra; en los escritos de los protestantes es donde Loyola y los Jesuitas de su tiempo tienen sus ejecutorias de nobleza.

Veintidos años menos dos semanas despues de aquella mañana de la Asuncion en que vimos al escolar mendicante subir solo y cojeando la pendiente de Montmartre, hasta el momento en que Ignacio, anciano, siempre mendigo, pero no solo, entregaba su hermosa alma en manos de Dios, pudo ver con la mirada de los Santos, que abarca el tiempo, treinta casas, ochenta colegios, más de mil Padres y cien mil estudiantes, llevando su señal en la frente, derramados por todo el mundo.

## OJEADA SOBRE LAS MISIONES.

Para que nada nos sirva de embarazo cuando entremos en la historia de Francia, será bien reseñar antes rápidamente el gran movimiento de evangelización en remotos países inaugurado espléndidamente por Francisco Javier, continuado por el heroísmo de sus sucesores y que debía durar tanto como la vida misma de la Orden.

Javier había muerto sin franquear la misteriosa barrera que separaba la China del resto del universo. En 1556, y antes que ningún otro Jesuita, Melchor Nuñez llegó á penetrar en ella uniéndose á los comerciantes portugueses, logrando llegar hasta Canton, ciudad enorme, cuya riqueza le llenó de asombro.

Javier se hubiese puesto á predicar desde luego, pero Javier tenía el don de milagros. Por una prudencia que fué imitada largo tiem-

po y que produjo sus frutos, el Padre Melchor, temiendo sobre todo cerrar para siempre aquella puerta entreabierta con tan celosa desconfianza, se abstuvo de toda predicación pública. La ley y las costumbres de la China amurallan las inteligencias.

En 1563, cinco Jesuitas acompañaron á la embajada portuguesa, y guardaron la misma reserva.

Mateo Ricci fué el que llegó primero á la costa de Pekin, y quien no solamente emprendió, sino que hizo progresar mucho la evangelización del Imperio celeste, donde la Compañía de Jesús debía ganar tantas palmas heróicas.

Ricci era discípulo del Padre Valignani, el misionero *chinologo*, ó más bien el gramático universal de las lenguas del extremo Oriente. La historia de aquella educación y del cuidado que ponía Valignani en preparar á sus jóvenes apóstoles para la conquista del martirio, es una de las páginas más conmovedoras, y al mismo tiempo más curiosas que se pueden leer.

El Abate de Vertot cuenta en su *Historia de la Orden de Malta*, libro algo rancio ya, pero

muy interesante, la aventura de Diosdado de Gozon, futuro Gran Maestre de Rodas, quien para asegurar su victoria sobre cierto monstruo, dragon ó serpiente, del cual habia prometido librar á la isla, hizo construir una imagen del terrible animal, y acostumbró á sus perros de caza á lanzarse sobre este simulacro. Hasta entonces todos los temerarios que se habian atrevido á atacar al monstruo habian sido devorados, pues estaba cubierto de escamas, que equivallian á una coraza fortísima.

Aquella armadura, que era de color bronceado, desafiaba á la lanza, pero el caballero Diosdado habia notado que el dragon tenia debajo del vientre un sitio descubierto indicado por una mancha bastante grande de color amarillo lívido, y se le ocurrió una estratagemá, que el Abate de Vertot calificó de ingeniosa con mucha razon.

Hizo abrir en el vientre del simulacro un agujero de la misma forma y dimensiones que la mancha lívida del monstruo, y cerró este agujero con una puerta, que hizo pintar de un color exactamente igual al de la mancha. Esta puerta se abria en cuanto se ejercia alguna presion sobre ella. Cuando hubo hecho

todo esto, el caballero dejó sin comer á su jauría y colocó pedazos de carne en el interior del simulacro. La jauría, como es fácil comprender, no bien se hubo acercado al monstruo de carton, cuando olfateó la comida y se lanzó sobre la puerta amarilla, que, aunque al principio resistió, no tardó en abrirse y en dejar pasar á los perros, los cuales se cebaron en su presa.

Durante un mes repitió el caballero estos ejercicios, con tan buen resultado, que la jauría cobró aficion á aquella puerta amarilla, detrás de la cual encontraba la comida. Al cabo de un mes el buen caballero dejó tres dias sin comer á sus perros, y los condujo luego, no hácia el simulacro, sino hácia el monstruo de carne y hueso. Este, segun su costumbre, empezó á echar fuego por la boca, pero los perros no hicieron alto en esto; iban en busca de su comida.

Y cuando el monstruo, en uno de sus desordenados movimientos, mostró la mancha lívida de su vientre, reconocieron su puerta amarilla y se lanzaron sobre ella.

No sé si el Padre Valignani habia tenido conocimiento antes que Vertot de esta feliz

invencion, pero es lo cierto que su plan de campaña, laboriosamente preparado, tenia muchos puntos de semejanza con el del caballero Diosdado.

Él tambien adestraba una jauría, una jauría de héroes para penetrar en las entrañas de un mónstruo cubierto de escamas impenetrables. Este mónstruo era la China, país clásico de las cosas inverosímiles y extrañas, enigma inmóvil, tan bien defendido contra la apasionada curiosidad del resto del universo, que la imaginacion se lo representaba ceñido de una famosa muralla de acero y lleno de palacios encantados construidos por las hadas de los poemas novelescos.

La jauría del Padre Valignani tenia hambre, hambre de misericordiosa abnegacion, de esfuerzos civilizadores, de ciencia, de combates, de martirios. El mónstruo, acorazado de piés á cabeza, tenia un sitio débil, una mancha amarilla, bien oculta bajo su vientre; pero que era una puerta, y, por consiguiente, se podia abrir.

Este punto vulnerable de la coraza china era y es todavía una avidez infantil de saber, una curiosidad innata, una disposicion algo burda, pero sutil, para todo lo que es matemáticas, astronomía, física y filosofía.

Toda la vida del Padre Valignani, maestro de apóstoles, como Warwik era fabricante de reyes, se empleó delante de esta puerta cerrada, no solo en buscar los medios con que otro pudiera abrirla, sino en asegurar la manera de que se estableciesen sólidamente al lado de allá los que hubieran conseguido forzarla aprovechando sus trabajos.

¿No es esto verdaderamente maravilloso? ¿Y se encontrará en parte alguna fuera del instituto de los Jesuitas, tan original en su grandeza, un ejemplo semejante de lo que puede el perfeccionamiento de las aptitudes puesto al servicio de la fé?

En nuestros días, un hombre de talento indisputable, Carlos Fourier, cuya influencia ha sido nula, ó muy escasa, porque se olvidó de Dios y de la moral divina, al fabricar el ingeniosísimo juguete de niño á que daba el nombre de falansterio, creyó haber inventado el modo de aprovechar atinadamente la apti-

tud de cada cual en beneficio de la sociedad entera.

Fourier no conocía á San Ignacio, quien ciertamente no tenía pretensiones de inventor, ni perdía nunca su tiempo precioso en hacer castillos de naipes con los sistemas, sino que hacía descender del cielo por medio de la oracion el fuego sagrado, ó sea la ciencia de los corazones. Antes y despues de Fourier, de cuyo pueril trabajo acaso no tiene noticia, había recorrido y recorre todavía la Compañía de Jesús con su dedo poderoso toda la escala de las atracciones y de las aptitudes, para hacerlas servir á la paz universal y á la salvacion eterna.

Entre los discípulos á quienes adestraba el Padre Valignani en la singular y difícil esgrima por él inventada, sobresalieron los jóvenes Padres Pazio, Ruggieri y Mateo Ricci, instrumentos admirables para la obra á que se les destinaba, sobre todo el último de ellos, ejemplo pasmoso de lo que puede una educacion perseverante y bien dirigida. Si hay algo más admirable que el relato de esta preparacion tan inteligente como adecuada hasta en sus menores detalles, es el uso oportuno, atrevido

y excelente que hicieron Ricci y sus sucesores de esta gimnasia perfeccionada en la lucha épica que hubieron de sostener.

De las manos de Javier, imágen ó reflejo de Jesucristo, brotaban los prodigios; era el gémio mismo de la piedad entusiasta; desde las alturas de su amor mandaba á los hombres y á las cosas: nadie podría decir lo que hubiera hecho en China si Dios le hubiese permitido penetrar en ella santificado por sus grandes victorias en la India y el Japon, pero Javier había muerto. Era preciso reemplazar el talisman divino que él se había llevado al cielo, con el esfuerzo de la prudencia humana, ayudada, es cierto, por la gracia de Dios, sin la cual son vanos todos los esfuerzos.

Por esta razon, Ricci, que no tenía el don de milagros como Javier, excita, sin embargo, un interés más vivo á través de las peripecias de su odisea cristiana. Es un hombre que lucha contra el imperio chino, esa enorme bagatela compuesta de quimeras, con toda clase de armas; Ricci es á un mismo tiempo, si cabe decirlo así, apóstol y aventurero, San Pablo y Robinson Crusocé; es sublime, ingenioso, sutil, temerario, astuto; saca

partido de los eclipses como Cristóbal Colón; no menosprecia ningún pormenor, se aprovecha del camino real, adivinando las sendas y trochas, y recurriendo á ellas cuando así le conviene; es intrépido para abrirse camino, pero retrocede sin vacilacion en caso de necesidad para emprender otro nuevo; tiene la astucia de todos los diplomáticos juntos, y gana cada pulgada de terreno á costa de su vida, gastada en la nobilísima tarea á que se consagró por entero, con una prudente economía y con una prodigalidad inagotable.

Lo sabe todo: todo lo que saben los chinos, para abrirse paso entre ellos; todo lo que los chinos ignoran, para dominarlos. Es el Jesuita afiliado dos veces, que une á los recursos de su propio ingenio los heredados del ingenio de su maestro. Tiene salida para todos los ataques, para todas las dificultades, para todos los obstáculos. Conoce la lengua de los letrados mejor que los letrados mismos, y en materia de filosofía de quitasol, podría dar lecciones á Confucio.

Sabe al dedillo la geografía de los mandarines, que imaginan á la tierra cuadrada y dormida en el espacio bajo la protección del

emperador, hijo del cielo; no ignora el reconocimiento que, según ellos, debe la tierra á este mismo emperador, al celestial Van-Lié, el cual la sostiene por condescendencia desde el fondo de su palacio, y lleva su bondad hasta impedir que se pierda á cada momento en los abismos; pero conoce todavía mejor la verdadera geografía de este globo, que, según los europeos, viaja á través del espacio, y al sol y á los planetas, á todo el sistema del universo, según se le conoce en París, donde ha sido inventado tan bien, que tal vez se ha llegado á descubrirlo tal cual es.

Puede á su capricho,—y esto es inapreciable,—penetrar las argucias de los letrados ó dejarlos admirados súbitamente con inesperadas revelaciones. En este punto posee verdaderos tesoros. Si quisiera, en vez de predicar la doctrina de Jesucristo, se haría pasar por Dios con solo poner el primer libro de Euclides al alcance de los bonzos.

Así es, que después de haberle costado grandes trabajos franquear las puertas del imperio, casi llega al cabo de algún tiempo á naturalizarse en él. Entonces escribe al Padre Valignani, que se hallaba á la sazón en Macao, con-

sultándole sobre la elección de traje oficial; era llegado el caso de pensar en ello. Dado el país en que se encontraba, era esta una cuestión de la mayor importancia, y su antiguo maestro le contestó que adoptara el largo traje y la mitra de los sábios chinos.

La elección era buena: Ricci la acepta y llega de esta suerte, á través de aventuras tan extraordinarias como heróicas, hasta Nankin, donde señala el sitio en que se habia de levantar una casa de la Compañía, y luego al mismo Pekin, donde se le concede el supremo honor de visitar, no en verdad á Van-Lié en persona, (el cual no puede en conciencia abandonar ni un solo momento su tierra cuadrada por temor de que se pierda), sino al trono vacío del mismo Van-Lié, lo cual viene á ser lo mismo, honor que le asegura una influencia igual á la de los mandarines más calificados.

No esperéis que se detenga en tan buen camino. Desde entonces, sin esfuerzo alguno de su parte, se esparce el rumor de que el hijo del cielo tiene con él entrevistas nocturnas, en las cuales arreglan de concierto intereses cuya importancia no alcanza nadie á

calcular, tales como la forma de una caperuzza de guerra que debe poner en fuga á los tártaros sin necesidad de combate. Este rumor, nacido en el pueblo, llega hasta la corte, y como no hay manera de cerciorarse de lo que hace un emperador invisible y mudo, sucede—cosa increíble—que el gran ministro del Imperio, dando crédito á lo que dice todo el mundo, solicita la amistad del supuesto favorito, se convierte en adulator suyo y llega á ser su servidor más obsequioso.

Pero se dirá, ¿qué se hace por Dios con todo esto? ¿Y la palabra de Dios? ¿Qué ha sido del apostolado en medio de las extrañas aventuras?

Dicho se está que el apostolado es en esto el todo, y que no hay en ello otra cosa sino un apostolado. Estas aventuras son las travestias del camino que el apostolado recorre incesantemente.

Fueron menester una prudencia extraordinaria é innumerables rodeos para llegar á la primera predicación. En este país no hay nada parecido á lo que se ve en otras partes: se comprende todo, se juega con todo, todo se discute, se buscan evasivas para todo, pero se tiene de-

seo de todo. Se trataba de vivir en medio de estas condiciones y de utilizar estos materiales. Para edificar algo es necesario armonizar estos contrastes. La grandeza evidente de la moral evangélica logra dominar, hasta cierto punto, á estos espíritus sutiles, los cuales, sin embargo, no aceptan á Jesucristo sino condicionalmente y sin cruz.

Este pueblo niño, aunque decrepito, esta aristocracia semi-culta y semi-bárbara, en la cual cada mandarin no es realmente otra cosa sino un monote, no quiere aceptar la humildad de la Cruz. En todo lo demás es posible entenderse con ellos, en esto no. Esto no es chinesco. Jamás ha sido crucificado un chino. Un chino se abre el vientre sin repugnancia ninguna; pero no se dejaría jamás clavar en la Cruz.

¿Y cómo habian de adorar los chinos al Dios de los cristianos, que infringió esta ley del decoro chino?

Durante mucho, muchísimo tiempo, fué este un obstáculo insuperable. Ricci habia ganado todas las batallas en todos los terrenos, y, sin embargo, todavía le disputaban este á pié firme los obstinados chinos. Los

grandes orgullos se humillan;—pero no las vanidades pueriles,—y la vida toda de este pueblo fantástico es un conjunto de jactancia, de envidia y de audacia, empleada en satisfacer su infantil vanagloria; su amor propio se alimenta de farsas gigantescas y de microscópicas monstruosidades que pasman á la lógica y desconciertan á la razón; y á cada paso, en el camino que se creía haber allanado, abren abismos ridículos y terribles al mismo tiempo.

Se habian conseguido ya, sin embargo, resultados que se pueden calificar de enormes. Las iglesias brotaban de la tierra, los seminarios se llenaban antes de estar concluidos. Se vió á los bonzos llevando al Santísimo Sacramento, y los mandarines convertidos se contaban por centenares.

Hubo apóstoles chinos, verdaderos, invencibles confesores, entre los cuales Pablo Sin, el admirable orador, el gran mandarin Li, y muchos otros brillan con vivisimos resplandores. Eran todos ellos hombres cortados á la antigua, cuya virtud y saber hubieran honrado á la primitiva Iglesia. Si en vez de tratarse de China se tratase de otro cualquier país, po-

dia decirse que teníamos aquí una de las más bellas y dilatadas cristiandades del mundo, asentada sobre solidísimas bases; pero estamos en China, y en esta pátria de los sueños se tiene siempre miedo de despertar sobresaltado.

Este despertar llegó: y como todo sucede al revés en este pueblo extravagantemente original, en el cual hasta los extranjeros contraen en poco tiempo la enfermedad de lo imposible, el despertar fué encontrarse con una persecucion que no provenia de los bonzos, ni de los gobernadores, ni de los mandarines, ni del emperador, una persecucion promovida,—no os digo que lo adivineis, porque no podríais acertarlo nunca,—promovida por la autoridad eclesiástica!

Ha sucedido á veces que la Iglesia, infalible en su cúspide, ha tenido escalonados en sus gradas á servidores indignos de ella. Estas debilidades desaparecen en la gloria del conjunto, pero han existido y existen siempre.

En el año 1606, el décimo octavo del apostolado maravillosamente hábil y feliz de Matteo Ricci, la autoridad eclesiástica estaba representada en aquellas remotas comarcas por el Vicario general de Macao, ciudad en donde

habia un colegio de Jesuitas. Elegido el Rector de este colegio para resolver, como juez árbitro, un litigio pendiente entre el Vicario general y un monje franciscano, dictó sentencia favorable á este último. Enfurecido por esto el Vicario general, fulminó sus censuras contra todos los franciscanos, contra todos los Jesuitas, contra el gobierno de la ciudad y contra la ciudad misma (1).

Al mismo tiempo hizo que los Jesuitas fueran delatados en Canton, atribuyéndoles planes que debian producir gran efecto en la imaginacion de los chinos; se dijo que los Jesuitas se ocupaban en construir fortalezas, y que habian llamado á las flotas portuguesa y japonesa para que invadiesen el país.

No se necesitaba tanto para que provincias enteras se levantasen, como se levantaron, contra los cristianos. Se trató de un degüello general y el Padre Martinez murió en el tormento.

Pero esto no fué sino un vendabal pasajero. Ricci dominó muy luego la tempestad, y de

(1) Cretineau Joly, pág. 173. y sig.

allí á poco pudo establecer una casa de noviciado en el centro mismo de Pekin.

Cuando Dios lo llamó á sí, cuatro años después, todos los habitantes de la capital siguieron á la cruz que precedía al cortejo fúnebre. El Padre Schall, sucesor de este hombre verdaderamente grande, acrecentó su herencia.

Adam Schall, no menos ilustre que Ricci, intervino en todas las revoluciones de que fué teatro por entonces el imperio chino, y que dieron por resultado un cambio de dinastía. Cuando murió Schall tenían los Jesuitas en China ciento cincuenta iglesias públicas y treinta y ocho casas ó colegios.

Después de la segunda persecución, de la cual nada diremos, por respeto hácia una Orden ilustre, empezó otra era de prosperidad bajo los Padres Verbiest, Gerbillon, Perrennu y Gaubil, era que duró muchos años, y durante la cual las tareas científicas y literarias del apostolado chino fueron gloria de la Iglesia y admiración de los sábios de Europa.

No hay que creer que los grandes esfuerzos de los Jesuitas en China les hubiesen hecho

abandonar á la India. Evangelizaban al mismo tiempo al Mogol, Ceylan, Bengala y Comandel. A fines del siglo XVI, su Seminario establecido en Goa envía á sus jóvenes confesores más allá del Ganges y hasta el Indo.

Roberto de Nobili, sobrino de papas y de emperadores, llega á ser el Apóstol de los Brahmas, mientras que otros evangelizan á los pérsas. El más ilustre de todos ellos, el bienaventurado Juan de Britto, que era hijo del vírey, enrojeció el Madras con su sangre. La Bengala, el Thibet, la Tartaria, la Siria, la Pérsia, la Armenia, vieron plantada la Cruz en sus dominios, y oyeron á los Jesuitas predicar el Evangelio.

La fé penetra con ellos en los desiertos de Africa, en los imperios de Abisinia y de Marruecos, en las costas de la Cafreria, del Mozambique y de Guinea.

Pero el Nuevo Mundo, á quien desean someter al yugo bienhechor de la civilización cristiana, es el principal objeto de su solícitud.

Allí no tienen que vencer solamente la ferocidad de los salvajes; sus más encarnizados

enemigos son los corsarios calvinistas, ingleses, holandeses, ¡ay! y también franceses, quienes, no menos crueles que los pieles-rojas, machetean á todo Jesuita que cae en sus manos. Ya han recibido la consigna. El mismo Calvino ha cuidado de designar á la Compañía de Jesús como principal y mortal enemigo del protestantismo. No dijo: «Matad á este ó aquel,» sino: «Ese es el obstáculo, quitadle de en medio.»

¡Y el apóstata es obedecido demasiado fielmente! Así perecieron el 15 de Julio de 1570, á la vista de Palma, el bienaventurado Ignacio de Acebedo y sus treinta y nueve compañeros destinados á la misión del Brasil. Algunos dias despues compartieron otros treinta su misma suerte.

La Compañía de Jesús debió á la rabia de los herejes setenta y un mártires. Esta fué la cruzada de los piratas. Sourie, Capdeville y sus compañeros se enriquecian con una mano pirateando en los mares, y con la otra ganaban el cielo calvinista degollando á los misioneros donde quiera que los encontraban.

Pero todos los misioneros no caian bajo los golpes de los piratas mal avenidos con la mo-

ral romana. Los que se libraban de su sable de abordaje y de la flecha envenenada de los indios, se lanzaban á través de los desiertos y llevaban á cabo otra cruzada. Quedaron aún bastantes para la guerra santa, y ellos fueron los que conquistaron al Canadá, tan francés todavía, para la fé católica y para la pátria francesa, la cual debió este aumento de territorio á los esfuerzos inauditos y aún á la sangre de estos héroes de la religion y del patriotismo, muertos por Dios y Francia, que disfrutaban en el cielo la gloria de ser olvidados por la ingratitude humana, y cuyos nombres quiero al ménos consignar: Fogues, Baniel, Brebeuf, nobles auxiliares de Champlin....

Quien no conoce á los gobiernos católicos del Paraguay, á las famosas *Reducciones*, tan ponderadas por Robertson, Alberto de Haller, Buffon, Montesquieu, Raynal, Chateaubriand, y de las cuales decia Voltaire: «Las fundaciones del Paraguay, debidas al solo esfuerzo de los Jesuitas españoles, parecen bajo cierto aspecto, el triunfo de la humanidad.» Tendremos desgraciadamente que volver á hablar del Paraguay y de la cruel recompen-

sa reservada á los Jesuitas por los contemporáneos de Voltaire.

En otro punto de la América meridional, en Cartagena, realizaban los Jesuitas otros prodigios de caridad. Del mismo modo que se habian hecho párias en la India para convertir á los párias, y brahmas para convertir á los brahmas, así el bienaventurado Pedro Claver se hace negro, y más que negro «esclavo de los negros,» para elevar hasta el sentimiento de la Religión á estas miserables víctimas de la codicia europea.

Es preciso leer su historia para medir la distancia que separa á la filantropía de la caridad. Los filántropos de la «América libre» han emancipado á los negros, y han hecho bien. Pero, ¿dónde está el americano que estrecha la mano de un negro? En Nueva-York, hombres y mujeres rehusan admitir en los coches públicos á los negros, como si se tratara de animales inmundos cuya sola presencia infestase el aire. La supuesta libertad que se les ha dado no los libra de la degradacion, ni las interminables novelas que se han escrito sobre ellos han servido para otra cosa que para especular con la compasion de los europeos.

Claver no posee el derecho de emanciparlos; pero va á esperarlos á las plazas, donde los llevan como un rebaño para venderlos, y enfermo como está, pobre y muriéndose de fatiga, carga sobre sus espaldas un fardo de provisiones que ha reunido pidiendo limosna, y los alimenta, y les da de beber, y les lava la cara y los piés, y besa sus lágrimas, exclamando: «¡Oh, hermanos míos! ¡oh, amigos míos! ¡oh, mis queridos amos! ¿qué quereis de mí? No temais; exigid de vuestro siervo todo lo que querais, hasta su vida, pues os pertenece; me habeis comprado en Jesucristo; yo soy Pedro Claver, *¡el perpétuo esclavo de los negros!*»

El Padre de Rodhes en Tong-King, el Padre Cabral en el Thibet y en el Nèpaul, los Padres Medrano y Figueroa en Nueva-Granada y Juan de Arcos en Caracas, siguen muy luego el ejemplo de Claver.

Entonces es cuando por primera vez son acusados los Jesuitas «de comerciantes,» porque cedian á sus neófitos casi de balde las mercancías que los verdaderos traficantes les hacian pagar con usura. ¡Delito es este que nunca les será perdonado! Es menos peligro-

so meterse entre la espada y la pared, que interponerse entre el negocio y los que lo explotan. Ni la evidencia ni el tiempo pueden apagar el rencor de gentes á quienes se les ha *perjudicado*, moderando sus desmesuradas ganancias, y todavía encontrareis muchas personas que digan que los Jesuitas tienen sobre el Océano flotas inmensas, aunque invisibles, que van y vienen con asombrosa rapidez, llevando mercancías, cuya calidad es de todos ignorada, á corresponsales de todo punto misteriosos.

Cuando un Jesuita se dedica al comercio,—de lo cual hay un ejemplo funesto y demasiado célebre,—la Orden lo declara irregular, lo castiga, lo espulsa, y se arruina por pagar una deuda que no ha contraído.

A pesar de esto la Orden no se vé nunca libre de esta imputacion, la cual sirve de pretesto para aniquilarla.

Referiremos más adelante la orgía de iniquidades conocida en la historia con el nombre de proceso del Padre de la Valette.

Los Jesuitas no son comerciantes. Dan, pero no venden. No tienen almacenes ni flotas. Dejan hacer y dejan decir.

No hallareis nunca en sus libros testimonios de su celo, de su valor y de su obstinada caridad. Muy rara vez oponen un mentís ni aún á las más temerarias acusaciones, y en sus enemigos es donde hay, sobre todo, que buscar la refutacion de las absurdas calumnias propaladas contra ellos. Es muy de notar que los autores que han censurado más severamente á los frailes españoles, concuerdan todos en respetar la conducta de los Jesuitas. «Gobernados por una disciplina más perfecta que la de las demás Órdenes, ó impulsados por la necesidad de conservar el honor de la Compañía, tan caro á todos sus miembros, los Jesuitas observaron siempre, tanto en Méjico como en el Perú, una conducta irreprochable.» No es un Jesuita, ni siquiera un católico, quien ha dicho esto (1).

¡Cuánto distan estos pensamientos de un protestante, hombre honrado y distinguido escritor, de las innobles invenciones explotadas por nuestros libros y nuestros periódicos!

Muchos años antes del ministerio Choiseul, bajo el cual se consumó la expulsion de los Je-

(1) Robertson, *Hist. de América*, t. X, pág. 23.

suitas, calificada por Montalembert, y antes por Montyon, de «la más grande iniquidad de los tiempos modernos,» hé aquí cuál era el estado general de las misiones fundadas entre los infieles por los discípulos de San Ignacio en las varias comarcas del universo:

Los Jesuitas de Portugal, quienes desde 1551 á 1623, en 72 años, habían enviado á las Indias 662 misioneros, 222 al Brasil, ó sea 12 cada año por término medio, eran en 1616, 280 en la provincia de Goa, y 180 en la del Brasil, la cual llegó á contar más tarde (en 1759) 475.

La mision del Japon contaba, en 1581, 150,000 cristianos, 200 iglesias, 59 misioneros. En China, hácia 1680, solo la provincia de Nankin contaba más de 100,000 cristianos. En las Indias, en Madrás, bautizó el Padre Laynez en seis meses (1699) á 15,000 idólatras.

América, en 1763, contaba 526 Jesuitas en el Perú; en Méjico, 572; en Quito, 209; en el Paraguay, 269 (564 en 1767); en Chile, 242. En el Marañon organizó el Padre Vieyra de Silva, en 1667, 50 aldeas cristianas, esparcidas en más de 400 leguas de costa.

Las misiones de Levante, fundadas por En-

rique IV y restauradas por Luis XIV, propagaban, al mismo tiempo que la fé católica, la influencia francesa en Grecia, en Constantino-  
pla, en Pérsia, en Smyrna, en todo el Archipiélago, en Armenia, en Crimea, en Caldea, en Siria y en Egipto.

Tal era el estado de creciente prosperidad de las misiones de la Compañía cuando la tiranía, suspicaz y violenta al mismo tiempo, de los Pombal, de los Aranda y de los Choiseul, destruyó en un momento la obra de tantos esfuerzos y de tantos años, fundaciones gloriosísimas que abarcaban el universo y constituían un imperio vasto y poderoso. Confunde y pasma verdaderamente cómo aquellos hombres, cuya desdichada impotencia para producir y aún para conservar algo es conocida de todos, pudieron reducir á la nada obra tan gigantesca.

Nada diremos aquí del portugués, ni del español, ni del francés, porque hemos de dedicarles muy en breve capítulo aparte; y á fé que lo merecen, no ciertamente por lo que produjeron, pues su obra es nula, sino por la inmensa riqueza que aniquilaron cegados por el ódio.

Mientras que unos Jesuitas extendian cada vez más entre los pueblos paganos y bárbaros las fronteras del Catolicismo, esforzábanse otros por reducir á la obediencia á los herejes y cismáticos de Europa sublevados contra la Iglesia. Hemos visto á Lefevre, á Le Jay, á Bobadilla, tres Jesuitas del tiempo de la fundacion, hacer frente los primeros al innumerable ejército de apóstatas y de rebeldes que desolaban á Alemania con sus asesinatos y sacrilegios. Siguióles muy luego en este camino el beato Pedro Canisio, una de las figuras más nobles de la Compañía, hombre de arrebatadora elocuencia, de ciencia profunda y de inagotables recursos como polemista. Los mismos luteranos decian de él: «No hay medio de resistir á la verdad que este hombre nos predica» (1). Pero la caridad sobrepujaba á todas sus virtudes. En Ingolstad se vió á Canisio y á Salmeron, ambos profesores eminentes de la Universidad, ir diariamente al salir de sus cá-

(1) Nacido el 8 de Mayo de 1521 en Nimega, muerto el 21 de Diciembre de 1597 en Friburgo, en Suiza, beatificado el 2 de Agosto de 1864 por el Papa Pio IX.

tedras á curar á los enfermos en el hospital y á instruir á los niños en la escuela ó en la plaza pública.

La persecucion fué, como era natural, su recompensa. Canisio escribia al Padre Laynez, General de la Compañía de Jesús despues de la muerte de San Ignacio: «Nuestros enemigos, por las calumnias que esparcen contra mí, se empeñan en quitarme una reputacion que no pretendo defender. A los demás Padres les hacen el mismo honor. No tardarán mucho en pasar de las amenazas á los golpes y á los más crueles tratamientos. Quiera Dios que á medida que ellos se esfuerceen á difamarnos, trabajemos nosotros por edificarlos con nuestra caridad. Son nuestros perseguidores, pero son nuestros hermanos. Debemos amarlos por amor de Jesucristo, que dió su sangre por nosotros, y porque acaso no pecan sino por ignorancia.»

No puedo menos de advertir aquí que estos pensamientos tan bellos, y la manera discreta con que son espresados, constituyen lo que se llama el Jesuitismo por excelencia, es decir, aparentemente la hipocresía. ¡Qué confesion tan preciosa la de los que no quieren ó

no pueden creer en la honradéz y en la bondad del corazón del hombre! Su conducta equivale á escribir sobre sus frentes: «Negamos esto porque no somos capaces de ello.» El Jesuitismo es la caridad, aborrecida por los que viven tan lejos de ella que jamás la han visto ni oído.

Con estas armas conquistaron á muchas inteligencias y conmovieron á muchos corazones. «No faltó á los Jesuitas celo ni prudencia,» ha dicho otro escritor protestante, Leopoldo Ranke (1), hablando de sus trabajos en Alemania. «Se les vé, prosigue, estenderse sucesivamente por todas partes, y llevarse tras sí la muchedumbre del pueblo. Sus iglesias son las más frecuentadas. Si hay en alguna parte un luterano versado en la Biblia, cuya enseñanza ejerce influencia sobre las personas que lo rodean, ellos se dedican con el mayor empeño á convertirle y casi siempre lo consiguen; ¡tanta es la eficacia de sus hábitos de controversial... El príncipe electoral de Maguncia, Schweickhard, Maximiliano de Baviera, el archiduque Fernando, todos los hombres eminentes salie-

(1) Tomo IV, pág. 49.

ron de la escuela de los Jesuitas, tan hábiles en infundir elevados y grandiosos pensamientos en la mente de sus discípulos. Estos príncipes fueron reformadores y llevaron á cabo en sus estados, guiados por la fé, una verdadera restauración religiosa.»

¿Quereis ver ahora cuál fué el papel que desempeñaron en la historia de la superstición estos religiosos á quienes se da tan gratuitamente y con tanta frecuencia el nombre de oscurantistas? Pues hé aquí un resumen de la biografía del Padre Federico de Spee, uno de los escritores más célebres de su época. Indignado por los frecuentes abusos á que daban lugar los procesos criminales instruidos contra los hechiceros, tomó á su cargo con un valor digno de admiración, la defensa de las víctimas contra jueces ignorantes y un público fanático. Su libro intitulado *Causa criminalis*, causó tal impresión en Alemania y en Francia, que á contar desde su publicación, no obstante la credulidad del pueblo y las erróneas ideas de los tribunales, la legislación absurda y sanguinaria vigente sobre este particular en Europa desde hacia muchos siglos, cayó al poco tiempo en desuso.

Poco despues (1635), hallándose el Padre de Spee en Tréveris, se apoderaron los imperiales de esta ciudad, ocupada antes por los franceses. El celo y valor admirable de este Jesuita salvaron á aquella gran ciudad del pillaje, y libraron de la muerte á los vencidos. Cuatrocientos prisioneros franceses le debieron la libertad, el alimento, el vestido, y hasta el permiso, que él les alcanzó, para volver á su patria. Pero á la guerra sucedió la peste, y el Padre de Spee no siguió á los que se marchaban; se quedó en la ciudad, para prodigar sus cuidados á los enfermos, y murió de pié á los 40 años sobre el campo de honor de la caridad.

Durante el reinado de Enrique VIII habian acudido Salmeron y Pascasio Broët á Escocia y á Irlanda para fortalecer y consolar á los católicos víctimas de la más odiosa persecucion. Pero á un peligro permanente era preciso oponer un socorro duradero. Bajo el sangriento reinado de Isabel, cuyos edictos traen á la memoria los de Neron y Diocleciano (1), se organizó una mision de 12 Jesuitas

(1) Ejemplo: Desde el 15 de Julio hasta el 31 de Agosto de 1580 más de cincuenta mil católicos fue-

dirigida por Edmundo Campian y Roberto Persons, antiguos miembros de la universidad de Oxford. Su cabeza habia sido puesta á precio y ellos no lo ignoraban. «Tenemos aquí tanto que hacer, escribia el Padre Persons, que frecuentemente no nos quedan sino dos horas, cuando más, para descansar un poco.»

Y el ilustre doctor Allen aseguraba que en el espacio de un año habian ganado los Padres más almas en Inglaterra de las que hubieran podido ganar en otra parte durante toda su vida. «Se calcula, añadía, que hay al presente entre nosotros diez mil católicos más que el año pasado.»

Mas para que los trabajos de los apóstoles sean fecundos, se necesita sangre: Edmundo Campian derramó la suya. Muchos de sus hermanos alcanzaron despues de él la palma del martirio: Juan Cornelius, Roberto Southwell, Enrique Walpole (1), Tomás Bosgrave, Rogelio Filcock, Francisco Page, Enrique y

ron presos, acusados, encarcelados y sentenciados á la confiscacion, á la deportacion, y gran número de ellos á la pena capital.

(1) Tenia tres hermanos y un primo en la Compañía de Jesús.

Tomás Garnett, Tomás Holland, Rodolfo Corby, Enrique More, Ricardo Bradley, Causfied, Cuthbert Prescott, Edmundo Nevil.... Los mártires eran suspendidos en la picota, después de lo cual, cuando todavía estaban vivos, se les abrían las entrañas y los descuartizaban. *Ibant gaudentes* (1), como debía decir trescientos años más tarde, en 1870, uno de los compañeros del amado Padre Pedro Olivaint al marchar al suplicio. Su cántico no cesó sino cuando su corazón dejó de latir.

De sus verdugos ha dicho Voltaire lo siguiente: «La extravagancia de estos fanáticos corría parejas con su furor; eran á un tiempo los hombres más locos y más terribles.» Citamos aquí con verdadera alegría á un hombre de ingenio, á quien Dios se lo había prodigado todo, excepto el beneficio inestimable de la fé. Voltaire arrojó contra la Compañía de Jesús muchas acusaciones, sin otro fundamento que la mentira; pero son también numerosas las páginas en que su pluma, al correr sobre el papel, hizo justicia á este instituto.

(1) «Iban regocijados.»

La crueldad de los locos que mataban fué vencida por la paciencia de los cuerdos que sabían morir, y después de esta larga y horrosa persecucion, la fé católica, gracias á los trabajos de los Apóstoles y á la sangre de los mártires, alcanzó en Inglaterra derecho de ciudadanía, y floreció de nuevo en la «Isla de los Santos.»

La prueba de que el protestantismo, tan completamente victorioso en su principio, iba perdiendo terreno, es que los países del Norte de Europa vacilaban todos al mismo tiempo. «La plaga de los Jesuitas,» como decían los predicadores protestantes, había atacado á los reinos en que Cristian prostituía la mitra entregándola á un lacayo. El Padre Antonio Possevino (1) predicaba en los mismos lugares en que Gustavo Wasa había destruido las imágenes de María, y pueblos y reyes volvían á la fé, dóciles á su voz. Llegó hasta Stockolmo, donde recibió secretamente la abjuracion del rey de Suecia Juan III, y desde allí emprendió el camino de Moscou. En esta corte, el confesor muestra *condiciones de diplomati-*

(1) Nacido en Mántua en 1534.

co consumado; negocia en el Kremlin la paz entre el czar Iwan IV y los polacos, y abandonando luego tan brillante papel, se vuelve á Pádua para continuar modestamente en sus funciones de confesor y de predicador. Ni siquiera es lícito admirar esta obediencia absoluta tan humildemente predicada: esta es la regla, y en el caso presente la humildad fué especialmente fecunda, pues que de las manos de este maestro salió Francisco de Sales.

No habian pasado cincuenta años desde la muerte de Possevino cuando dos hermanos suyos en religion, secundados por un notable discípulo de los Jesuitas, Renato Descartes, convertian al Catolicismo á la hija de Gustavo Adolfo.

Un protestante, cuya imparcialidad hemos tenido ya ocasion de observar, el doctor Ranke, ha dicho: «La actividad de los Jesuitas abarcaba las varias provincias en que se dividen los pueblos de la Livonia; la Lituania, donde se veian todavia obligados á combatir al antiguo culto de las serpientes; á Grecia, donde los Jesuitas eran con frecuencia los únicos Sacerdotes católicos; á Polonia, donde se consagraron á hacer revivir la fé católica

centenares de religiosos de la Compañía de Jesús.»

En esta última comarca fué señalada su obra con el sello de la cruz: Andrés Bóbola (1), martirizado cruelmente por los cosacos cismáticos, fué en el cielo el nuevo patron de la colonia católica.

Terminaremos este rápido bosquejo de las misiones de la Compañía en ambos mundos con algunas palabras concernientes á los trabajos de los Jesuitas en las grandes naciones católicas, en Italia, España y Portugal, en las provincias de Alemania que permanecieron fieles á Roma, y finalmente en los Países Bajos, dedicando á Francia un capítulo especial.

Es cierto, en primer lugar, que puede aplicarse á los trabajos de los Jesuitas en todos estos pueblos, el juicio formulado sobre los

(1) Nacido en Polonia en 1590, muerto por la fé en Yanov el 16 de Mayo de 1657, y beatificado por el Papa Pio IX el 30 de Octubre de 1853. El mártir Olivaint ha escrito su vida.

resultados que consiguieron en dos de ellos, por uno de los escritores más hostiles á la Compañía de Jesús, el apóstata Huber de Mú-nich. «La Orden, dice, alcanzó en poco tiempo ventajas pasmosas sobre el protestantismo; ahogó en Italia el movimiento *renovador* y lo relegó en Alemania á las comarcas del Norte.» Huber cita en apoyo de este aserto el magnífico testimonio de Macaulay. «El protestantismo, dice este noble escritor, fué detenido en su marcha victoriosa y rechazado con vertiginosa rapidez desde el pié de los Alpes hasta las orillas del Báltico. No contaba la Orden un siglo de existencia cuando ya había llenado al mundo con los monumentos de su martirio, y con sus grandes luchas por la fé.»

En efecto, en Roma, en Venecia, en Pádua y en toda la península italiana, así como en el inmenso imperio que reunia entonces bajo un mismo cetro á España, Austria y Flandes, se vió á los Jesuitas combatir el error en todos los terrenos, defender á la verdadera fé, restablecer la disciplina eclesiástica, propagar la piedad por medio del ejemplo, predicar las obras de caridad para el socorro de los enfermos y de los pobres, fundar asilos para el su-

frimiento, para la indigencia, para el arrepentimiento, para la ancianidad, y formar á los jóvenes en la amable virtud que se admira en Luis Gonzaga y en Estanislao de Kostka.

Así es que en todas partes se levantaban altares en honor de los Santos, en quienes la Compañía de Jesús había infundido su espíritu: España venera á San Ignacio, á San Francisco de Borja y al Beato Alfonso Rodriguez; Nápoles á San Francisco de Jerónimo; Bélgica al Beato Juan Berchmans; Holanda, la Suiza católica y el Tirol al Beato Pedro Canisio; Francia á San Juan Francisco Regis (1), etc.

¿Y cómo llegaron todos estos hombres á la cumbre de la perfeccion cristiana? Por medio de la exacta y heroica observancia de las reglas de su instituto, por la práctica de la obediencia tal como la definió San Ignacio, por una abnegacion constante y por la fidelidad al espíritu de esta Compañía de Jesús, la cual

(1) Nacido el 31 de Enero de 1297, muerto el 31 de Diciembre de 1716, canonizado el 5 de Abril de 1737 por el Papa Clemente XII.

ha podido ser perseguida y aún destruida temporalmente; pero á quien nadie pensó nunca en sério reformar, porque jamás ha podido nadie calificarla de corrompida, excepto los «solitarios» de Port-Royal, refutados por el mismo Voltaire y las infelices gentes de nuestra época que se alimentan con carne de Jesuita, y á quienes nadie ciertamente se tomará el trabajo de contestar.

Hay, sin embargo, una paparrucha sobre la cual conviene decir algo. Está de moda entre los revolvedores de diccionarios, que desde el aluvion enciclopédico vienen repitiendo siempre fielmente los mismos despropósitos, el cacarear en todos los tonos que las naciones que han permanecido fieles á la Iglesia se hallan en *decadencia*, atribuyendo á los Jesuitas la responsabilidad de esta supuesta postracion. Entre los enfermos que citan, se hallan Austria, España y Portugal. Hasta ayer citaban también á Méjico; pero parece que ya no se atreven á hacerlo, desde que lo gobernó Juárez.

¿Y por qué no á Italia? Y, sobre todo, ¿por qué no á Bélgica?

¿Están muy seguros los que esto afirman de

que tenga todavía bien vendados los ojos Inglaterra que ve maniobrar á la herejía fuera de su casa, y que no sabe ya á ciencia cierta, si el protestantismo es en el fondo un buen comercio?

Habria mucho que decir en cuanto á la inferioridad de los países católicos. Por lo que á mí toca, no la admito en ningun terreno, porque sobre no consistir á mis ojos la grandeza humana únicamente en la conquista de la moneda de cien sueldos, no profeso ningun género de devocion al dios americano, llámese Dollar ó Revolver; pero aún admitiendo que algunos países católicos se hallen en decadencia, ¿puede ésta compararse con la horrorosa enfermedad intestina de ciertos países protestantes? No hay que nombrar estos países, bien lo sé; pero ¿quién no los conoce?

Además, estas naciones católicas, ¿no eran católicas también en la época de su mayor esplendor? ¿No eran entonces mucho más católicas que ahora? ¿Por ventura no han ido decayendo poco á poco al par que dejaban de ser fieles á sus creencias, y bebían el veneno de la indiferencia, del escepticismo y

de la incredulidad? ¿Y no es una burla contraria hasta al sentido comun atribuir esta postracion á la influencia de los Jesuitas? ¿Se han de imputar los progresos del mal á los que lo han combatido con la mayor energía?

Los Jesuitas, por otra parte, fueron expulsados de la mayor parte de esos Estados católicos por intrigas de los fautores de la decadencia de estos mismos países; fueron arrojados cuando esos Estados se hallaban en plena prosperidad á la cual habian contribuido eficazísimamente los Jesuitas, cuya fecunda cooperacion ha sido reemplazada por..... ¿para qué decir por quién?

¿Por ventura les ha ido tan bien á España, á Portugal, al reino de Nápoles, al ducado de Parma, al imperio de Austria y á los demás Estados que expulsaron á los Jesuitas?

¿Y á Francia?

Si tan bien les ha ido, ¿por qué esas quejas? Y si por el contrario han sentido las consecuencias de la salida de los Jesuitas, como lo proclama la historia, ¿á quién se espera engañar atribuyendo á los autores de la prosperidad las desgracias que han sobrevenido despues de su injusta y malvada expulsion?

¡Sea cada cual responsable de sus propios actos!

¿Quién tiene la culpa de que lo que fué oro puro en manos de los Jesuitas, lo hayan trocado en plomo sus despojadores?

¿Han comprendido ó no nuestros lectores, por lo que acabamos de decir, las causas de los ódios verdaderamente extraordinarios concitados contra la Compañía de Jesús?

A esto me contesto yo mismo: sí y no.

*Sí*, por los enemigos de la Iglesia; *no*, por sus amigos.

Los enemigos de la Iglesia tienen sobrados motivos para odiar á los Jesuitas, así como los amigos de la Iglesia los tienen para estimarlos y amarlos. No se procederia lealmente infiriendo de nuestras palabras que tratamos de confundir á los servidores con el dueño, á los Jesuitas con la Iglesia. La Compañía de Jesús es poca cosa en comparacion de la Iglesia, que es la única á quien se ha prometido la inmortalidad.

La Compañía de Jesús podria desaparecer,

sin que por esto se conmoviese siquiera la piedra sobre que descansa el edificio divino.

Pero «*todos los enemigos de la Iglesia son siempre y sobre todo enemigos de los Jesuitas;*» señal evidentísima que muestra á los católicos el afecto que la Compañía debe inspirarles..... La unanimidad de los enemigos de la Iglesia en atacar, denunciar y calumniar á la Compañía de Jesús, es para esta un incomparable título de gloria, un privilegio tan sin igual y una prerogativa tan honrosa, que no hay ni puede haber para los cristianos ningun nombre tan glorioso en los tiempos presentes como el nombre de Jesuita (1).

Acabamos de ver á los Jesuitas desplegando su actividad fuera de Francia. Sigámoslos ahora en este país, y veamos qué han hecho para merecer que su nombre haya llegado á ser la mayor de las injurias en lábios de los enemigos de Dios y de la patria, los cuales

(1) Conde de Montalembert, discursos pronunciados en la Cámara de los Pares los dias 8 de Mayo y 11 de Junio de 1844.

dan el nombre de Jesuitas no solo á todos los Sacerdotes y á todos los católicos, sino tambien á todo hombre honrado que sirve honradamente á su patria.

Leed los *verdaderos* periódicos, entrad en los *buenos* clubs, y vereis como son calificados indistintamente de Jesuitas los fabricantes, los propietarios, los hombres de Estado, sean cuales fueren sus ideas, en suma, todos los que saben leer y no saben aullar. Se llama Jesuitas á los gendarmes, á los prefectos, á los mariscales, á los hermanos de la Doctrina Cristiana. ¡Se ha llegado hasta á llamar Jesuitas á los pastores protestantes! Jesuitas á los magistrados, Jesuitas á las soldados. ¡Jesuitas! ¡Jesuitas! ¡Jesuitas! Nunca han sido glorificados los hombres con un clamor semejante.

Si esto no es la gloria, ¿á qué se dará ese nombre?

## EN FRANCIA.

Solemne fué para nuestros antepasados la hora en que el pobre estudiante del colegio de Saint-Barbe trepaba antes que naciese el sol, por la pendiente de Montmartre. Francia, bautizada con Clodoveo, glorificada por Cárlo-Magno, floreciente bajo el cetro de San Luis, era sinceramente cristiana; pero resentíase profundamente del golpe de la revolución religiosa y política que trastornaba á Inglaterra, Suiza y Alemania. Al otro lado de nuestras fronteras, la desolacion habia llegado á su colmo; entre nosotros Calvino afilaba su puñal. En el tiempo que medió entre el voto de Montmartre y la Bula de Paulo III, publicó Calvino sus *Istituciones Cristianas*, fundando así la secta de donde debian salir los hugonotes (1), es decir, la guerra civil y lo

(1) 1536.

que es peor, la guerra religiosa, *plus quam civilia bella*. El fuego, todavía oculto, dejaba ya escapar la amenaza de sus chispas á través de la humareda. Algunos años nada más, y la conjuracion de Amboise (1), haria traicion á las fanáticas aspiraciones de los sedicentes «Reformados.»

En tan azarosas circunstancias, no podia ser dudoso el papel de la naciente Compañía; iba justamente á cumplir el deber que le habia señalado su fundador; así peleó por la causa católica, que era á la sazón la causa nacional. Cediendo á las instancias del Cardenal de Lorena y de otros muchos sábios y virtuosos Prelados, concedió Enrique II en 1550 permiso para establecer en sus dominios la Compañía de Jesús. Pero temerosos por extremo los enemigos francos ó encubiertos de la fé católica, de aquellos reciénvenidos, ponian en juego todas sus fuerzas y todos los medios para impedir su establecimiento en Francia. De tal manera se las arreglaron los hugonotes y los políticos, que el Parlamento, el cual nunca habia de desmentir sus preven-

(1) 1560.

ciones rencorosas nacidas al propio tiempo que la Orden, no quiso registrar el decreto del rey. Dos años despues un nuevo edicto ordenó á los magistrados examinarlo, dando lugar á nuevos actos de resistencia favorecidos por la muerte del monarca. Francisco II reitera por tres veces la misma orden (1). Carlos IX vuelve á la carga sin mejor resultado (2); tanto se hallaba inficionada la alta magistratura por un espíritu de rebelion y repugnancia hácia todo lo que se ostentaba francamente católico.

Por último, el 15 de Setiembre de 1561, el Coloquio de Poissy, á donde el Parlamento buscando otro subterfugio habia remitido el asunto, admitió solemnemente los Jesuitas en Francia con algunas cláusulas restrictivas suprimidas más adelante por Carlos IX en 1565 y por Enrique III en 1580.

Muy luego hiciéronse ellos acreedores á esta confianza por su celo en predicar y defender la verdadera fé. Como preludio de los innumerables triunfos que la Orden iba á alcanzar con la enseñanza, Maldonado veía re-

(1) 1536.

(2) 1560.

unirse al rededor de su cátedra del Colegio de Clermont en París un brillante auditorio compuesto de Prelados, señores y sábios; los colegios del instituto, apenas abiertos, llenábanse de alumnos, y los mismos protestantes, al decir de Ranke, traian sus hijos de los colegios más apartados para encomendarlos á los Jesuitas. Por aquel tiempo, Edmundo Auger predicaba contra los calvinistas del Mediodía. Prisionero en Valence del baron de Adrets, desde lo alto del patíbulo *predica*, y su elocuencia es tan grande, que conmovidos los verdugos, le perdonan la vida. Una vez libre, corre á Lyon, donde se ceba la peste que hace morir en poco tiempo á sesenta mil personas; allí prodiga sus cuidados á los moribundos y á los pobres, les infunde aliento y salva á la ciudad, que toda entera le sigue á los piés de María.

En todo Lyon no hubiera encontrado Calvino aquel dia un solo partidario.

A tanto celo y tantos sacrificios los herejes no tenían otra cosa que oponer más que la violencia y la calumnia, pero ayudábales la Universidad de París alarmada por una competencia que juzgaba temible. El antagonismo na-

cia. La Universidad quiso cerrar á la Compañía de Jesús el camino de la enseñanza, como siglos atrás lo habia hecho con esas magnificas Órdenes religiosas que han valido á la Iglesia y á la ciencia los Santo Tomás, los Alberto Magno y los Duns Scoto. Menester era que estuviese muy perdida la causa de la Universidad, y que la lucha fuese insostenible para que enterado el Parlamento del asunto, se creyera en la obligacion á pesar de sus prevenciones, de sentenciar por dos veces en favor de los Jesuitas. Y así lo hizo.

Los mismos Boullay y Crevier, historiadores de la Universidad, aseguran que la enseñanza adolecia entonces de una superficialidad censurable. Los estudios se hallaban abandonados casi por completo, y lo que todavía era más horrible, la disolucion de costumbres entre la juventud escolar no tenia semejante más que en lo desvergonzado de sus ideas y en la impiedad de sus doctrinas.

Los colegios de Jesuitas abiertos gratuitamente á todos, restablecieron con el gusto de las letras el celo por la fé y por las prácticas cristianas, pudiendo aplicarse á todos aquellos maestros lo que decia Voltaire del Padre Po-

*rée: que tuvieron el mérito de hacer amar á sus discípulos las letras y la virtud.*

Pero estalló la Liga. Ese gran movimiento legitimo en sí mismo, pues que tenia por objeto defender la Religion de la casi totalidad de los franceses contra algunos facciosos, trajo consigo desventuras y males sin cuento. Con la historia en la mano puédesse citar la conducta de la Compañía de Jesús en aquel delicado trance como un modelo de prudencia.

Sus individuos admitian como bueno en derecho el principio de la Liga, que no era sino la resistencia del Catolicismo nacional contra la invasion protestante, pero se esforzaban al propio tiempo por calmar la eferescencia de las pasiones y compensar los intereses. Lejos de mezclarse en las luchas de los partidos políticos, se ocuparon desde el principio hasta el fin en ser los apóstoles y los mediadores de la paz. En provincias su accion fué de escasa importancia, pues en las cincuenta grandes ciudades adheridas á la Liga *no habia una sola casa de Jesuitas*. Mas en Paris uno de ellos, el Padre Pigenat, jugó modestamente un gran papel de heroica abnegacion sin que ni siquiera le alentase la esperanza

del éxito. Sus esfuerzos, como no podía menos de suceder, perdiéronse en el estruendo de la tormenta, y el furor de los Dieziseis, que se había encargado de contener hasta donde fuera posible, tomó á pesar suyo proporciones deplorables que más de una vez moderó, sin embargo, á riesgo de su libertad y aun de su vida: otros miembros de la Compañía, aceptando una misión más útil, encargáronse de entablar negociaciones con el Soberano Pontífice.

En lo más ardoroso de la efervescencia que reinaba en París, algunos predicadores, movidos por su celo, empezaron á apartarse de la reserva que les imponía el espíritu de su instituto; pero no tardaron en ser amonestados por las enérgicas medidas del general Claudio Aquaviva. «Decid al rey, escribía al Provincial de Francia, cuán terminantemente nos prohiben las Constituciones, entrometernos en negocios temporales.»

Mas todavía al mismo Sixto V, muy apasionado en favor de la Liga, osó hacerle algunas observaciones á propósito de la neutralidad necesaria de la Orden.

Entretanto la conversion de Enrique IV al

Catolicismo quitaba su razón de ser á la Liga. Interrogado Belarmino, que á la sazón se encontraba en París, sobre la legitimidad de una próxima rendición de la capital al rey, respondió (contra el parecer de la Universidad) *que era lícito deponer las armas, y que debía cesar una lucha ya sin objeto.* Al propio tiempo los Jesuitas trabajaban sin descanso en Roma por la reconciliación con la Iglesia del rey de Francia. Cosa singular, los negociadores más activos y decididos, eran un italiano, el Padre Possevino, un español, el Cardenal Toledo, y dos franceses desterrados injustamente por el Parlamento, los Padres Comolet y Guéret.

El Bearnés no se mostró ingrato. «Primo mio, escribía Enrique IV al Cardenal Toledo, sé muy bien que despues de Dios y nuestro Santo Padre, debo á la rectitud de vuestra conciencia la absolucion, (esto es, que la excomunion se le levantara) que Su Santidad se ha dignado otorgarme.»

Esta conducta moderada de los Jesuitas, unida á su celo por la integridad de la fé, no fué poderosa á desarmar el ódio que los perseguía. Se había esperado mejor de ellos, y

unánimemente se les declararon contrarios el Parlamento y la Universidad.

Muy luego la confianza con que les honraba la Santa Sede, el Episcopado y el pueblo católico, el aprecio que les mostraba Enrique IV, todo se juntó para exasperar la envidia en sus numerosos enemigos. Los mismos fanáticos que pusieron el puñal en manos de Poltrot, el matador del duque de Guisa, y de Clemente, el asesino de Enrique III, imaginaron enredar á los Jesuitas en el castigo de Chastel.

Juan Chastel había asistido diez años á las aulas de la Universidad; aún estudiaba derecho con Marcellius en el momento que atentó contra la vida de Enrique IV. Pero..... *en otro tiempo* frecuentó durante algunos meses el colegio de Clermonten concepto de alumno externo, (detalle insignificante que sirvió de punto de partida para comenzar el proceso.) ¿Pero y despues? ¡Ah! El Parlamento inquiere. Sin duda que hubiera deseado otra cosa por pequeña que fuese. Mas como nada encontró y como no era muy exigente, contentóse con lo que había. «Los *hugonotes* y los *libertinos*, escribe el historiador Dupléix, exe-

craron mil veces y maldijeron é imprecaron á los Jesuitas; pero la violencia de la tortura no arrancó al asesino ni una prueba ni una presuncion.» L' Etoile, adversario de los Jesuitas, Sully lo mismo, de Thou otro tanto, Mathieu, Cayet, las Memorias de la Liga, y todos los cronistas, confiesan unánimes que «Chastel libró de toda responsabilidad á los Jesuitas sosteniendo hasta el último momento que se sospechaba injustamente de ellos.»

No importa. ¡Había asistido algunos meses como externo! En esos meses los Jesuitas habían podido enseñar á Chastel, además del arte de asesinar, el arte de callarse. Por otra parte, ¿á qué tantas pruebas? «Si no eres tú, será tu hermano.» *Era necesario que los Jesuitas apareciesen culpables*, y que el Parlamento de París se deshonrase por la vez primera creando un precedente á la gran iniquidad del siglo XVIII.

Contra todos los indicios y contra toda justicia, condenó el Parlamento. Ese cuerpo, frecuentemente tan digno del respeto de la historia, esclavo esta vez de ciega pasion, no supo detenerse ante el más odioso de todos los atropellos: un *asesinato juridico*.

Un anciano inofensivo, que acaso nunca habría visto á Chastel, el Padre Guignard, vivía retirado en el fondo de la biblioteca de su colegio. Pues fué preso, condenado y desterrado á la plaza de la Greve, culpable dice L'Etoile, del solo crimen «*de haber llegado á mala hora.*» En efecto, ¿por qué ese juicio sumario y esa tan cruel sentencia? «Porque, responde el canciller de Francia Hurault de Chiverny en sus Memorias de Estado, los enemigos de los Jesuitas hallaron, ó quizá supusieron en la habitación de Guignard, ciertos escritos de carácter privado, contra el difunto rey Enrique III.» Y «los jueces que le condenaron, añade L'Etoile, eran en su mayor parte de aquellos que habían asistido al juicio en que se dictó un decreto contra el difunto rey, el año 1589, (esto es, cinco años antes) lo cual es bastante extraño.»

Cierto, extraño y hasta imposible si no se tratara de condenar á un Jesuita. Hemos preferido en las citas á los escritores y cronistas adversarios de la Compañía, y se comprende. No hay un hombre honrado que haya dejado pasar sin maldecirlo este acto de repugnante iniquidad, pero sobre todo, donde es verdade-

ramente curioso estudiar semejantes hechos, es en las obras del liberalismo moderno. A la vista tengo una obra del género llamado popular y que goza de envidiable autoridad en ciertos círculos: la *Historia de Paris* del célebre Dulaure, y enmudezco bajo el peso de una verdadera admiración. No se trata de un malvado, es un buen hombre; hubiera querido mejor que no se ahorcase al Padre Guignard, y sobre todo que no quemaran su cuerpo para aventar las cenizas; esto le parece excesivo; así, pues, lamentase un poco de esas pobres cenizas, insultando por supuesto al hombre por costumbre y censurando con dulzura al Parlamento.

¡Pero detesta á los Jesuitas tan cordialmente! ¡y con tanta sinceridad! Al ver la sarta de inocentes calumnias que arroja contra los Jesuitas, á propósito de este infame asesinato de uno de ellos, parece adivinarse que el motivo principal de su aversión al Parlamento, no es otro sino el disgusto de ver tantos Jesuitas como quedaban con vida.

El párrafo del decreto que condenó á todos los Jesuitas por corruptores de la juventud y perturbadores del reposo público, etc., á salir de

París dentro de tres días, arráncale estrepitosas muéstras de alegría, y consagra no sé cuántas páginas en 8.º mayor á hacer la descripción de la grotesca columna, «monumento elevado á la vergüenza de los Jesuitas,» y que más bien hubiera perpetuado la ignominia del Parlamento, si Enrique IV, por caridad para con sus amigos los presidentes y consejeros, no la hubiera mandado demoler. Poniéndose un poco serio con los asesinos jurídicos del Padre Guignard que no serámás que *un* Jesuita, el excelente Dulaure aplaude el destierro de quinientos Jesuitas que si aún no habían asesinado á Enrique IV, ¡lo asesinarían como asesinaron á Enrique III!

Porque Ravailac será un Jesuita como era Jesuita Jacobo Clemente, y todos los asesinatos de los reyes desde Bruto hasta Damians, todos Jesuitas. Y todo esto se repite con tono soporífero en el aire falso de una pésima canción de Beranger.

En tiempo del bueno de Dulaure no se era todavía más que liberal é ilustrado; pero desconocíase la poesía lírica del cieno. Cada cual á guisa de liberal bien educado, tomaba su parte de Jesuita, y concluido que habían

de devorar al Padre Guignard, esclamaban con la maligna sonrisa de Voltaire: «Si Enrique IV no acaricia á los Jesuitas, estaban alistados diez mil para asesinarlo por turno. ¡Esto es muy sabido!»

¡Ah! cierto y ¡viva la luz! Creed que en manos de gentes *ilustradas* por este estilo, están bien los almanaques del bonachon de Dulaure!

Lleva razon Dulaure: no satisfecho el Parlamento con haber derramado la sangre de un Sacerdote inocente, expulsó á los Jesuitas de París, «no sin asombro de muchos y las censuras de algunos (1)» y aquellos íntegros magistrados se apropiaron legalmente los despojos de los que desterraban. La biblioteca de los Jesuitas, numerosa y escogida, se entregó al saqueo. Declarados los libros como buena presa á petición de las personas allegadas al rey, ellos fueron los primeros en despacharse conforme á sus deseos (2).

(1) Chiverny, *Memoires d'Etat*, p. 241.

(2) L'Etoile.

quieran utilizar sus servicios. Pero si lo que os disgusta es el nombre de Jesuita, ¿por qué no condenais á aquellos que se llaman Trinitarios?... Por lo que á mí toca, más querría ser llamado Jesuita que Dominico ó Agustino.

Si es cierto que hasta ahora no habian existido en nuestro reino más que por tolerancia, Dios me reservaba la gloria de establecerlos; y lo tengo á gran dicha, de modo, que si solo estaban provisionalmente, en adelante estarán por virtud de edicto y decreto; de la bondad de mis predecesores fué retenerlos aquí: mi voluntad es restablecerlos definitivamente. La Universidad se ha puesto de punta con ellos, lo cual, ó ha sido porque los Jesuitas enseñaban mejor, como lo atestigua la afluencia de estudiantes en sus colegios, ó porque no estaban incorporados á la Universidad.... Decís que los más doctos en vuestros Parlamentos nada han aprendido de ellos; si los más doctos son los más viejos, es indudable, porque estudiaron antes que los Jesuitas fuesen conocidos en Francia; pero me consta que los otros Parlamentos no dicen lo mismo, ni áun todo el vuestro, y si fuera exacto que

no enseñaban mejor que los demás, ¿de qué proviene que haya quedado desierta vuestra Universidad por ir á oírlos, y que no obstante todos vuestros decretos se los vaya á buscar á Douay, á Pont (á Mousson), y fuera de Francia? (1) El suponerlos amigos de los facciosos porque fueron de la Liga, ha sido la calumnia de moda. Ellos creían obrar bien y se engañaban, como muchos otros (2); pero dóime á pensar que con menos malicia que esos otros, é imagino que su misma rectitud, unida á las mercedes que les haré, los hará afectos á mí tanto y más que á la Liga. Es, me decís, que procuran atraer los jóvenes aprovechados, y de entre ellos escojer á los mejores; cabalmente esto es digno de aplauso, ¿no escojemos nosotros los mejores soldados para la guerra? ¿Y si el favor no hallara cabida entre vosotros, recibiríais por ventura á nadie que fuese indigno de vuestra compañía y de sentarse en vuestro Parlamento? Si os diesen

(1) Lo propio sucedió al comienzo de este siglo. Cuando los echan se les sigue.

(2) No se puede exigir de Enrique IV hasta una aprobacion de la Liga.

maestros ó predicadores ignorantes, los despreciaríais; ¡os los dan buenos y se lo reprochais! En cuanto á los bienes que segun vosotros poseen, es una calumnia; en toda Francia no tienen más que doce ó quince mil escudos de renta..... El voto que hacen al Papa no se extiende á todas las cosas. Le hacen de obedecer á los Papas cuando quieran enviarlos á la conversion de los infieles, y es un hecho que por ellos ha convertido Dios á los indios. Decís que se introducen como pueden: lo mismo hacen todos, y yo mismo entré como pude en mi reino; pero es preciso reconocer que su paciencia es grande, y por lo que á mí toca la admiro, pues con paciencia y buena vida llevan á feliz remate todas las cosas. Y no los aprecio menos porque como decís son grandes observadores de su instituto: esto es lo que los conservará..... En lo relativo á la opinion que tienen del Papa, sé que le respetan mucho; lo mismo hago yo. En cuanto á la doctrina de emancipar á los eclesiásticos de mi autoridad y enseñar el regicidio, menester sería ver de una parte lo que ellos dicen, é informarse si la enseñan á la juventud. Una cosa me hace creer que no hay

nada, y es que en los treinta años que educan á la juventud en Francia, cien mil alumnos de todas condiciones han salido de sus colegios, han vivido entre ellos y como ellos, que se encuentre uno solo de tan copioso número, el cual sostenga haber oido semejante lenguaje, ni otro parecido, al que se les imputa.

El suceso Barriere fué preciso, como observais, que lo denunciase un Jesuita; un Jesuita me advirtió de su intento, y otro le dijo que sería condenado si osaba ponerlo por obra. El tormento no pudo arrancar á Chastel ninguna acusacion contra Varade ó algun otro Jesuita; sino, ¿por qué los perdonásteis? El que murió ejecutado, fuélo por otro motivo que *se dice* hallado entre sus papeles. Y cuando así no fuera, y un Jesuita hubiese dirigido el golpe, ¿sería justo que todos los Apóstoles padeciesen por Judas ó que respondiese yo de todos los hurtos y de todas las faltas que en lo porvenir cometiesen mis soldados? Si un español Jesuita y Cardenal (el Padre Toledo) me ayudó á obtener la bendicion del Pontífice cuando me hice católico, ¿por qué pretendéis confundir á los franceses mis

súbditos naturales? Respecto de los Jesuitas, no admitiré más juicio que el que yo forme, y dispondré acerca de ellos lo que me parezca; dejad á mi cuidado el manejo y la conducta de esta Compañía; ya he manejado y gobernado negocios mucho más difíciles y de peor arreglo: obedeced solamente mi voluntad.»

Hemos reproducido en toda su extension estas palabras de un rey asesinado á cada instante por los Jesuitas, no tanto para defender á los Jesuitas, absueltos hace tiempo, como para rendir nuestro homenaje de hombre de letras al augusto escritor que más de medio siglo antes que Bossuet, Pascal y Labruyere hablaba ya un francés tan castizo, tan enérgico y tan puro.

Jamás se arrancó con igual decision la máscara infame de la calumnia. La carta es digna de su grande estilo y de su gran corazon.

Fué necesario obedecer, y el edicto de Rouen, á pesar de una mala voluntad evidente, se registró por el Parlamento el 4 de Enero de 1604.

No bastó esto á Enrique IV. De mil otras maneras atestiguó su estima, su reconocimiento y su afecto á los miembros de la

Compañía de Jesús, en términos, que se hace sobremanera dificultoso creer que fuese el miedo lo que le movia á establecerles en su propia casa de la Fleche, «á poner toda su confianza en el famoso y sábio Padre Coton, y en fin, lo que traspasaría un poco los límites de lo verósímil, «en achaque de miedo hasta á legarles su corazon como última prenda de aquella ternura que le hizo exclamar: «¡Os he amado desde que os conocí!»

Siguiendo Luis XIII las tradiciones de su padre, tomó la Compañía «bajo su proteccion y salvaguardia, como plugo hacer al difunto rey (1),» confirmó el derecho de enseñar concedido á los Jesuitas por Enrique IV, y los recomendó á los príncipes protestantes de Alemania, «como hombres de acendrada piedad y gran prudencia.» En 1627, asistió acompañado de Richelieu á colocar la primera piedra de la iglesia del barrio de San Antonio (2);

(1) Estados generales de 1614. *Voto presentado al rey por las dos primeras órdenes de su reino.*

(2) Fundada segun la promesa de San Ignacio en el sitio mismo donde se cometió el primer sacrilego atentado de los protestantes contra las imágenes de la Virgen santísima.

en fin, la proteccion real y el favor público los defendieron tan bien contra las envidias y mezquinos ódios de sus competidores, que en este mismo año el número de sus discípulos se elevaba á la cifra de trece mil ciento noventa y cinco solo en la provincia de París.—¿Qué pensar de aquellos *tiempos de tinieblas* en que de tal modo se sentia la necesidad de estudiar?

¿Y qué pensar de esos *ignorantes*, de esos *oscurantistas* al frente de todos los ramos del saber y confundiendo á los corifeos en la Reforma con toda clase de armas religiosas, morales y filosóficas? ¿Dónde están esas antorchas tan brillantes, que puedan avergonzar la luz que irradian los Berlamino y los Toledo? ¿Hay en aquella época un orador que arrebate como Causino? ¿Un teólogo más seguro que Molina, tan horriblemente desfigurado? Molina colocaba la libertad del hombre bajo el poder de Dios. Contra su generosa doctrina debian sublevarse á la vez los que pretendian dar lecciones á Dios, y esos falsos rigoristas que se complacen en hacer más pesada la cadena de Dios, para hacerla insoportable. Judas hace de varias ma-

neras traicion á su maestro. ¿Y cabe citar una doctrina más grandiosa que la de Suarez, de quien dijo Bossuet «que se resume en él toda la Escuela?» No es mal ánimo referir aquí los servicios hechos á la inteligencia por el instituto de los Jesuitas; esto exigiria más lugar; pero no puede pasarse en silencio el gigantesco trabajo de Juan Bolland, que vale por tres benedictinos, los *Acta sanctorum*, tan populares en la ciencia bajo el nombre de *los Bollandistas*, y á los que llamaba Leibnitz: una Enciclopedia cristiana; Labbè y Sirmond florecian entonces, y Petavio era el oráculo de la Europa sabia. Aquaviva gobernaba la Orden. D'Alambert hizo más tarde tal panegirico de este General, que puede sospecharse si quiso colocarlo por encima del mismo San Ignacio. La Compañia tenia quinientas cincuenta casas, estaba dividida en treinta y tres provincias, y contaba más de doce mil religiosos.

Merced á las investigacionee del Padre Eckel, haciase dar un paso enorme á la numismática; ellos componian la gramática y el diccionario en cerca de cien lenguas ó dialectos, entre los cuales basta enumerar el vasco, el breton, el húngaro, el turco, el japo-

nés, el persa, el chino y la mayor parte de los que hablan los salvajes. El Padre Lanzi descubrió la lengua etrusca; otros dos Jesuitas, Juan Pons y Ernesto Hanxleden, revelaban al mundo sábio los misterios del sanscrito y del tilenga. El Padre Bouvet traía á Francia los 49 volúmenes chinos, origen de la coleccion existente en la Biblioteca nacional. En fin, Kircher, el universal, precedía de muy lejos á nuestro Champollion en el estudio de los gerogíficos de Egipto.

Los Jesuitas astrónomos, matemáticos, geómetras, mineralogistas, naturalistas, geógrafos, inventores, son innumerables. Pueden consultarse sobre este punto: la *Historia de las Matemáticas*, de Montucla; la *Bibliografía astronómica*, de Lalande; la *Historia de la Compañía de Jesús*, por Cretineau Joly. A título de curiosidad citaré solamente entre los inventores víctimas del *Sic vos non vobis*, al Padre Francisco Lana-Terzi, nacido en 1631, que descubrió la aereostática, y á otro Jesuita portugués, misionero en el Brasil, Bartolomé de Guzman, que un siglo más tarde fué el primero en hacer pública esperiencia de los globos, mucho antes que Montgolfier. El mismo

Lana inventó el sementero de que Tall, en 1733, se supuso creador.

Desde la camelia, flor mundana, hasta la quina, droga famosa, nos han venido por los Jesuitas, así como la gloria de nuestros jardines, el hermoso castaño de Indias.

Estas cosas pequeñas no les hacian descuidar las grandes. Cuando el absolutismo real en Francia, y sobre todo en Inglaterra, pretendió convertirse en dogma, los Jesuitas, con Belarmino y Suarez á la cabeza, defendieron el derecho de los pueblos, mostrando una vez más que la gran ley de obediencia establecida por San Ignacio no excluía por ningun concepto la idea de libertad. Estad seguros de que Pascal, á quien llegamos, no atacará jamás á hombres por ese estilo, no se atreverá á tocar ni á Suarez, ni á Canisio, ni á Possevino, ni á Petavio, ni á Toledo, ni á Belarmino, y hasta puede decirse que á *nadie*, pues el juguete sempiterno, el maniquí de Jesuita imbécil y malvado que imaginan para traquetearlo á su gusto, es *nadie*.

Quando se hace el proceso de los Jesuitas del siglo XVII, si las fechas os hacen caer en el lazo de olvidar el nombre de Bourdaloue,

gloria inmortal de la cátedra francesa, es preciso, al menos, acordarse del nombre de San Francisco de Regis, sublime Apóstol de la caridad.

Se cuentan por centenares los Jesuitas dignos de honrosa memoria; la historia rebosa de ellos. ¿No los conocía Pascal? ¿O es que los desdeñaba?

Pascal, que se atribuye tan cómicos triunfos, facilísimos, ensañándose, con frases ofensivas y picantes hasta la indecencia, con los pobres y modestos nombres de oscuros religiosos, ¿no había oído nunca pronunciar esos nombres que resonaban en toda Europa?

No hay peor sordo que el que no quiere oír, y todo ciego distingue alguna claridad, excepto el terco que emplea sus propias manos en cerrarse los ojos.

San Francisco de Regis fué el héroe legendario de su tiempo. Cierta domingo entró en una taberna donde algunos mozos alegres habían escogido la hora de Misa mayor para armar escándalo. Quiso predicarles ¿y en qué se ocupó? Censuróse á sí propio. El austero Pascal no hubiera aprobado esto, y menos todavía el arte brutal de uno de aquellos jóve-

nes, que dió una bofetada á Regis. ¡Pero cuántas bofetadas hay en las *Provinciales*, que no las escusa el vino como la de la taberna!

Regis dijo al que le había pegado: «hermano mio, os doy las gracias; he merecido que me trataseis peor; mas pensad en vuestra alma.»

¡Cosa extraña! Temístocles hizo casi tanto, y esa es su gloria; pero hay una diferencia; Temístocles es un héroe práctico, mientras que en un santo.... ¡Eso era abusar!

¿Que sucedió? Que aquellos pobrecillos, borrachos y todo, hincáronse de rodillas; y pidieron perdón. ¡Bonita escena! ¡cosa de Jesuitas! ¡Descomponen fiestas! Otro tunante en lugar de San Francisco de Regis hubiese devuelto el golpe para quedar iguales y no guardarle ódio. Hé ahí la humildad jansenista. El Dios de las gentes honradas no pide más. ¡Veamos! ¡Un poco de indulgencia!

Por mi parte inclinariame voluntariamente del lado de la indulgencia. ¡Y cosa singular! los Jesuitas tambien. ¡Solo Pascal es el que no quiere! ¡Ah! Pascal no era del todo un desalmado, ni sus patronos los Arnauld, alegres perillanes. ¡La indulgencia! ¡Los jansen-

nistas! Hé ahí dos palabras que rabian de verse juntas. De mejor gana mancharian los jansenistas el infierno. Cierto que no puede acusárseles de haber presentado nunca «la otra mejilla;» por un quitame allá esas pajas descargaban un golpe de maza, y su cólera contra los Jesuitas procedía sobre todo de la indulgencia en estos. Francisco de Regis es el ángel de la pureza, tenía á sus ojos una «moral relajada» y una «devoción fácil;» ¡él que cayó muerto bajo su cruz!

¡Libreme Dios de ridiculizar y aún de juzgar las intenciones de Pascal, algunas de cuyas páginas aprendidas por mí en los días de la juventud, todavía embalsaman mi memoria! Él poseía el estilo de las almas grandes, y tiene párrafos tales, que no conozco nada más bello.

En las mismas *Provinciales*, tan inferiores á su génio, hay cosas admirables; pero qué ponzoñoso es á veces el éxito! ¡Y hasta qué punto la vanagloria del éxito puede rebajar un carácter! En los aplausos de los Arnauld, que nada aplaudian, y en su admiración á ellos, que á nadie admiraban, se halla el origen del primer desvanecimiento de Pascal.

Los Arnauld proyectaron un libelo; éran famosos por el ódio implacable que se escapaba de sus plumas. Muchos Arnauld pusieron manos á la obra, y habian producido un escrito tan terrible por la saña que respiraba, que se espantaron ellos mismos y Pascal también.

Pascal se llevó el manuscrito á su habitacion y allí corrigió, ó mejor, lo escribió de nuevo. Los Arnauld quisieron oírle, leyó Pascal, y los Arnauld, todos los Arnauld, presentes allí, suspensos, admirados y gozosos, cayeron de rodillas, maravillados de encontrarse cara á cara con un pensamiento espuesto con tanta brillantez.

¡Grandes fueron los extremos de los Arnauld, al expresar su entusiasmo por haber hallado más energía en el sencillo Pascal, que en muchos Arnauld!

Nada hay tan adulador como este linaje de admiración arrancado al natural orgullo de los maestros. Pascal aceptaba como sus maestros á los Arnauld. Aquí debo declarar que todos estos Arnauld, no se llamaban Arnauld. Ellos se apellidaban legion; era un convento de Padres Calvinistas, que disimulaban la co-

la; era una bandería, una secta, era Port-Royal. Pascal fué coronado de primera intencion por muestras de entusiasmo, verdadera aclamacion de familia. Las *Provinciales* habian nacido. El protestantismo bastardo, imaginado por Jansenio para envenenar la fé ultrajando el dogma, y la moral; negando la libertad; sustituyendo en la práctica, la caridad por el rigor farisaico, tenia un apóstol incomparablemente grande.

No hay duda que la admiracion es en todas las cosas la mitad del éxito. El éxito de las *Provinciales* fué inmenso, porque admiraron al público más que á los comensales de Arnauld. ¿Cuadraba allí bien Pascal? Aquel de cuyo corazon habian brotado torrentes de fervoroso amor, ¿guardaba en el mismo corazon semejante tesoro de odio infame y calculado? El caso era soberanamente curioso. ¡Y el gran Pascal, el desventurado Pascal, se convertía de improviso en un pobre farsante! ¡El gran Pascal, cambiaba de casaca á usanza de libelista! Esto era goloso, y sus enemigos no era justo le aplaudieran más que sus amigos. Y sin embargo, ¿tenia necesidad de todo esto? ¿No le hubiera bastado el más flaco ó el

más pausado de los Arnauld para colocar á Aristides sobre el plato, y servirlo á aquellos apetitos de Atenas?

He dicho que el jansenismo era un calvinismo disfrazado, y añado, mal disfrazado; el mismo error, con una mentira más. El abate Saint-Cyran decía indignado, hablando de Calvino, á San Vicente de Paul: *Bene sensit, male locutus est; pensaba bien; pero lo expresaba mal!* La familia Arnauld, que habia tomado sobre sí la tarea de traducir á Calvino en su lenguaje pseudo-ortodoxo, fué largo tiempo calvinista, y quedaba calvinista en el fondo. Port-Royal disimulando su bandera, acusaba de hipocresía á los Jesuitas; táctica eterna de la mentira.

Así se explica la empeñada contienda entre la Compañía de Jesús y la nueva secta. Los Jesuitas combatieron con denuedo, porque se trataba de una cuestion vital para la Iglesia, y para Francia. Anatematizada por la Santa Sede, sospechosa al gobierno, mas profesada abiertamente ó protegida en secreto por un gran número de miembros del Parlamento y de la Universidad, la herejía jansenista, impotente para defender sus averiados errores, ha-

lló medio, gracias á la pluma de Pascal, de atribuirlos imaginarios á los Jesuitas. Las *Provinciales* no fueron más que una broma, que hizo perjudicial la personalidad de su autor. No busqueis en ellas otras cosas.

¿Por qué no respondieron los Jesuitas en el mismo tono? Por lo pronto, ellos no tenían nada de Pascal; pero aunque hubieran tenido un Pascal, habrían despuntado el cortante filo de su pluma.

Sonríome al pensar en tantas sonrisas como acogerán mi afirmacion. No solamente no hubieran suministrado los Jesuitas á su Pascal esa abundancia de textos falsos ó truncados que esmaltan, sino que le habrían dicho: Perdonad como San Francisco de Regis; acordáos de las palabras de Lóyola: á nadie haréis daño. Al defensor de la Compañía de Jesús estále prohibido herir, pues lleva el nombre de Aquel, que decia á sus apóstoles: *Odio eritis omnibus propter nomen meum*. Nosotros somos los hijos de Jesús, y en cuanto es dado á los hombres realizar el esplendor de semejante deber, queremos pagar con amor los ultrajes del ódio.

¡Ah! Jesuitas, no lo haceis así. ¡Jesuitas!

¡Jesuitas! ¡Es menester aplastar esas serpientes!

Luis XIV. ¡Gran rey, personalidad la más grande que absorbe un siglo enorme!

Cada uno de los elementos que componen esta gloria es inmenso, y bastaria para hacer ilustre una edad. Con mármoles preciosos y gigantescos construyóse un panteon de formas severas y cuadradas, de altura mediana como el rey, alumbrado por la mediana luz del rey, hecho por el rey, para el rey y semejante al rey; así que en presencia del monumento imponente con sus simetrías, alineado implacablemente y estirado hasta fatigar la vista, se ocurre preguntar: ¿cómo se las hubo el arquitecto real para disimular tantos arranques de soberbia?

Sin nada, en el momento en que sorprendia la muerte á Enrique el Grande, soñaba en levantar una montaña con montañas. Luis el Grande erige una regular columnata sobre terreno llano. Encontrábase en ella bastante alto, y no quiso subir más; ¡tracaso terrible!

De las cenizas de Enrique IV brotó la voluntad que se llamó Richelieu.

Sobre el sepulcro cerrado de Luis XIV, se rompió su testamento. Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Corneille, Racine, Condé, Turenne cedieron su puesto sin transición á los comensales ateos de Felipe de Orleans, corazón amable, según se dice, espíritu transigente que nos ofrece en su mesa los primeros preludios de la religión de Voltaire.

Poco hablaré del reinado de Luis XIV. Quizá no aprecie en su justo valor el gran papel que los Jesuitas desempeñaron en él. Un sentimiento me falta sin duda, aunque no aquella grandeza que tanto amo. Diré únicamente, que no es invento de ahora la guerra violenta contra la Santa Sede. No hay que engañarse: la Revolución se ocultaba ya en germen entre los girones del absolutismo. Aquel á quien se acusa de haber exclamado un día: «El Estado soy yo;» si dijo eso, el día en que lo dijo desafió la tempestad.

Los Jesuitas tuvieron el peligroso honor de confesar á Luis XVI; debía ser esto tarea pesada y molesta. Fácilmente se alcanzan las dificultades de los guardianes de una conciencia tan ancha y tan estrecha á la vez, que soñó en significar al pecado vistiéndole de

etiqueta y ennoblecer al escándalo dándole aires de majestad.

Este rey, es cierto, mostróse grande en el infortunio, y entonces fué cuando se dejó sentir la influencia de los hombres de Dios. La historia, con justicia, le cuenta entre sus glorias, por haber sido mediante la voluntad de la Providencia, el alma de todo un pueblo de genios; pero soy de aquellos que no le perdonan el haber manchado armoniosamente, con solemnidad, casi religiosamente, el robusto tronco del trono legítimo, en una disolvente ilegitimidad, con lo cual se pudrió y estalló en pedazos un siglo despues, bajo la santa castidad de Luis XVI.

Menos todavía hablaré de la regencia, castigo inmediato de los errores de Luis XIV.

En cuanto á Luis XV, príncipe verdaderamente desdichado, que murió de vergüenza, como sus abuelos habían vivido de gloria, fuerza será que nos detengamos en su reinado que vió á la liga de reyes, ministros, Parlamentos, cortesanos y filósofos, poner sitio á la Compañía de Jesús, obra avanzada de las fortificaciones de la Iglesia, y tomarla al fin en el fragor de un asalto general.

Puede decirse que la guerra existía desde la misma hora en que nació la Orden. Todo lo que era revolución, sensualismo, duda, incredulidad y sobre todo heregía, franca ó encubierta, odiaba á aquellos campeones *intransigentes*,—aún no se había inventado la palabra—de las creencias ortodoxas, de la obediencia y su espiritualismo.

Ellos tenían á raya á los austeros farsantes del parlamentarismo, con preferencia, si cabe, á los partidarios francos de la nueva filosofía, y así era menos envenenado el ódio que les profesaban los protestantes sinceros, que la sorda rabia que abrigaba en su corazón hipócrita, la posteridad siempre enmascarada de Jansenio: la misma que Moliere ha retratado en su *Tartufe*.

A la sazón sus falsos apóstoles, cuyo pecado y cuya desgracia consistía en desconfiar como Judas de la Bondad infinita, y en gritar escandalizados, viendo derramar á los piés de Jesús el vaso entero lleno de preciosos perfumes, agrupábanse al rededor del trono.

En las capillas de Palacio, del Parlamento y aún del Clero mismo,—pues el Cardenal de Noailles contaba numerosos partidarios,—

abundaban esos crucifijos en que se representa á Dios con los brazos levantados en alto, y no estendidos; para figurar la blasfemia atribuida calumniosamente á San Agustín, por el abate Saint-Cyran, á saber: «Jesús no murió por todos los hombres, sino por solo unos cuantos.»

¡Jesús! ¡el amor inmenso! ¡la caridad absoluta, escatimando sus beneficios y limitando su misericordia! ¡El hijo de Dios, padre de la verdad y de la igualdad verdadera, escogiendo á los privilegiados, y menguando la divina anchura de sus alas, para cobijar el menor número posible de corazones! ¡Aberración de la soberbia jansenista! ¡Demencia de las pretensiones oligárquicas!

Porque no es posible dejar de advertir enseguida, que la gente más implacable en punto de *aristocracia*, es cabalmente la que enciende todas las revoluciones; la casta de los Arnauld, la terrible camada doctrinaria y del justo medio, enemiga de todo lo que está por encima de ella, y de todo lo que se halla por bajo de ella, demoliendo con una mano y oprimiendo con la otra, y perdiendo á intervalos la sangre fría, hasta desencade-

nar lo de abajo contra lo de arriba, especulacion de que vive hace ciento cincuenta años, y de que muere la patria.

La autoridad se llamaba la corte, que apenas valia, sumida como estaba en el desprecio. La regencia habia traducido en el lenguaje de la obscenidad el fastuoso poema de los errores de Luis XIV; de ese lugar maldito, el Palais-Royal, asqueroso retrete de donde se escapaba el eco de canciones ateas; deramóse por Europa el viento del contagio, y la infancia de Luis XV respiró aquella peste. Francia marchaba á la cabeza de esa carraera del desprestigio monárquico, y las demás naciones la seguian tropezando en el mismo cenagal.

Quedaba un solo rey: María Teresa. Pero como sus intereses eran encontrados con los de Francia, veia con gusto al sucesor del gran enemigo de la casa de Austria, al heredero de Enrique IV, arrastrado por la corriente como cosa perdida que va á sumirse en el abismo.

Cuando el duque de Choiseul se encargó de la direccion de los negocios, oyóse por primera vez, desde la fundacion de nuestra

monarquía, que un ministro francés estaba sobornado por el extranjero, y los que aseguraban esto, añadian que la pension era pagada por Austria; Prusia tambien pagaba otras pensiones, y el proverbio: trabajar por el rey de Prusia, nació en aquellos tiempos en que un duque y par, mariscal de Francia, edificó un palacio con dinero de procedencia tal, que la casa conserva el nombre de «Pabellon de Hannover.»

Pero todavia era posible que bajase más el nivel del amor patrio, pues en nuestros dias, en París, un hombre, un escritor ilustre, felicitaba públicamente á los prusianos en tiempo de la guerra; y con todo, no perdía la popularidad; al contrario, estaba de moda entre los *poetas* arrastrar por los suelos á nuestros generales tegiendo guirnaldas, y no grátis, al vencedor de Rosbach. Los *poetas* que así obraban, no eran Jesuitas.

¿Y entre tanto, qué sucede en Roma? A través de las edades, un espíritu profético ha inspirado siempre la Cátedra de San Pedro, y el presentimiento de la convulsion que iba á trastornar el mundo, pesaba sin duda sobre el afligido corazon de los Soberanos Pontifi-

ces. Con la mirada luminosa de la fé, veían oscurecerse en todas partes lo que fué un tiempo gloria de la familia europea; y la Iglesia, prosternada, contemplaba con pena el mar de ignominias, cuyas hinchadas olas rodeaban los tronos antes de devorarlos.

Un día madame de Pompadour, Mecenas hembra de la filosofía, que por su antojo encerraba las gentes en la Bastilla, y allí sin remordimiento las dejaba arrancar piedras con sus uñas hasta que morían, la que ayudó á Choiseul á hacer traicion á Montcalm en el Canadá y á perseguir á Dupleix en la India, antes de dar muerte á La Bourdonnais á fuerza de disgustos y á Lally-Tolendal en el cadalso; una mujer por lo demás encantadora, que protegía los espíritus fuertes, y se mostraba complaciente con Voltaire hasta permitirle algunos madrigales en sus momentos de buen humor, un día, digo, tomó madame la marquesa de Pompadour la extraña idea de *cumplir con el Precepto Pascual*.

¿Por qué? Se ignora. Pretenden algunos que esta veleidad procedía de Luis XV, que

guardaba en el fondo de su triste vida un resto de *supersticion*.

Pero siempre resulta, que madame de Pompadour, perdonando á Dios, quería hacer la merced de recibirlo, aunque sin aparato, con negligencia. En lo que toca á purificar su conciencia, ya era otra cosa, lo mismo que en lo de abandonar su puesto, que valia como emolumentos el destino de M. de Choiseul.

Informóse de lo que tenia que hacer para llevar á feliz remate este *negocio*, que segun ella habria levantado el crédito de la Religion. Las mujeres de su especie se ven rodeadas por la más vil categoría de aduladores; alguno de ellos hubo de decirle, que ejecutaba un acto de bondad, toda vez que ella podia pasarse sin Dios, y Dios se consideraria muy dichoso por hallar gracia en una persona de su importancia. Los Sacerdotes, se le dijo, exigen otros requisitos á las personas vulgares; pero sabido es, que madame de Pompadour, la prima de María Teresa de Austria, y protectora de M. de Choiseul, no puede ser tratada como una simple princesa de la sangre. «Poned condiciones; que de antemano serán aceptadas.»

Y adviértase, que la desenfrenada charlatanería de los cortesanos se acercaba más de lo que ellos creían á la verdad misericordiosa y espléndida. El Crucifijo de los católicos estiendo sus brazos tan grandes como son. Si Antonieta, ó la mujer de Detiolles, la marquesa de Pompadour, la princesa de Neufchatel, criatura vergonzosa entre las más vergonzosas de esta innoble época, hubiese encontrado en el fondo de su corazón un átomo de arrepentimiento, los brazos de aquel amor inmenso se habrían cerrado para estrecharla y bendecir su penitencia.

Y entonces todo hubiera sido tan cierto como el Evangelio en las burlescas afirmaciones de los papagayos de la corte. *Dios se consideraria dichoso*, muy dichoso, el Dios Infinito y Eterno, por haber hallado gracia en la pecadora. Y no hubiera habido en el mundo un Sacerdote capaz de exigir de ella, veneno viviente, ramera escandalosa, más de lo que se hubiese pedido á una pobrecilla y humilde pecadora. El ejemplo de María Magdalena la habia precedido.

Pero faltaba el corazón en aquel cuerpo de cortesana envejecido por los años y veterano

en la infamia. María Magdalena habia amado mucho; madame Pompadour habia comerciado mucho, odiado mucho, corrompido mucho. Venia de raza judaica, y lo que proponia al cielo era una compra.

Comprendíalo tan bien, que vacilaba.

Dícese, que en estas circunstancias, el duque de Choiseul, el filósofo de Estado, que arruinaba nuestras colonias, que mataba de hambre nuestros soldados en campaña, y que reducía las provincias á la desesperacion para pagar los monstruosos *gages* de la favorita; dícese, que este hombre, digno de profunda compasion, causa evidente de todos los desastres de Francia; este hombre, que sufrió el castigo supremo de ser adulado, él, ministro de reyes, por los asesinos de reyes, proyectó arrojar los gérmenes de un odio instingible en el bajo espíritu de aquella mujer perdida. Tenia necesidad de ello.

Así, pronunció á los oídos de madame de Pompadour esta frase: ¡Compañía de Jesús! El célebre lugar común de la calumnia jansenista, la *moral relajada* de los Jesuitas, colocóse naturalmente sobre el tapete. Los que Pascal habia acusado de una devocion *fácil*,

sabrian allanar todas las dificultades y arreglar las cosas del modo conveniente á sus intereses. Lo cierto es que madame de Pompadour se dirigió á los Jesuitas demandando su complicidad en la perpetracion de un sacrilegio.

Se ha dicho que indignados aquellos, rechazaron violentamente tamaña pretension. ¡Es falso! La indignacion de los Padres fué muda, porque su conciencia estaba tranquila. De todos los documentos aparece, que estos, recibieron á la marquesa de Pompadour con la compasion debida á su ignorancia, y á su miseria moral; dijéronle lo que se dice á todos en el tribunal de la penitencia. Si como parece inferirse de la apelacion que llevó hasta los piés de Su Santidad, ella entabló y siguió en efecto una negociacion sacrilega, tambien resulta de la misma apelacion, que fué denegada con la firmeza llena de mansedumbre que en semejantes casos se emplea con cualquiera pecadora, tan falta de la educacion religiosa más rudimentaria, que osa reclamar un puesto en el convite del Esposo sin haberse aderezado antes con el traje nupcial. No se debia menos, ni se podia más.

Mas á pesar de la forma bondadosa en que se dió la negativa, no la perdonó madame la marquesa, y la pérdida de los Jesuitas fué jurada. La historia entera abunda en grandes catástrofes, producidas á veces por las causas más despreciables.

Ya hemos dicho algo de los establecimientos ó reducciones; esas pequeñas repúblicas modelo, fundadas por los Jesuitas en las dos Américas, y que segun el unánime sentir de los escritores protestantes y de los filósofos, realizaban la edad de oro en aquellos dichosos países tan apartados de Europa. Fenelon no tuvo más que pintar su aurora, para hacer el cuadro de Salente, y más tarde Bernardino de Saint-Pierre, despues de Juan Jacobo, tomó de allí los encantadores rasgos de sus *Estudios sobre naturaleza*. Las más famosas entre todas las reducciones, eran las del Paraguay y Uruguay, que Pombal debia destruir; y tambien las habia en las Antillas. Pues bien; nadie hubiera creído que esta obra civilizadora, apreciada y alabada universalmente, tornariase para la Compañía de Jesús en germen de enfermedad y de muerte.

Y, sin embargo, fué así: La desavenencia de

madame de Pompadour era una de esas ocasiones que había que coger por los cabellos, y para aprovecharla, el ministro director agarróse como á su presa al primer pretexto que se le presentó. Dejemos hablar al historiador protestante Sismonde Sismondi: «Los establecimientos en las misiones, donde trabajaban los convertidos indios, dice el escritor genovés, para un fondo comun, administrado por los Jesuitas, hicieron cargar á estos religiosos con una administracion económica inmensa, que era la de alimentar y vestir á todo un pueblo..... (1) El Padre de Lavalette, francés, procurador de las misiones en la Martinica, era á quien allí estaban encomendados tan vastos intereses mercantiles, pero muchos de sus barcos fueron apresados por los ingleses en 1755, cuando sin prévia declaracion de guerra se apoderaron por sorpresa de toda la marina mercante de Francia.»

Tal fué el punto de partida, expuesto con

(1) «La intervencion de los Jesuitas era necesaria, sobre todo, para proteger la sencillez é ignorancia de los indios contra la codicia de los traficantes europeos.» Ad Archier, *La Comp. de Jesuits*, pág. 257.

sinceridad por un autor que no podrá ser tachado de parcial en favor de la Compañía. Más tarde, es cierto, las cosas se agravaron. A ello contribuyeron los excesos del Gobierno inglés, nacidos del menosprecio en que había caído Francia bajo la administracion de Choiseul.

Plés extranjeros pesaban sobre nuestro cuello, é Inglaterra pagaba así las complacencias de nuestro humillado ministro. La responsabilidad de la desgracia ocurrida á la marina mercante en general, y á la flotilla de la Martinica en particular, á la administracion era imputable, la cual, por añadidura, lejos de prestar ayuda á las innumerables victimas de su impericia, las abrumaba más y más con su rigor.

El Padre Lavalette, despojado de un capital enorme de que no era otra cosa que administrador, cometió el yerro imperdonable de desobedecer á las *Constituciones*. Especuló para cubrir el vacío de la caja comun, y sus especulaciones fueron desafortunadas. Entonces sus acreedores le acosaron, mezclando en la causa á la Compañía. Pero antes de juzgar este proceso, en el cual la parcialidad del Par-

lamento, como era su costumbre tratándose de Jesuitas, buscó y encontró pretexto para adular á un tiempo la cólera reciente de la favorita y el ódio inveterado del ministro, dejaremos á París para, atravesar la frontera de Portugal, donde Pombal, «el gran marqués,» libraba con la Compañía de Jesús la batalla primera y decisiva, que tan desastrosa influencia tuvo sobre la situación del Instituto en Francia y en el mundo entero.

Y así, como por la mano, el orden cronológico de los acontecimientos nos lleva á dar paso al tigre real, que se adelanta á los lobos y las zorras para acochar la presa, y hacer en ella un destrozo de Santos y de mártires.

#### POMBAL.

«Lo que hay de más extraño, dice Voltaire, en su desastre (el desastre de los Jesuitas), es que en Portugal fueron proscriptos por haber degenerado de su Instituto, y en Francia, por conformarse á él en demasia» (1).

Extraño se toma aquí en el sentido de curioso, agradable y divertido.

Y con efecto, la Europa filosófica se divirtió mucho con esta aventura, sin descuidar por eso calificar duramente de vez en cuando y así como de broma, á los verdugos que tanta sangre derramaron, y herir con sarcasmos á los demoleedores imprudentes que redujeron á polvo tan memorable edificio, fortaleza de la monarquía durante dos siglos.

Entusiasmada como estaba la Enciclopedia,

(1) *Siglo de Luis XV*, t. 22. *Obras*, p. 354.

lamento, como era su costumbre tratándose de Jesuitas, buscó y encontró pretexto para adular á un tiempo la cólera reciente de la favorita y el ódio inveterado del ministro, dejaremos á París para, atravesar la frontera de Portugal, donde Pombal, «el gran marqués,» libraba con la Compañía de Jesús la batalla primera y decisiva, que tan desastrosa influencia tuvo sobre la situación del Instituto en Francia y en el mundo entero.

Y así, como por la mano, el orden cronológico de los acontecimientos nos lleva á dar paso al tigre real, que se adelanta á los lobos y las zorras para acochar la presa, y hacer en ella un destrozo de Santos y de mártires.

#### POMBAL.

«Lo que hay de más extraño, dice Voltaire, en su desastre (el desastre de los Jesuitas), es que en Portugal fueron proscriptos por haber degenerado de su Instituto, y en Francia, por conformarse á él en demasia» (1).

Extraño se toma aquí en el sentido de curioso, agradable y divertido.

Y con efecto, la Europa filosófica se divirtió mucho con esta aventura, sin descuidar por eso calificar duramente de vez en cuando y así como de broma, á los verdugos que tanta sangre derramaron, y herir con sarcasmos á los demoleedores imprudentes que redujeron á polvo tan memorable edificio, fortaleza de la monarquía durante dos siglos.

Entusiasmada como estaba la Enciclopedia,

(1) *Siglo de Luis XV*, t. 22. *Obras*, p. 354.

no podía ménos, sin embargo, de refunfunar. Ella era el periodismo de su tiempo. Un poquito de piedad, no excesiva; un tantico de justicia, no mucha, y como objeto de adorno, tiene sus jueces incompetentes, que pegan á diestro y siniestro en todas las causas; esto da á su charlataneria cierto aire de imparcialidad; y por otra parte, es deber fácil y hasta agradable, llevar luto por un enemigo asesinado. También lloran los cocodrilos.

En una de las principales plazas de Lisboa se levanta la estatua del rey José Manuel, hijo de Juan V. A los piés de la estatua vése á su ministro D. Sebastian de Carvalho y Melho, conde de Oeyras y marqués de Pombal, á quien los liberales portugueses comparan á su antojo con el Cardenal de Richelieu, quizá porque no hay ley internacional que prohíba estas ocurrencias. A un país no se le debe juzgar por el número de léguas cuadradas que constituyen su superficie; así vemos que Portugal, pueblo pequeño si se atiende á su extension y población, es un pueblo grande por su historia. Portugal cuenta en sus anales tantos hombres ilustres, que no los ha menester ajenos para tallar estatuas en todas las plazas

públicas de Lisboa, su noble capital: reyes, navegantes, capitanes, poetas; Camoëns, Albuquerque, Gama, Cabral, Enrique, Juan, Pedro; el imperio del Brasil es obra suya, timbrado como él con la caballeresca cimera de Braganza. Sus mercaderes fueron afortunados, atrevidos y poderosos; sus flotas cubrieron el Océano; tenia colonias en ambos mundos; su nobleza es antigua y elevada entre todas las de Europa; y si su influencia de otros tiempos ha decaído considerablemente ahogada y aún algo confiscada, es porque jamás un pueblo católico se deja acariciar impunemente por la piedad protestante y por el desinterés de Inglaterra, propensa siempre á hacer irlandeses en todas partes.

Los gajes del presupuesto portugués abundan en los anchos bolsillos de Inglaterra, su generosa amiga. Eso cuestan ciertas protecciones muy deseadas; y muchos portugueses imaginan que será difícil á Portugal rehabilitarse de la fastuosa agonía estratégica, que introdujo allí, á sus expensas, el muy honorable Arturo Wellesley, para ganar su ramillete de títulos, su guirnalda de pensiones, su canasta llena de gloria inglesa, y nacer, en

fin, «su gracia,» milord duque de Wellington.

Sin ridiculizar ni censurar á los que comparan el marqués de Pombal con el Cardenal de Richelieu, — porque los errores del patriotismo son muy dignos de respeto, — me tomo la libertad de extrañarme que hayan escogido los portugueses para erigirles un monumento en las encantadoras orillas del Tajo, al rey que dejó hacer, y al ministro que se esforzó notoriamente en despatriar á su pátria, hasta el punto de ocultar la noble frente de los hijos de Avis, bajo el calado bonete de Calvino. Era preciso montarlos á la inglesa.

Ignoro si José de Braganza merece rencor, puesto que no pensó nunca sino con la cabeza de su ministro, pero es indudable que Pombal tuvo este proyecto, que comenzó á ejecutarlo, y no se detuvo ante la firme obstinacion portuguesa, la cual, sin alboroto, pero unánime, manifestaba su inquebrantable voluntad de no abandonar la fé católica. Pombal sirvió toda su vida á los ingleses, representando respecto de ellos la comedia de la enemistad. Ningun portugués se habia opuesto hasta entonces con más energía que él (en apariencia) á las caricias inva-

soras de Inglaterra, sin embargo de lo cual tenía en cartera el famoso proyecto de matrimonio de la princesa de Beira con el duque de Cumberland, matrimonio que hubiera hecho, eventualmente, de este último el heredero de la corona de Braganza.

No quiere decir esto que Pombal sintiera admiracion por los ingleses; él no admiraba á nadie; queria el poder y apelaba á todos los medios. Lo cierto es que los Jesuitas oponíanse naturalmente á la dominacion inglesa en Portugal, y por lo tanto, al matrimonio de la princesa. «El duque de Cumberland, dice el mariscal Belle-Isle, (1) habia creido llegar á ser rey de Portugal. Por mi parte, no dudo que lo consiguiera si los Jesuitas confesores de la familia real no se hubiesen opuesto.» Y añade: «Hé ahí el crimen que no se les ha perdonado» (2).

Tenemos ya, pues, un motivo del odio de Pombal contra los Jesuitas; éste pretendia introducir el protestantismo en Portugal, y los

(1) *Testament politique*, p. 108.

(2) *Ibid.*

Jesuitas, en conciencia, no podían permitirlo: primer resentimiento.

Mas Pombal tenía otras razones para odiar á los Padres. Por lo pronto, amaba con exceso el filosofismo, en tal modo, que el pequeño núcleo de ateos que dirigía en París la escuela enciclopedista, renegó de él más de una vez, como se reniega de un aliado que compromete. M. de Choiseul, que á fin de fiesta debía seguirlo paso á paso en el camino de la persecucion, comenzó por quejarse de él con su protectora, y madame de Grammont, su hermana, preguntaba coquetamente al embajador de España (dónde, entre paréntesis, Carlos III hacía quemar á la sazón los libelos de Pombal por manos del verdugo): «¿Es que el gran marqués de ese pequeño país tiene siempre montado un Jesuita sobre las narices?»

En segundo lugar, Pombal había adulado mucho á los Jesuitas al principio de su carrera, llegando hasta hacer vestir la sotana de la Orden á su segundo hijo.

En tercer lugar, los Jesuitas eran muy poderosos; como acaba de decirnos el mariscal Belle-Isle, confesaban á todos los individuos

de la familia real (1), y hombres al estilo del marqués de Pombal recelan de todo poder. No hay pasión que atice tanto el odio como la envidia.

Por último, los moralistas antiguos y modernos convienen en que todo hombre que ha hecho daño aborrece á su víctima: sirva de ejemplo la aversion instintiva é incurable que abriga el expoliador contra el despojado. Ahora bien, el marqués de Pombal era el expoliador jurado de los Jesuitas, á los cuales, *por fas ó por nefas*, había arruinado los magníficos establecimientos de Marañon, en el Uruguay, y algunos otros, no sin acrecentar su patrimonio, dice la historia, con bastantes de aquellos restos.

Véase, pues, por este sencillo relato, que no abrigo la pretension de que sea completo, que el gran marqués tenía abundante copia de poderosas razones para detestar la Compañía de Jesús. La primera en orden de estas razones era la sotana de Jesuita, que había hecho yes-

(1) El Padre Moreira confesaba al rey, el Padre Timoteo de Oliveira á doña María, duquesa de Braganza, y el Padre Costa á D. Pedro de Portugal.

tir á su hijo para captarse la benevolencia del Padre Moreira, confesor del rey; la más importante era la devastacion de los establecimientos del Uruguay, y la violenta espulsion de 30,000 cristianos del Paraná para facilitar la explotacion de las supuestas minas de oro que utilizaban los Jesuitas en aquellos parajes, segun la creencia de Pombal, y que despues resultaron ser pura quimera.

Erase algunos años antes del proceso Lavalette. La córté de Francia puso el grito en el cielo con ocasion de la actitud del gran marqués, ella que iba á empezar contra la Orden una guerra menos sangrienta, pero más injustificada. Pombal no perdonaba á los Jesuitas, ni la horrible miseria que él habia causado en el paraiso terrestre de los pobres indios, ni la falta de las minas de oro, ni las burlas de madames de Pompadour y de Gramont.

Cuando entró en el ministerio, era hombre de unos cincuenta años, fatigado por sus luchas privadas y una vida de incesantes esfuerzos políticos, nunca coronados por el éxito. Además de los Jesuitas tenia otros enemigos. En su juventud se habia puesto en pugna

con la nobleza antigua del reino, atacando tradiciones y sentimientos muy respetados, lo que le valió sufrir de su jefe ciertos desaires acaso demasiado altaneros.

Por eso vengóse horriblemente; y si es á causa de la abundante sangre noble derramada, por lo que sus admiradores le comparan al Cardenal de Richelieu, seguramente que se equivocan. Bajo este aspecto Pombal merece sin género de duda la palma de la ferocidad, y no se le puede comparar con nadie.

Pasaba en Francia por ser un ministro hábil; su buen comportamiento cuando el terremoto de Lisboa, habia sido muy alabado, porque, salvo los Jesuitas, cuyo heroísmo en aquellas circunstancias se hizo proverbial, ninguno mostró más arrojo y serenidad que él. M. de Choiseul, á pesar de las burlas con que le satirizaba para divertir al rey, estimábalo mucho y esperaba con ansia que «el buen Carvalho,» como le llamaba, desembarazaria algun dia al universo de ese Jesuita importuno, que todos los filósofos y todos los jansenistas «tenian montado sobre sus narices.»

Lo ocurrido en el Uruguay, y la actitud hostil que tomó el primero de todos Pombal, colocándose frente á frente á la Santa Sede, no eran ciertamente á propósito para menguar aquella esperanza.

De 1750 á 1758, en la córte del rey su señor, Pombal no habia aún chocado de frente con los miembros de la Compañía, siempre en auge; y en esta misma época hizo grandes esfuerzos por atraerse la nobleza; pero no lo consiguió. La nobleza le odiaba, y acaso con razon; pero le tenia en poco, y en esto no hacia bien.

En la noche del 3 al 4 de Setiembre de 1758, en medio de la mayor tranquilidad y sin que ninguna circunstancia política pudiera motivar ó explicar semejante hecho, tuvo lugar una tentativa de asesinato contra el rey de Portugal. Hacia ocho años que reinaba José, y contaba cincuenta y tres años de edad. Sus costumbres no eran peores que las de los príncipes de aquel tiempo; su natural tampoco era malo, y en diversas ocasiones habia mostrado un plausible interés por los negocios del Estado.

Como rey, participaba de la debilidad co-

mun á tantos reyes, y se acomodaba con gusto á los pensamientos de otro; veía con ojos ajenos y sufría sin saberlo desde la primera hora la tutela de su ministro, que logró inspirarle recelos de su hermano D. Pedro, jóven príncipe muy querido del pueblo. D. Pedro de Braganza tenia muchos partidarios en Lisboa; el rey no los tenia. Es la eterna historia de los hermanos de los reyes, y es sobre todo, la historia de D. Pedro en Portugal, sacada á relucir de vez en cuando para sembrar la desconfianza entre sus descendientes. Ningun pretexto mejor para robustecer el crédito de un favorito, porque el aire de la desconfianza reina alrededor de los tronos. Solo en Constantinopla halla remedio esta inquietud; los sultanes estrangulan á sus hermanos, y así concluye todo.

Hacia algun tiempo que Pombal traía agitado el débil espíritu de su soberano con vagas insinuaciones.

Desde luego fué á propósito de sí mismo como pronunció Pombal la palabra asesinato. Pretendía que su persona estaba amenazada, y en el verano de 1754 hizo firmar á José un decreto verdaderamente extraordinario «para

el caso en que se asesinara un ministro del Estado.» (1)

José, sin embargo, no ha pasado nunca por loco rematado. Pero en esto, hay su más y su ménos. El decreto referido asimilaba la futura contingencia de dicho asesinato al crimen de lesa majestad, y aún se encargó á un magistrado, el senador Gonzalez Cordeiro, de hacer sobre esta superchería *informaciones continuas é ilimitadas*.

¡Cuidado con reirse! La cosa fué seria. Triplicáronse las cárceles de repente y faltaba sitio en ellas. Cuarenta años antes que en París, Lisboa tuvo su Terror. Derramáronse los delatores por toda la ciudad, para ganar el premio ofrecido á todo inventor de un hombre que *tuviera deseo* de asesinar al ministro del Estado.

Los filósofos de orillas del Sena casi se avergonzaron, y cuando el ruido de estos sucesos llegó á París, acusaron al filósofo de las márgenes del Tajo de haber perfeccionado los

(1) Decíase en este decreto del mes de Agosto de 1754 que *alguien podrá atentar contra la vida de un ministro del Estado*. Cretineau-Joly, t. V, p. 124.

atropellos de la Inquisicion; Pombal, entretanto, no se inquietaba por semejante crítica. Apenas habia dado en su camino los primeros pasos, y sus enemigos caian como moscas á su alrededor. Lo repito; ¡la nobleza portuguesa se equivocó al menospreciar á este hombre!

Él sabia hacer de todo, decretos, libelos, motines (1), registros, proscripciones, confiscaciones; todo lo utilizaba, la pluma, el Estado, cerrojos y torturas; era listo, enormemente listo; y *ainda mais*, protegía las ideas generosas, ¡como que combatía á la Iglesia!

Generosa era su hacha, generosa su tea, generosa su astucia, todo en él rebosaba generosidad, aún el contubernio nefando de la hipocresía con las acciones más feroces.

Por supuesto que á pesar de los fantásticos temores del decreto de 1754, el marqués de Pombal no fué asesinado. Trascuerridos casi cuatro años, y habiendo dado de sí el decreto todo lo que podia dar en punto á prisiones

(1) Testigo, la sublevacion de Oporto en favor de los ingleses, mientras que el ministro combatía ostensiblemente la influencia inglesa en Lisboa.

arbitrarias, destierros, condenaciones y despojos, los delatores comenzaban á aflojar y los *fidalgos* respiraban, cuando se cometió el atentado nocturno del 3 de Setiembre.

Salía el rey del hotel de Tavora y tornaba á palacio, no en su propia carroza, sino en la de un hombre acaudalado de la nobleza inferior llamado Antonio Tejeira, cuando un *alguien* invisible, apostado en una enrucijada, disparó dos tiros de pistola, otros dicen que cuatro, sobre su majestad. ¿Quién era este alguien? ¿No sería, quizá, en propia persona el famoso *alguien* del decreto? El rey salió contuso en un brazo. Esto sucedía dos años después de la cuchillada de Damiens....

¡Jesuitas! ¡Qué ocasion tan soberbia! Contra toda verosimilitud, contra el mismo buen sentido, se acusó de jesuítico (1) al puñal de Damiens; ahora á las pistolas desconocidas se

(1) Voltaire había escrito rehusando comprometerse en esta desvergonzada acusación. (Carta de 3 de Marzo 1763.) «Amigos míos, nada quiero con los Jesuitas, pero les granjearía el favor de la posteridad acusándoles de un crimen de que los han justificado Europa y Damiens. No sería entonces más que un eco vil de los jansenistas...»

las acusaría de ser jesuíticas contra toda evidencia.

Sentíase Pombal tan culpable respecto de aquellos hombres á quienes habia atajado en la senda de sus gloriosos sacrificios al otro lado de los mares, y á quienes habia robado, ultrajado y perseguido de todas maneras hasta lo imposible, que su corazon, lleno de ódio, no se creía seguro contra ellos mas que con su muerte.

¡Jesuitas! Él dió este grito ruidoso como ninguno y que siempre despierta el eco inmenso de todas las malas pasiones, como el divino nombre que encierra; y convidó con esto á los judíos á la fiesta eterna del Calvario.

Pero como detestaba á los nobles casi tanto como á la Compañía de Jesús, quiso matar dos pájaros con una sola piedra, y aplastar á todos sus enemigos de una sola vez.

De aquí ese misterio impenetrable que reedó desde el principio esta causa, en que Pombal fué á un mismo tiempo acusador, juez y verdugo. Parecía muy difícil, en efecto, complicar á los Jesuitas confesores y amigos del rey, así como de toda la familia real, en

un atentado contra la vida del monarca. ¿Qué interés podía moverles á semejante crimen? *Reus is est cui prodest delictum*, dijo la sabiduría pagana de los Romanos: «No busqueis el culpable sino en aquel á quien aprovecha el delito.»

Pombal, doctor por la universidad de Coimbra, no ignoraba seguramente este axioma, y acaso previó que él habia de condenarlo ante el tribunal de la posteridad. Así acontece, que los escritores enemigos de la fé católica apenas le alaban, como por su oficio debieran hacerlo, siquiera en reconocimiento de las muchas cabezas de Jesuitas que tuvo la gloria de cortar; con todo, no se advierte que manifestasen por él ni entusiasmo ni simpatía. Bajo el elogio obligado de la controversia, descúbrese una repugnancia instintiva, algo de la frialdad con que M. de Choiseul, madame de Gramont y áun la misma Enciclopedia daban la mano á aquel verdugo de Estado. Era un aliado sujeto á caucion, y que causaba vergüenza á aquellos mismos cuyos vergonzosos deseos ponía por obra. Verdaderamente y de corazón no ha sido abrazado más que por los ingleses, sus enemigos aparentes.

¿Quiere decir esto que pueda acusarse á M. de Pombal de ser el *alguien* de los tiros de pistola? Ciertamente que no; si por esto se entiende que deseaba asesinar á su señor: tenia demasiado que perder con su muerte, como los sucesos posteriores demostraron. Si por el contrario, lo que se afirma es que arriesgó una comedia audaz dirigida á atemorizar el débil espíritu de José, responderemos que históricamente nada autoriza esta opinion, fundada solo en el carácter de salvaje doblez unido á la memoria del asesino de los Padres. Como tenia necesidad de este atentado para justificar su sangriento comercio, han pensado algunos que lo preparó, mucho más cuando el proceso instruido, que fué obra suya exclusivamente, es un modelo descarado de tinieblas amontonadas á placer.

Pero lo que se sabe de los acontecimientos desmiente esta presuncion, así como la creencia muy estendida un momento, que hacia del ataque el resultado de un engaño. Segun esta última version, el rey, acometido en el carruaje de Tejeira, lo fué por los enemigos personales de este, que erraron en su venganza. Apoyado en este version, mezcló Pombal en

la causa al infortunado duque de Aveiro, reservado á suplicio tan espantoso.

La verdad debe encontrarse en la opinión del pueblo, que nos refiere las memorias de Pombal, aunque alterándola ligeramente.

Héla aquí:

José de Braganza, especie de Luis XV pero más tímido, tenía también sus aventuras galantes, bien que seguidas con menos escándalo, pues en este punto ninguna otra corte rivalizaba con la nuestra. Solo los familiares del palacio de Alcántara sabían que el rey visitaba con frecuencia un hotel de noble apariencia, espacioso y aislado como una casa de campo, y desde donde se divisaba la embocadura del Tajo por encima de sus grandes jardines. El dueño de esta casa era el anciano marqués de Tavora, uno de los miembros más ilustres de la nobleza portuguesa, y que pasaba por jefe de aquellos á quienes más particularmente se daba el nombre de hidalgos (1). Pombal fué desairado al solicitar para su hijo mayor la mano de la hija del marqués,

(1) Este nombre tomó entonces casi una significación política.

y de otras familias había recibido la misma afrenta. Esto no lo olvidaba.

Con razón, ó sin ella, decíase en la corte que el rey requería de amores á la joven y bella marquesa de Tavora, nuera del marqués y esposa de su hijo primogénito. Un hecho semejante en Francia, donde tan relajadas estaban las costumbres de la corte, se hubiera reputado casi honroso, y la historia nos ofrece de ello tristes ejemplos; pero en Lisboa, á pesar del contagio excéptico que empezaba á ganar terreno, la antigua sangre portuguesa conservaba aún su altivez.

Estoy muy lejos de afirmar que el joven marqués de Tavora hizo bien con castigar á su rey por haberle ultrajado; creo, por el contrario, que un rey que ultraja merece compasión, como todos los hombres, y aún más que todos, por lo mismo que es más criminal siendo más poderoso; pero digo que fuera de los mandamientos de Dios, que reúnen en igual anatema el crimen cometido por el seductor y la venganza intentada por el esposo, Tavora, era acreedor á la vida de su soberano según la implacable ley del honor portugués. No juzgo aquí un proceso, sino investigo la

verdad de un hecho; Tavora cristiano, debía perdonar; hidalgo, con arreglo al Código de los hidalgos y á la jurisprudencia de los terribles ódios peninsulares, Tavora debía herir, aunque fuera á su rey.

Es probable que lo procurase. La excepcion hecha en favor de la jóven marquesa Teresa de Tavora en medio de los crueles tormentos que se impusieron al resto de la familia; prueba á un tiempo la injuria hecha y la venganza intentada. Todavía existe otra prueba de índole muy especial, y es el interés *sui generis* que el embajador de Francia, por mandato expreso de su córté, tomó por la jóven y bella marquesa estando sana y salva, mientras que nada hizo por el marido, culpable ó no, martirizado en el fondo de un calabozo, ni por el padre inocente, ni por aquella madre digna de admiracion, que murió en el tormento; en esta actitud del embajador francés están retratados Luis XV y su siglo.

Añadamos, que en ninguno de estos sucesos habia sitio para los Jesuitas si Pombal no lo buscara por fuerza.

Todos los escritores hacen notar la inaccion de Pombal durante tres largos meses despues

del conato de regicidio. Jamás desmintió la felonía de su carácter. A semejanza del tigre, afilaba sus garras antes de acometer. Necesitaba tambien de lo imprevisto para arrojarse sobre su víctima á quien habia adormecido.

A la caída de la tarde del 12 de Diciembre, varias patrullas de caballería recorrían la ciudad en tanto que numerosos destacamentos de infantería tomaban posiciones en las estrechas calles del barrio de los nobles. Preguntaba Lisboa qué fiesta irían á celebrar, porque nadie se acordaba ya de la aventura del carruaje, y hasta muchos la ponían en duda; opinion de que participaba la córté de Francia, donde M. de Choiseul habia dicho ser aquella una broma de Carvalho.

A eso de las siete, un peloton de soldados, precedido por algunos familiares del Santo Oficio, llegó ante la puerta principal del hotel de Tavora, cuyas otras salidas se habian guardado con el mayor silencio. Llamóse en nombre del rey, y al mismo tiempo se encendieron las antorchas.

Más de una vez habia levantado el rey el aldabon de aquella caballeresca morada; el rey era bueno en medio de la debilidad que

le esclavizaba; ignoraba lo que sucedía á aquella hora; menester es creerlo por compasión á la memoria de su nombre.

Abrieron los soldados, y los familiares se metieron en la casa como en país conquistado. Echóse mano de toda criatura racional, desde los criados más ínfimos, hasta los señores, y todos fueron conducidos á la nueva prision dispuesta por Pombal en los sótanos del colegio de San Antonio.

Otras muchas tenía en construcción, y no en vano, por desgracia, pues hubo tiempo en que Lisboa contaba más de cuatro mil prisioneros por razón de Estado. Nuestro 93 estaba vencido de antemano, y un número tal de encarcelados en una capital que apenas llegaba entonces á 150,000 habitantes, sobrepaja á las más siniestras *curiosidades* de la historia. ¡Motivo, pues, han tenido nuestros diccionarios de educación liberal para decir que Pombal no fué un ministro *ordinario*!

Leonor, marquesa madre de Tavora, la misma que había negado á Pombal la mano de su hija, fué separada de su marido y de sus hijos, y encerrada, acaso por benignidad, en el *in pace* de un convento. Las demás muje-

res, criadas y dueñas, se las llevó á la cárcel, donde fueron sometidas á la más rigurosa incomunicación.

Los hombres, así los criados como los señores, desaparecieron cual si se los hubiese tragado la tierra.

Y gracias á la esquisita solicitud, aunque un poco exclusiva, del duque de Choiseul, que encomendó el asunto á M. de Saint-Julien, encargado de Negocios en Lisboa, obedeciendo á los sentimientos *humanitarios* de madame de Pompadour, la interesante marquesa de Tavora fué tratada con una dulzura excepcional. Con esto Luis XV pareció quedar satisfecho.

Una voz, á lo menos (la de Saint-Julien), se levantó para afirmar que esta desventurada mujer no merecía, ni el interés ultrajante de Choiseul, ni la infamante clemencia de Pombal. Por lo demás, consta de las mismas correspondencias, que exaltaba á Pombal hasta la rabia cualquiera condescendencia con que los carceleros, apiadados, endulzaban la dura condición de los cautivos.

Además de Tavora, arrestáronse aquella noche gran número de hidalgos, entre otros, á

D. José Mascarenhas y Lancastré, duque de Aveiro, primo de doña Leonor, y que pasaba por ser el jefe de la nobleza; á un Souza y un Melho, el primero pariente del rey, y el segundo del ministro; á D. Miguel de Atonguia, etcétera.

La misma noche fueron puestos en prision algunos Jesuitas, entre ellos, el Padre Jacinto da Costa, confesor del príncipe Don Pedro. El estupor y el espanto se apoderaron de Lisboa. Aún no se habia inventado la frase «estado de sitio,» pero la cosa existía. Por las calles apenas se veían más que soldados mercenarios, y el rey dejó de salir de su palacio. Una losa de plomo parecia pesar sobre la ciudad. Si alguno se permitía dudar de la culpabilidad de las personas arrestadas, ó mostraba por ellas el menor sentimiento de piedad, era arrestado incontinenti. Entre prisioneros de Estado tan extraños, cuyo número extraordinario apunto arriba, habia casi tantos menestrales como nobles.

Y entre tanto, era urgente idear una forma cualquiera de juicio; pues el pueblo observaba, y el rey era un buen hombre. Pombal se decidió á representar la comedia de una instruc-

cion, pero la representó muy mal. Tenia perdido el tino: el ódio le embriagaba. Segun las leyes portuguesas, los acusados gozaban el derecho de ser juzgados por sus iguales. El duque de Aveiro y el marqués padre de Tavora eran ambos á dos grandes de Portugal. Pombal les negó esta jurisdiccion. Mas tampoco les entregó á los tribunales ordinarios. Hizo lo que desde Enrique VIII y Calvino, hasta Robespierre, reprochan constantemente los protestantes políticos y religiosos de todos los tiempos, á la autoridad, para excederla cuando se les presenta ocasion; creó una especie de tribunal revolucionario sin competencia legal, que llamó el *Tribunal de la desconfianza* (1) (admirable fatalidad de los nombres), el cual se componia naturalmente, como suele suceder, de sus propias hechuras, entre las cuales estaban dos de sus colegas, Cunha y Corte-Real.

*¡Y se nombró á sí mismo presidente!*

Como por entonces no se trataba de Jesuitas, la Enciclopedia no dejó de sorprender á vista de tales monstruosidades. Los filósofos

(1) La denominacion esta era anterior á Pombal.

de París simpatizaban con la nobleza que les rodeaba. M. de Saint-Priest, testigo poco sospechoso, no cesa de repetir en su *Historia de la caída de los Jesuitas*, que causaban «malísimo efecto» en el mundo filosófico los horribles atropellos cometidos por Pombal.

De buena gana se le hubiera defendido merced á la comunidad de ideas generosas, pero en realidad iba un poco más lejos, tanto que á M. de Saint-Priest se le escapa esta frase: «compadeciósse á las víctimas y se hizo burla del verdugo.» Tamaña confesion es muy significativa en tales lábios; y sin embargo, es bastante decir, *se hizo burla!* M. de Choiseul estaba curado de espanto hacia tiempo. Madame de Pompadour consideraba á Pombal como una bestia más ridícula que feroz.

Y en esto hacian muy mal, como vamos á ver; ya lo dije á propósito de la nobleza de Lisboa; nunca conviene despreciar á los Pombal, nunca conviene reirse de las hienas.

No satisfecho el ministro con presidir el Tribunal de Desconfianza, encargóse Pombal de la instruccion del proceso, cosa nunca oida, dando lugar á las protestas de dos de los jurisconsultos más respetables de Portu-

gal, Freiro y Bucallao (el senador): Todavía hizo más, pues redactó la sentencia que existe escrita de su mano (1).

¿Y cuáles fueron los medios empleados para este procedimiento filosófico diabólico? Declaraciones impuestas y acaso supuestas, las intimidaciones más desvergonzadas; la tortura, sobre todo, la tortura, y no creais haber leído mal; la tortura es un medio que nunca deja de dar resultado. En manos de los jueces dignos será odiosa, pero entre las garras de los histriones que profanan la justicia y hacen de ella una caricatura, es inmejorable.

El respetable diccionario para uso de la juventud á que varias veces he aludido en prueba de gratitud, dice, hablando de Pombal, que sirvió á su país con pasion (¡ya lo ereol), que fué un ministro hábil, pero que mostró tendencias *demasiado ardientes* por las ideas filosóficas.

¿Y por qué demasiado? Lo bueno nunca puede quererse con excesivo ardor, y por otra parte ¡él no llegó más que hasta la tortura!

Verdad es que esta tortura dió el espectáculo

(1) Cretineau-Joly, t. V, p. 153.

lo de una carnicería judicial, cuyo relato hace erizar los cabellos, mas era por un motivo digno; de la tortura y la matanza resultó el exterminio de los Jesuitas. ¿Y puede olvidarse esto? Jesús dijo de la hermana de Lázaro: «Se le perdonará mucho porque ha amado mucho.» ¿Por qué no han de decir de nuestro ministro filósofo los diccionarios: «No solo muchas faltas, sino todas ellas le serán perdonadas por lo mucho que ha aborrecido?»

Esto, por supuesto, dicho sea con aplauso de lo que muy de antiguo es uso entre la juventud, cuyos arrebatos no pocas veces hacen caer á tierra la máscara de los autores de diccionarios.

Lo que me extraña..... ¿Pero á qué meterme en estos líos? Estas son querellas domésticas entre los pájaros de cuenta que han hecho diccionarios y otros menos experimentados que los harán.

Los Tavora y los demás acusados permanecieron mudos en medio de los dolores del tormento extraordinario y liberal; pero el infortunado duque de Aveiro rindióse á los tormentos. Siendo un cumplido caballero no tenia, sin embargo, un corazón sufrido. Medio

muerto como estaba, acusó á sus compañeros de prision de todo lo que se quiso, y acusó tambien..... ¡á los Jesuitas!

Cierto que se retractó despues de recobrar el uso de los sentidos, mas Pombal tenia ya su declaracion y no quiso desperdiciarla. Así, rehusó consignar la retractacion.

Los parientes y amigos de Tavora fueron sentenciados á muerte el 12 de Enero de 1759. Temiendo Pombal la indignacion del pueblo, hizo levantar el cadalso de noche y fuera de la ciudad en Belem, haciendo rodear el sitio por dos regimientos mercenarios. La plataforma, alumbrada por antorchas, se elevaba á diez y ocho piés del suelo. De tal modo cercaron los soldados el lugar de la ejecucion y las orillas del rio, que los espectadores hubieron de refugiarse en el rio mismo, surcado por miles de barcas de donde salian multitud de imprecaciones y gemidos.

Así se pasó toda la noche del 13 de Enero.

Al amanecer, viéronse venir los criados del duque de Aveiro, los cuales fueron amarrados á uno de los ángulos del cadalso y quemados vivos.

La marquesa madre, Leonor de Tavora, llegó

lo de una carnicería judicial, cuyo relato hace erizar los cabellos, mas era por un motivo digno; de la tortura y la matanza resultó el exterminio de los Jesuitas. ¿Y puede olvidarse esto? Jesús dijo de la hermana de Lázaro: «Se le perdonará mucho porque ha amado mucho.» ¿Por qué no han de decir de nuestro ministro filósofo los diccionarios: «No solo muchas faltas, sino todas ellas le serán perdonadas por lo mucho que ha aborrecido?»

Esto, por supuesto, dicho sea con aplauso de lo que muy de antiguo es uso entre la juventud, cuyos arrebatos no pocas veces hacen caer á tierra la máscara de los autores de diccionarios.

Lo que me extraña..... ¿Pero á qué meterme en estos líos? Estas son querellas domésticas entre los pájaros de cuenta que han hecho diccionarios y otros menos experimentados que los harán.

Los Tavora y los demás acusados permanecieron mudos en medio de los dolores del tormento extraordinario y liberal; pero el infortunado duque de Aveiro rindióse á los tormentos. Siendo un cumplido caballero no tenia, sin embargo, un corazón sufrido. Medio

muerto como estaba, acusó á sus compañeros de prision de todo lo que se quiso, y acusó tambien..... ¡á los Jesuitas!

Cierto que se retractó despues de recobrar el uso de los sentidos, mas Pombal tenia ya su declaracion y no quiso desperdiciarla. Así, rehusó consignar la retractacion.

Los parientes y amigos de Tavora fueron sentenciados á muerte el 12 de Enero de 1759. Temiendo Pombal la indignacion del pueblo, hizo levantar el cadalso de noche y fuera de la ciudad en Belem, haciendo rodear el sitio por dos regimientos mercenarios. La plataforma, alumbrada por antorchas, se elevaba á diez y ocho piés del suelo. De tal modo cercaron los soldados el lugar de la ejecucion y las orillas del rio, que los espectadores hubieron de refugiarse en el rio mismo, surcado por miles de barcas de donde salian multitud de imprecaciones y gemidos.

Así se pasó toda la noche del 13 de Enero.

Al amanecer, viéronse venir los criados del duque de Aveiro, los cuales fueron amarrados á uno de los ángulos del cadalso y quemados vivos.

La marquesa madre, Leonor de Tavora, llegó

después sola, con una soga al cuello, un Crucifijo en la mano y vestida con unos harapos que había desgarrado el tormento. Pombal debía andar por allí cerca, pues en sus *Memorias* refiere *de visu* la horrible y sublime escena. ¿Qué se hacía en tanto la bella Teresa, *la única* que había merecido toda la tierna compasión de Luis XV y de su ministro Choiseul? Ella fué la que atrajo el rayo sobre la noble casa que la acogiera un día como hija queridísima, y el rayo le hacía la injuria de perdonarla. Nosotros la compadecemos también; pero no compadecemos más que á ella.

¡Cómo no admirar á doña Leonor estrechando el Crucifijo contra su pecho é irguiendo la frente ennoblecida por sus blancos cabellos! Habiendo querido el verdugo atarle los piés, ella le replicó sin cólera: «Hombre, ruégote que no olvides lo que soy; no me toques más que para matarme.» El verdugo cayó de rodillas ante ella; Pombal mismo es quien lo refiere.

Doña Leonor sacó el anillo de su dedo. Era una de aquellas almas que pagan todos los servicios, áun el último.

—Toma, dijo al verdugo presentándoselo,

tu trabajo exige una recompensa, no tengo más que esto, y te lo doy, para que cumplas bien con tu deber.

El verdugo se levantó y cumplió con su deber. Después de esta sangre generosa, que enrojeció la primera el cadalso, vinieron los otros, el anciano marqués de Tavora, luego el esposo de doña Teresa. ¡Pobre mujer! Y no lo digo en son de burla. ¡Pobre mujer! á quien se perdonaba accediendo á los deseos de M. de Choiseul.

Quedaban todavía los hijos de doña Leonor, el más jóven de los cuales apenas contaba veinte años; su yerno, y algunos dicen que sus hijas; después la larga fila de servidores de su casa que murieron en el tormento, como cristianos y como bravos portugueses.

El último fué el duque de Aveiro, cuyas piernas flaqueaban hasta el punto de no poder sostener el peso de su cuerpo; atáronle sobre la rueda, y por un estúpido refinamiento de venganza, cubrieron sus espaldas con harapos.

Pombal era *insaciable*. Si en el otro mundo

los ministros de los reyes tienen noticia de los afrentosos paralelos que hacen de ellos los hombres, aquel gran Cardenal que hacia matar en grande, debe mirar á Pombal con amarga sonrisa.

Antes de morir Aveiro vengóse de su enemigo lanzándole terribles denuestos que pudo este fragar descansadamente, porque el infortunado tardó mucho en morir. Durante más de una hora luchó contra la rueda que lentamente desmenuzaba sus huesos, y hasta en el mismo Lisboa oyéronse los clamores de su horrorosa agonía. Pombal, refiere en sus *Memorias* con una cierta satisfaccion, que Aveiro era el gran mayordomo hereditario de la casa del rey, presidente del Tribunal de palacio, grande de Portugal de primera clase, etcétera, etc. Fundó la casa de Mascarenhas, Jorge, hijo natural de Juan II, llamado el *Perfecto*.

En seguida pegaron fuego á la máquina, y el cadalso y los cadáveres medio carbonizados se hundieron en el Tajo.

Cierto que los tiempos del oscurantismo presentan pocos ejemplos de una crueldad semejante. La manera como fueron condu-

cidos al cadalso traspasa los límites de lo verosímil; tambien hubiera podido desearse alguna menos generosa *sans façon* de la que se tuvo en instruir el proceso; por lo demás, la ejecucion está por encima de todo elogio; fué completísima, y yo no hablo de ella sino con el respeto debido á las obras maestras.

¿Por qué no dicen nada de esto los diccionarios aprobados? ¿Es que no creen al mismo Pombal, que lo afirma muy de veras?

¿No seria mucho más equitativo endulzar con el relato de este suceso sorprendente la censura amigable, es verdad, que dirigen á Pombal por haberse excedido un poco en el modo de poner por obra las luminosas ideas de su siglo?

En suma; Pombal es un protegido que compromete. Así que el Sanhedrin de la Enciclopedia, esta madre de diccionarios, lo hubiera rechazado decididamente si no hubiera enmendado su matanza de nobles con su hecatombe de Jesuitas. Dichosamente para él la sangre lavó la sangre.

Despues de lo dicho poco importa saber que el gran marqués retuvo prisioneros á todos los

amigos y parientes de los ajusticiados que no sufrieron su suerte, que hizo arrasar sus hoteles y palacios, y que por orden suya se *sembraron de sal* los sitios en que estuvieron edificados. Las armas de los Tavora y sus pretendidos cómplices fueron borradas de la sala de los caballeros en el castillo de Cintra, y sus escudos aún están cubiertos con un velo negro, como el retrato de Faliero en el palacio ducal de Venecia.

Esto último es muy digno de notarse, tanto más cuanto que la inicua sentencia de 12 de Enero de 1759 carece de vigor y fuerza hace muchos años. En efecto, Pombal vivió lo bastante para sentir en este mundo el peso de la justicia de Dios. Aún vivía, y todas sus víctimas fueron rehabilitadas por real decreto, dado solemnemente el 7 de Abril de 1781. Por este mismo decreto caía él en desgracia.

Pero la época de que hablamos dista mucho de aquella justicia tardía é insuficiente para la cual fué preciso esperar la muerte de José, que nunca osó sacudir el yugo de su tirano. Solo en esto puede asemejarse de lejos Pombal á Richelieu: su rey fué su esclavo.

Arruinado que hubo á muchos de sus adver-

sarios, el gran marqués erigió un monumento digno de él; era una magnífica picota que por privilegio especial estaba reservada exclusivamente á los miembros de la alta nobleza.

A los que al llegar aquí creyeran colmada ya la medida de su venganza, les responderemos que se engañan. La venganza de Pombal debia ir más lejos que todo esto; el hecho merece ser contado.

Mucho despues, en su vejez implacable, aprovechó el último destello de su crédito político que espiraba, para casar por fuerza á su hijo, el conde de Oeiras, con una nieta de aquella gran Leonor, marquesa madre de Tavora. Hechos como este ¿no recuerdan aquellas bodas de los tiempos fabulosos de donde salió la tragedia antigua? Pero los designios de Dios se cumplen siempre á despecho de toda lógica humana. De este horrible himeneo nació una apacible dicha. Esta mezcla de la sangre de los perseguidores con la de sus víctimas, que debia haber sido estéril ó producir funestos resultados, alcanzó una próspera fecundidad.

Brotó la reconciliación de la violencia suprema y de las trágicas convulsiones que agi-

taron á dos razas que se odiaban con encono, no quedó otra cosa sino la honra inmaculada de una familia numerosa tiernamente unida por el amor.

Quisiéramos haber concluido con el marqués de Pombal; pero de los dos objetos de su odio, aún no se había vengado más que del primero; la nobleza; el otro, el principal, vivía tranquilo hasta entonces. Pudiera decirse que la matanza de nobles sirvióle ante todo para llegar al corazón de su verdadero enemigo; la Compañía de Jesús.

Compréndense, pues, los feroces trasportes de su alegría cuando el exceso del sufrimiento arrancó al desventurado duque de Aveiro su acusación contra los Padres. Era un gran golpe, y aquel día, como dijo, le dieron ganada toda la partida. Apenas habló el duque, y era la hora en que vuelto en sí suplicaba en vano que se le admitiera la retractación, cuando Pombal, con la misma pluma que iba á razonar el célebre decreto, firmó la orden mandando encarcelar á diez Jesuitas, entre los cuales se encontraban el Provincial de Portugal Enriquez; los Padres Malagrida, director espiritual de la marquesa Leonor, Oliveira,

confesor de la duquesa de Braganza, Suarez, Mattos, y el propio José Moreira, no obstante su dignidad de confesor del rey.

En cuanto al Padre Costa, que fué el primero en sufrir el tormento por la secreta esperanza que abrigaba Pombal de que le arrancaría algún indicio que pudiera comprometer al príncipe D. Pedro, de quien era confesor, hacia ya bastantes días que estaba en prisión.

Malagrida, como confesor de la marquesa Leonor; Mattos, como amigo de Ribeira y de Atonguía; el Padre Juan Alejandro, por haber venido de las Indias en el mismo buque que la familia Tavora, todos tres fueron condenados á muerte por el decreto de 12 de Enero; pero no sufrieron su pena cuando los asesinatos de Belem. Pombal retrocedía para saltar mejor, como lo hizo despues del atentado contra la persona del rey. El tigre se preparaba alzándose sobre sus patas.

El salto del tigre, el segundo y el más espantoso, tuvo lugar (siempre en la sombra) la noche vispera del 16 de Febrero. Todas las casas de la Compañía en Portugal, así colegios como residencias, fueron cercadas á la misma hora, y de esta suerte á la mañana si-

guiente despertaron prisioneros todos los Jesuitas del reino.

En monton eran todos é indistintamente acusados de ser cómplices en el complot regicida, y para dar una idea de la esclavitud en que vivia el desventurado rey, baste saber que ni José ni su esposa pudieron *conseguir permiso* para ver al Padre Moreira, al que profesaban ambos entrañable cariño.

Además de la acusacion general hacíanse cargos á la mayor parte de los Padres, por haber sido los consejeros privados y amigos de los conjurados, por haber fomentado su animadversion, excitado sus ódios, ya en el tribunal de la penitencia, ya en conversaciones privadas.

A esta tan vaga afirmacion dábale un fundamento más vago todavía. El origen de todo era *una visita* que hizo el duque de Aveiro al colegio de San Antonio; una sola visita, cuya esplicacion era el deber de cortesía en el duque de asistir á un ejercicio escolar en que terciaba defendiendo una tesis filosófica, cierto jóven pariente suyo y heredero de una casa ilustre. Evidentemente Pombal no se tomaba el trabajo de cubrir las apariencias, toda vez

que por un pretexto tan fútil fueron incluidos tres Padres en la sentencia de muerte comun á Aveiro, á los Tavora y á tantos otros.

Entre estos Padres condenados hallábase el legendario Gabriel de Malagrida, cuyo martirio referiremos más adelante.

Ningun Jesuita subió al cadalso de la plaza de Belem, y hasta el 28 de Junio no lanzó el ministro contra ellos el decreto de proscripcion general. Llevaban ya entonces algunos meses de estar hacinados en las cárceles antiguas y nuevas, sometidos á los tratamientos más indignos. El «matador de los Padres,» como hacia tiempo se le llamaba en el Uruguay, merecia de sobra este título; las persecuciones dirigidas por él contra la Compañía en la América meridional, donde muchos Sacerdotes profesos y bastantes novicios y hermanos, sin contar á una muchedumbre de conversos indígenas, que unidos á la familia de Jesús habian regado con su sangre los campos del Nuevo Mundo, fertilizados por su trabajo, y donde los brutales atropellos de los agentes portugueses hicieron estériles tantas fuentes de produccion y de riqueza, puede decirse que no eran más que tímidos ensayos;

y tantos asesinatos aislados, una pálida imitación del gran drama de sangre y de luto que iba á representarse en la madre pátria.

Regocijábase Pombal con los destrozos que hacia; enloquecíale su crueldad; veía sangre en todas partes, y una apoplejía de horrores trastornaba su cabeza. Otros antes que él y desde muy antiguo se sirvieron de las cárceles como de instrumentos de muerte; pero él perfeccionó de tal suerte este suplicio espantoso é infame, que solo ochocientos salieron vivos, aunque flacos y estenuados, de aquellos calabozos que habian devorado cerca de *diez mil víctimas* (1).

Los historiadores han reproducido varias cartas de estos cautivos, más dignos de compasión que los muertos vivos de los Plomos de Venecia. No todos eran Jesuitas; pero hay una carta de un Jesuita que ha alcanzado gran celebridad por la admirable mansedumbre con que se expresa en medio de tormentos nunca oídos. Firmala el Padre Lorenzo Kaulen, que añade á su nombre este calificativo:

(1) Nueve mil seiscientos cuarenta; cifra oficial cuando se hizo la revisión del proceso por mandato de la reina María.

*cautivo de Jesucristo.* Está escrita en la prision del fuerte de San Julian de Lisboa, el 12 de Octubre de 1766. Siete años hacia que este inocente, ó mejor dicho, este Santo, vivía entre cadenas, sin haber exhalado nunca una queja ni derramado una lágrima, sino orando noche y día por su verdugo, que tanto habia menester de la misericordia infinita del Señor; don Sebastian de Carvalho, marqués de Pombal...

¿Pero cómo queréis que Pombal y sus amigos crean semejantes cosas? ¿En conciencia podeis quererlo? Este perdón otorgado en medio de la tortura, no es verosímil, y yo mismo me temo que no haya alguna malicia en la provocadora alegría que experimento al hacerme pasar por hipócrita, exaltando, como lo hago, ¡tan evidentes hipocresías!

¡Jesuitas! ¡Jesuitas! ¡Jesuitas! ¡Asesinos que nunca asesináis y siempre sois asesinados! Soberbios que besáis la tierra; ambiciosos, que haceis voto de no admitir ni puestos ni honores; calumniadores, que arrostráis la calumnia; que la apuráis sin desmentirla, y que devolveis el beneficio por la injuria; Jesuitas increíbles, Jesuitas imposibles, herederos de la infamia divina, yo no os acábo de enten-

der, porque es preciso ser un Santo para penetrar en el fondo de vuestras conciencias, pero os entiendo lo bastante para admiraros con pasión y para experimentar un entusiasmo, culpable quizá, en pregonarlo tan alto como puede resonar mi voz.

No os pregunto vuestro famoso secreto, creo saberlo; mi Crucifijo me lo ha dicho; pero os conjuro, Jesuitas, ¡oh, Jesuitas! aborrecidos por todos los escritores que se ensorberbecen y tiernamente queridos por mí que procuro humillarme (¡ay, no sin trabajo!), confiadme á mí solo, aquí, muy bajo, al oído, que á nadie se lo repetiré; decidme, asesinos de los reyes que os protegen y que os aman, ¡cómo fué que no hicisteis clavar diez, veinte, ciento, mil, y diez mil de vuestros históricos puñales en el pecho de ese Pombal!

¿Fué acaso por prolongar vuestro incurable disimulo?

¿Es para engañar mejor al mundo, truhanes de rara especie, por lo que matais á vuestros amigos y dejais con vida á vuestros enemigos?...

Pombal vivió ochenta y dos años. ¿Mientras que disparábais esos pistoletazos contra el

pobre rey José vuestro penitente, dabais á Pombal subrepticamente, traidoramente, jesuiticamente, un elixir para prolongar su vida?

Confieso haber experimentado un sentimiento de impaciencia y aun de rabia al leer la bellísima carta del Padre Lorenzo Kaulen, en quien no habian sido poderosos siete años de horrible cautiverio á despertar el menor sentimiento de ódio, sino todo lo contrario. Hubiera debido arrodillarme delante de la grandeza sobrehumana de esa alma, yo que creo de veras, yo que lloro por la orgullosa satisfaccion que experimento al creer, y de la compasion que me inspiran los que en nada creen. Hubiera debido hacerlo, y no digo que lo hubiera hecho.

Pero á través de mi admiracion de cristiano abrióse paso el sentimiento de hombre, y me pregunto si tiene derecho el heroísmo de los mártires para alentar así la infamia de los perseguidores.

¿Es menester que sea tanta la milagrosa caridad del santo que llegue hasta fomentar la audacia del impío?

Hay ocasiones en que me sorprende pen-

sar que los Jesuitas no resistieron lo bastante al marqués de Pombal, que se condujeron con mucha condescendencia, que la misma Iglesia estuvo condescendiente, así con respecto á este hombre, como respecto de Choiseul, su imitador, no tan atrevido, y todos los otros micos sanguinarios que siguieron sus huellas de destruccion y de muerte.

Sublime condescendencia, ha dicho un escritor eminente; mas por lo que á mí toca, ignoro si puede haber condescendencias sublimes.

La carta del Padre Lorenzo de Kaulén fué insertada en el *Diario de literatura y de artes*, que publicó el protestante Cristobal Murr. En la Europa entera produjo un efecto doloroso y no tardó mucho en seguirle la caída de Pombal. Estaba escrita desde el fondo «de un calabozo subterráneo, oscuro é infecto, en donde se rezumaba el agua, pudriendo los vestidos; dejaban á los prisioneros casi desnudos, y el carcelero, que los trataba con dureza extrema, no proponiéndose otra cosa que hacerles sufrir;» cuando los tenia estenuados á fuerza de padecer, «ofreciales la libertad y toda suerte de buenos tratamientos, bajo condicion de que

*abjurasen del instituto...*» ¿Necesitamos decir que no hubo ni uno que abjurara?

En esta prision de San Julian, donde faltaba todo; socorro á los que agonizaban, y hasta el consuelo de la Eucaristía, el aire y los vestidos; y donde se tasaba el pan, justamente para impedir la muerte de los que padecian; en sus horribles calabozos donde se escatimaba todo, escepto la crueldad, estaban encerrados: «Veintisiete Padres de la Provincia de Goa, uno de la de Malabar: diez de la de Portugal, nueve del Brasil, veintitres del Marañon, diez del Japon, doce de la provincia de China;» total, ochenta y dos. «Entre estos, habia un italiano, trece alemanes, tres chinos, cincuenta y cuatro portugueses, dos españoles y tres franceses.» Los franceses fueron reclamados, entiéndase bien, no por el Gobierno de Choiseul, sino por la reina María en persona.

De los ochenta y dos, murieron treinta y siete Padres en la misma prision. En los calabozos de Azeitao, de setenta y tres perecieron treinta y uno, víctimas de los sufrimientos. *El Matador de los Padres* se hacia digno de su nombre, así en Europa como en el Nuevo Mundo.

En la interminable lista de los mártires encuéntranse tres primos de Pombal, Cristóbal y Juan Carvalho, muertos en los calabozos de Azeitao, y Joaquin Carvalho, muerto en la prision de Almeida. Hay además un Alburquerque, cuatro de apellido Costa, un Cunha, un Fonseca y un Castro. La lista de ellos, muy incompleta, está en el Diario protestante de Murr (1).

Si se juntan á estos los que perecieron en el mar, en la sentina de los buques y en otras prisiones, pasan de setecientos, cifra señalada por el Padre Oliveira en su Memoria á la reina María (2).

Otros Jesuitas, despues del decreto de proscripcion, en mayor número aún, habian sido hacinados en buques mercantes sin provisiones, para dejarlos en la costa de Italia. Calcúlense en más de dos mil los Padres expulsados de esta manera, tanto de Portugal como del Brasil y otras colonias portuguesas; y esto se hizo porque no cabian en las cárceles: las cárceles estaban completamente llenas.

(1) Año de 1780.

(2) Diario de Murr, t. X, p. 149.

Entre los que quedaron cautivos hallábase el Padre Moreira; dícese que la reina, esposa de José II, se humilló hasta suplicar, con lágrimas en los ojos, en favor del infortunado amigo, que durante tanto tiempo habia dirigido su conciencia; pero el dueño absoluto era Pombal.

El Papa Clemente XIII protestó; Pombal le amenazó con un cisma, y el Papa se calló. En prueba de agradecimiento por su silencio, Pombal despidió solemnemente á su embajador, y confiscó los bienes á los Jesuitas (1761).

Hay *escritores de imaginacion*, que refiriendo esta lúgubre historia, han hecho de Pombal la víctima y de los Jesuitas los verdugos. Cuando se trata de ellos, no hay audacia que tema la mentira. Pero lo cierto es, que lejos de herir, ni siquiera se cuidaron de parar los golpes. Solo la Santa Sede puede decirse que defendió en Portugal á los Jesuitas combatiendo por ellos paternalmente, si bien con debilidad.

En cuanto á ellos, no emplearon su fuerza más que para morir.

La más ilustre entre las víctimas del *Mu-  
tador de los Padres*, fué Gabriel de Malagrida,  
á quien Pombal, por un exceso de ironía, y  
no obstante el liberalismo de ideas que pro-  
fesaba, quiso, para emplear su estilo, «entre-  
garlo á las hogueras de la Inquisición,» y en  
efecto, murió en las llamas el 21 de Setiembre  
de 1761 en la plaza de los *Autos de fé* de Lis-  
boa. A él se refería Voltaire cuando dijo en su  
*Siglo de Luis XV* (1) con afectada indigna-  
ción «El culpable no fué quemado más que  
por haber sido un loco;» lo cual era una ca-  
lumnia deslizada bajo la máscara de la com-  
pasión. Malagrida era tan loco como Fran-  
cisco Javier. Verdad es que Voltaire habia di-  
cho algunas líneas antes, para caracterizar  
la conducta de Pombal en esta infame aven-  
tura: «Al exceso de lo ridículo y lo absurdo,  
juntóse el exceso del horror (2);» mas podía  
censurar al verdugo sin insultar al mártir.

Este loco era uno de los misioneros más  
gloriosos que ha producido Portugal. Tenia  
setenta y tres años, y habia pasado cuarenta

(1) Tomo XXII de las *Obras*, p. 35.

(2) *Ibid.*

conquistando almas para Dios en los países  
salvajes. En el reinado de Juan V respondió  
á los cortesanos de este príncipe que le pre-  
guntaban con qué derecho *turbaba la paz* de  
los pobres indios predicándoles la Religión:  
«Con el derecho que me ha dado Jesús mu-  
riendo por ellos.»

Quizá parezca extraño ver á estos cortesa-  
nos de Juan V produciéndose como discípu-  
los aprovechados de Raynal; mas téngase en  
cuenta que los cortesanos fueron siempre filó-  
sofos, por la misma razón que los filósofos fue-  
ron siempre cortesanos. Esclavos de su egois-  
mo, los cortesanos de todos los tiempos, han  
despreciado como á locos á los que se acor-  
daban del prójimo, no para negociar en inte-  
rés propio, sino para trabajar en obsequio  
suyo.

Y en efecto, la excusa del interés es indis-  
pensable para preocuparse de alguién; este  
principio se ha trasformado en regla de con-  
ducta. Fuera del interés, para esta sabiduría  
pagana todo es excesivo, inmoral y atentorio  
á la noción filosófica de libertad que da á cada  
hombre derecho absoluto sobre sí mismo, y  
nada más, y que encastillada tras el utilita-

rismo, acusa de extravagancia á la idea superior de caridad.

¶ Para estos, como para los *espíritus prácticos* de nuestra ingeniosa época, Malagrida era un loco. ¡Pluguiera á Dios darnos esta locura! ¡Y quiera librarnos de la soberbia razon de aquellos matemáticos que saben calcular algebráicamente el espesor de un cabello, la distancia que separa del sol sus anteojos, y que no aciertan, en cambio, á resolver la infantil ecuacion de algunas tristes horas de nuestra vida, comparadas con la eternidad!

Desde su juventud Malagrida habia sido uno de estos locos. Aventurero de la fé, lanzóse á los países á donde otros van á buscar la fortuna, para alcanzar la pobreza, y en aquella atmósfera embriagadora de unas comarcas donde abunda el oro, él no ganó más que en amor á sus semejantes.

¡Cuarenta años! ¿Son muchos los que afanosos de riquezas se obstinan durante cuarenta años en explorar la tierra? Él habia atesorado millares de almas, y la sed de su codicia sublime no estaba, sin embargo, saciada; habia sufrido todo lo que puede sufrir una cria-

tura humana: predicándoles se habia introducido en lo más espeso de los bosques.

Los salvajes le habian atado al potro de la tortura, y cien veces habia entonado con engañadora ilusion el cántico de su muerte.

Como Francisco Javier, habia hecho milagros, habia convertido países enteros, y el olor de su santidad habia atravesado los mares. Eran tantas las heridas que cubrian su cuerpo, que los verdugos encargados de desnudarlo en la hora de su último suplicio, renunciaron á contar las innumerables cicatrices del soldado de Cristo.... ¡Y bien! Tuvimos antes escrúpulo en asentir á lo dicho por Voltaire, pero Voltaire lleva razon; este Santo era un loco. No habrá un solo espíritu práctico que lo niegue.

En 1749 fué llamado de las misiones de América por sus superiores para asistir á Juan V en su última hora. Pombal, que á la sazón era un ambicioso sin éxito, enflaquecido por la sed de mando no satisfecha, encongeriase sin duda de hombros al saber la ocurrencia del viejo rey que hizo llamar de tan lejos al loco. Dícese, que celoso del loco, nació allí su ódio implacable. ¿Hubiera podido, sin

embargo, reemplazar al loco junto al lecho del moribundo?

El Papa Benedicto XIV exclamó hablando del difunto rey Juan y de su loco: «Dichoso él, que la mano de un apóstol ha podido servirle de apoyo en su último paso!»

Malagrida tornó al desierto en el momento que la subida al trono de José Manuel llamaba á Pombal al poder.

Hacia ya algun tiempo que Pombal era ministro, cuando la viuda de Juan V manifestó tambien el deseo de morir en brazos del loco. José fué quien dió la orden de llamar al Padre Malagrida; Pombal tuvo miedo, porque habia comenzado en las colonias su guerra contra los Jesuitas, y el apóstol traeria nuevas temerosas sobre su conducta; así, pretendió oponerse á su vuelta, pero fracasó su intento y juró en su despecho la perdicion del santo anciano.

Es una circunstancia consignada por varios historiadores que diferentes veces, cuando su celo intrépido ponía á dos dedos de la muerte al Padre Gabriel de Malagrida, él, que hablaba de estas cosas con la seguridad de un profeta, dijo: «Dios me prometió que no moriria á

manos de los infieles; *he de tener la suprema dicha de la suprema ignominia*; moriré en un pueblo cristiano, rodeado de cristianos, que han de aplaudir mi suplicio.»

Esta profecía llegó á oídos de Pombal. Un dia que se solazaban juntos él y su hermano Pablo Mendoza Carvalho, díjole riendo: «El reverendo Padre tendrá lo que desea.» Y dió principio á esa conspiracion tenebrosa que parece la obra maestra de un demonio, con un esfuerzo largo, paciente, verdaderamente infernal, gracias al que un Santo, reputado como tal en toda la Cristiandad, defensor por excelencia y propagador heróico de la fé, honrado en vida por la veneracion de la Cabeza de la Iglesia, y favorecido como pocos con los dones más estimables del cielo, debia trasformarse en una criatura despreciable, corrompida, hasta un punto vergonzoso, indigna de ligar y desligar las almas, en un hereje, en un regicida, en un impostor, en un juguete vil é impuro de los brutales apetitos y de las nécias alucinaciones que sugiere el espíritu de las tinieblas.

Lo repito, esta fué la obra maestra de un demonio. Esta fué la obra maestra de Pombal.

Contra toda apariencia de buen sentido, Malagrida fué complicado desde luego en el proceso de los Tavora. Era el pretexto para cerrar sobre él la puerta de un calabozo.

Una vez prisionero, poco importan los detalles de las crueldades abominables que ejecutaron con su persona á veinte piés bajo de tierra. Durante dos años el infortunado anciano fué la propiedad, la cosa de Pombal, más diestro que los judíos en achaques de tormento.

¿Perdió la razon bajo el peso atroz de los tormentos? ¿Representóse acaso en medio de la noche que le rodeaba, semejante á la del infierno, una comedia de apariciones, fantasmas y voces diabólicas que hablaban desde el fondo del abismo? ¿Hiciéronsele oír aquellos odiosos llamamientos, llamamientos inhumanos que despertaban al cautivo, consolado un instante por la naturaleza, y cuyo horrible secreto dícese hallado por el guardian del hijo de Luis XVI en el Temple?—En una palabra, ¿enloqueció su espíritu, grande y elevado, abierto siempre á las inspiraciones de Dios? ¿Y permitió Dios para su mayor gloria los repugnantes excesos de esta persecucion, en modo

que herido por la locura su siervo, escribiese él, que moria en completa oscuridad, escribiese usando sus dedos paralíticos, y sin pluma, sin papel, sin tinta, dos gruesos volúmenes que desmienten su fé, su vida, su muerte, todo él!

Imposible es creerlo.

¿Y dónde están esos libros? El *Reinado del Antecristo* y la *Vida de la bienaventurada Santa Ana dictada por Jesús y su Santa Madre*. Nadie los ha visto jamás.

Conócense los títulos y algunos trozos sobremanera extravagantes.

¿No veis aquí la mano de Pombal? ¿Qué es más razonable en conciencia, creer en dos volúmenes de blasfemias, obra de un santo y que no existen, ó creer en unos trozos fabricados por el fabricante de tantas ignominias y que llevó su audacia una vez hasta á fabricar un Breve falso de Clemente XIII?

Por lo demás, los trozos están hechos de mano maestra. Era menester que escribiese con algun talento para poderle comparar con el Cardenal de Richelieu, fundador de la Academia francesa. No se concibe nada superior en idiotismo é inmoralidad. Los unos creye-

Contra toda apariencia de buen sentido, Malagrida fué complicado desde luego en el proceso de los Tavora. Era el pretexto para cerrar sobre él la puerta de un calabozo.

Una vez prisionero, poco importan los detalles de las crueldades abominables que ejecutaron con su persona á veinte piés bajo de tierra. Durante dos años el infortunado anciano fué la propiedad, la cosa de Pombal, más diestro que los judíos en achaques de tormento.

¿Perdió la razon bajo el peso atroz de los tormentos? ¿Representóse acaso en medio de la noche que le rodeaba, semejante á la del infierno, una comedia de apariciones, fantasmas y voces diabólicas que hablaban desde el fondo del abismo? ¿Hiciéronsele oír aquellos odiosos llamamientos, llamamientos inhumanos que despertaban al cautivo, consolado un instante por la naturaleza, y cuyo horrible secreto dícese hallado por el guardian del hijo de Luis XVI en el Temple?—En una palabra, ¿enloqueció su espíritu, grande y elevado, abierto siempre á las inspiraciones de Dios? ¿Y permitió Dios para su mayor gloria los repugnantes excesos de esta persecucion, en modo

que herido por la locura su siervo, escribiese él, que moria en completa oscuridad, escribiese usando sus dedos paralíticos, y sin pluma, sin papel, sin tinta, dos gruesos volúmenes que desmienten su fé, su vida, su muerte, todo él!

Imposible es creerlo.

¿Y dónde están esos libros? El *Reinado del Antecristo* y la *Vida de la bienaventurada Santa Ana dictada por Jesús y su Santa Madre*. Nadie los ha visto jamás.

Conócense los títulos y algunos trozos sobremanera extravagantes.

¿No veis aquí la mano de Pombal? ¿Qué es más razonable en conciencia, creer en dos volúmenes de blasfemias, obra de un santo y que no existen, ó creer en unos trozos fabricados por el fabricante de tantas ignominias y que llevó su audacia una vez hasta á fabricar un Breve falso de Clemente XIII?

Por lo demás, los trozos están hechos de mano maestra. Era menester que escribiese con algun talento para poderle comparar con el Cardenal de Richelieu, fundador de la Academia francesa. No se concibe nada superior en idiotismo é inmoralidad. Los unos creye-

ron que se había vuelto loco (aún no se conocía el espiritismo), los otros en la degradación. Todo Portugal prorumpió en una risotada de burla contra el hombre á quien ántes casi había adorado. Nadie compartió con M. de Choiseul y la Enciclopedia su compasion insultante, ántes bien, cuando Pombal entregó á la Inquisicion aquel arsenal de estúpidas blasfemias, Lisboa batió palmas de alegría.

Sólo el tribunal de la Inquisicion que veía claro á través de la farsa, rehusó juzgar. Uno de los hermanos del rey era el gran inquisidor.

¿Imagínais por eso que Pombal se detuvo? No; él era más poderoso que el hermano del rey, porque tenía al rey preso en sus garras. Así destituyó al hermano del rey, nombrando en su lugar.... ¿á quién? á Pablo Mendoza Carvalho, su digno hermano. Mas faltaba á este nuevo jefe del Santo Oficio la sancion pontifical. Para hombres como Pombal esto no era un obstáculo; se hizo Papa y se la confirió, siguiendo todo adelante. ¿Tenia razon al decirnos que esta fué su obra maestra?

¡Agarrotado primero, quemado despues por mano del verdugo sin que ni la tumba guar-

dara sus cenizas! Esto decia el decreto de los inquisidores de fábrica. ¿No reconocéis el énfasis de Pombal? «La tumba,» «las cenizas.» ¡Es indudable que tenia talento!

En la tarde del 21 de Setiembre, en presencia de Lisboa entera solemnemente convocada, el anciano, el ilustre, el santo apóstol de la fé, con las manos fuertemente atadas, una mordaza en la boca y rodeado de las figuras de demonios más burlescas y odiosas que Pombal, *entusiasta por las generosas ideas de su siglo*, había encontrado en los desvanes de la Inquisicion para provocar mejor las silbas y los ultrajes del público; en una palabra, con todos los arreos de las sangrientas comedias de la Edad Media, exhumadas por un filósofo, Gabriel Malagrida apareció sobre el cadalso.

¿Cómo? ¿Tal vez con los cabellos en desorden, los ojos extraviados con el aspecto del hombre loco y odiosamente degradado, que había escrito el *Reinado del Antecristo*? ¡Pues bien, no! Todas las relaciones que existen, y abundan, acerca de este suceso, hacen constar la venerable serenidad del condenado. Tenia un aire de modestia y regocijo como que iba á consumir el sacrificio, que era la completa

realización de su profecía, ó más bien de su anhelada pasión. En su último momento hizo un esfuerzo para bendecir á la muchedumbre y rodeóse su frente de un resplandor tan visible, que la palabra «milagro» corrió de boca en boca ahogada por un religioso terror.

Su última palabra al dejar la prision habia sido (¡Jesuita!) para perdonar á su asesino.

Clemente XIII dijo, hablando de esta muerte: «Es un mártir más á los piés de Jesucristo.»

Voltaire, que no murió ahorcado ni loco, no se dice sin embargo que sintiera esta calma sobrenatural en su última hora.

¿Y Pombal? Pombal encarceló á todos los que habian murmurado la palabra «milagro», y quedó dueño absoluto de Lisboa, que la reina de Francia llamaba «la ciudad de los calabozos.»

Algunos años despues, el 24 de Febrero de 1777, el pobre rey José murió, é inmediatamente un inmenso clamor de reprobacion se levantó contra su ministro.

No quiero sacar de este hecho conclusion alguna; los clamores nada prueban en mi sentir.

Pombal cayó y las prisiones se abrieron, devolviendo tantos infelices enterrados en vida, en aquellas fosas donde tantos otros exhalaron su último suspiro. La reina doña Maria no se vengó, sin embargo, de la opresion de Pombal. Quiso solamente por equidad que se revisaran sus procedimientos políticos y la mayor parte fueron anulados, entre otros el decreto Aveiro-Tavora-Malagrida.

Por consecuencia de esta justicia inútil y tardía, condenado Pombal á numerosas restituciones, y proclamado *criminal* por la boca misma de la reina, que mostró en esta ocasion una clemencia excesiva, fué á morir desterrado en el castillo de su nombre. A pesar de las instancias de su hijo, no quiso recibir los últimos Sacramentos.

Este hombre, que tenia algunas dotes de entendimiento, que tan poderoso fué en vida, y que moría en la oscuridad y en el destierro, hasta fuera de la política, suscitó grandes odios, sobre todo en su pueblo natal. Por un lado los habitantes de la pequeña villa de Pombal oponiéndose á que su cuerpo fuera sepultado en la iglesia; por otro el marqués de Villanueva, ministro de Estado, no permitió que

los restos mortales de su predecesor fuesen trasportados á Lisboa, donde les aguardaba un fastuoso sepulcro, edificado por el mismo Pombal en los tiempos de su grandeza. Así su cuerpo fué simplemente encerrado en una caja cubierta con un paño mortuario y depositada en el convento de franciscanos de Pombal.

Por lo visto Portugal transige con los hechos consumados: testigo la escultura de la plaza de Lisboa, que representa al ministro de José Manuel á los piés de su señor (1), despues de tantos y tan merecidos anatemas. La caja de Pombal estuvo sin recibir tierra cincuenta años, literalmente sin sepultura.

Y aquí viene como de molde recordar un hecho curioso, al cual no hemos de prodigar nuestros elogios, porque es demasiado fácil perdonar á los muertos. Lo que es sublime es la plegaria de Malagrida moribundo por Pombal vencedor.

Hé aquí el hecho: en 1829, cuando la vuelta

(1) Lo cual es una punzante ironía: para que fuese verdad, debería invertirse el orden de las figuras.

oficial de los jesuitas á Portugal, el Padre Delvaux fué el encargado de la reinstalacion, que llevó á cabo con el entusiasta concurso del pueblo y del Gobierno. Salió de Lisboa y empezó su viaje por la diócesis de Coímbra. Pero dejémosle la palabra:

«... Pombal, dice en su carta relacion, es la primera poblacion de la diócesis de Coímbra viniendo de Lisboa. El Obispo habia circulado órdenes á todas las parroquias del tránsito para que nos recibieran en triunfo, y cumplieron estas tan á la letra, que me fué preciso escapar á las demostraciones de cariño para llegar al convento de franciscanos.» (No olvidemos que aquí estaba depositado el cuerpo insepulto de Pombal.) «Allí busqué algo, ¡era una necesidad del corazon! celebré Misa, y no acierto á explicar el gozo que experimentaba ofreciendo la víctima de propiciacion, el Cordero, que ruega en la Cruz por sus verdugos, ofreciéndolo, digo, por el descanso del alma de D. Sebastian Carvalho, marqués de Pombal *(corpore praesente!*

»Cincuenta años hacia que esperaba allí el paso de la Compañía, tornando del destierro, al cual él tan duramente la habia condenado,

y cuya vuelta, por lo demás, habia predicho él mismo.

»Mientras yo cumplia este deber religioso, la fiesta triunfal que se nos obligaba á aceptar, ó más bien á sufrir, resonaba en todo el pueblo y sus alrededores. Todas las campanas repicaban. El Prior-Arcipreste venia procesionalmente á buscar á nuestros Padres para conducirlos á la iglesia, completamente iluminada. Parecia un sueño.....»

Con efecto, y si los restos mortales del ministro hubieran podido hablar.... Repito que á mi juicio era fácil en esta ocasion la grandeza de alma, pero añado que, repasando la historia de esta Compañía, tan proverbialmente vengativa, al decir de cierta literatura que la destroza para venderla hecha cuartos á la voracidad de su clientela, no he tropezado más que con este rasgo bien característico de *la venganza de los jesuitas*.

CHOISEUL, ARANDA, TANUCCI.

SIMPLE OJEADA.

He dado una importancia relativamente considerable al drama de Lisboa, porque *el gran marqués* fué, si no el más temible, el más popular al ménos entre los enemigos políticos de la Compañía de Jesús: lo mismo que Pascal personifica para el comun de los lectores el tipo del enemigo de los Jesuitas en la polémica.

Estoy seguramente muy lejos de comparar á todos los adversarios de Estado de la Compañía con D. Sebastian de Carvalho, el matador de los Padres, y ménos dispuesto aún á honrar á la mayor parte de los libelistas que han calumniado á los Jesuitas, colocando su medianía á la altura del génio de Pascal; pero

y cuya vuelta, por lo demás, habia predicho él mismo.

»Mientras yo cumplia este deber religioso, la fiesta triunfal que se nos obligaba á aceptar, ó más bien á sufrir, resonaba en todo el pueblo y sus alrededores. Todas las campanas repicaban. El Prior-Arcipreste venia procesionalmente á buscar á nuestros Padres para conducirlos á la iglesia, completamente iluminada. Parecia un sueño.....»

Con efecto, y si los restos mortales del ministro hubieran podido hablar.... Repito que á mi juicio era fácil en esta ocasion la grandeza de alma, pero añado que, repasando la historia de esta Compañía, tan proverbialmente vengativa, al decir de cierta literatura que la destroza para venderla hecha cuartos á la voracidad de su clientela, no he tropezado más que con este rasgo bien característico de *la venganza de los jesuitas*.

CHOISEUL, ARANDA, TANUCCI.

SIMPLE OJEADA.

He dado una importancia relativamente considerable al drama de Lisboa, porque *el gran marqués* fué, si no el más temible, el más popular al ménos entre los enemigos políticos de la Compañía de Jesús: lo mismo que Pascal personifica para el comun de los lectores el tipo del enemigo de los Jesuitas en la polémica.

Estoy seguramente muy lejos de comparar á todos los adversarios de Estado de la Compañía con D. Sebastian de Carvalho, el matador de los Padres, y ménos dispuesto aún á honrar á la mayor parte de los libelistas que han calumniado á los Jesuitas, colocando su medianía á la altura del génio de Pascal; pero

es indudable que estos dos hombres tan diferentes, personifican el odio perseguidor implorado y obtenido por San Ignacio á los piés de Jesús cuando fundó su Compañía. Nadie sabría decir cuál de los dos hizo al instituto más mal ó más bien, porque no puede apellidarse mal de una manera absoluta lo que constituye la esencia misma de una obra, y la gracia especial unida á su creacion.

Entretanto, considerando los hechos en conjunto, parece probable que el furioso ataque de Pombal, que abrió la brecha á todos los otros ataques y decidió del éxito visible de la batalla, no pasaba de ser un golpe aislado; y que, como ministro de un Estado pequeño, ignoraba, así la táctica de la gran Liga protestante, enredando en sus pliegues á todos los reyes, como el descabellado plan de los príncipes de la casa de Borbon, reunidos en un pacto de familia, para sacudir imprudentemente lo que ellos llamaban *el yugo de la Iglesia*.

El mal no es imputable á ellos solos: un movimiento casi irresistible los arrastraba. Es preciso fijarse sobre todo en sus consejeros; tan míopes, que no veían más allá de sus na-

rices; en sus córtes, ruidoso enjambre de zánganos; en sus Parlamentos, afectando una falsa gravedad pintiparada al uso jansenista; en sus ministros, todos con sus puntas y ribetes de filósofos, soñando en quiméricos adelantos y cayendo en la realidad de la ruina.

Es digno de notarse lo unánimes que anduvieron aquellos desgraciados reyes en escojer por sus *hombres de confianza*, á ambiciosos sin principios y sin fe. ¡Choiseul, Alba, Aranda, Tanucci, cuatro ejemplares de la misma infidelidad! ¡Y unánimemente estos pretendidos *espíritus fuertes* trabajaron en su propia caída con una actividad, un celo y una pasión verdaderamente dignos de lástima!

¿No cabe decir otro tanto de los mismos protestantes; y salvo algunos que tenían la habilidad y astucia del demonio, no pueden colocarse igualmente en esta tanda de ciegos los filósofos por todos cuatro costados y los que eran más que filósofos, los verdaderos demolidores por condicion y por cálculo, fervientes partidarios de los privilegios, luego que conseguían alguno, por pequeño que fuese? ¿Es por ventura difícil imaginar el miedo de mujercilla que habría sentido Voltaire, si

viera no más que en sueños el nervudo y sangriento brazo de la revolución, su hija?

No; ninguna de esas gentes había comprendido al pueblo. Todos ellos se hallaban entregados á la indolencia satisfecha ó á la inquieta codicia, dando de lado á quien quería sujetarlos, obligarlos, mantenerlos en el camino recto que odiaban, indiferentes á Dios, burlándose de Dios ó aborreciendo á Dios; todos ignorantes, aún los mismos sábios; todos corrompidos por la lepra egoísta de ese siglo, que transigia, riendo con el fin del mundo, porque esperaria á venir el día siguiente de su muerte; todos cantando, silbando, haciendo burla, blasfemando, dudando ó haciendo gala de dudar, para caer en gracia; no respetando nada, ni aún sus madres, y teniendo casi razón: ¡de tal manera la mujer se revolcaba en el cieno, y hasta tal punto el matrimonio, que es la santidad de la mujer, se había prostituido!

No ha existido otro siglo más casquivano ni más olvidado de Dios; parecia como si fuera la hora marcada con el sello de la agonía y de la impenitencia final.

Lamentábame poco há de no tener la com-

petencia necesaria para resolver la cuestión de si los Jesuitas, y antes que ellos la Iglesia, hubieran podido conducirse de otro modo y pelear mejor. ¿Pero qué importa? La mano de la Providencia se deja ver aquí en todos los detalles. Los postreros años de este siglo aparecen como una vejez sin dignidad, cascada por los vicios, enferma hasta inspirar repugnancia, y atacada de improviso por una horrible convulsión. Agítase gritando; despues calla para no moverse jamás: ha muerto.

Ahora, escuchad lo que dicen los profesores, bastante autorizados para compilar diccionarios con destino á la juventud. Ellos dicen que la bestia muerta llamábase *el viejo mundo*. Y al propio tiempo nos muestran no sé qué recién nacido á quien llaman *el mundo nuevo*.

Esto será muy bonito como imagen, pero no os dejéis engañar y tened mucho cuidado con estas frases hinchadas, cuyo fondo cabria en la ahuecada cabeza de un alfiler. Dejad decir á los parlanchines sus discursos sonoros. Estos hacen méros mal de lo que se cree; pues de seguro que sin ellos habria igual número de inteligencias obtusas y de espíritus

enamorados de las cosas vulgares. Nadie ha muerto, nadie ha nacido. Lo mismo el mundo viejo que el joven, son el mundo. Ambos tienen la misma edad, día por día; y esos entierros y bautismos de mundos son para aplacar la sed de los inventores de frases.

Hubo un nacimiento en tiempos de Adán; un bautismo en tiempo de Cristo, y entre los dos un diluvio que no volverá jamás. Sin embargo, el mundo en su vejez ha de sufrir crisis, que ya se van acercando, contra las cuales hay un sólo remedio eficaz; la fé.

Esa es la verdad; nosotros somos muy viejos. La cuestión héla aquí.

La revolución, ¿ha reanimado la fé? ¡Ojalá fuese así, y entonces la revolución podría ser bendecida hasta en sus mayores vergüenzas!

La revolución, ¿ha menguado la fé? ¡Entonces que sea maldita hasta en sus glorias incontestables!

Yo no creo en la decadencia de la fé, porque el progreso de la fé se me impone por la evidencia. Desgraciados y humillados, Dios está entre nosotros, mejor aún que en medio de la prosperidad; se ataca desesperadamente á Dios, pero mejor se le defiende,—pues es

preciso valerse de unas espresiones impropias para esplicar la batalla inmortal de la duda contra la fé y el rudo choque de los dos estandartes, que Ignacio, arrebatado en éxtasis, habia visto en mística llanura. Dios está con nosotros. Salimos de nuestro letargo, despertados por su cólera, tan fecunda como la misericordia misma. Dios nos mueve secretamente; él que alegró un día con la inocencia de los niños la casa desolada por la esterilidad.

Nos hallamos en la estación de la siembra, y el padre de familia está ocupado en esta faena. Como siempre, parte del grano que siembra cae sobre el camino, y es para los pájaros, parte en las piedras, y allí se seca, parte entre espinas que ahogarán el retoño, y parte, en fin, sobre la buena tierra, que compensará todas las pérdidas dando ciento por uno.

Pero hé aquí que á deshora aún en la buena tierra se desliza el enemigo para sembrar traidoramente la zizaña en medio del trigo..... ¡Oh, Dios mío! ¡Cuántas penalidades para criar una espiga!

Si la semilla de la divina palabra se libra por acaso de los buitres voraces, quedan to-

avía nuestros vicios, que se emplean en ella como los pajarillos de los caminos; salvada del calor del medio día, enciéndenla nuestras pasiones. Si pasa á través de las espinas, la aguardan la maleza de los intereses humanos, la codicia, la ambicion, el orgullo: aún corre peligro la buena semilla, porque el enemigo, que jamás duerme, ha venido de noche, sembrando abundantemente la zizaña, planta inútil, ó más bien dañosa, cuyo tallo es derecho como el del trigo, su flor hermosa y brillante, pero que no puede servir para sustento del hombre ni de los brutos: símbolo del error, aparentando una falsa sinceridad, y de la herejía, ocultando su lepra bajo las seductoras formas de la juventud..... ¡Oh Jesús! ¿Cómo ha de madurar el fruto de vuestra palabra?

Madurará, sin embargo: ha madurado á despecho de los pájaros, de la sequía, de las malas yerbas, que son la guerra de la naturaleza; á despecho de la zizaña misma, que es la guerra del hombre infame. Ha madurado y madurará, porque vuestra misericordia, Jesús Salvador nuestro, tiene eternamente á raya, con la virtud, los ímpetus de la naturaleza,

y previene, mediante un sacrificio sobrenatural, los ardides del enemigo, que subleva las cosas naturales contra el Señor del universo.

La débil caña y la espiga que la hace doblarse, tienen un tutor providencial: hasta el fin de los tiempos la educacion protegerá la espiga, la predicacion laboreará el campo y se producirá el trigo sin cesar, mermado, pero siempre bastante.

Desde el día, en que M. el duque Choiseul, asalariado por el diablo, sembró en Francia la zizaña con tal abundancia que ahogó el trigo, haciendo caer al mundo hambriento en una epilepsia, ¿creeis que ha conservado la zizaña el terreno inmenso que traidoramente se le concedió en el campo? No; la zizaña no existe; quiero decir, la zizaña sembrada por Choiseul y consortes; la zizaña jansenista: ha muerto y ha desaparecido por completo esta mala yerba, orgullosa, dominante, ilustre, que á la sazón infestaba la nobleza, el Clero, los Parlamentos, la clase media, el Gobierno; se ha borrado de modo, que en vano la juventud hojea, por encontrar su definicion, los diccionarios hechos para ella. Los aspirantes

á bachilleres se incomodan cuando les juegan la mala partida de preguntarles por semejantes antiguallas. ¿Quién ha tropezado nunca con un jansenista vivo? Por lo demás, bien podrá hallarse en los museos; pero debe valer un Potosí, y solo los coleccionadores, harto dichosos por haber exhumado de la capa terciaria los dientes en leche de un megaterio, podrían procurarse, mediante un cambio, tan rara curiosidad.

Tal fué aquella cosa, que un siglo ha bastado para borrar sus últimas huellas; mentira parece que aquella zizaña de una especie ya perdida, tuviera cierto día un poder funesto, bastante grande para secar los frutos de la inteligencia, y para causar larga y mortal hambre á los corazones. Los jansenistas, rencorosos y ciegos instrumentos del protestantismo, que á su vez seguía con los ojos cerrados un camino desconocido, los jansenistas, enemigos de los protestantes y de los filósofos, resucitaron la coalición de los fariseos y saduceos de que habla el Evangelio, para herir á la Compañía de Jesús, blanco de su envidia implacable.

Ellos rodeaban el trono, ellos llenaban los

Parlamentos, los ministerios eran tambien suyos, y su austeridad no les impedia conocer perfectamente la geografia de la isla de Armidá, donde una hechicera cuádragenaria, la Pompadour, entretenia la precoz decrepitud del rey. Aliáronse esta infeliz mujer, cuyo nombre hemos pronunciado ya demasiadas veces, el primer ministro, los Parlamentos, la Universidad y los jansenistas, entre los cuales se encontraba un hombre virtuoso, Francisco de Fitz-James, Obispo de Soissons, que fué el primero que pidió la supresion de la Compañía, haciendo al mismo tiempo esta declaración, verdaderamente extraña en sus lábios: «Justo es reconocer que no hay en la Iglesia ninguna Orden, cuyos religiosos sean más observantes de su regla, ni más austeros en sus costumbres.»

¡Pascal siquiera los injuriaba!

Pero dejemos hablar un poco á los protestantes, y el primero de todos á Schlosser, profesor de historia en la Universidad de Heidelberg: «Las varias córtes de la casa de Borbon, dice; sin considerar que *iban á poner la instrucción en muy diferentes manos* (de las que hasta entonces habian formado á las genera-

ciones), se reunieron contra los Jesuitas.» (1)

Esta ceguedad de los monarcas saltaba también á la vista de los filósofos, á quienes divertía grandemente. A d' Alembert le arrancó verdaderos gritos de alegría. Schlosser añade, hablando de los jansenistas: «Habian hecho perder á los Jesuitas, por medios equívocos frecuentemente, la estimacion adquirida despues de tantos siglos.» (2)

Y Schoell decia: «Los jansenistas, so color de un gran celo religioso, y los filósofos haciendo ostentacion de sentimientos de filantropía, trabajaban por destruir la autoridad de los Papas... Mas para ello necesitaban aislarla, privándola del apoyo de esta falanje que se habia consagrado á la defensa del trono pontificio.» Estas confesiones contienen toda la verdad del caso. Algunas líneas más adelante añade Schoell: «Empleáronse como armas para combatir á la Orden las imprudencias cometidas por algunos de sus individuos, y la guerra contra los Jesuitas llegó á ser popular, ó mejor dicho, el perseguir á una Orden cuya

(1) Schlosser, tom. I.

(2) *Curso de Historia*, tom. XLIV, pág. 71.

existencia estaba ligada con la religion católica y con el trono, fué un título para llamarse filósofo.»

El estilo es muy alemán, pero las palabras son significativas:

«Las generaciones futuras estaban en sus manos.... Mientras existiesen los Jesuitas, ningun acto hostil á la Santa Sede, y por consiguiente á la religion, podia ser eficaz.... La fé de los Jesuitas era inquebrantable.... Se conspiró contra ellos y se les declaró culpables porque se negaban á tomar parte en las tramas que envolvian á la Santa Sede y á las monarquías.» (1)

Y, cosa verdaderamente extraña, ¡las monarquías se pusieron á la cabeza del complot urdido contra sus más fieles servidores! *Quos vult perdere....* decia ya el poeta, en tiempo de Júpiter. Dios quita el sentido á aquellos á quienes ha condenado su Providencia. Los reyes emprendian lentamente la obra de su suicidio.

En medio de las tristes nuevas de Portugal

(1) Cretineau-Joly. *Historia de la Compañía de Jesús*, V, pág. 180.

que diariamente llegaban á Paris excitando la curiosidad del público, distrayendo el fastidio de la córte, haciendo nacer la emulacion de procesar en el seno de los Parlamentos, é indicando á M. de Choiseul un camino que podia recorrer sin manchar de sangre sus tacones de petimetre, el asunto del Padre de Lavalette, sencillo en un principio, se agravó por peripecias que no tenían ciertamente su origen en la Compañía, pero á las cuales no se aplicaba ningun remedio enérgico. El Padre de Lavalette era ciertamente culpable, si no como hombre, al menos como religioso. Para remediar estas pérdidas que no traian su origen de los azares de una guerra leal, sino de un crimen manifesto contra el derecho de gentes, inscrito en la larga lista de crímenes análogos, que la historia hace pesar sobre Inglaterra, el Padre de Lavalette traspasó primero un poco, despues mucho, los límites puestos por la Regla. Fué un comerciante y hasta un especulador.

Está probado que el Padre Visconti, General de la Compañía, tomó desde el principio, respecto de él, medidas severísimas. En tiempo oportuno salieron los visitadores encargados

de juzgarlo provistos de los más amplos poderes; parecia como si todo hubiera conspirado para cerrarles el paso: la guerra, las tempestades, el cautiverio, la muerte.

Cuando el Padre de la Marche, quinto ó sexto Visitador nombrado, llegó por fin á las Antillas con un salvo-conducto del Gobierno británico, hacia ya siete años que se habia abierto el golfo. El Padre de la Marche, asistido de los principales miembros de la Compañía residentes en la Martinica, dió una sentencia famosa condenando á Lavalette al entredicho, así espiritual como temporal, á lo cual se conformó Lavalette, declarando además que habia obrado por su propia cuenta, sin ninguna autorizacion ni consejos de superiores.

Estas declaraciones las renovó en Lóndres despues de su expulsion de la Compañía, y nunca se retractó de ellas á pesar de los grandes esfuerzos que se hicieron con este fin, cerca de él, durante el curso del proceso.

El hecho mismo de la sentencia dictada por el Padre de la Marche tenia necesariamente que matar el crédito de lo que se ha denominado *Las factorías del Padre Lavalette*, que ya

se encontraban en peligro. Pero las operaciones emprendidas eran considerables, y la clausura de los almacenes, que vino á rebajar notablemente el precio de los valores, y á aumentar en otro tanto el pasivo, produjo un déficit que tomó las proporciones de un desastre.

No se trataba, sin embargo, sino de un caso de dinero, mal que podia ser curado por el dinero mismo. El primer paso que dió el General (y esto era lo más acertado) fué pagar á todos los acreedores indistintamente, aunque la Orden no tenia responsabilidad alguna en el asunto, segun las Constituciones y la jurisprudencia ordinaria; pero algunos abogados franceses le aconsejaron que diera un aplazamiento ó hiciese declarar la quiebra del Padre Lavalette «para tener la accion reivindicatoria contra el Gobierno inglés.»

Con ocasion de esto se dejó ver ya la perfidia de muchos miembros del Parlamento, los cuales, sondeados sobre el particular, dejaron atrás á los ingleses en punto á doblez, aconsejando con gran empeño la adopcion de este último recurso. La trampa se entreabrió silenciosamente.

Madame de Pompadour no chistaba; M. de Choiseul fingia mirar hácia otro lado; la filosofia se ocultaba para reir más á su sabor, y en todo París, ocupado en comentar el decreto virtud del cual se acababa de dar el reemplazo á ciento setenta capitanes, entonaba una cancion mal rimada, que en nombre del rey amenazaba al *capitan Jesús* con quitarle tambien *su Compañia*.

Dormia el rey.

Una mañana cayó en la trampa parlamentaria un imprudente pedazo de pergamino, que habian arrojado en ella de propósito, é inmediatamente se produjo á su alrededor un extraordinario movimiento. Madame de Pompadour, el señor duque, la filosofia, los jansenistas, el Parlamento, la corte y la ciudad estiraron el cuello al mismo tiempo para ver lo que habia caido en el lazo.

No era nada, y sin embargo lo era todo, y el rey fué despertado de allí á poco por el alegre ruido que se hacia al rededor de su trono. ¡LA CAUSA DE LOS JESUITAS ESTABA EN EL PARLAMENTO!

So pretesto de juzgar la causa de Lavalette, el Parlamento, poniendo por obra un plan concertado de autemano, mandó que se uniera al proceso un ejemplar de las Constituciones de la Orden. Hubo un momento en que el rey se despertó del todo, pero volvió á dormirse.

«Madame de Pompadour aspiraba sobre todo á adquirir reputacion de energía, y creia haber encontrado la ocasion oportuna mostrando que sabia dar un golpe de Estado. La misma mezquindad de espíritu influa sobre el duque de Choiseul. Además, á ambos les acomodaba distraer la atencion pública de los sucesos de la guerra» (1).

Esta conjetura de Sismondi, bastante ingeniosa para un ginebrino, es tanto más fundada cuanto que les importaba demasiado hacer olvidar los sucesos de la guerra hecha con bravura sobre el campo por nuestros generales y soldados, pero dirigida desde París con lamentable incapacidad.

No puedo, sin embargo, terminar esta cita

(1) *Historia de los Franceses*, tomo XXIX, página 233.

sin decir lo que Sismondi añade para gloria indivisa de la favorita y del ministro:

«Ellos esperaban (1) hacerse populares halagando á la vez á los filósofos y á los jansenistas, y cubrir los gastos de la guerra confiscando los bienes á una Orden muy rica, en lugar de verse obligados á hacer reformas, etcétera.»

¿Preferis al bueno de Lacrosette? Su texto es el mismo, casi idéntico:

«El duque de Choiseul, dice en su *Historia de Francia durante el siglo XVIII*, y la marquesa de Pompadour, fomentaban el odio contra los Jesuitas. La marquesa, que no habia podido justificar sus pretensiones de energía de carácter, estaba impaciente por mostrar, destruyendo á los Jesuitas, que sabia dar un golpe de Estado. El duque de Choiseul no codiciaba menos el mismo honor. Los bienes de los frailes podian cubrir los gastos de la guerra y hacer innecesario el recurrir á otras reformas... Halagar al mismo tiempo á dos partidos poderosos, el de los filósofos y el de los jansenistas, era un medio excelente de popularidad.»

(1) *Idem*, *ibid.*

Espero que no se me acusará de servir á mis lectores prosa *clerical*.

Ni el calvinista Sismondí, ni Lacrosette, enemigo declarado de los que llamaba *frailes*, para espresar mejor el desprecio que hacía ellos sentía, son muy elocuentes, pero es imposible que dos inteligencias feas ó hermosas concuerden más en las palabras de que se valen. Como eran casi contemporáneos, no sé yo, y tampoco hace al caso, quién de ellos copiaría al otro.

Pero óigase á M. de Choiseul que toma la palabra para dar á ambos un solemne mentís: Luis XVI no quería á M. de Choiseul; en una ocasión por lo menos manifestó de una manera, que puede decirse terrible, esta aversión de hombre de bien y de cristiano, pero no fué á propósito de los Jesuitas. Mucho tiempo despues del proceso de Lavalette y siendo rey Luis XVI, le escribía M. de Choiseul en su *Memoria justificativa*:

«..... Se ha dicho al rey que yo era el autor de la expulsión de los Jesuitas. Pero este asunto debe su origen únicamente á la casualidad; y su terminación á lo sucedido en España..... Agobiado de negocios, al termi-

nar una guerra desgraciada, veía yo con indiferencia *subsistir ó destruir* á una comunidad de frailes.....»

No he citado este texto ministerial tan solo para notar una falta de gramática, sino para demostrar que el señor duque se acordaba despues de caído del refran: «Todo lance desgraciado se puede negar.»

Luego que el Parlamento tuvo entre sus manos *Las Constituciones*, no volvió á ocuparse de los acreedores de Lavalette «á los cuales, dice Cretineau Joly, no se pagó nunca completamente, ni aun despues de la confiscación de los bienes de la Compañía.» Y el mismo autor añade en una nota (1): «La casa de la Martinica y las tierras de la Dominica, que eran bienes de la propiedad de Lavalette, las compraron los ingleses triunfantes por *cuatro millones*.» ¿Por qué el Parlamento no pagó con esta cantidad á los acreedores de Lavalette, cuyos créditos ascendían en junto á la suma de *dos millones y cuatrocientas mil libras*?

(1) *Historia de la Compañía de Jesús*, tomo V, página 204

Pero se trataba de acreedores. Lacrete-  
lle y Sismondi nos lo han dicho. Todo ello  
era un pretexto; era preciso contentar á los  
filósofos aplastando un poco al infame, com-  
placer á los jansenistas de Atenas, dester-  
rando á Aristides, y «pagar los gastos de la  
guerra.»

El rey despegó los labios para decir que ya  
era demasiado tarde, y defirió el caso á su  
consejo. El consejo del rey dió un fallo favo-  
rable á los Jesuitas, y los Obispos de Francia,  
reunidos á petición suya, respondieron uná-  
nimemente (con excepcion de seis jansenistas)  
con un elogio magnífico del Instituto.

Pero el rey no podia permanecer largo tiem-  
po despierto; y luego que hubo cerrado los  
ojos, madame de Pompadour hizo una señal á  
M. de Choiseul, quien la trasmitió al Parla-  
mento, y el 1.º de Abril de 1762, fueron cer-  
rados todos los colegios de Jesuitas.

Hé aqui con qué placer refiere D'Alembert  
este suceso:

«A fines de Marzo se recibió la triste nueva  
de la toma de aquella colonia (de la Martini-  
ca).... Se imaginó, como diversion, ofrecer á  
los franceses otro motivo de entretenimiento,

como en otro tiempo habia imaginado Alci-  
biades cortar la cola á su perro... etc., etc. (1) »  
Su alegría le hacia ser profeta, y exclamar á  
renglon seguido: «¡Todo lo veo color de rosal  
Veo morir bellamente á los jansenistas el año  
que viene, despues de haber hecho perecer de  
muerte violenta á los Jesuitas en el mismo  
año.....» Los jansenistas han muerto, en efec-  
to; mas para no volverse á levantar, y los Je-  
suitas viven todavía.

Sin embargo, aún no se habia pronunciado  
la última palabra. El Clero de Francia dejó oír  
su voz hasta el pié del trono. «..... Señor, la  
Religion os recomienda á sus defensores, la  
Iglesia á sus ministros, las almas cristianas á  
los depositarios de los secretos de sus con-  
ciencias, muchísimos de vuestros súbditos á  
los respetables maestros que los han educado,  
toda la juventud de vuestro reino á los que  
forman sus inteligencias y sus corazones.....»  
Este último miembro de la frase, tocaba al  
nudo mismo de la cuestion, y el Arzobispo de  
Narbona, encargado de presentar al rey el

(1) D'Alembert. *Destruccion de los Jesuitas*,  
página 168.

*voto del Clero*, demostró toda su importancia. El Delfín, cuya inteligencia era tan recta como grande su corazón, no perdonaba nada, por su parte, para hacer comprender al rey el peligro, el terrible peligro que ofrecía el entregar á la casualidad la educación de la juventud en tiempos tan calamitosos. Hay que declarar que ya en aquel tiempo este peligro era patente á los ojos de todos; solo que mientras era motivo de temor para los amigos del trono, exaltaba las esperanzas de los que conspiraban, á sabiendas, y de los imbéciles, más numerosos todavía, cuya curiosidad viajaba con la venda en los ojos, en busca de los abismos en donde la civilización iba á despeñarse.

La revolución no tenía nombre todavía; pero todo el mundo la sentía llegar y comprendía también que al atacar á los Jesuitas se hacía saltar el más sólido de los últimos obstáculos, atravesados en la pendiente por donde se deslizaba el mundo. Expulsar á los Jesuitas, era entregar la juventud en masa al caos de aspiraciones, de dudas, de mentiras, de ignorancias nocivas, de ciencias indisciplinadas, de ambiciones, de traiciones, de egoismos y

de impiedades amalgamadas en lo que se llamaba *las nuevas ideas*, con la obstinación de las castas, las preocupaciones de las sectas y la pasión de los privilegiados, peculiar á ciertas corporaciones, como los Parlamentos y las universidades.

Día llegará en que la historia, escrita á conciencia y descartada de la broza declamatoria que la hincha y la oscurece, pondrá de manifiesto á los ojos de todos este axioma; que la revolución no fué en su principio sino una fiebre de castas, una conspiración de las sectas, y una rebelión de las clases privilegiadas, y que el pueblo no la miró con afición, porque con su buen instinto, no viciado todavía, no vió en ella otra cosa sino los intereses de las castas, de las sectas y de los privilegiados, disfrazados por la garrulería de los sofistas.

No era menester la revolución para que el progreso se realizase en la proporción posible, según permisión divina. Cuando traspasa estos límites el progreso, es una mentira y una ironía, como lo demuestran claramente los periódicos y constantes retrocesos de la revolución, que dura siempre y acaso no concluirá jamás. Casi todos los que viven mucho se

convencen de que los revolucionarios de talento no creen en la revolución.

Habríamos adelantado mucho más en este camino inseguro á que se da el nombre de progreso, señalado ya que no por otra cosa, por espléndidas etapas desde el punto de las conquistas materiales y las ciencias puramente físicas, si los revolucionarios no se tomaran de vez en cuando el trabajo de asesinar á Luis XVI, ó de representar cualquier otra terrible tragedia para producir la indispensable reacción, vociferando que son el mal idiota, el mal feroz, el mal incurablemente ciego, y que es menester guardarse de ellos.

Hay un síntoma terrible para estas gentes, todavía más terrible que la historia de sus abortos políticos, y que pasará durante mucho tiempo á las generaciones venideras. ¿Qué han descubierto en filosofía fuera de la negación de Dios? Voltaire creía en Dios. Lo ha dicho repetidas veces en su brillante prosa y en sus malísimos versos. Causa lástima ver entre ellos á Voltaire y aun á Diderot, que era también, á ratos, hombre de ingenio. Ambos eran muy franceses por razón del ingenio, aunque sus corazones se habían hecho súbdi-

tos de Prusia. Voltaire, muy particularmente, incurrió en el yerro de despreciar y detestar al pueblo francés, pues aunque hombre de talento, y quizá por esto mismo, era la verdadera antítesis del gran señor. Bajo el manto casi régio con que cubrió sus hombros, la popularidad, fácil de explicar, de que gozó entre sus contemporáneos, se descubría implacablemente al advenedizo.

Y por más que sea burlesco el decirlo, la razón porque el *infame* le incomodaba tanto era esta: Voltaire, levantado sobre su trono de teatro, codiciaba néciamente un verdadero altar, y le ofuscaba ver que, en su opinión, Dios tenía demasiado sitio. Voltaire, al dar muerte á Dios, esperaba heredarlo.

Otros, despues de Voltaire, y con menos excusa, han tenido también este lúgubre y cómico capricho, que nos muestra hasta dónde puede llegar la imbecilidad del género.

Pero ¿qué han encontrado todos ellos, incluso Voltaire, nutridos con la elocuencia de sus ódios? ¿Qué han colocado en el lugar de Dios, objeto de sus blasfemias? El vapor es magnífico, el telégrafo eléctrico deslumbra como un verdadero prodigio; hay algo de en-

cantamiento en la caja oscura donde la luz trabaja para producir las fotografías.....

Pero en todo esto se ve á Dios.

¿Dónde está la invencion verdaderamente humana? Vuelvo á repetirlo: ¿dónde está la noción filosófica encontrada por los revolucionarios?

¡Nada! En este punto son verdaderamente menos ricos que la más indigente de las heregias, cuyos repugnantes cadáveres se pudren en la fosa á lo largo del gran camino del Catolicismo. Ha habido heregias que han durado siglos; las hay que duran todavía para desdicha del mundo; pero ellos, los devotos de la materia, los *sistematizadores* del bienestar matemático, los buscadores del binomio que ha de reemplazar á Dios en su Iglesia vacía y la libertad en su república esclava, ¡nada! ¡nada!

¡Nada! Los que viven desde hace cincuenta años han visto desfilas por millares las utopias, horrosas unas veces y ridiculas otras, de estos sectarios; las han visto exhibirse sin vergüenza en toda la obscenidad de su estupidez, anunciarse á voz en grito, ponerse carteles, agitar sus banderas, pintarrajar sus

barracas como las de los charlatanes en la feria, y desaparecer sumergidas en las olas de una nueva estupidez que venia á sucederles.

¿Qué hay en el fondo de todo esto? Un comercio. El comercio de las gentes que no queriendo creer en el desinterés del verdadero apostolado, se convierten en apóstoles de todo linaje de engaños para ganar reputación, influencia ó dinero; el comercio de Voltaire, y tambien el comercio de las clases, de las sectas, de los privilegios; el comercio ¡ay! de la corte de Francia en el siglo XVIII, de los protestantes, de los jansenitas y de los Parla-mentos.

¿Ha de decirse por esto que para combatir semejante invasion del charlatanismo de la clase media, que apenas acababa de nacer y se mostraba ya tan pujante, no se podian emplear otros esfuerzos que los de la Compañía de Jesús? No es esta, ciertamente, nuestra opinion. La Compañía de Jesús no es más que un batallon de la gran milicia de la Iglesia; y la Iglesia conserva toda su virtud providencial, sin necesidad de la Compañía de Jesús, sin necesidad de todo lo que no es la Iglesia misma: mas pues hemos hablado de ejército á

propósito de la Iglesia, es preciso contar con el elemento de todo ejército: con el soldado.

Podía haber ciertamente en el ejército de la Iglesia tan buenos soldados como los Compañeros de Jesús, pero no los había mejores, y su fuerza estaba centuplicada por esa maravillosa disciplina, á la cual han rendido párias unánimemente todos sus adversarios. A causa de esta disciplina, que los agrupaba como un solo haz en el centro de la Iglesia, eran como el corazón de la Iglesia misma, y por esto, unidos y apretados también en estrecha falange los enemigos de la Iglesia, se lanzaron haciendo un supremo esfuerzo sobre este corazón. Cuando la Iglesia no murió de este ataque, fué porque es inmortal.

No solo no murió la Iglesia á consecuencia de él, pero ni aún siquiera se conmovió; mas todo lo que no era de la Iglesia y vivía de la Iglesia, sin saberlo y aún negándolo, los tronos, las castas, los Parlamentos, todo..... todo se tambaleó, languideció y cayó.

El castigo más severo que se puede imponer,

no solo á la memoria de Choiseul, cuya parcialidad pesó como una losa de plomo sobre la conciencia del Parlamento, sino al Parlamento mismo, es la publicacion íntegra de la sentencia de expulsion de los Jesuitas, y de sus considerandos. El genio cómico de Molière no hubiera inventado jamás tan grande y ridícula aglomeracion de calificativos, como la que contiene este monumento de inaudita mala fé, de ignorancia y de impotencia.

El Parlamento era una corporacion ilustrada, y cuando empleamos al hablar de ella la palabra ignorancia, no lo hacemos por no saber ó no reconocer que contenía en su seno á los jurisconsultos más *fuertes en derecho* que había en Francia y quizá en Europa; pero además de estar viciado el equilibrio de sus votos por crecido número de jóvenes cortesanos, hechura, según era público, de la Pompadour, cuya pestilente influencia se dejaba sentir en todas partes, es lo cierto que la teología metida por sorpresa y á empujones en el santuario semi-pagano de Temis, causó en él las mayores perturbaciones y dió al punto lugar á la más estúpida de todas las pedanterías. Estos arlequines, almas condenadas de Antoi-

nette Poisson, disfrazados de Padres de Concilio, no ofrecerian á la imaginacion otra idea que la de un Carnaval, si no hubiesen sido tan funestas las consecuencias de la mascarada.

El 6 de Agosto de 1762, el Parlamento, juzgando esta gran causa en una sola sesion y sin cuidarse nada ó casi nada del fondo del proceso, dictó una sentencia, cuya extension basta para darle el carácter de un libelo arreglado de antemano, en la cual declara «que la llamada Compañia de Jesús es inadmisibile en todo Estado culto como contraria al derecho natural, atentatoria á toda autoridad espiritual y temporal, y que tiende á introducirse en la Iglesia y en los Estados, bajo el especioso velo de un instituto religioso, no una Orden que aspira verdadera y únicamente á la perfeccion evangélica, sino un cuerpo político (1), cuya esencia consiste en trabajar

(1) Se habia puesto al principio la palabra *secreto*, y el presidente Rolland, el mismo que fué desbaliado más tarde por la truhanería jansenista, (la famosa *cája de Perrette*), habia comparado á los Jesuitas con los francmasones, los cuales daban que decir desde el atentado de Damiens.

incesantemente para alcanzar por cualquier medio que sea, directo é indirecto, público ó secreto, una absoluta independendencia, en primer término; y llegar despues á usurpar toda autoridad.»

Todo lo cual era, si no vago, enfático y contrario al sentido comun, pues esta Orden, calificada de «atentatoria á toda autoridad espiritual,» era defendida á un mismo tiempo por la Santa Sede, por el Consejo apostólico en pleno, y por todo el Clero de Francia con los Obispos á su cabeza.

Lo que sigue es más curioso todavía, pues expresa los crímenes de los cuales se acusa á los Jesuitas. «La simonía, la blasfemia, el sacrilegio, la magia y el maleficio, la astrología, toda suerte de irreligion, la idolatría y la supersticion, la deshonestidad..... el robo, el paricidio, el homicidio, el suicidio y el regicidio.»

»Y estos crímenes, se añadía, no solo los cometen, sino que los defienden en principio como licitos, *con la aprobacion de sus superiores y generales.*»

¿Qué se habia hecho del Bearnés, que tan bien sabia burlarse de la hipocresía de los Parlamentos? Si hubiese ocupado entonces el

trono de Francia, no diré un Enrique IV, ni la mitad, ni la cuarta parte, sino la décima, la centésima parte siquiera de un rey.... ¡Pero desgraciadamente lo ocupaba Luis XV, entre la Pompadour y Choiseul!

Costó trabajo á los judíos, dice el Evangelio, reunir testigos falsos que declararan contra Nuestro Señor. El Parlamento de París no pudo hallar tampoco, al parecer, sino grandes dificultades en las fuentes de su inaudita sentencia, pues el mismo presidente Rolland, de quien hablamos poco há, cuando persiguió en justicia á los jansenistas por haber escamoteado en sus austeros bolsillos la herencia de su tío Rouillé des Filletieres, se quejó amargamente: *de haber gastado más de sesenta mil libras de su bolsillo en el asunto de los Jesuitas*, y añadió candorosamente: «¡Ciertamente que los trabajos que he prestado respecto de los Jesuitas, los cuales no habrían sido *extinguídos* (suave palabral) si yo no hubiese consagrado á esta tarea mi tiempo y mi dinero, no debían haberme procurado la desheredación de mi tío!»

¡El desdichado presidente tenía sus razones para llorar la ingratitud de los jansenis-

tas; la caja de Perrette no se había mostrado muy amable con él!

¡Vergonzosa y lamentable comedia la que representó el Parlamento de los d'Aguesseau, de los Lamoignon y de los Molé! ¡Siquiera Pombal adoptó por sí mismo la sentencia y no deshonró á la justicia de su país!

Pero prosigamos con los considerandos de la sentencia de Choiseul; es preciso leerlos para creer que hayan podido escribirse: «Sus doctrinas han sido siempre favorables al cisma griego, y contrarias al dogma del Espíritu Santo; han favorecido al arrianismo, al socinianismo, al sabelianismo y al nestorianismo; han atacado la creencia en algunos dogmas relativos á la gerarquía y á los ritos del sacrificio y del sacramento; han echado por tierra la autoridad de la Iglesia y de la Sede Apostólica; han favorecido á los luteranos (1), á los calvinistas y á otros novadores del siglo XVI; han reproducido la herejía de Wiclef; han renovado los errores de Tichonio, de Pelagio, de los semi-pelagianos, de Casiano, de Fausto, de los

(1) ¿Quién lo hubiese creído?

Marselleses; han añadido la blasfemia á la herejía; sus doctrinas son injuriosas á los Santos Padres, á los Apóstoles, á Abraham, á los Profetas, á San Juan Bautista y á los Angeles; ultrajan y blasfeman de la Bienaventurada Virgen María; quebrantan los fundamentos de la fé cristiana; tienden á destruir la divinidad de Jesucristo, y atacan el misterio de la Redencion; han favorecido la impiedad de los deistas; están inficionadas del epicureismo; han enseñado á los hombres á vivir como bestias, y á los cristianos á vivir como paganos; han ofendido los oídos castos, alimentando la concupiscencia é induciendo á la tentacion y á los más grandes pecados; han eludido la ley divina por medio de ventas falsas, de sociedades simuladas y de otros artificios y fraudes de este género; han paliado la usura; han inducido á los fieles á la prevaricacion; son á propósito para fomentar artificios diabólicos; han turbado la paz de las familias; han añadido el arte de engañar á la iniquidad del robo; han destruido la fidelidad de los criados; han abierto el camino á la violacion de todas las leyes, así civiles como eclesiásticas ó apostólicas; son injuriosas para

con los soberanos y los Gobiernos, y hacen depender de vanos sistemas y razonamientos la vida de los hombres y la regla de las costumbres; han escusado la venganza y el homicidio; han aprobado la crueldad y las venganzas personales; son contrarias al segundo mandamiento de la caridad, y han ahogado hasta en los padres y los hijos todo sentimiento de humanidad; son execrables, contrarias al amor filial; han abierto el camino á la avaricia y á la crueldad; son á propósito para dar lugar á homicidios y parricidios inauditos; abiertamente opuestas al Decálogo; fomentan los asesinatos; amenazan á los magistrados y á la sociedad humana con una perdicion cierta; son contrarias á las máximas del Evangelio, á los ejemplos de Jesucristo, á la doctrina de los Apóstoles, á las opiniones de los Santos Padres, á las decisiones de la Iglesia, á la seguridad de la vida y del honor de los príncipes, de sus ministros y de sus magistrados, á la paz de las familias, al buen orden de la sociedad civil; son sediciosas, contrarias al derecho natural, al derecho divino, al derecho positivo y al derecho de gentes; franquean el camino al fanatismo y á carnicerías

horribles; son perturbadoras de la sociedad humana; crean un peligro permanente para la vida de los reyes, doctrinas cuyo veneno es tan peligroso como lo acreditan sobradamente sus sacrílegos efectos, que no se han podido ver sin horror.» ¡Uf!!

Nunca, seguramente, han amontonado tal cúmulo de lastimosas burlas los periódicos enemigos de los Jesuitas; nada hay comparable con esta sentencia extraordinariamente absurda, á no ser su infamia.

Pero hubo algo más infame que la sentencia misma: fué el inútil rigor con que se llevó á cabo su ejecucion. El rey se entristeció y se conmovió tanto como podía. El Delfin entrevió las siniestras perspectivas del porvenir, y murió poco tiempo despues. Las acusaciones formuladas por la conciencia pública contra M. de Choiseul por lo que se refiere á esta muerte, no fueron probadas; pero Horacio Walpole escribia (Octubre de 1765): «Pocos dias de vida quedan, seguramente, al Delfin. *Los filósofos baten palmas de alegría.*»

Lacretelle, al contrario, hace constar el luto inmenso de París. Los filósofos y el pueblo

sabian con qué ardor trabajaba el Delfin por el restablecimiento de los Jesuitas, quienes eran populares en toda la extension de la palabra, y tenian además en su favor á la reina, á Estanislao de Polonia y al mismo rey, si con él se contaba para algo. El rey habia escrito á M. de Choiseul: «Todos los herejes los han de testado siempre.» Choiseul sabia bastante bien la historia moderna para ignorarlo, y ciertamente no era esta una razon para que los quisiese bien.

Escuchemos una gran voz; Lamennais, hablando á medio siglo de distancia (1820): «Lo sabian,» exclama; (la abnegacion de la Orden en bien de la Religion y de la humanidad) «lo sabian, los que la han destruido, y esto era en ellos una razon para destruirla, como lo es para nosotros de pagarle, al ménos, el tributo de gratitud que se merece por tantos beneficios.»

¡Ah! ¿quién podría contarlos todos? Por largo tiempo se notará el vacío inmenso que dejaron en la Cristiandad estos hombres, ávidos de sacrificios, como los demás lo son de goces, y se trabajará largo tiempo en llenar su vacío. ¿Quién los ha reemplazado en nues-

tras cátedras? ¿Quién los reemplazará en nuestros colegios? ¿Quién se ofrecerá en su lugar para llevar la fé y la civilizacion, con el amor del nombre francés, á los bosques de América ó á los vastos continentes de Asia, tantas veces regados con su sangre? Se les acusa de ambicion: sin duda la tenian; y ¿qué cuerpo no la tiene? Su ambicion era hacer el bien, todo el bien que estaba en sus facultades; y ¿quién no sabe que frecuentemente esto es lo que los hombres perdonan ménos? Querian dominar en todas partes: y ¿dónde dominaban, si no es en las regiones del Nuevo-Mundo, en que por primera y última vez viéronse realizadas bajo su influencia esas ilusiones de ventura que solo se perdonan á la imaginacion de los poetas? Eran peligrosos á los soberanos: ¿está bien esta acusacion en lábios de la filosofia? Sea lo que quiera; abro la historia, veo allí acusaciones, busco las pruebas, y no encuentro sino una sorprendente justificacion.

Esta página, sacada de las *Reflexiones sobre el estado de la Iglesia de Francia en el siglo XVIII*, precedió muy poco al restablecimiento de los Jesuitas, que tuvo lugar de he-

cho, pero sin haber sido sancionado por el Gobierno tan cristiano de los Borbones. Bajo la restauracion, la sombra de Choiseul rondaba todavia por los corredores de los ministerios.

De esta suerte, las puertas de la Administracion se encontraron entreabiertas en la hora oportuna para dar paso al motin de la clase media, conocido con el nombre de la revolucion de 1830....

Pero volvamos á fines del siglo XVIII, y dejemos á Francia para ir á España, donde nos seguirá hasta más allá de los Pirineos la sombra de Choiseul. Nada habia podido saciar la sed de ódio que consumia el corazon de este hombre, y Sismondi, despues de admirarse de la rapidez con que la persecucion se estendia de uno á otro país, lo explica de esta suerte: «Choiseul (1) consideraba esta persecucion como negocio personal. Procuraba, sobre todo, hacerlos expulsar de todos los Estados

(1) *Historia de los franceses*, tomo XXIX, página 369.

de la casa de Borbon....» La razon era que Choiseul odiaba á los Borbones tanto como á los Jesuitas. Minaba y socavaba el trono lo mismo que el altar. Sus dientes de roedor pudieron morder la madera dorada del trono, pero se rompieron contra la piedra del altar. El trono habia menester de los Jesuitas, es decir, de la educacion; por esto bastó que fuera envenenada la generacion que siguió á la expulsion de los Jesuitas para que el trono cayera por tierra.

El altar, que no necesitaba de nadie, permaneció de pié, levantándose milagrosamente en medio de las ruinas.

Choiseul, causa principal de las humillaciones de Francia, resúmen tÍbio y almibarado de todos los furores anticatólicos, es decir, antinacionales; Choiseul, más dañino y más culpable que el mismo Voltaire, porque era más responsable y al mismo tiempo más interesado; Choiseul, por más que hizo, *non prevaluit*: sus tareas dieron lugar á un desastre imprevisto, que lo aterrorizó en su última hora; pero en su última hora vió al altar y á la lámpara del altar elevarse hasta las nubes, dominar el desastre y glorificar á Dios más

de cerca con el incienso que brotaba de la muerte de los mártires. *Non prevaluit*: no habia hecho nada. *Non prevalebunt*: ¡no harán nada! ¡Nada es poderoso contra la Iglesia, que es la piedra de Jesucristo!

En la singular Memoria que M. de Choiseul, inquieto, pero no arrepentido, dirigió en el reinado siguiente á Luis XVI, de la cual hemos citado ya algunas líneas, acusa «á lo sucedido en España de haber sido la única causa de la caída de la Compañía en Francia.» Fuera de que las fechas dan un mentís vergonzoso á esta justificacion pueril y poco digna de un hombre de Estado, notable cuando menos por los escombros que habia amontonado en su camino y las grandes heridas que habia hecho á su patria (1), el dicho de M. de

(1) La historia de este ministro, tal como la cuentan los diccionarios destinados á la juventud, es un modelo en su género, se ve en ella á un hombre bien educado (lo cual es cierto), dotado de talento (y es verdad), *aficionado á las letras* (escribió muchas al extranjero), administrador hábil (á la manera del famoso intendente que vendió el castillo); y la juventud tiene que creer, segun el diccionario, que este gentil-hombre expulsó á los Jesuitas por haber hecho la fortuna colonial de Inglaterra,

Choiseul está suficientemente refutado por los hechos. No solamente no sirvió de norma lo «sucedido en España» á la conducta del ministro francés, pero está demostrado que el ministro francés fué, si no el autor, al menos el instigador de lo sucedido en España.

Carlos III no se parecía nada, en efecto, ni á José Manuel, ni á Luis XV; era un hombre, era un rey, y hasta un cristiano; recordamos que, lejos de ser enemigo sistemático de los Jesuitas, hizo quemar ignominiosamente los primeros libelos de Pombal contra la Compañía. Para empujar á este príncipe hasta los excesos de la más furiosa persecucion contra los Jesuitas, era necesaria una intriga, hábilmente preparada; para la intriga, era necesario un personaje, que los amantes de nuestro teatro popular llaman *el traidor*, y que es

por haber servido á Austria sin perjudicar á Prusia, engordado á la Pompadour, hecho traicion al Canadá, perdido á la India, cedido la Luisiana, arruinado á Francia, etc., es decir, por haber hecho todo lo que hizo Choiseul; tan hipócritamente, como suelen hacerlo todo, con las manos metidas en las mangas de sus sotanas. Este es el arte de mentir con moderación y sin vergüenza, con aprobación y privilegio del rey..... de Prusia.

la personificación del mal *dotado de talento*, como el Mefistófeles de Goethe.

Este traidor existió.

Los hechos históricos revisten aquí un color tal, que no pueden ser explicados con garantía de imparcialidad sino por las plumas no católicas. La menor frase, tomada de un escritor amigo de la Religión, sería sospechosa. Que este relato, pues, sea escrito del principio hasta el fin con tinta protestante.

Hubo en Madrid en 1766, más de treinta años despues *del suceso* de Francia que habia dado el golpe á los *llamados antes* los Jesuitas, como decía el Parlamento, empleando ya el lenguaje del 93, hubo en Madrid, decimos, un motin bastante ruidoso, llamado *de los sombreros*, cuyo motivo frívolo y aparente importa poco aquí, pero que tenia ocultos sus orígenes en Lisboa y en Paris. La autoridad real fué un instante desconocida, y Carlos III se vió obligado á retirarse á Aranjuez, protegido con trabajo por sus guardias walonas.

El motin que no habian conseguido apaciguar los regimientos de Flándes, ni la Guardia, fué sofocado por los Jesuitas, todavía más populares en España que en Francia, y ro-

deados del favor y prestigio público, la cosa no salió bien, pues por desgracia, la multitud los acompañó en triunfo hasta sus casas, gritando: ¡Vivan los Padres!

Cárlos III tenía muy bellas cualidades, pero era celoso y altivo como un castellano. Él había huido, los Padres habían dominado al pueblo que acababa de ponerlo en fuga. En el momento de su mayor cólera, le llegó de París una voz que decía: «A los Jesuitas les ha costado tan poco calmar el motin, porque eran *los que lo habían excitado.*»

Por entonces, M. de Choiseul había ganado desde hacia algun tiempo el favor de Cárlos III, concediendo á sus embajadores la preferencia sobre los embajadores de Francia. Lo que era de Francia no le costaba nada á M. de Choiseul, tan pródigo de nuestro honor como de nuestra Hacienda.

Despues del asunto de los sombreros, un ministerio, amigo de M. de Choiseul (y sobre todo de la enciclopedia) fué constituido en Aranjuez mismo. El jefe de este Gabinete era un diplomático muy distinguido, un tal Abarca de Bolea, conde de Aranda, á quien el luterano

Schoell presenta como desvanecido por las alabanzas que París, incrédulo, le prodigaba. Su colega, el duque de Alba, era un verdadero veterano de la filosofia y poco escrupuloso sobre la eleccion de los medios, cuando se trataba de herir al *infame*, pues un segundo protestante, Cristóbal de Murr, nos lo presenta (1) fabricando cartas falsas, que atribuía á los Jesuitas.

Empezando por Pombal, todos los perseguidores de la Compañía estaban adornados de cualidades morales parecidas, y esto es lo que nos importa hacer constar *heréticamente*. Según Cristóbal de Murr, el duque de Alba, arrepentido, declaró á Cárlos III por escrito las falsedades cometidas por él en el asunto de los Jesuitas. Además, declaró delante del Obispo de Salamanca, gran inquisidor, *que habia fomentado el motin de los sombreros con el objeto de imputárselo á los Jesuitas.*

Estamos aquí, como veis, en un mundo asqueroso hasta no poder más, aunque estos filósofos españoles, lejos de ser de la clase

(1) Tomo IX del Periódico, p. 222.

media como los nuestros, tuviesen ejecutorias que vender.

Pero era necesaria otra cosa más que el motín de Madrid para destruir la simpatía que ligaba al ferviente católico Carlos III con la Compañía de Jesús. Un tercer protestante, el historiador inglés Coxe, nos arroja de repente en una romancesca maniobra, tomada de muy lejos, y que pone en escena á M. de Choiseul: «Desde 1764, el ministerio francés (1) se propuso destruir tambien los Jesuitas en los demás países, sobre todo en España..... Choiseul les atribuía todas las faltas que podían acarrear la desgracia de la Orden. No tuvo el menor escrúpulo en hacer circular cartas apócrifas bajo el nombre de su general y de otros superiores, y en exparcir odiosas calumnias contra algunos individuos de la sociedad.»

Estas calumnias se dirigian en realidad contra el rey y contra Isabel de Farnesio, su madre, mujer de Felipe V. Esto nos recuerda la carta fabricada y firmada con el nombre de

(1) *España bajo los reyes de la casa de Borbon*, tomo V, p. 4.

Ricci, general de la Compañía, por el duque de Alba. La intriga, como se vé, estaba fuertemente anudada, y Coxe, trocando las responsabilidades, atribuye á M. de Choiseul la acusacion de ilegitimidad lanzada contra Carlos III por la supuesta correspondencia del Padre Ricci.

No creo que la falsa procedencia de estas cartas haya sido negada por un solo historiador, amigo ó enemigo de la Compañía. Solamente algun protestante le atribuye la falsedad al duque de Alba; otro al ministro francés. Este proceso no vale la pena de ser juzgado.

Coxe habla de otra carta falsa del Padre general: «Se inventó (1) una carta, que se suponía haber sido escrita de Roma al Provincial de España. Aquella carta le ordenaba excitar insurrecciones, y habia sido enviada de suerte que pudiera interceptarse: se hablaba en ella de riquezas inmensas y de propiedades de la Orden; este era un cebo para obtener su abolicion..... Pero la causa principal de su expulsion (de los Jesuitas) fué el éxito de los medios empleados para hacer creer al rey que

(1) *Ibid*, p. 9.

el motin de Madrid habia tenido lugar por sus intrigas, y que aún fomentaban otras maquinaciones contra su familia y su persona.... Carlos, de celoso protector que era, se convirtió para ellos en un implacable enemigo.... se apresuró á seguir al Gobierno francés, y arrojó de sus Estados á una sociedad tan peligrosa.»

De esta suerte, avergonzado de haber huido, avergonzado de haber sido socorrido, avergonzado de su nacimiento, tachado de ilegítimo, el orgulloso hijo de Felipe V estaba por todas partes agujijoneado como un toro; los picadores de París y de Madrid le azuzaban, y sabian desempeñar semejante tarea. No era necesario que las cartas apócrifas hubieran excitado sus temores; bastaban las heridas de su vanidad.

Un cuarto protestante, Ranke, añade sin embargo: «Se persuadió á Carlos III que los Jesuitas querian reemplazarle en el trono por su hermano D. Luis,» como los Jesuitas querian poner á D. Pedro en lugar de José en Portugal: cuando una perfidia es buena ¿para qué cambiarla?

Un quinto protestante, Sismondi, va más

lejos. «Ruidos de complots (1), calumniosas acusaciones, cartas apócrifas, destinadas á ser interceptadas, como en efecto lo fueron, acabaron de decidir al rey.»

Un sexto, por fin, el inglés Adam, aunque un poco temeroso de herir las conveniencias (inglesas), cree posible poner en duda (2) los crímenes y malas intenciones atribuidas á los Jesuitas, y declara «más natural creer que un partido enemigo, no solamente de su establecimiento, sino tambien de la Religión cristiana en general, suscitó una ruina, á la cual se prestaron los Gobiernos con tanta mejor voluntad, cuanto que elló favorecia sus intereses.»

Atengámonos á esta media docena de testigos protestantes, aunque tambien hay otros.

Pombal, con la audacia que le era propia, habia tomado la justicia por su mano, nombrándose magistrado; Choiseul, mejor cómico, se habia escondido entre los bastidores para dirigir la farsa de sus Parlamentos en los teatros judiciales de París y de provincias. El conde de Aranda no usó de tantos rodeos.

(1) *Historia de los Franceses*, t. XXIX, p. 370.

(2) *Historia de España*, t. IV, p. 271.

Algunas líneas con la firma *Yo, el rey*, bastaron para el caso.

Con esta letra de cambio arrancada al error de un príncipe, á quien sofocaba la fiebre de venganza, el ministro español puso manos á la obra, y sobrepujo en crueldad á grandes y pequeños, y hasta al mismo M. de Choiseul. Hubo emulacion manifiesta. El hidalgo queria rivalizar con el gentil-hombre y hacer ver á los señores de la *Enciclopedia* que el país del mismo Ignacio de Loyola, tratado químicamente por las *ideas generosas*, podia llegar á los mismos excesos que la patria de San Vicente de Paul, medicinada por la filantropía.

Y el conde de Aranda no habia presumido bastante de sus méritos. En esta campaña de persecucion contra religiosos desarmados, quienes, lejos de defenderse, rogaban ardentemente por sus verdugos (1), desplegó el valor del Cid. Dejando á un lado el tormento, el potro y la hoguera, reservados al ingenio de Pombal, el ministro español llevó su filosofía hasta los límites de la arbitrariedad más repugnante, y arrojó en un solo dia seis mil

(1) ¡Jesuitas!!!

Sacerdotes en la cala de buques, inutilizados los más, y que hacian agua por todas partes. Hubo algunos que fué preciso descargar, porque amenazaban hundirse aún antes de hacerse á la vela.

Lo mismo que en Portugal y en Francia, se hicieron promesas muy halagüeñas á los miembros de la Compañía que quisiesen abjurar de sus votos. No es necesario añadir que estas promesas fueron inútiles. Apenas en la Península y en las colonias, entre más de seis mil religiosos, hubo algunas deserciones, cuyo pequenísimó número sorprende á los escritores protestantes que hemos citado.

No hablaremos ni de la paciencia de las víctimas, ni de la gratuita dureza de los atormentadores. ¿Para qué? Los unos y los otros obraban segun su condicion; pero debemos decir, que la pensión señalada á los Jesuitas españoles por España que confiscaba el inmenso caudal de los pobres, fué algo menos ridícula que la limosna arrojada á los Jesuitas de Francia por los Parlamentos-Choiseul. Cada Padre español recibió 100 pesetas por año, en vez de los 20, 18 y 12 sueldos diarios que se daban á nuestros Padres, en un país donde

el Tesoro beneficiaba más de 60 millones. En el fondo de todo no hubo más que un robo á los pobres.

El Papa Clemente XIII, que queria entrañablemente á Carlos III, defendió en España á los Jesuitas, como lo habia hecho en Francia y en Portugal, pero con éxito parecido. La voluntad de Dios iba siguiendo sus caminos, cuyas misericordiosas vueltas nadie conoce.

El Borbon de Nápoles, Fernando IV, tenia por ministro, como era natural, á un filósofo. Bernardo, marqués de Tanucci, habia sido el *factotum* de Carlos III, mientras éste reinó en Nápoles. Cuando Carlos III, al ser coronado rey de España, cedió á su hijo Fernando el reino de Nápoles, Tanucci siguió siendo el *factotum* de este último. Los diccionarios le citan como uno de los más resueltos enemigos de la Iglesia, y júzganlo, en su consecuencia, digno de los mayores elogios. Por haber dictado un débil «yo el rey» á Fernando, casi niño á la sazón, logró Tanucci estar de moda algunos momentos en París entre la gente de su calaña, que llegó á compararlo con Pom-

bal por la refinada brutalidad con que trató á los Padres, á quienes expulsó militarmente.

Quedaba todavía otro Borbon más pequeño que el de Nápoles, el duque de Parma, el cual, no menos afortunado que los otros, tenia tambien su ministro-marqués-filósofo, Tillot, señor de Felino.

La única gloria de este hombre de Estado, distinguidísimo por su nulidad, consiste en haber expulsado de Parma á los Jesuitas. No necesitó más para que los diccionarios consignaran su nombre, merced á este grano de arena que llevó al pudridero revolucionario. Felino era una raíz cúbica de Choiseul.

Los descendientes de la estirpe régia más ilustre del mundo, al estudiar el pasado para conocer mejor lo porvenir, sumidos en una desgracia que infunde respeto, maldicen los nombres de estos traidores grandes y pequeños, que han causado todavía mayores daños á los pueblos que á los reyes.

Estaba visto; los Jesuitas no tenían ya asilo sino en Roma.

Entonces todos estos ministros de los Borbones degenerados, dormidos ó ciegos, Choiseul, Aranda, Tanucci, Felino, unidos con

su cómplice Pombal, pusieron al Papa el cuchillo en la garganta. La palabra no es demasiado expresiva; ¿creeis, por ventura, que el martirio de Luis XVI no tuvo nada que expiar?

El Papa, heróico y santo anciano, se resistió; pero no tardó en bajar al sepulcro al colmarse la medida de las amarguras que habia sufrido en su dilatada carrera.

Murió; y con su última mirada, llena de tristeza profética, contó los degenerados hijos de San Luis, que vacilaban sobre los tronos católicos.

Y Lorenzo Ganganelli, elegido Sumo Pontífice, hizo pedazos la Bula de Paulo III.

La Compañía de Jesús cayó sin exhalar una queja; muriendo, como habia vivido, en la obediencia ABSOLUTA.

Esta es quizá la página más grande y más hermosa de la historia de la Compañía. Podria decir aquí que la guardo para otro libro más extenso y más completo; pero al decir esto mentiria. Esa página no la escribiré jamás.

Profeso un respeto sin límites á la Cátedra de San Pedro.....

### LA ÚLTIMA PALABRA.

Cretineau Joly, al empezar su excelente obra, tan rica en datos, declara, como un testigo ante el tribunal, que al escribirla, no es amigo ni enemigo, admirador ni adversario de los Jesuitas. Los Jesuitas son para él, segun dice, lo que Vitelio, Oton y Galba eran para Tácito.

Yo, al terminar mi ligera é incompleta obri-lla, declaro, por el contrario, que admiro y amo á los Jesuitas. No es preciso ser indiferente para ser imparcial; y sobre la virtud neutral de la imparcialidad está la verdad, que lo domina todo.

La verdad, sí; la verdad, que en virtud de la ley soberana de la justicia, obliga á anatematizar al mal perseguidor y á vengar al bien perseguido. Un cristiano no necesita afirmar que no tiene interés humano en mentir; su interés es la ley de Dios, que ha dicho: «No

su cómplice Pombal, pusieron al Papa el cuchillo en la garganta. La palabra no es demasiado expresiva; ¿creeis, por ventura, que el martirio de Luis XVI no tuvo nada que expiar?

El Papa, heróico y santo anciano, se resistió; pero no tardó en bajar al sepulcro al colmarse la medida de las amargas que habia sufrido en su dilatada carrera.

Murió; y con su última mirada, llena de tristeza profética, contó los degenerados hijos de San Luis, que vacilaban sobre los tronos católicos.

Y Lorenzo Ganganelli, elegido Sumo Pontífice, hizo pedazos la Bula de Paulo III.

La Compañía de Jesús cayó sin exhalar una queja; muriendo, como habia vivido, en la obediencia ABSOLUTA.

Esta es quizá la página más grande y más hermosa de la historia de la Compañía. Podria decir aquí que la guardo para otro libro más extenso y más completo; pero al decir esto mentiria. Esa página no la escribiré jamás.

Profeso un respeto sin límites á la Cátedra de San Pedro.....

### LA ÚLTIMA PALABRA.

Cretineau Joly, al empezar su excelente obra, tan rica en datos, declara, como un testigo ante el tribunal, que al escribirla, no es amigo ni enemigo, admirador ni adversario de los Jesuitas. Los Jesuitas son para él, segun dice, lo que Vitelio, Oton y Galba eran para Tácito.

Yo, al terminar mi ligera é incompleta obri-lla, declaro, por el contrario, que admiro y amo á los Jesuitas. No es preciso ser indife-rente para ser imparcial; y sobre la virtud neutral de la imparcialidad está la verdad, que lo domina todo.

La verdad, sí; la verdad, que en virtud de la ley soberana de la justicia, obliga á anate-matizar al mal perseguidor y á vengar al bien perseguido. Un cristiano no necesita afirmar que no tiene interés humano en mentir; su interés es la ley de Dios, que ha dicho: «No

mentirás;» y todos los intereses humanos juntos no pueden servir de excusa á la transgresion de esta ley.

Es bueno y prudente que cada enal desplegue su bandera. La franqueza es la suprema habilidad. Añado que desplegar su bandera, ponerse lealmente su escarapela, es la condicion misma de la imparcialidad. Diciendo: «Amo á los Jesuitas y condeno á sus enemigos,» descubro sinceramente mi corazon, y desgarró cualquier velo que pueda oscurecer el sentido de mis juicios.

Me agrada esto, porque me obliga á razonar mi dictámen con más solidez.

En este libro he querido principalmente, despues de haber trazado á la ligera un bosquejo de la maravillosa obra de los Jesuitas, bosquejar tambien las negras y tortuosas intrigas de sus enemigos; he querido mostrar hasta qué punto extraordinario las gentes que han hecho de la palabra *Jesuita* una injuria, eran el retrato exacto y vivo de la monstruosa y desleal criatura que llamaron un Jesuita. Este es el lado original de la cosa.

Los escritores protestantes se han encargado por mí de dar á conocer á Tartufe filósofo

ó jansenista, empleando, prodigando las truhanerías, todas las infamias se puedé decir, que este rey de los hipócritas echa en cara á la posteridad de Loyola.

Pombal es el Tartufe-Tigre que Molière no ha hecho; pero M. de Cholsoul, mezclando á los Jesuitas en el *caso de conciencia* de la Pompadour, tiene manos de noble escamoteador, bastante blancas para tentar, sin manchar de encarnado, la seda del vestido de Elmira; este ministro es un comediante que no llega al melodrama hasta el día en que corta la cabeza á Lally-Tollendal.

El resto de la semana, no corta más que la cola del perro de Alcibiades, divirtiendo de esta suerte á los atenienses, mientras que arruina y deshonra á Atenas, para suplicio de aquellos que lo habian glorificado y engrandecido.

Véase, pues, el Tartufe de los diccionarios y el enemigo normal de los Jesuitas. Este es aquel que se ha mirado en su conciencia como en un espejo, y no viendo en el mundo nada más perfecto que él mismo en materia de hipocresía, ha mandado su propia máscara á casa del atrecista, y ha escrito encima *Jesuita*,

para que el desprecio del mundo entero agobie á este maniquí expiatorio.

Y los Jesuitas no son arrojados ni por arrianismo, ni por sabelianismo, ni por causa de Tichonio, el hallazgo de cuyo maravilloso nombre procuró á la sentencia del Parlamento tan ruidoso éxito de carcajadas, ni tampoco por San Juan Bautista ó Abraham: los Jesuitas son arrojados, porque Choiseul y la Pompadour,—M. y madame Tartufe,—han tenido necesidad de jugar su pequeña farsa política, de satisfacer ciertos ódios y de escamotear algunos millones.

¿Son estas cosas menos ciertas por haberlas dicho un hombre que no oculta su desprecio hácia los farsantes de baja estofa, calumniadores de sus víctimas, y su admiración hácia los santos que piden á Dios la salvación de sus verdugos?

Hubo una reacción profunda: cuando faltaron los Jesuitas se sintió en todo un gran vacío, y singularmente en la predicación y en la enseñanza.

El eco de este desastre resonó hasta los confines del universo, y se prolongó á través de los años. El grito de sorpresa y de dolor que

produjo lo encontramos, no solamente en la literatura cristiana, sino en las obras filosóficas y universitarias. Chateaubriand piensa en este punto del mismo modo que Fontanes, Joubert habla como de Maistre, Lamennais como Voltaire, y Federico de Prusia como Lally-Tollendal:

«¡La Europa sabia ha sufrido una pérdida irreparable!» Tal es la confesión de la inteligencia. ¡Ah! ¡Cuán lejos se está de acusarlos de ignorancia y de oscurantismo!

«Ha habido entre ellos, decía Voltaire, escritores de raro mérito, sabios, hombres elocuentes, génios (1).»—«Los Jesuitas, añadía d'Alembert, cultivaron con éxito todos los géneros: elocuencia, historia, antigüedades, geometría, literatura profunda y amena; no hay ningún linaje de escritores, en el cual no cuenten con hombres del mayor mérito (2).»

(1) Diccionario filosófico, palabra *Jesuitas*.

(2) *Destrución de los Jesuitas*, p. 36 y 37. Verdad es que d'Alembert añadía en la misma obra (p. 206) estas palabras notables como confesión: «Los Jesuitas eran tropas regulares, agrupadas y disciplinadas, bajo la bandera de la superstición. Eran ciertamente la falange macedónica, que importaba

Federico II, escribiendo á Voltaire que «esta Orden habia producido y proporcionado á Francia hombres de talento extraordinario,» declaraba que queria «conservar su preciosa semilla para procurársela á quienes quisieran cultivar en su casa una planta tan rara.» (1)

Lalande era inagotable en punto á elogiar á los Jesuitas, y echaba en cara á sus enemigos «el haber destruido una sociedad que ofrecia el conjunto más admirable que se ha visto jamás de ciencia y de virtud.»

«Carvalho (Pombal) y Choiseul, añadía, han destruido la obra más bella de los hombres, con la cual no podia compararse nunca ninguna otra obra sublunar, objeto eternamente de mi respeto, de mi gratitud y de mi com-

á la *razon* ver quebrantada y destruida. Los jansenistas son gentes que *esperan triunfar cuando combatan solos*.... Los Jesuitas expulsados por ellos y arrastrándolos en su caída, pueden dirigir á su fundador San Ignacio esta oracion por sus enemigos: «Perdónalos, Padre mio, porque no saben lo que se hacen.» La filosofía arrojaba de antemano estas burlas, á manera de flores, sobre la tumba de sus buenos amigos los jansenistas, que le habian sacado las castañas del fuego.

(1) *Obras de Voltaire*, tom. LXXXVI, pág. 286.

pasion.» Confesaba «haber tenido en otro tiempo deseo de entrar en esta Orden y sentia no haber seguido una vocacion que debia á la inocencia y al amor al estudio.» (1)

Y Lally-Tollendal decia: «....La destruccion de los Jesuitas...., fué el acto más arbitrario y más tiránico que se puede imaginar: sus consecuencias fueron el desorden que lleva consigo una gran injusticia y una llaga incurable para la instruccion pública.» (2)

Podria formarse una gran coleccion con estos juicios severos acerca de los asesinos de la Orden, juicios dictados por personas de los partidos más diversos, entre las cuales se hallarian nombres célebres por estilos diferentes; y otra coleccion con los elogios más esplícitos prodigados á las obras de la Compañía.

En ellas se encontrarian reunidos Juan Jacobo Rousseau, Lamartine, Diderot, Talleyrand, Silvio Pellico, Juan de Müller, Mac-Aulay,—que ha escrito sobre este punto pá-

(1) *Diario de los Debates*, 3 de Febrero de 1799: citado por de Maistre, *Consideraciones sobre la Francia*, apéndice, pág. 164.

(2) *Mercurio* del 3 de Enero de 1806.

ginas tan elocuentes,— Chaptal, Fontanes, Dumouriez y qué se yo cuantos otros. ... Pero no estoy familiarizado con este oficio de recopilador de frases, que por otra parte me fatiga, y el uso poco acertado que hiciera de tanta cita cansaría la paciencia del lector. Me contentaré con transcribir estas líneas de Kern, el profesor de Gotinga, que se expresa en estos términos al concluir una especie de comparacion de las opiniones de los protestantes sobre la Compañía: «Los talentos más grandes y los corazones más nobles se han mostrado en todo tiempo favorables á los Jesuitas. Por eso Federico el Grande contestó á los que le pedían su espulsion: «No conozco maestros mejores que ellos para mis súbditos católicos...» Catalina, Francisco Bacon, Hugo Grocio, Pedro Bayle, Leibnitz, Lessing, Herder, Ranck, Beekedorf, se han declarado todos en favor de los Jesuitas, mientras que los ingenios y las almas viles los han atacado siempre con encarnizamiento» (1).

(1) Widerlegung der langischen Behauptung einer gezetzl. Sünde.—Aubefhlung unter den Jesuiten.—1824.

Kern es una lumbrera de la enseñanza en Alemania.

Pero el duelo de la inteligencia no es nada si se compara con la profunda perturbacion que introdujo en las conciencias y que tanto contribuyó á precipitar la ruina de los reyes. Ignacio de Loyola habia creado la Orden en el siglo XVI con el fin especial, confesado en alta voz, de oponerla á una inminente revolucion, y ante la naciente Orden, la revolucion habia retrocedido en efecto.

No soy yo quien dice esto, es la Revolucion, ó más bien las Revoluciones: lo mismo la que abortó en tiempo de Lutero, como la que se realizó en tiempo de Marat. Ningun partidario de los Jesuitas les ha concedido nunca una importancia igual á aquella con que el ódio de sus adversarios trata de agobiarlos, no solamente en el pasado, sino tambien, y sobre todo, en el presente.

¡Cómo! ¿Al presente? ¿No han muerto todavía á pesar de haber dado muerte á tantos por medio del hacha, del tormento, del des-

tierra, del hambre y de la reunion de todas las torturas conocidas antes de ellos, ó inventadas para ellos? ¿Son, por ventura, como esos árboles de los trópicos, que se convierten en bosques cuando se les corta? ¿Tienen el don de la inmortalidad?

Su muerte hizo estremecer al mundo y abrió un abismo. Alrededor de sus funerales se elevó un concierto de quejas y de aclamaciones, que conmovió á los dos hemisferios; y sin embargo, al desdoblarse cualquiera de los papeles diarios, herederos de las gacetas filosóficas, veo que nada ha cambiado, que existen, que mantienen todavía á las familias en la esclavitud de su detestable poder, que oprimen al Clero, que absorben á Roma, que se burlan de Prusia, que anatematizan á Turquía, y encuentran tiempo para cimentar, por medio de astucias verdaderamente infernales, matrimonios hiperdramáticos entre misteriosas señoritas, dotadas con millones no menos misteriosos, y todos los antiguos zuavos del Papa.

Tienen sus colegios, algunos más que en otro tiempo, y en sus colegios algunos discípulos más. Y, como decía Enrique IV, estos

discípulos *son suyos*. ¡Podeis desterrarlos á América, sus discípulos los seguirán allí!

Se dirá que esto es debido á una fascinación, á un maleficio; pero es lo cierto que cuanto más se afanan los periódicos revolucionarios por proscribirlos á fuerza de despropósitos y aullidos, mayor es el empeño de los padres de familia en escogerlos para maestros de sus hijos.

No trataré de explicar esto; me basta hacerlo constar, y afirmo que si los tales redactores de papeles callejeros y miembros de la «reunion privada» fundaran colegios algun día (¿y por qué no?) ¡yo, por huir de su enseñanza enviaria á mis hijos á los Jesuitas de Tambouctou!

Los padres por este estilo somos muchos en Francia. De gustos no hay nada escrito.

¿Para qué sirvieron, pues, en definitiva, todas estas cosas enormes y nauseabundas, la confabulación de Choiseul-Pompadour, la liga de los piadosos jansenistas y de los filósofos ateos, las pérdidas pecuniarias del pobre presidente Rolland y consortes, la sentencia cruel y prodigiosamente estúpida del Parlamento, el monda-dientes de M. de la Chalotais, —y las

feroces atrocidades de Pombal, y el campanudo *yo, el rey* de Aranda, y el débil *yo, el rey* de Tanucci, y el microscópico *yo, el duque* de Felino, y tantas intrigas inmorales, y tantas otras cobardes atrocidades?

Para nada.

¿No es ésta quizá una de las razones por que los Jesuitas no se toman nunca el trabajo de defenderse? Mueren ellos; ¿pero qué les importa? Vive su lema: la mayor gloria de Dios.

No les toca á ellos defenderse, sino á aquellos á quienes importa no sufrir los desastres de que es nuncio y precursora siempre su caída. Ellos han nacido para caer bajo el peso de la cruz. Esta es su dicha y su honra. En todas partes elevan igualmente sus oraciones á Dios, cuando les arrebatan sus riquezas destinadas á la obra patriótica de la enseñanza ó á la limosna; sus famosos bienes que no son suyos, sino de su obra, de la civilización, de la evangelización, de la educación, sus bienes que nunca han necesitado para sí; pues su voto de pobreza los hace ricos para siempre, y trabajando en la miseria atraen sobre sí mayores bendiciones.

Cierto que su trabajo no nos sirve de mucho, pero ¿quién tiene la culpa de ello?

Para ellos sus ganancias son siempre las mismas; Dios no altera nunca el salario de su trabajo.

Día llegará en que los que se llaman «conservadores,» sea cual fuere su color político, los que procuran con tanta solicitud que sus hijos sean educados por los Jesuitas, día llegará en que comprendan que el bien de los Jesuitas es su propio bien, el bien de sus hijos, que la existencia y la libertad de los Jesuitas son la educación y el porvenir de sus hijos: es decir, el porvenir y la moralidad de Francia en gran parte. Cuando comprendan esto bien los conservadores, quizá defenderán á la Compañía, porque haciéndolo se defienden á sí mismos.

El 7 de Agosto de 1814, Pio VII restablecía la Compañía de Jesús en todo el universo. La Compañía de Jesús obedeció este mandato que le decia como Jesucristo había dicho á Lázaro: ¿Levántate y anda! ¿Salía, sin embargo, de la tumba? No del todo. La Orden había muerto

dando muestra de su absoluta obediencia, pero los miembros de la Orden vivían y de ello encontramos en la historia testimonios sorprendentes. En 1775, un año después de la muerte del desgraciado rey que tuvo de ministro á M. de Choiseul, en el París de la Universidad, del Parlamento y de la filosofía, el Padre de Beauregard, «un Jesuita,» subió á la cátedra de Nuestra Señora, y vais á ver que se expresaba como un vivo. Habló ó más bien profetizó de esta suerte: «Al rey y á la religion es á quien atacan los filósofos: *El hacha y el martillo están en sus manos.....* Vuestros templos, Señor, serán despojados y destruidos; vuestras fiestas abolidas, vuestro nombre blasfemado, vuestro *culto proscrito*. A los cánticos solemnes que hacían resonar las sagradas bóvedas, sucederán cantos lúbricos é infames.... ¡Y tú, obscena divinidad del paganismo, vienes á ocupar el sitio del Dios eterno, á sentarte sobre el trono del Santo de los Santos, y á recibir el incienso perjuro de tus ciegos adoradores!»

¿Era posible anunciar con más claridad diez y ocho años antes el advenimiento de la *diosa Razon*, adorada bajo la forma de una

Pompadour de baja estofa, en el momento mismo en que la sangre de los miembros de los Parlamentos, saliendo á borbotones, expiaba (ojalá) el apoyo que habían prestado á los enemigos del altar y del trono?

*Non prævalebunt.* Haga lo que quiera la impiedad, los Jesuitas, aunque no son inmortales, no mueren. Se les ha prometido un martirio sin término, que vale casi tanto como la inmortalidad, porque para sufrir es preciso vivir. Abrid la puerta falsa del ministerio á Choiseul y áun á Pombal, y hasta á los salvajes engendros de esos hijos de la nada, que por un cambio misterioso de la doctrina de Darwin, llegan á procrear monos: los Jesuitas serán conducidos al suplicio, y algun desdichado Hurón de París, marchando detrás de Pedro Olivaint que se eleva gozoso al cielo, le clavará la bayoneta en el pié, y veinte fusiles que no se atreven á disparar contra el enemigo, mostrarán en una calle desierta y maldita el valor del asesinato.

Es natural; no podía ménos de suceder así: Olivaint cae para entrar en la vida eterna. ¿Se ve en esto, por ventura, algo parecido á la muerte? ¡Quizá viven todavía sus asesinos,

merced á sus fervorosas plegarias, porque él ruega por ellos, é imploró la piedad del Salvador para el infeliz extraviado que desgarró sus carnes en el camino del Calvario!

Las muertes de este género contienen tesoros inauditos de vida, no para los Jesuitas, para quienes la vida no es nada, sino para Francia y para el mundo.

De tal suerte, que despues de terminado el sacrificio, la patria asesinada se levanta y marcha por un camino rodeado de abismos, como si se estableciera un equilibrio milagroso entre las influencias mortales del crimen y el mérito vivificador de los mártires.

Ellos predicán, instruyen, se muestran siempre llenos de abnegacion, y por lo tanto viven. «Ya eres bachiller,» decia un escéptico, hombre de talento, y amigo mio, á su hijo, confiado de mala gana á los Jesuitas, únicamente por acceder á las súplicas de su cristiana madre, «¿pero qué te han enseñado?»

El niño se acordaba de haber disgustado en otro tiempo á su padre, llevado de un precoz espíritu de insubordinacion, y le contes-

tó: «Me han enseñado á respetaros y á amaros.» Mi estimado colega en literatura no se habia hecho quizás partidario de los Jesuitas, pero cuando me contó esto le vi lágrimas en los ojos. Y ha confiado su segundo hijo, de *buen grado*, á estos maestros, que sin descuidar los estudios del bachillerato enseñan tambien el respeto y el amor. ¡Ah, ellos viven!

No necesito añadir que enseñan tambien la *virtud*, por más que esta sea una palabra que ha llegado á hacerse cómica, y que excita á veces la hilaridad, es cierto, por lo demás, que todos los discípulos de los Jesuitas no son santos. Voltaire fué su discípulo y vivió en una época bien hedionda, pero en la cual todavía era lícito pronunciar la palabra *virtud*, sin que las gentes soltaran la carejada. Desde entonces acá hemos hecho grandes progresos, y sí yo me atrevo á hablar de virtud, aunque pidiendo que se me perdone esta libertad, es porque tomo esta palabra de Voltaire, que la empleaba á cada paso tratándose de sus maestros.

El los araña, es cierto, pero con el sombrero en la mano.

El menor de los defectos de la posteridad de

Voltaire, es no haber leído á Voltaire, ni á Rousseau, más que en los almanaques. Voltaire y Rousseau han hecho la revolucion, no digo que no; pero en cambio la revolucion los ha hecho á ellos; mas la revolucion no sabe lo que hace adorando á Rousseau y á Voltaire, del mismo modo que Voltaire y Rousseau no sabian lo que hacian preparando la revolucion.

Voltaire era el más encopetado de los aristócratas, áun sin hablar de sus aficiones de cortesano, y Rousseau se proclamaba á sí mismo el adversario más elocuente de la democracia en *los grandes Estados*. Cuando más, habria tolerado la república democrática en Monaco.

Y volviendo ahora á los Jesuitas, mientras que la posteridad de Rousseau y de Voltaire vomita contra ellos su francés tabernario en invectivas, en ultrajes y en amenazas, Voltaire empleaba su admirable francés en deplorar su expulsion (á la cual, es cierto, habia contribuido á dar un buen impulso con su admirable estilo), y Rousseau, con un lenguaje todavía más elocuente, *se negaba á todo trance á tomar parte en el odioso complot*, tramado por los golillas del jansenismo, unidos con los

fanáticos del ateismo contra los soldados del verdadero Dios, á quienes respetaba sin amarlos.

Pero estas cosas se han escrito cien veces y es trabajo perdido escribirlas. La gente que acude á las tabernas no lee sino los almanaques diarios, los cuales le sirven su Jesuita (el mismo que M. de Pombal tenia montado en la nariz) bien desmenuzado y adobado en una prosa nauseabunda, que haria huir á Voltaire y á Rousseau hasta los antipodas. Las tabernas se contentan con esto, y no quieren otra cosa.

Es ciertamente tristísimo este envilecimiento de todo un pueblo por dos ó tres millares de mercachifles políticos; que ni siquiera merecen el nombre de tribunos. Parece como si no les quedara más que un sentido: el de la clerofobia. El Sacerdote, ó como ellos dicen, el Jesuita, es á sus ojos el último dique que se opone al diluvio definitivo de los almanaques. Imaginan ellos, que muriendo el Jesuita, el diluvio arrollaria fácilmente al ejército, la magistratura, la propiedad, el capital, las artes y las letras, y que el almanaque llegaria á ser gobierno.

Quizá tengan razón; y aún puede decirse que hemos visto momentáneamente algo de esto. Las pruebas de este siglo, que se han inaugurado con sangre, no han terminado todavía; habrá nuevos mártires. Digo este siglo, porque no son las centurias lo que fija las edades del mundo, sino la agrupación de hechos. El siglo en que estamos, esta era, formada con tantas grandezas y tantas ignominias, tiene ochenta y cuatro años justos. Hemos nacido el 93, como siglo, y moriremos á manos de la política de los almanaques, como nuestros padres han muerto á manos de la filosofía de los diccionarios.

La filosofía, fluxion de la inteligencia, se dirige á las masas con mentiras urdidas hábilmente. La política de los almanaques, parálisis del corazón é hinchazón monstruosa del egoísmo ávido de goces, escancia á su inmensa clientela un brevaie incalificable, amalgama de codicia y de ódio, de cólera y de promesas, que no es siquiera invención suya; pues encontramos su charlatanesca fórmula en los energúmenos del siglo XVI, en los comienzos de la gran enfermedad inoculada al mundo por Lutero. El tonel de esta cerveza

protestante fermentaba ya en Alemania, en Suiza, en Inglaterra y en todas partes, en el momento en que Loyola y sus compañeros hicieron sus votos en Montmartre. Allí firmaron el pacto contra la revolución, cuyo germen adivinaron en aquellas heces; la revolución, al llegar á su último grado de desarrollo, tiene motivos para aborrecer á los Jesuitas que detuvieron sus primeros pasos, que la tuvieron en jaque durante centenares de años, y á los cuales aniquiló un día por sorpresa con el inesperado auxilio de los reyes, de los nobles, de los magistrados,—á quienes vió morir, y encuentra ahora resucitados—¡vivos en frente de su victoria!

De esta suerte, el almanaque diario, ménos letrado que la filosofía y desdeñando la metáfora, no dice: *Destruyamos al infame*, sino únicamente: *¡Abajo los Jesuitas!*

Solo que es la misma cosa, y esto es tan claro y tan evidente, que hasta los hombres dominados por el indiferentismo empiezan á reflexionar.

Lo mismo que el *infame* comprendía, en realidad, al trono y todo lo que le rodeaba, así el *Jesuita* de los almanaques comprenderá en

primer término á la Iglesia y despues todo lo que queda en pié alrededor de Ella, sin estar ligado en manera alguna á la Iglesia, sin amar ni honrar á la Iglesia, y áun siendo hasta cierto punto hostil á la Iglesia: la administración, toda administración, el Gobierno, todos los Gobiernos, las academias, la propiedad y hasta la filosofía, todo, todo, todo lo que no es almanaque, garito ó taberna, todo lo que no es la nada ávida y ciega de demolición.

Todo el mundo ve esto; hasta los más miopes.

De esta suerte asistimos á un esfuerzo muy incompleto todavía, pero muy grave. Se deja sentir un movimiento, que no ha empezado hasta última hora, que ha sido necesario para provocarlo la vista del precipicio.

Los hombres, que se llaman á sí mismos *conservadores*, no porque defiendan en comun principios bien definidos, sino porque tienen, en efecto, algo material que conservar,—como el transeunte que no quiere que le roben la bolsa,—estos hombres se han mirado unos á otros y han mirado la jauría de otros hombres que hay en derredor suyo, que no tienen nada que conservar, pero que quieren tomar; y lo

mismo que estos se reunen para devastar, los primeros parecen por fin dispuestos, aunque no del todo, á reunirse para protegerse.

Es sorprendente que hayan tardado tanto en abrir los ojos.

Pero ya es tarde.

Y el tiempo urge.

Y quizá el miedo que reúne á los nuevos confederados no es un vínculo muy durable. Sus intereses, que no son los mismos, se rozan y podrian chocar por el camino. No vienen del mismo sitio, no van hácia el mismo fin,—mientras que sus enemigos están unidos por una homogeneidad terrible, casi tan poderosa como la unidad misma del Bien, de que son el reverso y la negacion, puesto que están ligados por el mal.

¡Y este es un principio! Negativo, es cierto, pero absoluto.

¡Quiera Dios que la Liga tardía y algo deleznable de la conservación encuentre su principio absoluto! El esfuerzo en sí es bueno; ha producido ya el resultado de fijar la línea de demarcación entre los que tienen interés en destruir y los que tienen necesidad de conservar; de suerte que, por el pronto, en Francia

sólo hay dos partidos: los que quieren matar, y los que no quieren dejarse matar (1).

¿Basta con esto? A mi juicio, no; las coaliciones de intereses son fugaces, y se parecen á las casas cuyas piedras no están unidas entre sí por ningun cimiento. Los intereses se co-dean, se chocan mutuamente y se ofenden... ¡Ah! ¡Hace mucho tiempo que se clama en este sentido! Se ha repetido cien veces: se busca un terreno comun donde reunir todos los intereses «respetables;» los temores se ponen fácilmente de acuerdo; pero las esperanzas se enseñan los dientes.

Esta alianza de palabras, *intereses respetables*, data ya de muy antiguo; yo no la critico, pero me pregunto con qué epíteto se calificará desde ahora al desinterés. ¿Llegará á ser despreciable?

Y mi pregunta no es del todo ociosa. No soy un hombre *práctico*, pero he considerado muy atentamente la historia de mi tiempo, y

(1) Es cierto que hay otra tercera clase: la de los doctrinarios é impenitentes: los que se pasan á las filas enemigas por temor de la batalla; hay quien cree que son numerosos. Pero ¿qué se dirá de Jocrisse, que se ahogó por huir de la lluvia?

he estudiado tambien la historia de los tiempos pasados. He visto que únicamente el desinterés era útil á la patria, y á sí mismo, mientras que los intereses, hasta los más respetables, se perdian á sí mismos, perdiendo á la patria.

Cartago estaba llena de intereses respetables, mientras que el desinterés sin calificativo habitaba en Roma.

Pero esto no es nada. Se trata de encontrar un *terreno comun*; no salgamos de aquí. Oponiendo el desinterés al interés, no he tenido otro móvil que facilitar la solucion del problema, que parece ser para nuestra época cuestion de vida ó muerte.

Para los intereses no hay terreno comun posible. Por extensos que sean los desiertos de Africa, os desaffo á que coloquéis allí dos intereses respetables sin que se combatan.

Al desinterés, por el contrario, todos los terrenos le son comunes.

No voy, ciertamente, á comprometer los intereses, para que de un día al siguiente se convirtan en abnegacion, digo únicamente, con el respeto debido: «Si quereis un centro de union,—y es preciso que lo querais, pues

vuestra desunion es vuestra agonía,—no busqueis este centro donde no está. Sed lo menos interesados que podais y lo más desinteresados que os sea posible. Para llevar ventaja los unos sobre los otros en vuestras competencias acostumbrais á conceder mucho á vuestros enemigos comunes; no les concedais ya nada, y entre vosotros estirad la medida de las concesiones hasta fuera de los límites de lo que parece ser prudente y posible. Estos sacrificios en tiempo de guerra, se llaman la disciplina; ningun ejército existe sin disciplina, y vosotros sois un ejército: ¿por qué habiais de estar dispensados del sacrificio?

»¿Quién sabe si todavía os queda alguna batalla que librar? Para ganarla, tened disciplina. Vuestro egoismo es vuestra debilidad. Sed desinteresados en vuestro interés.

»Y buscad, encontrad el vínculo que os unia también á vosotros; buscad vuestra cohesión, encontrad vuestra fuerza. Hay un nombre, el más grande de todos, punto de unión donde el desinterés se encuentra, vasto centro de donde brotan las inesperadas victorias; ¡pero hay entre nosotros una multitud tal de corazones buenos que lo han olvidado!

El ejército de la conservación es casi tan indiferente á este nombre como el ejército destructor.

»Es útil, sin embargo, y más que útil, es necesario, es supremo, lanzar este nombre al empezar vuestro combate, pues desde Constantino y Clovis, este nombre no ha perdido nada de su mágico poder. Vuestro punto de unión es la fé; vuestra bandera, la única bandera bajo la cual pueden marchar sin chocar millones de voluntades opuestas, de pasiones diversas y de esperanzas contrarias, en la reconciliación y en paz, es la Cruz. Con este signo venceréis. Sin él sereis vencidos.

»Vuestros enemigos lo tienen todo contra vosotros, menos á Dios. ¿Por qué aberración no opondis á Dios á vuestros enemigos?

»Y no abandonéis á ninguno de los vuestros, ni aun á los Jesuitas, en la hora que precede al combate. Nunca, sean cuales fueran las dulzuras que os presenten en su mano, «llena de riquezas, (1)» nunca sacrifiqueis á

(1) *.....In quorum manibus iniquitates sunt. Destera eorum repleta est muneribus.....*

los hombres de la educación católica por la caricia del Tartufe pagano. Acordáos de los gritos de alegría lanzados por la Enciclopedia, es decir, por la revolución, en el momento en que el perverso consejero de Luis XV, para destruir á los Jesuitas, segaba en flor las mieses tempranas del porvenir y destruía el equilibrio de la educación en Francia!

»No desconozco yo la gloria de la Universidad; pero digo que al lado de este palacio que duda, es necesaria la casa que cree.

»Lo necesitan las conciencias.

»No se abandona la educación sin incurrir en la pena de muerte. La Compañía de Jesús es, entre nosotros, la mayor parte de la educación cristiana. Si no se tratara más que de la Compañía de Jesús, os repetiría una vez más, que no ha menester de vos ni de mí; pero tanto yo como vos la necesitamos para nuestros hijos; para la Francia del porvenir.

»Padres de familia, dad al César lo que es del César, fielmente, generosamente, pero dad á Dios lo que es de Dios. En nuestros desdichados tiempos, sucede á veces que el Tartufe pagano nos gobierna, bien lo sabeis y lo habeis visto; dadle todo lo que debeis, es justo; pero

guardad vuestra conciencia, vuestra fé y la educación de vuestros hijos.

»Esto es vuestro, porque es de Dios.

»Sonriase, acaricie ó amenace el Tartufe ateo, mostrad una voluntad de hierro cuando se trate de sostener vuestro derecho; la familia y la patria, esperan mucho de vosotros. ¡Franceses, defended á Francia! ¡padres, proteged á vuestros hijos!»

He terminado, y este pequeño libro, que no es sino un ligero bosquejo, es sobre poco más ó menos lo que yo quería que fuese. En él están contenidas en gérmen todas las ideas que más tarde he de esplanar: reseñase el glorioso nacimiento de una institución sublime opuesta al siniestro origen de un horrible desastre. En él se indica el camino seguido por una obediencia nunca desmentida; él da á conocer el ruego heroico de Loyola correspondido por el milagro de una persecución sin tregua y sin fin; él deja ver cómo durante más de dos siglos el centinela apostado por el voto de Montmartre ha permanecido en su sitio sobre el camino de la revolución, y cómo habiendo

sido asesinado un día por los mismos á quienes guardaba, pudo la revolucion abrirse camino y apoderarse de la enseñanza.

El dice á los hombres de buena voluntad perezosos ó tímidos: «vigilad y tened ánimo cuando se trate de la enseñanza, pues la enseñanza es la brecha por donde se introduce vuestra ruina.» Todavía les dice más: «Los pueblos, las clases, los partidos que por no morir venden el soberano derecho de escojer los maestros de sus hijos, mueren también, mueren más pronto, y mueren deshonorados.»

Tampoco es este libro un compendio de la historia de los Jesuitas, más bien es una página arrancada al recuerdo de los crímenes, que componen la historia de los enemigos de la Compañía. Cierto que hemos delineado algunos perfiles de los perseguidores sofistas amparados por los diccionarios, como Juliano el Apóstata, ídolo predilecto de este linaje de obras; también hemos trazado algunos bosquejos, tomados del natural, de tiranuelos tan entregados á su comercio que no retroceden ante ninguna mentira, por más grosera que se la imagine, ante ninguna *falsedad*,

ante ningún fraude, y que arrojan sobre los hombros de Jesucristo el manto de su infamia gritando: *¡Ecco Homo!* ¡Hé ahí el infame!

Es ni más ni menos que lo que un escritor moderno ha llamado el juego de los *despropósitos* y que describe así: «Tartufe-Judas, se encuentra con Jesús en lo más apartado de un bosque, lo mata, lo roba y clávale en el pecho su propio nombre: Judas.» La farsa está consumada y el caso sirve durante siglos para edificación de los diccionarios.

Todos hemos sido bastante cándidos para dejarnos enredar por los escamoteos de Judas ó de Tartufe; unos más y otros menos, todos hemos pisoteado el cadáver de Jesús asesinado dos veces, transformado en malhechor por industria de Caifás, de Herodes, de Pombal ó de Choiseul, convertidos en redactores de almanaques, (¡lamentable decadencia!). Mas como á pesar de todo, la credulidad de las muchedumbres no tiene cura, es honrado por la multitud el nombre de aquel que ha cometido el crimen, en tanto que se combate diariamente la Religión, el derecho, la ley, la autoridad, la libertad, la verdad, la caridad, el honor y aun la gloria de la víctima infamada.

Este pequeño libro no mudará el estado de las cosas.

Dichoso si pudiera al menos, no enseñar sino llamar la atención hacia todas aquellas grandes cosas que sin cesar se combaten, y advertir á los que las aman que no deben descuidarse, ni desfallecer, que se ha hecho á Judas la última concesion posible, y que entre las fortificaciones que la generacion actual defiende contra la barbarie, la más elevada, la más sólida, la que es preciso sostener á todo trance, AUNQUE NO SE LA AME, es la muralla de la casa de Jesús.

## APÉNDICE

### Á LA EDICION ESPAÑOLA.

Estando yo en Paris, hubo junta general de accionistas de una de esas grandes sociedades que manejan muchos millones y lucran con el sudor de muchos hombres. Uno de los socios se levantó para pedir que se arreglaran las cosas de modo que los numerosos dependientes dispusieran, siquiera por turno, de algunos dias festivos, y pudiesen acordarse de que tienen alma.

Apenas se habian pronunciado estas ó parecidas palabras, cuando se levantó un clamor general diciendo: ¡Nada de Jesuitismo! ¡Que calle ese Jesuita! Donde se echa de ver que, segun aquel arcópago de doctores en tanto por ciento, es Jesuitismo recordarles á los hombres que tienen alma; es Jesuitismo guardar, aunque sea por tandas, el dia del

Este pequeño libro no mudará el estado de las cosas.

Dichoso si pudiera al menos, no enseñar sino llamar la atención hacia todas aquellas grandes cosas que sin cesar se combaten, y advertir á los que las aman que no deben descuidarse, ni desfallecer, que se ha hecho á Judas la última concesion posible, y que entre las fortificaciones que la generacion actual defiende contra la barbarie, la más elevada, la más sólida, la que es preciso sostener á todo trance, AUNQUE NO SE LA AME, es la muralla de la casa de Jesús.

## APÉNDICE

### Á LA EDICION ESPAÑOLA.

Estando yo en Paris, hubo junta general de accionistas de una de esas grandes sociedades que manejan muchos millones y lucran con el sudor de muchos hombres. Uno de los socios se levantó para pedir que se arreglaran las cosas de modo que los numerosos dependientes dispusieran, siquiera por turno, de algunos dias festivos, y pudiesen acordarse de que tienen alma.

Apenas se habian pronunciado estas ó parecidas palabras, cuando se levantó un clamor general diciendo: ¡Nada de Jesuitismo! ¡Que calle ese Jesuita! Donde se echa de ver que, segun aquel arcópago de doctores en tanto por ciento, es Jesuitismo recordarles á los hombres que tienen alma; es Jesuitismo guardar, aunque sea por tandas, el dia del

Señor. Y así, para librarnos del *odioso* calificativo de ¡Jesuitas! deberemos, enemigos del cielo y de la tierra, negar á la Divinidad lo que ningún pueblo del mundo le ha negado, y decir que los hombres no tienen alma, á lo ménos los pobres, y que no somos otra cosa que ranas grandes, como lo descubrió el ilustrado Sant-Hilaire, ó hijos de los monos, según place á algunos sábios de nuestros tiempos.

Los que no somos Jesuitas, tenemos de recho á protestar contra la sentencia de los Epulones parisienses, así como los hijos de San Ignacio podrían agradecerles el que vincularan en la Compañía de Jesús la profesión de unos dogmas que son propios, no solo del Jesuita y del Sacerdote y del cristiano, sino de cualquier hombre, esté ó no bautizado, sea civilizado ó salvaje, excepto los avaros empedernidos, que tienen el corazón de bronce y la cabeza de estuco.

¿Qué es, pues, un Jesuita?

M. Paul Féval da la respuesta en la página 135; pero los accionistas susodichos lo entendían, al parecer, muy de otra manera: y como los grandes errores suelen ser la desfi-

guración de grandes verdades, veremos cómo tenían razón en parte.

Y ciertamente, Jesuita es de piés á cabeza todo hombre que tiene la fé de Cristo, que profesó en el Bautismo, es decir, todo cristiano, pues entre Jesuita y cristiano no cabe más diferencia que entre discípulo de Cristo y discípulo de Jesús. Lo cual, aunque parezca perogrullada, encierra una lección provechosa.

Frecuentemente se ataca á los Jesuitas y al Clero en general como si fueran de otra religión, y aún de otro país y de raza diferente. ¡Cuántas veces nombran en son de injuria á la raza Sacerdotal! Pues no, señores: no hay tal raza, ni cosa que se le parezca. El Clero y los Jesuitas son compatriotas vuestros, salidos de vuestros pueblos, miembros de vuestras familias é hijos de vuestras madres. Vosotros sois unos Jesuitas imperfectos, y los Jesuitas son unos cristianos que han dejado todo lo del mundo por encaminarse á la perfección.

Antes de hacer esta locura, eran ellos hombres como vosotros, y vestían lo mismo que vosotros, y tenían las mismas costumbres, ó

mejores, ó tal vez peores, aunque no es esto lo regular. Vosotros podreis vestir mañana la humilde sotana de San Ignacio; y os advierto, por más que os dé risa, que segun los muchos casos que se han visto y se ven, nadie puede decir: «De esta agua no beberé.»

Solo que si sois malos, teneis que enmendaros y haceros buenos; si sois buenos, teneis que haceros mejores; y si sois excelentes, teneis que llevar á cabo un acto de extrema valentía; que no basta con mediana para dejar por siempre jamás los bienes y la patria, y los amigos y la familia, y arrojarse ciegamente en brazos de la pobreza, que es una virtud cristiana, y de la castidad, que es una virtud angélica, y de la obediencia, que es una virtud divina; habeis, en fin, de acostumbraos á tener «boca de pobre, rodillas de camello y espaldas de jumento.»

Con esto seriais más Jesuitas que hoy, ó digamos, mejores cristianos que al presente.

De donde ya se comprende lo que querian decir aquellos pobres ricachos de París; su verdadero grito era: «¡Nada de Cristianismo!» Solo que diciendo: «¡Nada de Jesuitismo!» hacian á la Compañía de Jesús la merecida hon-

ra de ser, como otras mil veces, el Cirineo de Cristo.

Pero, propiamente, ¿qué es un Jesuita?

Es un hombre que rompe con el mundo, con el demonio y con la carne, para entregarse de todo á Jesús, sin reservarse nada para sí mismo, ó mejor dicho, sin reservarse nada de sí mismo; es un hombre que busca á Dios, y solo á Dios, por el camino seguro que con admirable prudencia, divinamente infusa, le señaló San Ignacio de Loyola; es un cristiano, que no solo renuncia á todo lo que tiene y á lo que podría tener, sino á todo lo que es, que acepta por patria todo el mundo, por familia á todos los hombres, por amigos á todos los que no le conocen ni le quieren, y trueca su voluntad por la voluntad de su superior; y cuando de este modo se ha negado á sí mismo, no toma ninguna cruz, no hace más que inclinar la espalda para que le echen encima cuantas quieran, dispuesto á seguir con ellas á Jesús, no á paso lento, sino corriendo; no tan solo por los caminos llanos y conocidos, sino por los más ásperos, en que no se haya sentado nunca la huella de otro hombre.

El Jesuita es un hombre sin voluntad pro-

pia, porque se la ha entregado toda al superior: ¡pero qué maravillosos actos de energía; qué voluntades tan gigantescas; qué predominio del espíritu sobre la materia se vé en esos hombres despojados de su propia voluntad! El Jesuita se aniquila, es un cadáver; pero repetiremos la magnífica frase que M. Paul Féval pone en boca de San Ignacio: «¡Y cualquiera que ataque la Religión de Cristo, verá cómo se mueven esos cadáveres!»

Todos los han visto y los ven moverse; los amigos con admiración, los enemigos con asombro. Casi antes de existir la Compañía, llenaba el mundo, y atendía á todo, y bastaba para todo. Es admirable por lo que ha hecho, y más admirable por lo que ha padecido. La Compañía de Jesús tiene las bendiciones de la Iglesia y la aprobación solemne de la sinagoga de Safanás.

Quando uno es bueno, fácilmente obtiene el testimonio favorable de los buenos, que no suele faltar al mérito ordinario. Lo grande es arrancar la aprobación de los malos: esto revela un mérito extraordinario. Pero los malos no pueden hacerla limpia. Quando los enemigos de la Iglesia os ofrezcan una corona,

echáos á llorar si la corona es de flores. No os honra como no sea igual á la que le pusieron á Jesucristo; no la aceptéis como no sea de espinas. «Si fuérais del mundo, ha dicho el Señor, el mundo amaría lo que era suyo. Mas porque no sois del mundo, sino que yo os saqué del mundo, por eso os aborrece el mundo.» El timbre más glorioso, la apología más cabal de la Compañía de Jesús consiste en ser *siempre* el blanco preferente de las calumnias y de las iras de todos los enemigos de la Iglesia.

Pero ¿y la ambición de los Jesuitas? ¿Y su deseo de dominar?—¡Ah! es verdad. ¿Dónde hay un hombre sin faltas? Es verdad que se oye á cada paso decir que se quieren alzar con todos los mandos é imponerse á todos los hombres.

Mas alguna excusa tienen en la carta que San Ignacio escribió al rey D. Fernando, diciéndole entrá otras cosas: «El mayor beneficio que Vuestra Majestad puede hacernos, el favor que más agradeceremos es que nos deje seguir sincera y fielmente el camino de nues-

tra profesion. A la cual entendemos que los honores le son tan contrarios, que, terminantemente y en conciencia lo declaramos, echándonos á imaginar qué cosa podria acabar con esta Orden, no conocemos ninguna más funesta que la aceptacion de los obispados..... En la conservacion del espíritu primitivo está el alma de las congregaciones religiosas..... Esta pequeña Orden ha hecho adelantos con el ejemplo de la santa humildad y pobreza..... Mas no es menester acumular razones; á vuestra clemencia nos acogemos, y seguros de que con estos honores se arruinaria nuestra Compañía, por la sangre de Jesucristo suplicamos á Vuestra Majestad que, segun lo muy benigno y religioso que es, aparte de nosotros tales peligros.»

Esta carta la escribió el Santo como último recurso, que por cierto fué eficaz, á instancias de sus hijos que se veian amenazados de mitra, y como desesperados, viendo que no la podian evitar, pues el rey estaba empeñadísimo y el Papa decidido y los Cardenales lo mismo.

Puede tambien escusarse la ambicion de los Jesuitas con decir que el Padre Orlandino, al

exponer (1) las razones por que la Compañía de Jesús huye de toda clase de honores, no pone más de catorce; que si pusiera veintiocho ó cincuenta y seis, harian doble ó cuádruple fuerza, y los Jesuitas no tendrian sino la mitad ó la cuarta parte de ambicion y sed de mando que al presente.

Es un fenómeno curioso la tenacidad de la calumnia en su lucha contra la evidencia; así descubre su procedencia diabólica, pues no hay cosa semejante sino en la eterna inmovilidad del diablo en el mal: siempre aplastado por Dios, y siempre en actual rebeldía contra Dios.

Amigos y adversarios reconocen y admiran el saber de los Jesuitas; ni amigos, ni adversarios ven á los Jesuitas en los altos puestos que ocupan generalmente otras personas mucho menos competentes; sin embargo, se repite hasta causar fastidio que los Jesuitas quieren acapararlo todo, y hay millones de hombres que se enojarán contra el que les llame la atención sobre el mal papel que hacen presintándose á ser compañeros de la calumnia.

(1) *Hist. Sociét. Jesu.*, par. 1 lib. 6. núm. 36-52.

En los años 69 y 70, la voz augusta de Pio IX, llegando hasta los cuatro puntos del globo, reunió junto al sepulcro de San Pedro á toda la gerarquía eclesiástica. ¿Cuántos Jesuitas habia en el Colegio de Cardenales? Ninguno. ¿Cuántos se sentaban en el escaño de los Patriarcas? Ninguno. ¿Cuántos eran Arzobispos? Ninguno. ¿Cuántos habia en aquellas largas filas de Obispos, que se estendian como los brazos de la Iglesia? Si habia: habia dos ó tres ó cuatro Obispos Jesuitas, y por más señas con barbas. Eran de esos apóstoles modernos que trasladando más allá las fronteras de la civilización, rigen con heroico trabajo las cristiandades que ellos mismos han fundado. Y cuando los civilizados de acá abrieron á cañonazos la puerta Pía, los Obispos Jesuitas se volvieron al extremo Oriente, ó á los desiertos de Africa, ó á los bosques de Oceanía, y allá siguen haciendo prodigios que solo Dios conoce y recompensa, si á estas horas los pobres salvajes no han tenido la desgracia de comerse á sus bienhechores.

Quando la sangre de los mártires haya convertido las hordas antropófagas en pueblos cultos y los peligrosos bosques en cómodas

ciudades, irán entonces los periodistas y los desamortizadores, y despues de robar á los nuevos cristianos sus almas y sus bienes, repetirán muy formales la eterna cantinela sobre la ambicion y avaricia de los Jesuitas.

La ambicion del Jesuita se concentra en no ser más que Jesuita. Hoy, como siempre, hay Jesuitas eminentes, oráculos de la ciencia: mas no preguntéis dónde se han doctorado. Todos sus títulos se reducen á una S y una J. Pero ciertamente, cualquier Jesuita necesita tener gran fuerza de humildad para soportar sin estrellarse el peso enorme de gloria que esas dos iniciales simbolizan.

La clave de esa acusacion está, sin duda, en el voto con que los Jesuitas se obligan en la presencia de Dios á no buscar honores ni dignidades de ningun género, ni dentro ni fuera de la Compañía, ni por medios directos ni indirectamente, y aun á desechar y denunciar los que les confieran, á no ser que la fuerza incontrastable de la obediencia les obligue á aceptarlos. ¿No es esta suficiente explicacion?

Ese voto admirable bien merece por parte del diablo el homenaje de la calumnia.

Al ofrecer á España este libro precioso en que tan espléndidamente brilla la gloria inmortal de San Ignacio y de sus hijos, regocíjase el corazón español, considerando que el capitán Inigo, fundador providencial de esta Santa Compañía, nació en el caserío de Loyola, en el corazón mismo de las nobles montañas del país vasco, y sintió y aceptó su vocación en el castillo de Pamplona, y la confirmó y selló en la gruta de Manresa, saliendo de España el fuego cuyos resplandores iluminaron el mundo, y cuyo calor lo preservó de la frialdad mortal de la herejía.

Español fué el fundador, españoles casi todos sus compañeros, españoles los primeros generales de la Orden, españoles la mayor parte de sus miembros más ilustres. Ignacio de Loyola, Javier y Borja, Lainez y Salmeron, Nadal y Bobadilla, Araoz y Torres, Polanco y Tirso Gonzalez, Rodriguez y Lapuente, Suarez y Vazquez, Lugo y Valencia, Toledo y Maldonado, Mariana y Ripalda, Hervas y Juan Andrés, y otros ciento y otros mil; ¡bendita sea la tierra en que nacisteis! ¡Qué alegría se siente al nombrar con apellido español á tantos y tantos de esos sábios admirables, de

esos apóstoles modernos, de esos santos portentosos, de esos héroes legendarios, cuya vida real es una epopeya mil veces más interesante que las inventadas y compuestas por los poetas!

M. Cretineau-Joly escribió una *Historia de la Compañía de Jesús*: M. Paul Féval nos dice que está escribiendo una *Historia general de los Jesuitas*. No dos, sino veinte debieran haberse escrito en España y por españoles. Verdad es que el carácter español se acomoda más á obrar que á hablar, más es llevar á cabo grandes cosas que referirlas, y no es afrenta que nuestros antepados hicieran hazañas memorables y que los extranjeros las celebren en sus historias. ¿Pero no sería bueno que se escribiera una historia particular de la Compañía de Jesús, donde para honra de España ocuparan el debido lugar los Jesuitas españoles más insignes, y para confusion de la calumnia se hiciera ver lo que la Compañía de Jesús hizo en nuestra patria, y en desagravio de la inocencia ultrajada se refiriera con abundancia de datos lo que los hijos de San Ignacio han padecido entre nosotros y por nosotros, especialmente cuando un acto de tira-

nia brutal los expulsó de todos nuestros dominios?

Sobre este suceso, que más aún que una gran iniquidad fué una gran desgracia para España, el libro de Féval pasa demasiado rápidamente, si se compara con la extensión que concede al relato de las hazañas sangui-narias de Pombal. Bien es verdad que en cualquier exposicion de fieras más llamaría la atención un solo tigre que una docena de raposas. Y puesto que ahora ya no es *reo de lesa majestad*, como en tiempo de Carlos III, el que hable ó escriba de sus *benignas* providencias relativas á los Jesuitas, parece oportuno decir algo para rectificar y completar lo que M. Paul Féval escribe en las páginas 350-370.

Urdido por los revolucionarios franceses el plan de acabar con el altar y el trono, trataron desde luego de introducir la division entre estos dos grandes elementos sociales. La Iglesia no podia caer en la red; y por lo mismo se le acusó de mermar las prerogativas de los monarcas y de favorecer las doctrinas regicidas. Cayeron, sí, en ella los reyes uno tras

otro, y parece haber sido sino fatal de los Borbones el entregarse á merced de sus enemigos.

Comenzó por el ataque contra la Iglesia á nombre del regalismo: los espíritus previsores pudieron desde entonces, sin ser profetas, vaticinar la ruina de los tronos.

Todo ataque á una fortaleza empieza por los puestos avanzados. Por eso sufrió los primeros tiros la ínclita Compañía de Jesús, que no deja nunca la vanguardia del ejército de Cristo. ¡Ay! el enemigo que entonces embestia á los primeros centinelas, ha penetrado hasta el corazon mismo de la Iglesia, y hoy tiene al Papa aprisionado en el Vaticano.

En España no pudieron hacer nada ostensiblemente durante el reinado de Fernando VI, ni mientras vivió la reina madre, doña Isabel de Farnesio. Pero Carlos III habia tenido de ministro y mentor en Nápoles por más de veinte años á Bernardo Tanucci, enciclopedista decidido, que despues vino á ser el Pombal de las Dos Sicilias. La elevacion, pues, de Carlos al trono de España, ofrecia una ocasion que los conjurados no desperdiciaron.

Pronto el monarca se vió rodeado, ó más

bien, entre las garras de los Aranda, Alba, Roda, Campomanes, Moñino y otros tales; le pusieron por confesor al Padre Cleto de Osma, ardiente anti-jesuita y bien escogido instrumento para el complot (1), *provelianse las má- tras de España é Indias en desafectos á los Jesuitas*, é hicieron con el rey lo que en casos análogos harán eternamente todos los intrigantes sin conciencia, que es estudiar el flaco de la víctima, y adulándola y llevándole el genio, convertir el flaco en gordo.

Carlos III sería tan ilustrado como le quieran pintar; mas es lo cierto que lo engañaron como á un chino; y una vez con la venda en los ojos, lo despeñaron por los precipicios de la arbitrariedad más inconsiderada. Tampoco puede admitirse que tuviera simpatías á los Jesuitas. El augusto discípulo de Tanucci no las demostró nunca: la quema de los libelos

(1) De él decía el mismo Tanucci: «Desconoce absolutamente la historia, la crítica eclesiástica y la doctrina de los Santos Padres: tales son las cualidades negativas del confesor del monarca. Por esto ya afirma, ya niega, ya aprueba, ya rechaza, ya aplaude, ya censura.»

de Pombal por mano del verdugo, tiene otra explicación.

Probado está con testimonios de herejes, que los *filósofos* de Carlos III fingieron cartas jesuíticas que infamaban á su madre; es decir, que para perder á la Compañía, explotaban la honra inmaculada de una reina virtuosa y el amor filial del rey. Buen plan si no fuera infame: le ponían loco de furor contra los Jesuitas, y le inducían á que por el buen nombre de su madre guardara inviolablemente en su real pecho los motivos de su rigor.

En cuanto al motin de los sombreros, ó contra Esquilache, no es tampoco exacto que se atentara contra la persona del rey, ni que este se retirara á Aranjuez *protegido con trabajo por sus guardias valonas*. ¡Qué diferencia entre aquel tumulto y los que se ven en estos tiempos! También debemos rectificar la idea de que *el motin fué sofocado por los Jesuitas, y que la multitud los acompañó en triunfo hasta sus casas, gritando: ¡Vivan los Padres!* No hubo nada de eso. Mejor que los autores extranjeros, á quienes sigue M. Féval, sabia estos detalles el testigo presencial Padre Ceballos, honra de la Religión geronimiana, el cual,

rebotando indignacion, escribe lo siguiente:

«Todos saben que el personaje más solícito y entremetedor que aquella mañana estuvo haciendo el magisterio de palacio, fué el Padre Osma (el susodicho confesor del rey) y su delegado el Padre Cuenca.... En fin, terminó la cosa, conformándose S. M. con la consulta del Consejo Real en pleno, que proponía separar á los ministros extranjeros; aunque solo apartó de su lado al marqués de Esquilache, moderando al mismo tiempo el precio del pan.... Así se habría acabado desde la primera hora si el rey hubiese estado bien informado, *sin la ignominiosa intervencion de dos frailes faccioseros.*»

»Acabada esta escena con vivas y aclamaciones, salieron en procesion devotos y estandartes del Rosario, con imágenes de Nuestra Señora rezando por las calles públicas varias gentes (los más no pertenecian á los gritadores) en accion de gracias por la tranquilidad.»

Y más adelante añade:

«¿Qué importa que vosotros, adatadores implós y ciegos, hayais alterado unos hechos y trocado otros, si á vosotros mismos hará palpar el corazon esta relacion mia? ¿Qué se

me da á mí de vuestra obstinacion en desacreditar al soberano *de la nacion más fiel y más sumisa de la tierra*, y en perseguir y destruir á tantos inocentes, si todos los españoles os vemos como hidras enfurecidas contra la salud comunal? Acaso alguno despertará al benigno rey del involuntario letargo en que le ha sumergido el beleño de vuestras astucias.»

Cuando despues este motin se quiso achacar á los Jesuitas (1), y por todos los medios de que el poder supremo dispone se buscaron testimonios contra ellos, apenas se pudo encontrar quien declarase que *en la noche del alboroto andaba disfracado un hombre que se parecia al Padre Isidro Lopez*. Tan lejos está la intervencion pacífica ni tumultuaria de los Jesuitas, y tan equivocada es la especie de que ellos sofocaran el motin, y que el pueblo amotinado los llevó en triunfo hasta sus casas.

Pero si no intervinieron en el motin en ningun sentido, sufrieron sus consecuencias: si

(1) No se olvide que el duque de Alba declaró al fin de sus dias que él lo había promovido con este fin.

no fueron ni héroes ni reos, pagaron toda la pena.

Con ocasion ó pretexto del motin se abrió una pesquisa reservada, especie de inquisicion de contrabando, ejercida por gentes *ad hoc*. Verdad es que no se hizo la menor pregunta á ningun Jesuita ni se les dió ocasion de defenderse. Pero ¿cuántos no serian sus crímenes cuando se les pudo acusar de los siguientes!

Que algunos españoles doctos se habian mostrado contrarios ó recelosos de los Jesuitas.

Que San Francisco de Borja, como General de la Compañía, manifestó ciertos temores por ciertos privilegios.

Que el General Cláudio Aquaviva, adoptó cierto plan de estudios que abria la puerta á ciertas doctrinas algo laxas.

Que el Padre Molina se separó de San Agustín y Santo Tomás.

Que un Jesuita francés llegó á dudar de la Sagrada Escritura, y otro tambien extranjero enseñó doctrinas anti-trinitarias.

Que en el Malabar y la China habian sostenido los ritos gentílicos y desobedecido á las

decisiones pontificias, y que habian perseguido á los Obispos y á las otras Ordenes religiosas.

Que en Europa habian sido el centro de todos los tumultos, rebeliones y regicidios habidos y por haber, como lo habian fallado los tribunales más solemnes (Pombal y Choiseul).

Que el Padre Mariana y dos más no estaban conformes con el método de proveer los cargos en la Compañía.

Que las máximas del Instituto hacian diametral oposicion al derecho natural y al divino, y al canónico y al civil (nada más).

Que no hacian maldita la falta por acá.

Que menos falta hacian en las misiones; puesto que en Chile toleraban las supersticiones gentílicas, y en Filipinas y en todas las Indias se alzaban con la soberanía y rebelaban á los indios contra S. M. poniéndose al frente de los ejércitos rebeldes.

Que ellos mismos, en su correspondencia íntima (fabricada en Madrid), confesaban el abandono espiritual de la mision, y la profanacion del sigilo sacramental (¿tambien esto se lo creeria Carlos III?), etc., etc.

Que dos Obispos (recien nombrados) y un

fraile (famoso) estaban conformes en que se adoptara esta providencia de la expulsion, «y si habian convenido en la necesidad de ella SIN HABER VISTO MÁS QUE LAS OBRAS ANÓNIMAS IMPRESAS CLANDESTINAMENTE, ¿qué dirian,—se añade con cándida sencillez que cae como una lluvia de fuego sobre la frente de aquellas tres pobres personas eclesiásticas,—qué dirian actuados de tanto cúmulo sistemático de excesos de la Compañía?»

Dando por bien probados todos estos asertos, sin otros procedimientos legales, se fundó en ellos la sentencia, digámoslo así, de expulsion de todos los Jesuitas y confiscacion (por supuesto) de todos sus bienes, y Carlos III tuvo la desgracia de poner su firma en un documento sultánico.

¡Oh Dios mio! ¡Qué ininvestigables son vuestros caminos, y cómo sacais el bien de la malicia misma de los hombres, y haceis que os sirvan en aquello mismo en que os ofenden!

Ninguna corporacion del mundo ni ningun hombre han obtenido jamás de ningun tribunal un fallo absolutorio con tan favorables pronunciamientos como la Compañía de Jesús lo puede ostentar en ese alegato del Consejo

extraordinario. Después de aquella tenebrosa pesquisa, pagada por el poder y dirigida por el odio; después de haber ocupado de improviso á todos los Jesuitas todos sus papeles comunes y privados, no se ha podido añadir una palabra más á esa sarta de acusaciones ridículas, que tan de relieve ponen el encono de los perseguidores, como la inocencia inmaculada de los perseguidos.

Por lo demás, ¿qué les importaba á los Jesuitas su prolongado martirio? Nunca el martirio fué un mal para los cristianos, aunque siempre será una afrenta para los verdugos. ¿Qué les importaba verse hacinados en buques de desecho, si sus ángeles de la Guarda irian repitiéndoles al oído: Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos?

El Vicario de Jesucristo rompió en amargo llanto, escribiendo al rey: «....¿*Tu quoque fili mi?* ¿Tambien vos, hijo mio? ¿El rey católico Carlos III, que nos es tan amado, viene ahora á colmar el cáliz de nuestras aflicciones, á sumergir nuestra vejez en un mar de lágrimas y derribarla al sepulcro?.... Tememos y temblamos por la salvacion del alma de V. M.....

El instituto de la Compañía de Jesús es del todo inocente: no solo inccente, sino tambien pio, útil y santo, en su objeto, en sus leyes, en su máxima.»

Mas toda fué en vano: la Compañía fué proscrip-ta en todas partes, y luego comenzaron á crugir los trónos, y se volcaron, y cayeron al suelo los que en ellos se sentaban, y en larga procesion andan por el mundo cesantes, y sin oficio, por no haber aprendido bien el nobilí-simo que tenian de *ministros del reino de Dios*, y su expatriacion dura y durará más tiempo que la de los Jesuitas.

Entre tanto, los Jesuitas siguen trabajando como siempre, siempre en la brecha, tenaces en el sacrificio, «por honra y por deshonra, por infamia y por buena fama; como seductores, aunque verdaderos, como desconocidos, aun-que conocidos, como muriendo, y hé aquí que vivimos, como castigados, mas no amortigua-dos, como tristes, mas siempre alegres, como pobres, mas enriqueciendo á muchos, como que no tenemos nada, más poseyéndolo to-do» (1).

(1) 2 Cor. VI, 8-10

La persecucion no les cogió ni les cogerá nunca de improviso: sabian y saben que «to-dos los que quieren vivir piamente en Jesu-cristo, padecerán persecucion» (1).

J. T. A.

(1) 2 Tim. III, 12.



## ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Noticias preliminares. . . . .	5
El primer voto. . . . .	67
Los primeros Padres. . . . .	122
Ojeada sobre las misiones. . . . .	162
Pombal. . . . .	255
Choiseul, Aranda, Tanucci, simple ojeada. . . . .	317
La última palabra. . . . .	373
Apéndice a la edición española. . . . .	405

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ERRATAS NOTABLES

PAGINA.	LÍNEA.	DICE.	LEASE.
124	3	lleva	lleven
196	7	predicada	practicada
216	4 y 5	desterrado ú	ahorcado en.
228	18	Causino	Canisio
232	26	arte	atropello
234	2	mancharian	agrandarian
237	1	pausado	panzudo
238	15	que esmaltan	que esmaltan las <i>Provinciales.</i>
240	22	Luis XVI	Luis XIV
246	20	tomó	tuvo
328	1	Pero se	Pero no se
353	22	justificacion.	justificacion.
400	18	vos	vosotros
400	19	vos	vosotros
406	11	tenemosde re- cho	tenemos derecho
409	6	de todo	del todo
413	18	mucho menos	no siempre más
415	24	compañeros	comparsas
415	20	denunciar	renunciar
418	22	se le	se la
419	4	comenzó por	comenzó pues
420	3	Cleto	Eleta
422	6	Padro	Padre
422	23	adatadores	aduladores
425	23	de la mision	de las misiones
428	4	en su máxima	en sus máximas
428	5	Mas toda	Mas todo

Esta obra se vende en rústica al precio de seis reales en toda España; y á ocho reales en Madrid y nueve en provincias elegantemente encuadernada en tela.

LA LIBRERÍA CATÓLICA DE SAN JOSÉ acaba de publicar tambien el *Tratado del Espíritu Santo*, de Gaudemé traducido por D. Joaquín Torres Asensio.

Firma dicha obra dos gruesos volúmenes en 4.º y se venden á 24 rs. los dos en Madrid y provincias.

Se servirán los pedidos que vengan autorizados con el sello de cualquier Seminario ó parroquia: los demás deben ir acompañados del importe en libranzas del G.º m.º ú de letras de fácil cobro, con exclusion de ellos.

Además consideraremos como corresponsales á todos los señores Arciprestes, Curas y catedráticos de Seminario, que se dignen ayudarnos eficazmente en la propagacion de nuestros libros.

A los que tonen el *Tratado del Espíritu Santo*, se les rebajan 4 rs. en cada uno de los tomos publicados de la *Coleccion de Opúsculos del Dr. Gago*, cuyos tomos, pidéndolos con el dicho *Tratado*, se remitirán francos de porte por 16 rs. cada uno en vez de los 20 que cuestan.

Los pedidos se harán á D. Manuel Alonso y Zegrí, San Gregorio, 17 y 19, 3.º, izquierda, Madrid, ó á D. Joaquín Torres Asensio, Pbro., Sacro-Monte, Granada.

